

Martin Österdahl



NO PIDAS CLEMENCIA



PLAZA  JANÉS

MARTIN ÖSTERDAHL

NO PIDAS
CLEMENCIA

Traducción de
Carlos del Valle

PLAZA  JANÉS

SÍGUENOS EN
megustaleer



@Ebooks



@megustaleer



@megustaleer

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Para Ellina

PRÓLOGO

Un Mercedes negro la había seguido durante todo el trayecto, desde la puerta de la universidad y a lo largo del canal Griboyédov. Iba tras ella, casi pegado, cuando esta giró en la avenida Nevski Prospekt. Max solía decirle que tuviera ojos en la nuca cuando saliera sola por la noche, pero le resultaba difícil volverse para mirar atrás sin comportarse de forma sospechosa.

Caminaba deprisa, tanto como podía sin llegar a correr; no quería que el perseguidor supiera que lo había descubierto. Sujetaba con fuerza bajo el abrigo, pegado a su cuerpo, el sobre en el que llevaba el libro. No podía acabar en malas manos.

Al llegar a la estación de metro de Gostiny Dvor, se apresuró para alcanzar el andén e intentó desaparecer entre la multitud. En Mayakovskaya hizo transbordo a la línea roja. En la estación de Finlandia sintió que el sudor le corría por la espalda, pero espiró con alivio al ver que ahí se encontraba el tren que debía conducirla fuera de la ciudad.

Justo después de subir a bordo, el tren se puso en marcha. No consiguió relajarse hasta que se hubo alejado de la ciudad en dirección a los suburbios. Infinidad de trenes salían de la estación cada hora; era poco probable que el perseguidor hubiera podido seguirla a través de los cambios de metro, que la hubiera divisado entre la multitud y que encontrara su tren.

¿Quizá todo era fruto de su imaginación? ¿Se había dejado influir por las advertencias del periodista?

«Deja eso. No te acerques demasiado a esa empresa.»

Pero ella no podía dejarlo.

Cuando se apeó del tren cuarenta minutos después, lo primero que vio fue el Mercedes. Procuró no sentirse presa del pánico, pero apenas salió del vagón caminó tan rápido como pudo, alejándose del andén. Sacó el sobre, garabateó una dirección y lo introdujo en uno de los buzones de la estación. Cerró los ojos y, durante un instante, visualizó a Max frente a ella.

«Había pensado explicártelo todo, aunque espero que lo comprendas.»

Cinco minutos más tarde, se acercó a la casa y empezó a correr. La calle estaba desierta y oscura. ¿Tal vez, después de todo, había conseguido despistar a su perseguidor? De pronto, el Mercedes dobló la esquina y las luces de los faros delanteros la iluminaron.

Se encontraba ya muy cerca de su casa, pero no podía descubrir su ubicación a quien conducía aquel coche. Allí guardaba demasiado material relacionado con su investigación y había detalles que podían delatar a sus colaboradores.

¿Adónde podía dirigirse?

Abrió el bolso y tomó el móvil. Las luces del coche la deslumbraban; oyó un chasquido cuando la puerta del coche se abrió y enseguida resonaron unos pasos contundentes sobre el asfalto. Lo único que alcanzaba a ver era una silueta grande y oscura que se acercaba a ella. Aunque el hombre se movía despacio, llegó con demasiada rapidez.

El sonido de la corredera de una pistola al retraerse.

Un largo brazo que la señalaba.

Al mismo tiempo que levantaba las manos lanzó el móvil entre los arbustos. Él no debía encontrarlo, pues entonces todo estaría perdido.

El hombre se detuvo a un par de metros de ella. Era ancho de espaldas, pero tenía la cabeza pequeña y el cuello extremadamente largo. Vestía de manera

elegante: abrigo y esmoquin. Ella no podía verle el rostro con claridad y, sin embargo, se sorprendió. El hombre parecía muy mayor. Como alguien de otra época.

—¿Quién eres? —gritó—. ¡No dispires!

—Ponte de espaldas —dijo el hombre—. Arrodíllate y pon las manos sobre la cabeza.

Obedeció. Cerró los ojos.

El hombre se inclinó hacia ella y, por un instante, pareció como si la abrazara; después la sujetó con fuerza y le cubrió la boca y la nariz con un trapo.

La presión del puño le resultó inhumana y no le quedó más remedio que inspirar un par de veces a través del trapo. El efecto fue instantáneo: la fuerza abandonó su cuerpo. Se dejó caer sobre el brazo que la sujetaba; envuelta en el abrigo de él, se tornó invisible para el mundo exterior.

El hombre la tomó en brazos como a una niña dormida. Lo último que percibió fue el clic del maletero del coche al abrirse.

Sábado,

24 de febrero de 1996

El murmullo llegó hasta Nestor Lazarev mientras se encontraba sentado en su palco privado. Tenía capacidad para doce personas, pero hoy deseaba estar solo. El teatro Mariinski de San Petersburgo estaba repleto de un público expectante ante la representación de *Eugene Onegin*.

Los vestidos de las mujeres resaltaban sobre las paredes recién pintadas de blanco crema y dorado. Los palcos cercanos al de Lazarev se llenaban, las telas crujían cuando los espectadores tomaban asiento. Abajo, en la platea, un joven reía mientras se acomodaba en una de las amplias butacas junto a una hermosa mujer.

Nestor Lazarev mantenía una posición erguida en la silla. La edad no le había curvado la espalda ni enfermedad alguna se la había debilitado. El cuerpo conservaba su fuerza gracias al *sistema*, la técnica de combate cuerpo a cuerpo que practicaba en sus entrenamientos cada mañana.

Entonces se levantó el telón y el pulso se le aceleró. Y cuando la orquesta comenzó a tocar, se le erizó el vello de la nuca.

Lazarev acompañó con el dedo índice derecho las notas del primer acto. Cerró los ojos y disfrutó de la experiencia. Esta era una noche especial para él gracias a la música de Chaikovski, a cuyo dominio había dedicado su infancia. Concretamente, esta ópera, basada en el poema épico de Pushkin y ejecutada por la compañía de ópera del teatro Mariinski, era una perfecta muestra de la superioridad rusa.

Oyó un golpe apagado; luego, la puerta del palco se abrió poco a poco. Le habían arruinado el momento.

Lazarev se dio media vuelta. Vislumbró a un hombre parado en la puerta. Marcel Rousseau vagó con la mirada por encima del público de la platea mientras toqueteaba su anillo de oro. Evitó mirar a Lazarev a los ojos.

«Como no se trate de algo importante, te lanzaré por encima de la barandilla sobre los nuevos ricos de mierda que se sientan ahí abajo», pensó Lazarev.

—Señor presidente —dijo Rousseau—. Tenemos que hablar.

—Espera fuera. Hablaremos en el intermedio.

Cerró los ojos, intentó dejarse llevar y verse envuelto de nuevo por la música. Pero lo único que pudo pensar hasta que se acabó el acto fue que Rousseau lo esperaba fuera.

¿Por qué había venido hasta aquí? ¿Ahora?

Se abrieron las puertas de los palcos. Los demás asistentes reían alrededor de Lazarev, contentos y excitados, sedientos de *sovjetskoje sjampanskoje*, champán ruso.

Se acercó a Rousseau, que lo esperaba con una copa en la mano.

Rousseau también se acercó a Lazarev y entablaron la conversación que tenían pendiente. Le susurró al oído:

—¿Te acuerdas del periodista del que te hablé la semana pasada? ¿El que preguntaba de dónde procedía la tecnología?

—No olvido ese tipo de cosas.

—Esta tarde me han hecho la misma pregunta.

Lazarev arqueó las cejas. Había cargado con su secreto durante más tiempo del que deseaba, largos y oscuros años antes de poder levantar su empresa. Y no le habían preguntado ni una sola vez. Nadie se había sorprendido. Hasta ahora.

—¿Quién?

—Una mujer joven —dijo Rousseau—. De la universidad, de la facultad de Economía.

Las palabras de Rousseau podían significar dos cosas: o bien una coincidencia de lo más inusual, o un eco del lejano pasado de Lazarev. Si se trataba de lo primero, no había nada de lo que preocuparse. Si se trataba de lo segundo, entonces sabía que se vería obligado a encargarse de ello enseguida.

—Pareces preocupado, Marcel. —Lazarev agarró del cuello a Rousseau y apretó—. Te puedo asegurar que no hay nada de lo que debas preocuparte.

Tiró de Rousseau hacia él y le besó las mejillas tres veces.

—Ahora vete a casa y descansa, te preocupas demasiado.

Lazarev le dio la espalda a Rousseau y regresó a su palco. Se deslizó en el asiento de suave felpa y esperó un minuto hasta estar seguro de que Rousseau no regresaría. En el suelo, junto a sus pies, se encontraba el programa de la función de la tarde. Una fotografía de la soprano que representaba a la protagonista femenina; debajo, los productores habían escrito una conocida frase del libreto de la ópera: «Todos los hombres se rinden ante la fuerza del amor».

Sus pensamientos vagaron hacia otro estreno, hacia otro teatro de ópera. En tiempos de guerra.

Ella estaba rodeada de gente. Espejos dorados cubrían las paredes del vestíbulo. Había visto al hombre, su archienemigo, en uno de los espejos. Nunca podría olvidar cómo la miró el hombre. Lazarev había sido negligente, había bajado la guardia y casi lo había perdido todo.

De alguna manera, era como si todavía le pesaran esas cadenas y candados.

Redoble de tambor de la orquesta. El segundo acto había empezado. Aquel sonido de tambores evocó en él otras imágenes: las de aviones recortándose contra el cielo. La salvación.

Esto no era una casualidad. Lazarev nunca había creído en las casualidades.

Era hora de poner en marcha la operación definitiva.

Si, además, representaba el final de algo que él creía acabado hacía mucho tiempo, su satisfacción sería aún mayor.

Esta vez no había margen para el error.

Martes,

27 de febrero de 1996

En la sala de conferencias, Max Anger dejó que sus ojos vagaran entre el teléfono móvil y las pantallas de televisión con los canales locales de Europa Central. Volvió a leer el SMS que Pashie le había enviado el viernes diciéndole que lo había estado buscando. Durante el fin de semana, él había intentado llamarla al móvil que Vektor le había dado, pero siempre estaba apagado. ¿Qué estaba haciendo ella en realidad?

La mirada volvió a buscar las pantallas de televisión. Como no tenían sonido, su atención se centraba en el centelleo de las silenciosas imágenes. Como siempre, el canal ruso de noticias era el que atrapaba su interés. Max se acomodó en la silla cuando la pantalla mostró unas imágenes del mar de Arcángel helado en un día soleado y despejado de finales de invierno. Un oxidado barco de pesca se acercaba al puerto a través de un canal abierto en el hielo.

Al llegar al muelle, los marineros alzaban al aire sus mazas de caza y gritaban desafiantes a los manifestantes que allí se habían congregado. La imagen cambió a la de un camión con la caja repleta de focas recién nacidas. Otras imágenes mostraban cómo las crías eran desolladas vivas en el muelle de carga.

«No lo hacen correctamente. La matanza debe hacerse en el hielo.»

Max volvió a cambiar de posición en la silla; las imágenes del televisor despertaron sus recuerdos. Miró por la ventana, hacia abajo, a la avenida

Valhallavägen, donde las copas de los pesados árboles se agitaban al viento como olas espumosas que se perseguían unas a otras.

Tenía doce años, caminaba por el hielo hacia una isla deshabitada al este de Arholma, la isla de la costa oriental sueca donde creció. El trayecto resultó más largo de lo que había imaginado y había empezado a sudar. Mientras se desabrochaba la chaqueta oyó de repente el extraño sonido de un ronquido. Se dio media vuelta y contuvo la respiración al ver una foca durmiendo. Era completamente blanca, resultaba casi invisible en la nieve, yacía sobre su vientre y absorbía el brillo del sol. Tenía que ser una recién nacida, pues Max sabía que la piel se mantenía así de brillante durante apenas dos semanas.

La foca abrió los ojos, negros como el carbón, y siguió los movimientos de Max con curiosidad en la mirada.

Max sabía cuál era su misión si encontraba una foca en el hielo. Sabía que tenía que golpearla una vez con fuerza en el morro, con la parte de la maza en forma de martillo. Si acertaba, el parpadeo reflejo dejaría de funcionar y la cría lo miraría fijamente con la mirada vacía.

Se trataba de un rito que lo convertiría en hombre, que demostraría que él podía vivir de acuerdo con los anticuados ideales de hombría que su padre le había transmitido. Los amigos de su padre se reunirían en el hogar familiar para celebrar juntos la primera cría de Max.

Pero Max no pudo moverse.

Cuanto más tiempo pasaba, más difícil le parecía su misión. Fue allí y entonces cuando Max comprendió que él era diferente. Matar a golpes a un ser inocente no era hazaña alguna, no convertía a un niño en hombre. Nunca llegó hasta la otra isla, simplemente regresó a casa, a Arholma, sin mencionar a la foca blanca y sin piel que colgar en el exterior de la casa.

Más adelante se le presentaría una nueva oportunidad, y entonces todo se iría al infierno.

Se apagó la pantalla que tenía delante.

—Violeta me dijo que estabas aquí sentado.

Sarah Hansen tenía el mando a distancia en la mano y miraba a Max, que parecía llevar allí un buen rato.

—Tienes una pinta horrible, *rospigg*[1] —dijo ella, y se pasó la mano por su rebelde pelo blanco platino.

Sarah Hansen era la jefa de Max y la única persona a la que permitía llamarle *rospigg*.

Se habían conocido en el servicio militar, durante un curso de ruso. Max era miembro de las fuerzas de operaciones especiales y Sarah asistía a la escuela de traductores. Con el tiempo entablaron amistad y, aunque al acabar el curso tomaron caminos distintos, siguieron manteniendo el contacto. Max estaba al tanto de su exitosa carrera en un banco de inversiones y se había asombrado por su espíritu emprendedor cuando fundó el laboratorio de ideas Vektor, que trabajaba para el desarrollo democrático y el incremento de la seguridad en las inmediaciones de Suecia. Cuando él, unos años después, se cansó del desmantelamiento de la defensa sueca y recibió la oferta de trabajar para ella como analista con el foco puesto en Rusia, no lo dudó. Era hora de dejar atrás la vida militar y emprender una nueva carrera.

—Lo que hagas en tu tiempo libre es asunto tuyo, pero ¿sabes que también trabajas aquí? —dijo Sarah, y le indicó que la acompañara a su despacho—. Y soy yo quien te paga el sueldo.

Sarah se sentó tras un enorme escritorio de caoba y lo observó a través de sus gafas, cuyas lentes eran tan gruesas que sobresalían un par de milímetros de la estrecha montura de metal. Max evitó su mirada y se sentó en un sillón de color azul cielo que Sarah había comprado en una subasta de Christie's en Londres.

—¿Cómo podría olvidarlo? —dijo Max—. Me estás convirtiendo en

millonario en rublos.

Sarah esbozó una sonrisa torcida.

Max observó la fotografía que había en la pared, tras ella, en la que le estrechaba la mano al rey Carlos XVI Gustavo. No se podía ser más patriota que Sarah. Había nacido en Polonia, pero adquirió la nacionalidad sueca a los dieciséis años. Y ahora amaba Suecia más que nadie en el mundo, podía recitar el nombre de los primeros ministros suecos desde De Geer hasta Carlsson y era capaz de explicarle el sistema parlamentario sueco a un compañero de guardería de su hija de cuatro años.

Sarah lo miró preocupada.

—Hablando en serio, Max. Parece como si llevaras una semana sin dormir.

Max no respondió; en realidad, no tenía nada que decir. Sarah estaba en lo cierto.

—¿Has conseguido hablar con Carl Borgenstierna?

Max bajó la vista a las rodillas, observó las callosidades de sus manos. A continuación asintió despacio.

—Sí, fui a visitarlo.

—¿Se alegró de verte?

—No sé qué decirte. Dormía, y tenía el rostro cubierto con una de esas máscaras que te ayudan a respirar. Acababan de someterlo a un doble trasplante de riñones.

Max recordó el lamentable estado en el que se encontraba el anciano conectado a la máquina de diálisis. Había oído el nombre de Carl Borgenstierna tantas veces durante su adolescencia, a menudo cuando su padre, Jakob, estaba borracho como una cuba, que fue casi como un sueño verlo por fin.

En la mesilla de noche, junto a la cama, tenía un álbum con un lirio en la tapa, y al lado había una fotografía: el retrato color sepia de una joven y

hermosa mujer que parecía una estrella de una vieja película de Hollywood. Había algo en la mirada de la joven que se grabó en la mente de Max. Tenía un brillo, una añoranza, que le recordó a otra persona. A Pashie.

Un mes antes, al morir su madre, Max había decidido buscar la verdad acerca de los nombres que su padre había pronunciado con tanto odio.

Wallentin y Borgenstierna.

Max seguía sin comprender el entramado de la historia, pero gracias a sus investigaciones había concluido que su padre acabó, cuando aún era un niño, en una casa de acogida en Arholma, en 1944. Y que Borgenstierna estuvo involucrado en eso de alguna forma. Si el anciano era responsable de la desgracia de la familia, tendría que pagar por ello.

Max había sacudido al hombre y había intentado despertarlo. Tuvo que controlarse para no sucumbir al deseo de arrancar los cables de la máquina de diálisis.

—¿Qué sabes en realidad de Borgenstierna? —preguntó Max.

Sarah lo miró inquisitivamente.

—Ya te lo he contado. Todo lo que sé de él es que hace cincuenta años creó la Fundación Mar Báltico, que durante unos cuantos años ha donado dinero a Vektor. Es un hombre al que respeto, y le estoy agradecida aun cuando nunca lo he visto.

Ella se revolvió en la silla y posó la mano sobre un grueso dossier que había encima de la mesa.

—Ahora tienes que dejar a un lado tus investigaciones privadas. Se han acabado las vacaciones.

Empujó el dossier hacia Max.

—Estos son los deberes de esta tarde.

Max hojeó el montón de papeles; procuró aparentar entusiasmo, pero apenas lo consiguió.

—Son los escolares los que tienen vacaciones de invierno, Max. Tuviste libre la semana pasada. En realidad, deberías haber vuelto ayer.

Ella señaló los papeles.

—Vete a casa y lee esto. Y duerme un poco, por Dios. Tengo visita esta tarde, así que, si te surge alguna duda, tendrás que esperar hasta mañana por la mañana.

—¿Quién es la chica afortunada?

—Se llama Gabbi —respondió Sarah.

—Estupendo. No te molestaré.

Sarah asintió expresiva. «No, ni se te ocurra.»

Después, ella se puso en pie, la reunión había terminado. Era hora de recibir a la siguiente persona en la lista de gente que necesitaba consejo en lo referente a Rusia y Europa del Este. Se detuvo cuando estaba a punto de cruzar la puerta.

—Y, por favor, llama a *tu* amada. Llevo dos semanas sin saber nada de ella.

Max había mantenido en secreto durante un tiempo su idilio con Pashie Kovalenko, pues no estaba seguro de cómo reaccionaría Sarah al saber que mantenía una relación con la representante de Vektor en San Petersburgo. Pero tal y como Max había esperado, Sarah había hecho otra excepción con él.

Eso era exactamente lo que Max pensaba hacer: llamar a su amada.

Max cerró la puerta del apartamento, colgó la chaqueta y observó su rostro en el espejo del recibidor, como solía hacer cuando notaba el cambio. En esta ocasión, el color marrón de sus ojos parecía más oscuro. Sabía que se trataba de un efecto secundario de la benzodiazepina y que debería dejarla por un tiempo.

Tenía los ojos inyectados en sangre, y la piel que los rodeaba parecía arrugada y mortecina. Estaba transformándose en tal y como era su padre antes de morir.

Pero él solo tenía veinte años.

Sarah estaba en lo cierto. Su aspecto era espantoso. Como si se hubiera topado con el diablo.

Max descorrió la cortina del cuarto de estar y abrió una ventana para que entrara aire fresco. Hacía un día sombrío en Estocolmo, el sol no conseguía atravesar la gruesa capa de nubes plomizas y la primavera parecía muy lejana.

Las únicas fuentes de luz que había en el apartamento eran las que provenían de los aparatos electrónicos: el piloto rojo parpadeante del contestador automático, la cifra angustiosa contigua que le informaba de los ocho mensajes que lo esperaban, la luz azul del televisor en reposo, la verde del reproductor de VHS.

El mobiliario no había cambiado desde su etapa en la Escuela Superior de las Fuerzas Armadas. Max no compartía el interés de Sarah por la decoración

y las antigüedades. El cuarto de estar estaba amueblado con un sofá marrón de Ikea y un sillón cuya tapicería imitaba el cuero. Encima del sofá reposaban dos mantas que había traído del hogar de su infancia en Arholma: una gris de muaré que le había regalado a su madre en una escapada a Islandia, y otra de tartán que había comprado cuando navegó hasta las islas Shetland en el *Gladan*, el buque escuela de la Armada.

Un mapa de la Unión Soviética cubría la pared posterior al sofá.

Pulsó el botón del contestador automático para reproducir los mensajes. El primero era de hacía casi una semana. Había estado totalmente desconectado, no había podido centrarse en nada más que en la investigación sobre Wallentin y Borgenstierna. Había dedicado tanto tiempo a su búsqueda que sentía que esa tarea lo había consumido por completo. Casi no había dormido ni comido. Apenas había hablado con Pashie. Ella habría notado lo absorto que estaba y lo habría obligado a calmarse.

Escuchó los mensajes del bibliotecario, un empleado de Vektor, patrocinadores, un empleado de los archivos de Sveriges Radio y otros con los que se había puesto en contacto durante sus investigaciones.

Encontró un mensaje de Hein Espen, el noruego prejubilado de su pelotón anfibio. Siempre se ponía en contacto con él en esta época del año, en el aniversario del accidente. Durante un ejercicio en la piscina del arsenal de Haakonvern, el equipo del buzo Hein Espen había sufrido un fallo técnico y, al acabarse el aire de repente, había entrado en pánico. Max lo salvó de los túneles submarinos. Le dio tiempo a llegar hasta donde se encontraba Hein Espen y compartir el aire con él; lo sujetó mientras pateaba y golpeaba, y consiguió llevarlo a la superficie.

Max le devolvería la llamada, pero no ahora.

Y después, por fin: «Hola».

El sonido de aquella voz procedente del pequeño altavoz del teléfono lo

agitó.

«Aquí tu chica. Creo que tengo algo para ti. Algo nuevo, algo que no te esperabas. Pero tienes que venir a buscarlo tú mismo. ¿Cuándo vienes, *baby?*»

Max había conocido a Pashie Kovalenko hacía poco más de un año en una conferencia en Helsinki. Empezaron a hablar frente a una ruidosa y lenta máquina de café; cuando el café se terminó, regresaron a regañadientes a sus reuniones, ambos embargados de una nueva y fuerte sensación.

Ella vestía una desgastada trenca azul marino y vaqueros lavados a la piedra. Su tez oscura la hacía pasar por sudamericana para la mayoría, pero los pómulos altos y los ojos pequeños, de un verde intenso y brillante, hicieron pensar a Max que tenía raíces asiáticas. No se cansó de mirar el rizado cabello negro que le caía suavemente sobre los hombros. Más tarde, Max se daría cuenta de que había sido una excepción, ya que Pashie solía trenzarse el cabello y recogerlo en un moño.

Intercambiaron tarjetas de visita. La de ella estaba hecha a mano, escrita con tinta plateada en un papel negro, con el nombre, un número de teléfono ruso, un número de fax y una dirección de correo *hotmail*.

Max apartó la mirada del contestador. El rastro de Pashie estaba desperdigado por todo el apartamento. Las coloridas cucharas de palo que habían comprado en Gostiny Dvor en San Petersburgo, la manta de viaje marrón rojizo que había a los pies de la cama y las botas de agua blancas recién compradas en NK. Y, además, el maniquí, que a ella le había parecido imprescindible pues iba a empezar a coser, igual que había hecho su madre. Pashie había intentado poner en práctica la idea en varias ocasiones, pero enseguida comprendió que no tenía tiempo ni paciencia. Ahora, el maniquí estaba allí con medio vestido y uno de los sombreros de Pashie en la cabeza, el sombrero de vaquero amarillo.

«La reflexión, Max, es algo a lo que uno se entrega después, no antes.»

Ella era un caos, igual que él. Sus caminos siempre tomaban direcciones opuestas, aunque se aseguraban de encontrarse tanto como podían.

Llevaban un año juntos. Su relación a distancia se basaba en largas conversaciones por teléfono y correos electrónicos, conversaciones acerca de todo, desde inteligentes ideas de negocios que deberían poner en práctica hasta veranos idílicos en lugares del archipiélago de Estocolmo que Max deseaba mostrarle.

¿Podrían tener una vida juntos de verdad?

«Creo que tengo algo para ti.»

¿Qué había encontrado? Aparte de Sarah, Pashie era la única que conocía la investigación de Max. Estaban juntos aquella bonita y, al mismo tiempo, horrible tarde en la iglesia. Ella le había tomado la mano temblorosa cuando el órgano entonó el salmo *La tierra es maravillosa*, y la había apretado con cuidado mientras Max fijaba la mirada en el féretro que tenía delante. El féretro donde yacía su madre.

Pashie había comprendido que Max ya no seguía atado a la promesa de no mirar atrás, de no remover el pasado. Ella sabía cómo se sentía uno al ser privado de su familia y denegado su origen. Ya nada podía impedirle hurgar en la historia de su familia. Pashie nunca juzgaría a Max por hacer lo que tenía que hacer y nunca permitiría que su relación fuera un impedimento para él.

«Algo nuevo, algo que no te esperabas.»

Max tomó el teléfono y volvió a llamar al móvil de Pashie, pero seguía apagado. Pasados unos minutos lo intentó de nuevo. En esta ocasión recibió una señal de error y una voz femenina computarizada que decía: «Ha sido imposible realizar la llamada. Inténtelo más tarde».

Max observó la ciudad bajo las nubes plomizas. Volvió a mirar el último SMS enviado desde el móvil para ver si se le había pasado algún detalle del mensaje. No era el caso.

«¿Qué estás haciendo, Pashie?»

Apartó el móvil, frustrado, y se pasó la mano por el cabello.

Echó un vistazo a la sencilla cocina desierta. Recordó cómo Pashie había preparado ahí un zumo fresco de naranja durante media eternidad, mientras apenas iba vestida con la camiseta blanca de Max. Ella había hablado sobre la desconfianza de Occidente hacia Rusia, de las próximas elecciones presidenciales, de que ahora los mercados se habían abierto en Rusia y no podrían volver a cerrarse. Creía que habría una guerra civil si el Estado recuperaba la riqueza redistribuida. Después de todos los problemas originados por la privatización, las cosas irían mejor para el ruso común y el país volvería a emerger como una superpotencia económica.

«Espera un poco y ya verás.»

Los rumores sobre la inmigración masiva de rusos que afectaría a los países nórdicos eran infundados. Los rusos no abandonan la madre patria, no hay razón alguna para el antiguo miedo a los rusos. El país y su gente deseaban seguir adelante, dejar atrás su aislamiento europeo y convertirse en socios para el intercambio comercial, turístico y cultural.

Tanto Max como Pashie sabían a la perfección que las próximas elecciones presidenciales suponían un cruce de caminos fatídico: esta era la primera votación de verdad desde la caída de la Unión Soviética. Las elecciones de hacía cinco años, cuando Yeltsin ganó, se llevaron a cabo bajo un período de confusión nacional, sin tiempo para que los partidos políticos o los electores pudieran prepararse adecuadamente. El resto del mundo había opinado desde todas las perspectivas sobre las elecciones de 1991.

Ahora que los fríos vientos de la recesión volvían a soplar con fuerza, todas las potencias occidentales necesitaban unirse para apoyar la democracia en Rusia. Antes de que fuera demasiado tarde.

Vektor, para mantener un flujo constante de información de primera mano,

necesitaba a alguien en quien poder confiar, alguien que estuviera en San Petersburgo, la gran ventana hacia Occidente. Ese era el papel clave que desempeñaba Pashie.

¿Cuándo había hablado con ella por última vez? No era habitual que llevaran tantos días sin comunicarse. Él había estado muy ocupado intentando sacar el máximo partido de la semana que se había tomado libre en Vektor. Pashie era igual que él, también se sumergía a fondo en su trabajo. Quizá se hubiera dedicado a acosar a los hombres de negocios de San Petersburgo con todas sus inteligentes preguntas estos últimos días. ¿Era esa la razón por la que no se había puesto en contacto con él durante el fin de semana?

Se acercó al ordenador y movió el ratón sobre la alfombrilla para activar la pantalla. Comprobó el buzón de entrada. Ningún correo nuevo de Pashie. El último era del viernes.

«¿Va todo bien, Max? Parecías algo tenso la última vez que hablamos, me preocupaste un poco. Tenemos que vernos cuanto antes. ¿Vendrás como estaba previsto? Me han dado una pista interesante que tengo que comentar contigo. ¡Lláname!»

Había leído el correo el fin de semana, pero no había contestado.

«Por supuesto que iré», escribió entonces. «Lláname en cuanto leas esto.»

Había planeado su viaje a San Petersburgo hacía tiempo. Tendría su semana de vacaciones, haría el trabajo preparatorio durante unos días en la oficina, a continuación viajaría a San Petersburgo y después regresaría a casa a tiempo para la fiesta anual de Vektor. Sarah había sido tajante: no podía perderse la fiesta anual.

Max comprobó los mensajes enviados para ver si el correo a Pashie se había enviado correctamente.

«Parecías algo tenso.» El nudo en el estómago se hizo más grande y leyó el correo una vez más. Era casi el mismo mensaje que el del contestador

automático, pero con un añadido. ¿Una pista? ¿Qué clase de pista era esa de la que quería hablar con él?

Max abrió el dossier que Sarah le había dado. En realidad, no tenía solo *una* tarea, sino *dos*. Ella había respetado la semana de vacaciones de Max, pero cuando hojeó los documentos comprendió que probablemente hacía varios días que Sarah deseaba su regreso.

En el dossier había un artículo sobre el fraude electoral, escrito por dos colaboradores de la IFES, International Foundation of Electoral Systems. Lo leyó entero, las ciento veinte páginas, y cada vez que pasaba una página clicaba en el navegador para ver si Pashie había respondido al correo. Era una lectura difícil, que no aportaba nada que no hubiera oído con anterioridad. «La penetración de la identificación fotográfica en Rusia es baja, sobre todo en los grupos menos privilegiados, presos, minorías, pobres.» «Mi experiencia dice que entre el diez y el quince por ciento», anotó Max en su cuaderno. «Desinformación y amenazas. Intentos bien planificados de influir en las votaciones relacionados con el crimen organizado en San Petersburgo. Manifestaciones masivas diarias en las calles más transitadas de la ciudad, en un ambiente agresivo. Casos de ataques con cuchillos cuando alguien se oponía y argumentaba en contra.»

Ataques con cuchillos en San Petersburgo. Nada nuevo bajo el sol.

«En Rusia, es normal votar en el lugar de trabajo. En los suburbios, el empresario es el responsable de informar acerca de la votación, incluido el registro y el recuento de votos. Esperen y verán el método de limpiezapatos.» Max estaba bien versado en estas técnicas, eran bastante comunes en las diferentes elecciones de la antigua Unión Soviética. Se untaba crema para limpiar zapatos en el mango de las máquinas para votar, de forma que se podía ver en la mano del empleado qué había votado. Esto solía combinarse con amenazas y castigos violentos.

El artículo de la IFES era una lectura sombría, pero el otro documento era todavía peor. Se trataba del último sondeo de opinión. La tarea de Max no consistía solo en leer el resumen, sino también en anotar las anomalías y dónde había escasez de datos. El sondeo de opinión mostraba una clara tendencia, y no era la esperada. Estaban a solo unos meses de las elecciones presidenciales y Ziugánov y su partido retrocomunista encabezaban los resultados de las encuestas. Si estas no se equivocaban, iban camino de reinstaurar la Unión Soviética.

Sonó el teléfono y Max alargó el brazo hacia el auricular. Sus esperanzas se desvanecieron enseguida. No era Pashie la que llamaba.

—Max —dijo Sarah—, tienes que venir.

—¿Necesitas un par de manos extra con Gabbi?

—Mishin acaba de llamar. Hoy, Pashie tenía que haber asistido a un par de reuniones en la universidad, pero no ha aparecido. La han buscado durante todo el día y no han dado con ella.

Las manos de David Julin todavía temblaban ligeramente mientras se encontraba de pie en el estrado. Antes de aparecer ante el público reunido se había repetido el mantra una y otra vez: «Si tú no crees en ti mismo, ¿quién lo va a hacer?». Eso casi había conseguido calmarle los nervios.

David se atusó la melena castaña que le llegaba hasta los hombros y miró el aula de la Escuela Superior de Economía. Entornó los ojos para no deslumbrarse con los focos dirigidos hacia él, reflejados en sus gafas octogonales. Los jóvenes estudiantes lo observaban con expectación. Todos habían acudido para conocer las claves necesarias del éxito en el mundo de la telecomunicación e «¡Inventar y cosechar los frutos de GSM!», como rezaba el título de la conferencia.

Él era una figura bien conocida entre los estudiantes. Había fundado, y después había vendido a muy buen precio, su empresa SwitchCom. Las páginas salmón de *Dagens Industri*, que los jóvenes estudiantes leían como si fuera la Biblia, habían descrito todos los detalles acerca del espectacular desarrollo de la empresa, desde el primer paso frente a un ordenador en casa, pasando por lograr ser una sólida empresa de consultoría IT que podía alardear de grandes clientes como Ericsson y Telia, hasta su exitosa venta a un nuevo gigante de Silicon Valley, en California.

David Julin era una historia de éxito.

Hacía dos años se había subido a un escenario mayor para recoger el

premio al Emprendedor del Año, que organizaba Ernst & Young. El año anterior había participado en la reunión anual de alumnos premiados en Doha, Catar. Este año no acudiría. Se había inventado una mentira como excusa y todavía nadie sabía la verdadera razón.

El ordenador portátil de David estaba ante él. A su lado, el teléfono móvil, que a veces levantaba durante la presentación para demostrar de qué hablaba. La imagen en la gran pantalla de proyección llevaba por título *Control remoto*, y mostraba una imagen esquemática sobre cómo funcionaba todo.

—El sistema digital GSM tiene muchas áreas de aplicación —dijo David—. Dentro de poco podremos conectar a distancia los radiadores de nuestra casa de campo, apagar y encender luces, recibir información de chips instalados en nuestros cuerpos para medir la frecuencia cardíaca, el pulso, etcétera.

El sistema de sonido de la sala zumbaba. El teléfono móvil que estaba en modo silencio saltó sobre la mesa de al lado. David pensó que era su mujer la que llamaba, quizá había pasado algo con los niños. Pero no era ella la que intentaba localizarlo.

«Ray.»

David miró fijamente el nombre en la pantalla del móvil. Las tres letras le produjeron un escalofrío en la espalda.

Percibió el murmullo lejano y comprendió que se había quedado callado en mitad de una frase. David rechazó la llamada, miró desde el atril y vio el mar de rostros que ahora parecía no tener fin. Tragó saliva y se obligó a esbozar una sonrisa.

«Tienes el control. Eres un hombre rico.»

—El inconveniente de la tecnología moderna es que siempre puedes ser localizado, incluso por aquellos con los que no deseas hablar —dijo David—. Mi esposa manda saludos.

El aula estalló en risas.

«¿Dónde estábamos?» David clicó en el teclado para proyectar la siguiente diapositiva de la presentación.

—GSM ofrece una serie de datos personalizados —continuó— con los que el usuario puede controlar la configuración a través del móvil, que también podrá conectarse a funciones de pago.

Los altavoces volvieron a resonar. En esta ocasión, una corta ráfaga de sonido.

—Disculpad.

David tomó el móvil, observó el mensaje.

«El *Incubus* aterrizará esta noche. Pulsa S para Sí.»

David tragó saliva varias veces, se sujetó con fuerza al atril. *Incubus*. El demonio productor de pesadillas eternas en la víctima.

¿Qué iba a hacer?

Sabía que en realidad no tenía elección alguna. Si actuaba como Ray quería, pronto escaparía de sus garras y la vida podría volver a la normalidad.

Presionó la S y pulsó *Enviar*.

A pesar de que Max le había dicho al taxista que no prestara atención a los límites de velocidad, parecía como si el taxi circulara a cámara lenta. Miraba por la ventanilla hacia las casas que pasaban, las personas que se apresuraban al salir de las tiendas o que bajaban al metro. Todo ello bajo la plumiza oscuridad de febrero.

Volvió a marcar el número de Pashie, ya no sabía cuántas veces lo había hecho. De nuevo escuchó el mensaje de su contestador automático.

«¿Qué te ha pasado, Pashie?»

Sarah había adquirido una casa con jardín junto al mar en Tyresö, una península en el condado de Estocolmo, con una pequeña playa de arena, un muelle con profundidad suficiente para un yate y un cobertizo para barcos. Derribó la vieja casa y construyó una nueva que reflejaba su amor por Suecia y su arquitectura. Era diáfana, con amplios ventanales desde el suelo hasta el techo.

Una mujer joven abrió la puerta.

—¿Así que tú eres Max? —dijo, y esbozó una sonrisa prudente—. Sarah ha pedido que te reúnas con ella en el cobertizo.

—Conozco el camino —respondió Max.

Le sonrió antes de darse la vuelta, pero la mujer no respondió a su sonrisa.

La hierba estaba mojada a causa de la nieve derretida, y para no hundirse demasiado en el fango y el lodo Max cambiaba el peso del cuerpo como había

aprendido a hacer de niño, cuando vagaba por los bosques nevados en Arholma.

Unos escalones iluminados conducían hasta la orilla. Max abrió la puerta del cobertizo para barcos y vio el rescoldo de un cigarro al borde del muelle que parecía saludarlo e indicarle el camino. Aparte de la luna reflejada en la tranquila superficie, el resto era todo oscuridad.

Sarah se encontraba sentada en el borde del muelle con las piernas colgando. Max se dejó caer junto a ella. Soplaban un viento frío del mar, pero a Sarah no parecía preocuparle. ¿Volvería de nuevo el hielo a cubrirlo todo?

Le dio una profunda calada al cigarro.

—Esto era lo más importante para mí cuando construimos la casa —dijo—. Un lugar para nuestra sauna, porque había oído que salvaba muchos matrimonios en Suecia. No fue mi caso, como pudo verse después.

Max ya conocía esa historia y no respondió. Sus ojos se habían acostumbrado a la oscuridad y adivinó la tensión en el rostro de Sarah.

—¿Qué dijo Mishin exactamente? —preguntó él.

—Tenía la sensación de que alguien había estado buscando algo en la habitación de Pashie.

Mishin era el director de la facultad de Economía de la Universidad de San Petersburgo, una facultad fundada con la ayuda de Vektor.

Max había participado en la presentación de los planes para la actividad de Vektor en San Petersburgo. Se descartó entonces el establecimiento en las inmediaciones de algunas escuelas de defensa rusas, y materias como política y ciencia política también eran muy delicadas.

Fue a Charlie Knutsson, el presidente del consejo de administración, a quien se le ocurrió la idea de fundar la facultad de Economía. En Rusia se había puesto de moda hablar de la economía de mercado y del espíritu

empresarial, factores fundamentales para estimular el movimiento democrático.

—¿Crees que habrá ido a visitar a su familia? —preguntó Sarah.

Max negó con la cabeza.

—Sin decírmelo, no.

Sarah le dio una larga calada al cigarro y después arrojó la colilla al agua. Se apagó con un chisporroteo. Apartó la vista del mar, miró a Max.

—¿En qué trabaja Pashie ahora?

—Estudia la interacción entre las nuevas empresas privadas y las campañas políticas. Trabaja comprobando la lista que le hemos proporcionado.

—¿Para encontrar qué?

—Quién apoya a quién, qué empresas de la lista corren el riesgo de acabar mal dependiendo del resultado de las elecciones, cómo desarrollan su actividad en un tiempo turbulento...

—¿Has comprobado las empresas de la lista? —inquirió Sarah.

Max había enviado la lista para su estudio a los patrocinadores y al resto de financiadores. Algunas las había incluido él mismo, otras las habían incluido los patrocinadores y algún miembro de la dirección.

—Algunas —respondió Max.

Últimamente, él había estado centrado en otras cosas, pero ¿cómo podría explicárselo a Sarah?

La madera del muelle crujió al cambiar de posición.

¿De qué *no* estaban hablando ahora? De lo peligroso que era este trabajo en tiempos difíciles, sobre todo si se asumían riesgos. Pero Pashie no era descuidada ni una inconsciente. Los entornos arriesgados no eran algo nuevo para ella. Y aun cuando su trabajo implicaba enfrentarse a personas peligrosas y violentas, resultaba bastante inverosímil que las amenazas se volvieran reales.

Pero ¿qué podía haber sucedido para que Pashie faltara a dos reuniones el mismo día? Era caótica e imprevisible en muchos sentidos, pero nunca se perdía una reunión. «Eso afecta al tiempo de otras personas, Max», solía decir.

—Mishin había pensado acudir a la policía, aunque no era demasiado optimista —dijo Sarah.

Eso era una pérdida de tiempo, ambos lo sabían.

—Y no hay nada que podamos hacer desde aquí —prosiguió—. No podemos solicitar la ayuda del consulado sueco, ya que ella no es ciudadana sueca.

—Viajaré allí mañana mismo —dijo Max—. Esto no es propio de Pashie. Ha debido suceder algo.

Lo había decidido antes, en el taxi.

A pesar de que Sarah estaba sentada muy cerca, él no podía ver la expresión de su rostro. Esa era probablemente la razón de que quisiera reunirse con él ahí, en la oscuridad, así podía evitar su mirada o apartar la vista. Ella no podía obligarlo a viajar o impedirle que lo hiciera: no había ninguna necesidad de hablar más del asunto.

Los patrocinadores de Vektor estaban esperando el último informe de la situación antes de las elecciones. La votación inminente hacía que el tiempo fuera crítico: no había lugar para retrasos ni entregas fallidas. Grandes inversiones estaban en juego.

Max no quería preocuparse. Tal vez Pashie se encontraba realmente en el campo, donde no había cobertura, para encontrar a esa última persona que podía ayudarla a comprender la campaña electoral de la zona. Quizá él la encontraría concentrada en un libro en alguna vieja biblioteca.

Pero en San Petersburgo pasaban por tiempos difíciles. Había un gran

riesgo de que hubiera sucedido algo realmente preocupante. Max se sintió mal con solo pensarlo.

Él era el encargado de escribir el informe de esta misión. Él mismo tendría que ocuparse de conseguir ayuda para encontrar a Pashie.

No le gustaba preparar mal esta clase de viajes, pero no tenía otra elección, y estaba entrenado para improvisar.

—¿Quieres informar tú a Mishin de que voy de camino? —dijo Max.

Sarah asintió.

—En Polonia decimos que la verdad es una droga que uno tiene que manejar con cuidado —dijo ella.

—Eso es aplicable a todas las drogas que consumo.

A veces no había nada más reparador que el silencio. Cuando las voces y los sonidos no le daban tregua, el silencio era lo único que ansiaba. Pero luego estaba ese silencio especial, ese que parecía acompañarlo siempre. Los gritos y las explosiones eran mejor que eso. Carl Borgenstierna se despertó con ese silencio. Lo condujo de vuelta, a través de los años, a febrero de 1944, a esa noche en la que el rugido de los motores desapareció de repente y los aviones planearon en silencio sobre Estocolmo.

Hacía cincuenta y dos años de aquello.

La enfermera se había ocupado de que estuviera cómodo. Le mostró el mando con el que podía subir o bajar la cabecera de la cama. Esta se encontraba demasiado cerca de la ventana, pero no tuvo energía para quejarse. Ahora, no.

Por fin se había liberado de la mascarilla para respirar. La enfermera le había dicho sonriente que así eran las que les ponían a los bebés prematuros. Tal vez deseaba animarlo, pero el comentario produjo el efecto contrario.

Borgenstierna entraba y salía del sueño del sedado. De la pared que había frente a su cama colgaban distintas reproducciones. Bruno Liljefors. Carl Larsson. En la casa familiar de Gamla Stan tenía la reproducción de un famoso cuadro *kurbits*. Representaba la escalera de la vida, que primero subía y después bajaba. Cada peldaño cubría diez años. La parte ascendente de la

escalera simbolizaba cincuenta años, y después la escalera conducía hacia abajo hasta el último escalón, noventa años.

En cada peldaño había un hombre y una mujer que se cogían de la mano. En el primer escalón aparecían jóvenes y erguidos, mientras que los del último eran viejos y estaban encorvados. El hombre y la mujer compartían la vida, juntos, hasta la sepultura.

Debajo de la escalera crecía un árbol frondoso. A su izquierda se sentaba un niño desnudo. A la derecha del árbol, justo al lado del último escalón, había un esqueleto con una guadaña en la mano. La muerte.

La vida del ser humano desde la cuna hasta la tumba.

El árbol frondoso se había convertido en el símbolo de la Fundación Mar Báltico, la fundación a la que Carl Borgenstierna había dedicado gran parte de su vida. Dirigió la mirada a la mesilla de noche y a los dos objetos que ahí tenía, ambos partes fundamentales de su vida. El álbum que había recibido de Wallentin con un pequeño lirio en la parte delantera. Y la fotografía de ella. Aunque en un solo escalón, ella había sido parte de la escalera de su vida. Un año y medio fue todo lo que tuvieron, hacía más de cincuenta años. Después ellos se la arrebataron. Y sus sueños en común.

Hacía unos días, alguien había ido a visitarlo mientras dormía. Un hombre joven y apuesto, entre veinticinco y treinta años. La enfermera había supuesto que el joven era un pariente o amigo. Pero luego dijo que pertenecía a un instituto de Estocolmo que necesitaba ponerse en contacto con Carl.

«Una institución, no un instituto —pensó Carl—. Se llama Vektor y yo estuve presente y senté las bases de su existencia.»

El joven del que hablaba la enfermera había enviado varias cartas a su domicilio familiar en Gamla Stan.

«Sé quién eres, Max Anger. Si respondiera a tus intentos de contactar conmigo, te estaría enviando a una muerte segura.»

«Y tu supervivencia es lo único que me queda.»

Estocolmo, abril de 1943

Carl Borgenstierna se apresuró a través del vestíbulo recubierto de espejos del teatro de la Ópera mientras se quitaba el abrigo.

Wallentin lo miró de arriba abajo, mientras estaba apoyado en una mesa de pie.

—¿Estresado?

—En absoluto —Carl giró la muñeca y miró el reloj—. Nueve minutos, tiempo de sobra.

—Sí, sí, bebe esto.

Wallentin le dio una de las bebidas de ron con Coca-Cola que había en la mesa. Carl se vio obligado a sonreír. Wallentin siempre estaba a la moda. La elección de la bebida era igual de obvia que el color blanco de la chaqueta del esmoquin.

—Entonces, ¿adónde vamos, Wolfgang? ¿Al océano Pacífico?

—La isla se llama Costadoro —Wallentin echó un vistazo al programa que había en la mesa—. Y conoceremos a la india Zorina y al rico don Pedro.

—Deja que adivine: ¿la chica Zorina está triste porque tiene que casarse con un hombre rico y no con el hombre al que ama?

Wallentin le dio un sorbito a su bebida y esbozó una pequeña mueca.

—Tú no eliges el amor, señor Borgenstierna. El amor te elige a ti.

Carl agitó la cabeza. Vació el vaso y lo dejó sobre la mesa. A lo lejos, en el vestíbulo, un grupo de recién llegados llamó su atención.

—Vaya —dijo—. Tenemos visita de los rusos.

El hombre que había entrado en el vestíbulo llamaba la atención, era alto y ancho de espaldas, y tenía el cuello extrañamente largo. Daba la mano a una mujer. Ella, enfundada en un vestido negro, con el pelo oscuro y rizado, parecía más una estrella de cine italiana que una pobre chica de la Unión Soviética. Toda la ópera parecía observarla.

—Borgenstierna, ¿por qué siempre gravita la tensión a tu alrededor? —dijo Wallentin mientras la pareja de rusos se acercaba caminando hacia ellos.

La extraña pareja había llegado a su altura cuando la mujer se agachó para liberar un trozo de tela que se le había enganchado al tacón.

Al incorporarse sus miradas se encontraron.

—¿Un conocido? —preguntó el hombre alto.

Sujetaba la mano de ella con fuerza, como si fuera la correa de un perro. Le dirigió a Carl una fría mirada. La mujer negó con la cabeza, el hombre se dio media vuelta y tiró de ella hacia el palco.

Ya en sus asientos, Carl buscó a la mujer. El corazón le latió con más fuerza cuando encontró el palco donde ella estaba sentada junto al hombre de extraña apariencia.

Ella se dio la vuelta y sus miradas volvieron a encontrarse. Carl tomó aliento. Ella parecía hablarle a él.

«No me mires. Sácame de aquí.»

Miércoles,

28 de febrero de 1996

La perra tiraba tanto de la correa que Sergei Gachov creyó que lo arrastraría hasta el mar. «¿Qué te pasa hoy, Sharik?» Miró alrededor. ¿Había otros perros fuera tan temprano? Todo lo que podía ver era un paseo marítimo desierto y deteriorado junto al puerto deportivo soviético que antaño había sido un lugar concurrido de las afueras de San Petersburgo.

Sharik era la única compañía de Gachov. Ella lo seguía a todas partes, tanto si se trataba de una conferencia como de ir al baño, y daba brío a una existencia sin incidentes. Él sabía que su estilo de vida, sin ninguna actividad física, no se ajustaba al de un propietario de un enérgico perro de presa, pero no podía imaginarse la vida sin ella.

El viento cortante del mar no asustaba a Sharik. Había encontrado un rastro y a Gachov le costaba seguir su ritmo. Se puso de rodillas y se agachó hasta la oreja del animal.

—Ahora no salgas corriendo, ¿me has oído? Quédate cerca de mí.

Al ponerse de pie sintió un dolor en la espalda.

«Te estás haciendo viejo, Sergei.»

Miró a Sharik, que había conseguido pasar por debajo de la valla del paseo marítimo y ahora corría hacia la delgada línea plateada del horizonte que separaba el mar del cielo plumizo. ¿Qué se le había metido en la cabeza esta mañana?

De repente, se detuvo en la orilla. El bajo oleaje del amanecer procedente

del mar Báltico rompía formando espuma alrededor de los pilares de hormigón y las pequeñas piedras de la playa. Sharik movió la cabeza de un lado a otro y después comenzó a aullar.

Gachov miró alrededor, encontró una escalera que podía llevarlo a la playa y recorrió despacio los veinte metros. Los aullidos de Sharik aumentaban de intensidad.

—¡Silencio! —gritó, y se tambaleó en la arena—. ¿No ves que ya voy? ¡Todo el mundo está durmiendo a estas horas!

Eso era sin duda cierto, pues no había ni un alma en los alrededores del centro marino soviético, sin ventanas y repleto de grafitis, que se alzaba hacia el cielo como un gigante de piedra. Vigilaba en silencio los almacenes tapiados.

Gachov se dejó caer junto a Sharik, acarició su cuerpo tembloroso y masajó su cadera dolorida.

—Buena chica —susurró—. ¿Qué te ha excitado tanto?

Gachov encontró enseguida la respuesta en la orilla. «Un par de huesos. Por supuesto. Un perro es un perro.»

Entonces arqueó las cejas. ¿Qué huesos eran esos? Recogió uno de las aguas poco profundas. No pertenecía a ninguna de las aves comunes del lugar. Eran robustos y de un color gris parduzco.

Gachov sujetó uno de los huesos frente a él, le dio la vuelta y lo levantó hacia el cielo. Había trozos de carne pegados al hueso, alguien parecía haberlos roído con buen apetito.

Bajó la mirada al agua. Más huesos se mecían en las olas que rompían contra las piedras. El estómago se le removió con tal inquietud que prácticamente dejó de oír el ligero gimoteo de Sharik. ¿No parecía una caja torácica?

Se dio media vuelta. ¿Había alguien observándolo o se trataba de un

recuerdo del pasado que lo perseguía, revivido a causa de este descubrimiento?

Cuando era un joven estudiante, Gachov visitó lugares remotos de Ucrania relacionados con un proyecto sobre la gran hambruna de los años treinta. Encontró tumbas con restos de personas que habían sido víctimas de otros seres hambrientos.

Las imágenes de Ucrania habían quedado grabadas en su memoria para siempre. En aquel tiempo, la gente se había sentido sumamente desesperada.

¿Podía estar pasando esto realmente? ¿O se estaba imaginando cosas?

El hueso que sujetaba y los demás que había en la orilla pertenecían sin duda a un ser humano.

Era igual que entonces. En el campo de concentración ucraniano.

Golodomor^[2]

Las náuseas volvieron a apoderarse de él y en esta ocasión no pudo contenerse. Soltó el hueso y se inclinó hacia delante. Vacío el estómago por completo.

Finalmente, las náuseas remitieron y se dio cuenta de que Sharik lo empujaba. Gruñía. La acarició con cuidado y se secó la boca con la otra mano.

Cinco años después de la caída de la Unión Soviética, ¿la situación se había vuelto *tan* horrible?

Gachov sujetó el collar de Sharik y le puso la correa. «Bien, buena chica.» Sabía que era mejor no llamar a la policía. Esto solo podía compartirlo con sus más allegados.

Gachov echó un último vistazo al mar.

—Vamos, Sharik —dijo—. Es hora de volver a casa.

Desde su asiento de ventanilla, Max había seguido el viaje sobre las islas hacia el mar Báltico, podía nombrarlas casi todas. El avión había dejado atrás el archipiélago de Estocolmo, pero en su mente Max todavía seguía allí; recordó que la amenaza del Este siempre había estado presente durante su adolescencia.

En su infancia solía ir en bicicleta por el camino de gravilla hacia el «Norte», escondía la bicicleta detrás de un árbol y se escabullía a lo largo de las rocas, después pasaba de largo las señales de advertencia para poder echarle un vistazo a la Batería Arholma, el sistema de defensa costero secreto que todos en la isla conocían. En una ocasión, mientras estaba sentado en las rocas y miraba el mar, todo alrededor empezó a temblar. Sonó como si de repente un enorme engranaje de metal se hubiera puesto en movimiento. Max se puso de pie y se acercó al borde de las rocas. Entonces, la montaña se abrió y un brazo gigante apareció en dirección al mar. Hacia el Este.

Era el cañón más grande que Max había visto jamás. Un dragón que se despertaba y dirigía su rabia contra algo por encima del gran mar agitado. Realizó varios disparos y todo retumbó. Max corrió tan deprisa como pudo hacia su bicicleta, y mientras circulaba montaña abajo, algunas preguntas se agolpaban en su cabeza: ¿por qué vive un cañón en la montaña?

Regresó unos años más tarde con su padre. Estaban juntos a un lado de la verja de las instalaciones y su padre hablaba con un hombre que se hallaba al

otro lado. El hombre miró alrededor y después abrió la verja. Max lo había visto varias veces antes en la cocina de casa. Su padre y él habían jugado al póquer y compartido una botella de whisky.

El hombre uniformado los condujo por un sendero que subía hacia la gran montaña. Más allá de la playa y de los dos grandes abedules se encontraba el horizonte abierto. Mientras se acercaban a la montaña, su padre tiró de Max y le dijo en voz baja: «Recuerda lo que te he dicho. No cuentes nada de esto a nadie».

El oficial levantó una malla de camuflaje de plástico que cubría la entrada a la caverna. El túnel al que entraron recordaba una cueva. Al cerrarse las pesadas puertas tras ellos, todo quedó a oscuras. Max se aferró a su padre.

Llegaron hasta otra pesada puerta de metal. Cuando el hombre la abrió y encendió la iluminación, se dio la vuelta hacia su padre.

—Hemos quedado que serán quince minutos.

Su padre asintió y condujo a Max por encima del umbral hacia la cavidad de la montaña. Caminaron en silencio por un túnel, pasaron una enfermería, una sala de operaciones, un barracón y un comedor. En una de las paredes, Max pudo leer que allí habían llegado a trabajar cien hombres durante los peores días de la Guerra Fría. Toda la instalación estaba construida en la roca.

Su padre señaló una habitación.

—Este es el cerebro del complejo. El centro de mando. Es aquí donde se recopila la información de las distintas estaciones de radar, y desde aquí se da la orden de disparar.

Max se encontró de frente con el gran dragón que todavía lo perseguía en sueños.

—¿Por qué se da la orden de disparar?

Su padre se sentó frente a él.

—Allí fuera hay un enemigo muy poderoso. Un enemigo al que nunca

podemos perder de vista. Nosotros, los que vivimos en las islas, tenemos una responsabilidad con Suecia, una responsabilidad que hemos recibido del rey. Un día lo entenderás, y tú tendrás que hacer todo lo que puedas para defender tu país.

Le revolvió el pelo a Max.

—¿Conoces a Bröd-Erik, el que vive abajo junto a la iglesia?

Max asintió. El viejo solía sentarse en su tractor delante de la tienda y esperaba a que llegaran los holmienses que venían a visitar la isla durante un día para llevarlos de paseo. Tenía un cartel en su tractor que decía: *Taxi-isleño*.

—La familia de Erik ha vivido en la isla desde hace siglos —prosiguió su padre—. Su familia ha transmitido las historias de cómo los rusos invadieron la isla y le prendieron fuego. ¿No has visto las inscripciones en las rocas?

Max asintió de nuevo. Por toda la isla había inscripciones de la época de los llamados «ataques rusos», grabados tanto por los invasores rusos como por los suecos batidos en retirada. Las inscripciones recordaban el terror que todos habían padecido entonces.

—Solo nosotros, los que vivimos en la costa, somos los que hemos mirado al enemigo a los ojos —dijo su padre—. Nosotros somos los únicos que sabemos de lo que es capaz. Cuando todos los demás olvidan, somos nosotros los que tenemos que recordar. Por eso es importante que conozcas estas instalaciones.

Su padre se puso de pie y continuó adentrándose en la montaña. Llegaron a una pequeña escalera de caracol que los condujo hacia arriba.

—¿Por qué no hay nadie aquí? —preguntó Max.

Su padre se detuvo en la escalera y se dio media vuelta.

—Los militares están a punto de abandonar Arholma, Max.

—¿Por qué?

—Porque consideran que la guerra ha terminado.

—¿Y de verdad se ha acabado?

Su padre negó con la cabeza.

—La guerra ni siquiera ha empezado.

Siguió subiendo las escaleras; parecía haber dejado de prestar atención a Max. Llegaron a la parte más alta. La cabeza del dragón. Su padre admiró los grandes proyectiles de artillería que había que introducir en el enorme cañón. Las piezas de latón contrastaban con el débil resplandor que emitía la cureña.

Su padre tomó un proyectil y le enseñó cómo había que alimentar el cañón.

—Había un cañón igual en Ovanskär —dijo—. Ese ya lo han desmontado.

Max se dio media vuelta. La pared del fondo estaba repleta de botones y palancas. Una de las palancas turquesas se podía colocar en dos posiciones. Justo ahora la palanca estaba colocada en la posición marcada como *Paz*. En la otra posición ponía *Guerra*.

Su padre posó una mano en el hombro de Max.

—En realidad, la cuestión no es si la guerra ha empezado o ha terminado. La cuestión es si estamos dispuestos a defender nuestro país. Siempre, en cualquier situación, a cualquier precio. ¿Tú lo estás, Max?

¿Realmente lo estaba? Max no pudo responder entonces a su padre.

La extensa ciudad, en el golfo de Finlandia, se veía desde la ventanilla del avión. Apenas a una hora de distancia. En los años pasados, él mismo había experimentado la guerra. En Bosnia, hacía cuatro años, un joven de Luleå había muerto ante él.

No había nada peor que la guerra. Pero había cosas que Max sabía que estaba obligado a defender. Y combatir. Siempre, en cualquier situación, a cualquier precio.

La sala de llegadas estaba repleta de hombres con grandes gorros de piel y gruesos abrigos de invierno, y mujeres con niños correteando alrededor. Aquí el ambiente era completamente distinto. Se encontró con rostros ajados y grises, pero con miradas curiosas y despiertas, y todos parecían observarlo.

Sin embargo, el rostro que Max deseaba encontrar al llegar a San Petersburgo, ese que siempre estaba tan lleno de vida, brillaba por su ausencia.

«Pashie, ¿dónde estás?»

Max se agachó, simuló atarse los cordones de los zapatos de cuero negro, pero estaban perfectamente anudados y todavía relucían tras la limpieza matutina. Miró en dos direcciones: hacia las personas de la sala de llegadas, y hacia las que se encontraban detrás de él. Buscó con la mirada al hombre que se había sentado al otro lado del pasillo en el avión y había mirado con curiosidad a Max mientras leía los documentos de Sarah, y después a uno de los agentes de aduanas que lo había observado algo más de la cuenta. Max había empezado a sudar bajo la cálida ropa de invierno. Constató que ambos parecían haber perdido el interés en él.

Respiró hondo. De nuevo había llegado la hora.

Rusia.

Max se dejó caer en el asiento trasero del taxi reservado con anterioridad. El chófer se volvió hacia él, pero Max levantó una mano e indicó que no deseaba hablar. El chófer sacudió la cabeza, refunfuñó, apretó el pedal del acelerador y se puso en marcha.

Largas colas serpenteaban fuera de las oficinas de cambio de divisas a lo largo de las amplias avenidas que rodeaban el aeropuerto Pulkovo. Había algo de orgullo en el comportamiento de las personas que veía desde el taxi.

Al principio clavaba la vista en cualquier espalda que correspondiera a una mujer joven; cada abrigo y cada gorro parecía poder pertenecer a Pashie.

Podía oír su voz.

«Aquí nadie va a ceder, Max. Nadie va a dejar pasar la oportunidad. Ni los candidatos a la presidencia ni los oligarcas ni los pequeños empresarios. Es ahora cuando parte el tren. Tienes que comprenderlo si quieres ser rico y pertenecer al futuro de Rusia. Si te quedas de pie en el andén, estás condenado a la pobreza y la miseria, condenado a pertenecer al pasado.»

La última vez que se vieron, Pashie habló mucho sobre cómo veía el futuro de Rusia. Él había intentado concentrarse al escucharla, pero no lo consiguió del todo. Estaba absorto en lo que él mismo había descubierto. Durante toda su vida se había preguntado quiénes eran sus padres y ahora parecía que estuviera más cerca que nunca de resolver el misterio. Al final, no pudo contenerse más y le habló a Pashie de los nombres que había oído pronunciar en su infancia, y le dijo que las investigaciones sobre el pasado de su padre lo habían conducido a ellos. El abogado Carl Borgenstierna y el médico Wolfgang Wallentin habían creado una fundación que se ocupaba de que la familia de Max recibiera, desde el año 1944, una cuantiosa suma de dinero. Borgenstierna era el único que seguía vivo.

Como de costumbre, Pashie aportó nuevos puntos de vista y estableció conexiones que él no había hecho. Y, como de costumbre, con esa calidez suya en la voz. Esa intensidad. Fue ella quien le hizo decidirse a buscar a Borgenstierna, a hablar con él cara a cara.

Max contó las tiendas que vio en el camino desde el aeropuerto, nueve en total. Una librería, un agujero en la pared que vendía CD piratas, una tienda de electrónica, un par de quioscos que vendían diferentes marcas de vodka y tres tiendas de alimentación: dos con productos nacionales con las estanterías

vacías, y una tienda finlandesa con productos importados que parecía no llevar mucho tiempo abierta.

Las pocas personas que se veía por las calles iban abrigadas con ropas gruesas y caminaban con prisa. Aquí hacía más frío que en Estocolmo. El invierno duraba más, y la primavera, que no tardaría en llegar, era más cruda y húmeda a causa de las frías aguas del mar Báltico.

El coche pasó el Nevski Palace Hotel, el hotel de lujo donde un intercambio de disparos acabó con la vida de un inocente hombre de negocios inglés hacía tan solo un par de días. Si el inglés hubiera tenido tiempo de abonar su cuenta un poco antes y abandonar la línea de tiro, no se habría hablado mucho del asunto en la prensa internacional. Las balas habrían alcanzado a los dos matones rusos que estaban detrás de él, y se habría considerado como otra muerte por encargo de los gánsteres de San Petersburgo.

Dos días después, todo había vuelto a la calma. Los asientos junto a las ventanas estaban ocupados y no quedaba ni rastro de los disparos.

El canal Griboyédov, donde comenzaba el campus universitario, era una calle lateral de la arteria principal del centro de la ciudad, la avenida Nevski Prospekt. En la esquina donde se cruzaban el canal Griboyédov y la Nevski, se encontraba la famosa catedral de Nuestra Señora de Kazán, como una langosta marrón muerta con las pinzas delante del cuerpo. Le habían arrancado la carne; la vieja iglesia se había rehabilitado como museo de historia y ateísmo. Durante cuarenta años había servido de propaganda antirreligiosa, pero ahora se encontraba en tan mal estado que ya no se podía mantener abierta.

En la plaza de la catedral de Kazán, con sus columnas majestuosas, había un hombre con un megáfono. Estaba rodeado de varios centenares de personas con banderas rojas y pancartas con el retrato de Lenin. Max solo podía ver una parte de la multitud entre las columnas, pero sabía quiénes eran: personas cuya vida había empeorado de forma radical. Antes podían utilizar cupones

estatales para viajar a los centros de vacaciones en el mar Negro; ahora que eran libres ni siquiera se podían permitir vivir en sus antiguos apartamentos. La libertad no valía nada si vivían como esclavos.

Lo primero que Sarah Hansen sintió fue el peso cálido. Abrió despacio los ojos y sonrió al ver uno de los brazos de Gabbi reposando sobre su vientre. El ligero vello del brazo le hacía cosquillas en la piel desnuda. ¿Era eso lo que la había despertado?

Sarah apartó con cuidado el brazo de Gabbi. Recogió su kimono azul con el logo de las Tres Coronas del suelo del dormitorio, se puso las gafas y se escabulló en silencio sobre la moqueta de lana púrpura del pasillo que conducía al cuarto de los niños.

Lisa dormía, como de costumbre, en su mar de peluches. A Sarah le produjo un gran sosiego verla allí, rodeada de seguridad. Björn también dormía profundamente envuelto en una manta con dibujos de *Pocahontas*. Debajo de él se encontraban las pequeñas figuras de plástico de *Toy Story*, Woody y Buzz Lightyear, esperando a que el pequeño indio abriera los ojos.

Lisa y Björn Hansen.

Sarah tomó el apellido de Lisette cuando se casaron. Ella había sido Sarah Balcerak durante casi un cuarto de siglo y después fue Sarah Hansen durante casi diez años. ¿Y ahora? ¿Volvería a ser Sarah Balcerak o eso confundiría a los niños?

En el muelle, el agua brillaba bajo el sol. Era una bendición poder madrugar una bonita mañana de invierno como esa. Sarah podía permitirse ver

la televisión mientras desayunaba una gran taza de café cargado antes de que se despertaran los demás.

Encendió el televisor con el mando que estaba en medio de la isla de la cocina. Midió el café recién molido en la cafetera mientras los pensamientos vagaban por sí solos hacia Max. ¿A qué hora saldría el vuelo a San Petersburgo? ¿Qué estaría haciendo en ese momento?

La gran noticia de la mañana llamó su atención. En el sofá del programa se sentaba Frank Ståhl, director de comunicación de la compañía de telecomunicaciones Telia, que a menudo acudía a los eventos de Vektor. Pidió disculpas por los problemas causados debido a una señal enviada a los trescientos mil usuarios de teléfonos móviles de la empresa. Una señal que por error había borrado los datos personales de los teléfonos.

Frank aseguraba que tenían controlada la situación y que algo así no volvería a ocurrir. Como muestra de responsabilidad y deferencia, Telia los obsequiaba con un mes de suscripción gratuita, no a través de una devolución, sino alargando el período de suscripción con un mes sin cargo.

Demasiado seguro de sí mismo y demasiado barato, pensó Sarah al mismo tiempo que el borboteo de la cafetera reveló que pronto se podría servir el café. ¿Sabía Frank, en realidad, cómo se podía proteger la información privada de los usuarios? Frank formaba parte de aquella joven guardia que se habían llamado revolucionarios a sí mismos en los años sesenta; era uno de los hombres que después hicieron carrera y ganaron muchísimo dinero. Y cambiaron el suburbio por la exclusiva zona de Stureplan. La peor clase.

Durante la víspera, el teléfono de Sarah había comenzado de repente a comportarse de una forma extraña y ya no pudo utilizarlo: ni para efectuar llamadas, ni para controlar viejos mensajes de texto ni para nada. Lo había reiniciado, pero el teléfono estaba muerto.

¿Y ahora este capullo engreído decía que se habían perdido sus datos

personales?

¿Qué había perdido exactamente? Sus contactos empresariales los conservaba en un obsoleto directorio telefónico encuadernado que guardaba en la oficina. Pero ¿y los contactos personales? En el teléfono tenía los números de los padres de los niños que Lisa había conocido en el parque Ivar Lo de Estocolmo y a los que había invitado a la fiesta de su cuarto cumpleaños. Allí estaba el número de la mujer que Sarah conoció en la fiesta de *midsommar* en una isla del archipiélago el verano pasado: se había presentado ataviada con un traje regional y dirigió el baile alrededor del poste.

¿Dónde estaban esos números ahora? ¿En poder de otra persona, o habían desaparecido por completo en el ciberespacio?

Sarah se sirvió café en la ajada taza de The White Company.

Los pensamientos regresaron a Max. Cuánto deseaba ahora recibir en su móvil un mensaje suyo. Él había mostrado su aplomo habitual; mantuvo las formas y dijo que resolvería el asunto de Pashie, fuera lo que fuese. Pero Sarah había percibido su preocupación.

—Aquí hay alguien que se está devanando los sesos —dijo una voz tras ella.

Sarah se dio la vuelta, no había notado que Gabbi se había acercado a ella. Estaba completamente vestida y sujetaba una bolsa en una mano. Iba sin maquillar; sin embargo, era la mujer más hermosa que Sarah había visto jamás.

—Buenos días —consiguió decir Sarah—. ¿Has dormido bien?

Gabbi esbozó una sonrisa, apartó la mirada de Sarah y miró el televisor.

—Eso me ha pasado a mí —dijo, y cabeceó hacia la pantalla—. Mi teléfono está completamente muerto.

—Al parecer no tienen ni idea de qué ha sucedido —dijo Sarah.

—Tal vez podría hablar con un consultor IT.

Sarah procuró no sonreír. La forma en la que Gabbi dijo «consultor IT» lo decía todo. Un destino compartido con tantas hermanas que todavía no habían salido del armario. No era tarea fácil, ella lo sabía, y tal vez Gabbi no pensaba hacerlo nunca. Pero eso no importaba. Por lo menos, todavía no.

—¿Café?

—No, gracias —respondió Gabbi de inmediato—. Tengo que marcharme.
Sarah asintió, era demasiado pronto para que los niños la conocieran.

David Julin abrió lentamente los ojos e incorporó con cuidado la cabeza. Al principio no pudo reconocer los sonidos que oía, pero finalmente comprendió que el videojuego estaba encendido en el cuarto de estar. Volvió a cerrar los ojos y se dejó caer sobre la almohada. Hacía apenas unas horas que él mismo había estado sentado frente a una pantalla tecleando unas cuantas órdenes.

«El *Incubus* aterrizará esta noche. Pulsa *S* para *Sí*.»

Había hecho todo lo que Ray le había pedido. Le temblaba el cuerpo entero cuando por fin se metió en la cama. Había estado dando vueltas hasta las tres y media sin poder conciliar el sueño. La otra mitad de su cama permanecía vacía, por lo que no tuvo que oír los suspiros que solían venir de ese lado.

No podía seguir así, pensó.

Alguien gritó en el cuarto de estar.

¿Qué hora era? Ni siquiera eran las siete. Los niños nunca se despertaban tan temprano cuando su madre no estaba en casa.

David se quitó la manta de encima. Al principio le resultaba difícil dormir sin su mujer, y cuando dormían juntos le resultaba imposible yacer a su lado sin poder tocarla. ¿Volvería la pasión de nuevo?

«Ni siquiera he cumplido treinta y cinco años.»

David se quedó parado junto a la escalera y miró hacia abajo, al cuarto de estar y la cocina. Los niños estaban reunidos alrededor del televisor. Caspar jugaba al hockey sobre hielo de la NHL y sus hermanos pequeños miraban con

los ojos como platos. En la cocina se habían provisto con los restos de la cena del día anterior. Las pruebas eran muchas y estaban esparcidas por el suelo de la cocina.

—¡Buenos días! —dijo David al entrar en la sala.

Caspar y Vilma no reaccionaron. Solo se dio la vuelta el pequeño Teodor.

—¿Mamá? —preguntó.

David señaló el videojuego.

—Apaga eso ahora, Caspar.

Seguían sin reaccionar.

—¡Caspar! —gritó demasiado alto—. ¡Caspar, joder!

David le quitó el mando y Caspar se enfadó tanto que lo golpeó en el brazo. No le dolió, pero David, sin embargo, se vio obligado a tragarse una palabrota. Vilma gritó como una posesa y David cerró los ojos, ya sabía lo que le esperaba. Y Teodor rompió a llorar.

David apagó el juego y las noticias matinales aparecieron en la pantalla. Cuando vio a Frank Ståhl, el portavoz de Telia, sentado en el sillón, desaparecieron los gritos y las protestas de los niños. «En este momento: crisis en Telia.» Comenzó a sudar a pesar de que se sentía completamente frío.

Incubus.

A Frank Ståhl lo acosaban los dos presentadores, pero aseguraba que el problema no volvería a repetirse. Rebatía todas las preguntas sobre la integridad personal y las especulaciones sobre qué podía significar aquello para la seguridad del reino.

«¿La seguridad del reino? ¿Qué diablos había hecho?»

¿Había pensado realmente que los acontecimientos de la noche no tendrían consecuencia alguna?

David manejó el mando y apagó el televisor. Sujetó a Caspar, que se resistía, y lo abrazó con fuerza hasta que se tranquilizó.

—Perdóname si parecía enfadado, Caspar. Perdón. Te quiero.

Era la primera vez que pronunciaba esas palabras y la primera vez en mucho tiempo que abrazaba a su hijo mayor de esa manera.

Se sorprendió ante el efecto que le produjo. Las lágrimas le quemaban entre los párpados.

David miró la pantalla en negro del televisor y observó el reflejo de su cuerpo y el de Caspar. Todo lo que uno hacía tenía consecuencias. Sentía la angustia en el pecho y, finalmente, no pudo contener las lágrimas.

«He sido un idiota. Pero ahora se acabó. De ahora en adelante haré las cosas bien. Haré lo correcto por vosotros.»

El reloj de la cocina marcó las siete. A David le pareció oír un coche en la rampa del garaje.

—¿Qué es eso, Vladislav? —preguntó Max, y señaló el brazo del becario de la facultad.

—¿Esto? —dijo el joven, y miró la pulsera que llevaba.

Max asintió.

Habían llegado al final de la ronda de bienvenida. Después de que Afanasi Mishin, el rector de la facultad de Economía, presentara a Max a los empleados, se apresuró hacia una reunión y dejó que el becario Vladislav Bagayev guiara a Max.

Mishin había adquirido experiencia como profesor de Historia de la Economía después de haber comenzado su carrera como investigador de historia militar. Había tenido éxito en el mundo académico dentro del Pacto de Varsovia y, finalmente, tuvo la oportunidad de fundar la facultad de Economía, Fineki, como se la conocía.

El interior de la nueva facultad era completamente distinto a Vektor. La institución de Estocolmo estaba decorada con diseños de interioristas suecos, todo pagado por los generosos patrocinadores. Para Fineki se había reunido lo que se pudo recuperar de los restos de la basura soviética del sótano y a veces, literalmente, de la calle.

Vladislav tenía un cartón como escritorio. Le mostró una caja a Max, en su interior había más pulseras.

—Las hace mi hermana. Las vende los sábados en el mercado.

—¿Puedo verlas? —preguntó Max.

Las pulseras estaban hechas a mano con esmero y sentimiento, no se parecían a nada que se pudiera encontrar en una tienda de Occidente. Tocó una de ellas, que se componía de un fino cordel adornado con colgantes en forma de cilindros verdes, naranjas y plateados.

—¿Las vendes tú?

—Por supuesto —dijo Vladislav—. ¿Quieres comprar una?

—¿Cuánto cuesta?

—Cinco mil rublos —respondió Vladislav.

Se abrió la puerta y Mishin entró en la habitación. Vladislav lo miró y Mishin asintió.

Max comprendió que ambos se traían algo entre manos. Que Mishin aprobaba las ventas del becario, ya que, seguramente, no podía pagarle sueldo alguno.

Una vez concluido el negocio, Mishin señaló el despacho de Pashie. Mishin cerró la puerta tras de sí y le pidió a Max que se sentara en la silla de Pashie.

—Esta es su mesa. —Mishin puso las manos sobre la mesa delante de Max—. No la hemos visto desde el viernes.

—¿Tampoco sabéis nada de ella?

—No, nada.

—¿Y cuando llamáis a su casa?

—No recibimos respuesta alguna —dijo Mishin.

Carraspeó.

—Ahora Pashie va a lo suyo. Ya casi nunca se toma un café con nosotros, lo cierto es que no estamos muy enterados de lo que hace para vosotros.

—Pashie me ayuda con información y análisis de cara a las próximas elecciones presidenciales —dijo Max.

«Ella también es la única persona con la que comparto mis secretos y

esperanzas personales», pensó, pero esa parte se la guardó para sí mismo.

—Comprendo —dijo Mishin—. Pero tú eres economista, ¿verdad?

—Algo así.

Los rusos rara vez daban las gracias por las lecciones de democracia. Si le explicaba el verdadero trabajo y las intenciones de Vektor, ¿podría Mishin entonces diferenciar el trabajo de *lobbista* del de un agente secreto durante la Guerra Fría? A veces, la frontera era tan delgada que resultaba difícil definirla, incluso en Suecia.

Mishin tosió.

—Como ya te dije, estamos muy preocupados.

—La encontraremos —dijo Max—. Ocúpate de que alguien la llame a casa una vez cada hora hasta que podamos hablar con la arrendadora, la señora Bili.

Mishin asintió y salió de la habitación.

Max miró alrededor. En la pared, a la izquierda del escritorio, colgaba un tablón de anuncios cubierto de papeles y diferentes objetos: un banderín de la artillería costera de San Petersburgo, Retjflot; una fotografía de David Hasselhoff y Pamela Andersson de *Los vigilantes de la playa*, con el texto «FUCK» grabado en la frente de Hasselhoff, y una bolsa de patatas vacía que todavía olía a polvo de cebolla y sal. De allí colgaba también un collar de madera, una cruz ortodoxa y un pedazo de papel con algo escrito en él: «Los que votan no deciden nada. Los que cuentan los votos lo deciden todo». Una cita de Iósif Stalin.

En la pared opuesta había un póster de una competición de saltos de esquí: una fotografía soleada con dos saltadores juntos, uno más alto que el otro. El póster mostraba una fecha del año anterior y el nombre del lugar: Toksovo. «Está a poco más de media hora en coche», había dicho ella, aunque siempre tomaba el tren a casa.

«¿Dónde estás, Pashie?»

Para ser más efectivo en su búsqueda tenía que disponer de una base de operaciones. ¿Podría acomodarse aquí? Pashie se había reído de él cuando fueron a un hotel juntos. Lo primero que Max hacía al entrar en la habitación de un hotel era registrar todo lo que había allí e inspeccionar la ubicación de la habitación en el hotel y todas las entradas y salidas posibles. Después deshacía la maleta. Un armario con perchas era algo imprescindible, y tenía que colgar toda la ropa inmediatamente, sin dejar nada en la maleta.

«¿No puedes dejar eso ahora?», solía decir ella.

Pero no podía. Si uno se encargaba de tener las cosas en orden, enseguida se daba cuenta si habían intentado moverlas.

Mishin sospechaba que alguien había estado en la habitación de Pashie, alguien que no debería haber estado allí. Max buscó en el escritorio, palpó con los dedos a lo largo de las patas y debajo de la superficie de la mesa. Sacó uno de los cajones y comprobó su peso. Estaba hecho de un material ligero y barato, apenas podría utilizarse para defenderse en caso de que apareciera una visita inesperada. Un extintor colgaba de la pared junto a la puerta. No había ningún armario antiincendios con hacha, como sucedía en edificios parecidos de Suecia. El extintor era un modelo viejo, pesado y duro como una botella de buceo. Max sabía cómo dejar a alguien sin sentido con uno como ese si fuera necesario.

No descubrió nada importante. Pero tampoco podía descartar la idea de que alguien hubiera estado allí. Rebuscando.

Se llevó las manos a la cara y se obligó a apartar las imágenes que se apoderaban de él.

Necesitaba ayuda si quería encontrar a Pashie. Además de Mishin y la facultad de Economía tenía algunos conocidos a los que podía recurrir.

Una persona especial apareció en su mente. Como alumno de intercambio,

durante los seis meses de estudios intensivos de ruso había conocido en la Universidad de Moscú a Iliá, que era un verdadero conseguidor, un *tolkajen*. Allí tenía un pequeño despacho, pero su título oficial como jefe del comité deportivo era algo ridículo. En ese despacho, Iliá realizaba todas las actividades imaginables e inimaginables: objetos y dinero cambiaban de dueño, así como rublos y divisas. Iliá vendía de todo: vaqueros, música rock, estimulantes y amor.

Dos años después del período de Max en Moscú, Iliá fue a Estocolmo y estuvo viviendo en su casa. Se había vuelto más corpulento, más musculoso y parecía más ajado. La energía seguía intacta, aunque la ingenuidad juvenil había empezado a trocarse por cinismo. Iliá había comentado que se había mudado a San Petersburgo porque allí se encontraba el brillante futuro, algo que Max desechó de inmediato, ya que le parecía una falsedad. Nadie creía que la ciudad del oeste pudiera ocupar el lugar de Moscú como el corazón palpitante del gigante que se despertaba. Max supuso que Iliá había abandonado la capital porque tenía problemas, pero nunca hablaron de ello.

Si alguna vez iba a necesitar un amigo como Iliá, era ahora.

Tomó el móvil. Desde su llegada a San Petersburgo no había podido encontrar una red móvil local; su teléfono parecía estar completamente muerto. Max lo apagó y volvió a encenderlo. Apareció el logo de Nokia en la pantalla, se detuvo ahí y después no pasó nada más.

Salió al pasillo y le preguntó a Vladislav si podía utilizar el teléfono de la facultad para realizar una llamada local. Después tomó su agenda telefónica y buscó el número de teléfono de Iliá.

—¿Sí? —contestó una voz de mujer.

—¿Está Iliá?

Una larga pausa.

—¿Quién eres? —dijo la mujer al fin.

—Soy un viejo amigo que lo está buscando.

—También lo hace la policía. Nadie sabe dónde está.

—¿Puedo dejarle un mensaje?

—¿Qué clase de mensaje?

—Dile que busque a Max Anger en la universidad, en la facultad de Economía.

—Dudo que vuelva a ver su maldito careto —dijo la mujer—. Pero si lo veo, se lo diré.

Gabbi condujo su Saab Cabriolet hasta la rampa de entrada de la casa en Danderyd. Apagó el motor, luego permaneció sentada en el coche y tamborileó sobre el volante, dejando que todo reposara.

Como de costumbre, tener la casa delante hizo que le bajaran las pulsaciones. La vivienda la había diseñado uno de los arquitectos más prominentes del país y había seguido personalmente los momentos más críticos de aquella construcción de seiscientos metros cuadrados.

Entonces eran felices.

Gabbi negó con la cabeza. Parecía como si hubiera pasado muchísimo tiempo.

Durante la media hora y poco más que le tomó conducir desde Tyresö hasta aquí se había sentido como una estrella de cine, como Thelma recién separada de Louise. ¿Temporalmente? ¿Para siempre? No se había sentido tan joven y tan llena de vida desde que se construyó la casa.

¿Qué le esperaba al otro lado de la bonita puerta? La misma vieja rutina de siempre. Si quería sorpresas en su vida, tenía que ser ella la encargada de conseguirlas por su propia cuenta. Había muchas personas que dejaban la felicidad y el destino de sus vidas en manos de otros, pero ella no.

Tomó el bolso del asiento del copiloto y cerró la puerta del coche tras de sí. Alguien había espalado la nieve y raspado el hielo. Al menos eso era algo.

Gabbi se detuvo frente a la puerta. No pudo oír ningún sonido en el interior

de la casa; lo único que se oía era el viento que sacudía el gran enebro que se alzaba junto a la entrada de su hogar.

Respiró hondo.

En la placa junto a la puerta principal aparecía el apellido familiar que ella había adoptado, pues era la vieja costumbre indicada a las mujeres. Ella todavía no se había acostumbrado del todo. Era un nombre que pertenecía a otra persona, no a ella.

Julin.

Estaba a punto de introducir la llave en la cerradura cuando esta se abrió desde dentro.

—¡Hola, mamá! —exclamó Caspar.

Su rostro brillaba cuando la vio; se abalanzó a sus brazos. Pero le ocurría algo. ¿Había estado llorando?

—¿Cómo está la abuela? ¿Está todavía enferma?

Gabbi estrechó a Caspar entre sus brazos, el pequeño corazón latía contra su pecho.

—Ahora la abuela está mejor —respondió ella, y acarició su cabello, algo húmedo en la nuca.

—Te he echado de menos.

—Yo también te he echado de menos.

El calor del pequeño cuerpo de Caspar la enterneció. ¿Cómo era posible amar a un niño tanto y al mismo tiempo sentirse tal como se sentía? Pasara lo que pasara, los niños no tenían que sufrir.

Una sombra se cernió sobre ellos y Gabbi alzó la vista.

—Hola, Gabbi, has venido muy temprano. Creí que tendría que llevarme a los niños al trabajo. Por fin estás aquí.

Trabajo, trabajo. El año próximo Caspar podría disfrutar de su primera semana blanca. ¿El trabajo también sería más importante que eso?

Esbozó una sonrisa hacia su marido.

—Vete a trabajar tranquilamente, David. Yo me encargo de esto.

Max se acercó a la ventana del dormitorio del apartamento de estudiantes que le habían asignado. Tenía vistas sobre la universidad, además de la catedral de Nuestra Señora de Kazán y el canal Griboyédov.

Strebor, el anciano guarda de seguridad del edificio de estudiantes, lo había acompañado por el pasillo del último piso. Estaba completamente renovado, limpio, y era funcional, con una gran sala de estar al lado de la cocina común, y un equipo de música y televisión.

Aparte del sonido de unos muchachos jugando en el patio interior, todo estaba tan silencioso y tranquilo como Max había deseado. Abajo, los chicos corrían con unos palos persiguiendo una lata vacía de cerveza por la nieve medio derretida que cubría el asfalto.

Abrió el armario, contó las perchas y comprobó los cajones. Era más que suficiente para el escaso equipaje que había traído. Comenzó, como siempre, con las camisas, los pantalones y las americanas. Después colocó los zapatos y una bolsa con productos para su limpieza en el suelo del armario. Por último, colocó los jerséis, la ropa interior y los calcetines en diferentes cajones.

Dejó sus cuadernos de apuntes y el informe que le había entregado Sarah en el pequeño escritorio. Puso encima de la mesilla de noche el neceser con las benzodiacepinas. Tomó la guía telefónica y la hojeó en busca del número de la señora Bili. Ahora tampoco respondía nadie.

Max solo sabía que la señora Bili era una anciana. ¿Resultaría todo tan sencillo como que Pashie se hubiera ido para ayudarla en algo?

Max echó un vistazo por la habitación. Le recordó su vida en el ejército. Durante unos días intensos, Sarah y él habían colocado todos los casos del ruso en la pared de la habitación de Max para tener una visión general de las distintas declinaciones y conjugaciones verbales. Se pasaron noches enteras, cada uno sentado en su lado de la cama, lanzándose palabras para preparar el examen sin preocuparse de los demás.

Max tomó el auricular y llamó a casa, a Suecia. Sarah respondió tras un par de señales.

—Necesito la ayuda de un viejo amigo.

—No sabía que tuvieras conocidos en San Petersburgo.

—¿Te acuerdas de Iliá, del que te hablé? ¿El de la Universidad de Moscú?

—Sí —dijo Sarah después de unos segundos—. ¿Está en San Petersburgo?

—Vivía aquí la última vez que hablé con él, y lo he buscado.

Alguien llamó a la puerta de Sarah, él la oyó decir en voz baja: «Dame solo un minuto». Después carraspeó.

—¿Estás seguro de que es una buena idea? Si recuerdo bien, Iliá era un tipo bastante desenfrenado. Presiento que puede resultar costoso.

—Voy a necesitar moverme fuera de los canales habituales —dijo Max—. El coste añadido valdrá la pena. Y estoy seguro de que puedo confiar en él.

Sarah suspiró.

—Mantenme informada. Y ten cuidado.

Tras colgar, Max se quedó mirando el teléfono un buen rato, después se volvió hacia el escritorio.

En la pared de encima había un cuadro, una copia de una pintura clásica de la naturaleza, con un río que corría a través de un paisaje verde y frondoso. Max lo descolgó y lo colocó en el armario.

Escribió el nombre de Pashie en una hoja de uno de los cuadernos de notas.
«Creo que tengo algo para ti. Algo nuevo, algo que no te esperabas.»

Max arqueó las cejas. ¿Podría eso tener algo que ver con su propia investigación? ¿Era eso lo que había desencadenado todo? ¿Que Pashie lo hubiera ayudado? Escribió los nombres «Borgenstierna» y «Wallentin» en una página del cuaderno. Añadió «1944». Colocó los papeles en la pared con una buena separación entre ellos. Después tomó el resumen del último sondeo de opinión, el que indicaba que el partido de Ziugánov, el KPRF, iba a la cabeza en casi todos los distritos electorales de Rusia, y también lo colgó.

Max retrocedió un par de pasos, miró de una hoja a otra. Dejó que sus pensamientos vagaran. ¿Podía percibir un patrón?

Unos golpes en la puerta le hicieron darse la vuelta.

Fue a abrir. Al otro lado se encontraba Strebor, con la mano en su Kaláshnikov. El arma colgaba del cuello, con una correa demasiado larga, y golpeaba sus rodillas cuando se movía.

—¿Hay algo más? —preguntó Max.

—Sí, tengo un mensaje de un tal Iliá. Al parecer te espera en Fontanka 44.

Fontanka se encontraba a lo largo del río del mismo nombre, en el centro de San Petersburgo. Él había pasado un par de noches húmedas allí con Pashie.

—Cuarenta y cuatro —dijo Strebor—, es el único local de San Petersburgo donde no se puede fumar.

Max asintió en señal de agradecimiento.

Para ir hasta el club apenas necesitaba dar un pequeño paseo por la avenida Nevski Prospekt, cruzar el puente Aníchkov y después girar a la izquierda hacia Fontanka.

Cuando la oscuridad se apoderó de la ciudad, la calle principal, por lo general tan concurrida, se vació de gente. La imagen de la ciudad era completamente distinta por la noche. El aire húmedo se llenó de un torbellino

de partículas que se hacía visibles bajo el brillo amarillo pálido de las farolas. Había algunos coches fuera y las aceras se encontraban desiertas. Por la noche, la imagen de la ciudad era totalmente diferente. La distancia entre los pocos hoteles, que eran los únicos lugares donde uno podía adivinar que había gente, resultaba larga, los edificios de los alrededores parecían enormes en la oscuridad.

Por fin llegó a la dirección indicada: un pequeño edificio de tres plantas. Max subió las escaleras hasta la puerta. Había dos cuatros grabados en el yeso de la fachada.

Tras llamar a la puerta, le abrió un fornido hombre uniformado.

¿Un policía?, alcanzó a pensar Max antes de darse cuenta de que este hombre pertenecía a otro cuerpo completamente distinto.

—¿Sí?

—Estoy buscando a Iliá —dijo Max.

El hombre lo examinó de pies a cabeza. A continuación esbozó una amplia sonrisa y abrió la puerta de par en par con un ronco: «Bienvenido». Se echó a un lado para dejar pasar a Max; en la mano llevaba una botella medio llena de vodka Moskovskaya, etiqueta verdiblanca.

Una vez cruzada la puerta, Max se topó con el murmullo de la gente y la música en vivo. En el estrecho pasillo colgaban cuadros y recuerdos del cuerpo al que parecía pertenecer el dueño del local, retratos de jefes y héroes fallecidos del cuerpo de Bomberos de San Petersburgo.

«Es el único local de San Petersburgo donde no se puede fumar.» Ahora lo entendía.

Una cálida luz de color rojo se hacía más intensa mientras Max avanzaba por el pasillo. La música sonaba cada vez más fuerte. Finalmente entró en una sala que parecía una cantina militar, techos altos al clásico estilo de San

Petersburgo, sofás redondos y sillas tapizadas en felpa roja, desgastados paneles de madera y lámparas de techo de latón.

En una esquina, un trío tocaba una conocida melodía popular rusa con acordeón y balalaica. Algunos bomberos con las mangas arremangadas y mujeres con faldas cortas y tacones de aguja se agarraban de los hombros y lanzaban las piernas al aire al ritmo de la música.

Una mujer joven enfundada en un corto vestido azul claro pisó mal con sus tacones de aguja. El hombre que había a su lado posó una mano grande y firme en sus caderas, la atrajo hacia él y a continuación dejó que la mano se deslizara a lo largo de la línea de la ropa interior.

El cuerpo y el cabello de la mujer le recordaban a Pashie. En el parque de Vasa, hacía dos meses, ellos habían patinado juntos sobre hielo. Max con sus viejos patines y Pashie con unos que le había dejado una amiga de Sarah. Él tuvo que sujetarle las manos con fuerza para que no se cayera.

«Ya te lo había dicho. Soy una chica del sur.»

Max buscó a Iliá con la mirada. No había humo de tabaco en el ambiente, pero estaba claro que esa noche habían dejado las normas de seguridad a un lado; ahí dentro había más de cien bomberos y el mismo número de mujeres.

En un intento por pasar inadvertido, Max se dirigió a la barra y pidió una cerveza. Un grupo de mujeres jóvenes bailaba en medio de la sala con las manos alzadas al aire. Parecían universitarias, su baile era más moderno que la música.

Un hombre enorme situado junto a una de las mesas se volvió y le esbozó una sonrisa a Max. Era mayor que las mujeres, aunque más joven que la mayoría de los bomberos. El cabello negro aceitoso estaba peinado a raya, y debajo del ojo izquierdo sobresalía una vena, como una raíz fuera de la tierra.

Iliá había cambiado desde la última vez que se habían visto. Tenía una gruesa cicatriz que le cruzaba la garganta, y la impresionante masa muscular

tenía que ser el resultado de algún preparado. A pesar de todas las horas que pasaba en el gimnasio, Max había encogido en comparación con su amigo ruso.

Iliá estaba de un humor excelente. Atrapó a Max en un abrazo de oso y lo besó en las mejillas.

—¡Max! —exclamó.

Gesticuló y enseguida llegó a la mesa una bandeja con bebidas, champán ruso, cerveza y chupitos de vodka.

—¿Qué haces aquí con los bomberos? —preguntó Max.

Iliá esbozó una sonrisa, una amplia sonrisa atenta.

—Los ayudo con algunas compras.

—¿Qué estamos celebrando? —inquirió Max, y cabeceó hacia los bomberos bailarines.

—Que hayas venido, claro —respondió Iliá, y alzó el vaso—, pero me podrías haber dado más que un par de horas para organizar la fiesta.

Max brindó con él, se derramó un poco de vodka y cayó sobre la mesa. Iliá secó el líquido derramado con la mano y después se la pasó por encima de los vaqueros.

—¿Llevas viviendo en San Petersburgo desde la última vez que nos vimos? —dijo Max.

—No, me he dado una vuelta por el Báltico, por Riga —respondió Iliá sin mirar a Max—. Pero ese es un capítulo acabado.

Los músicos empezaron a tocar una nueva melodía de ritmo frenético. La sala se acercaba al punto de ebullición.

—Háblame de Riga —dijo Max, y se inclinó hacia Iliá para hacerse oír.

Iliá se encogió de hombros y Max pudo sentir su hedor a alcohol. Iliá parecía haber bebido mucho, aunque no se le veía demasiado borracho.

—Ayudé a una organización benéfica con los suministros a una escuela para

niños ciegos. Antibióticos contra las cataratas. Medicinas occidentales sencillas y baratas, inalcanzables para los niños enfermos de allí.

—Siempre del lado de los débiles, ¿verdad, Iliá?

—¿Te acuerdas de Boris, mi hermano pequeño?

—¿Cataratas? —dijo Max.

—Ciego desde los cuatro años, de forma totalmente innecesaria —Iliá le dio un trago a su cerveza Baltika—. Después de haber estado colaborando durante seis meses, me... me invitaron a casa de una de las profesoras. Ella me contó qué pasaba con los transportes tras su llegada a la escuela.

—¿Qué sucedía?

—El director de la escuela tenía unos amigos que llevaban todo a un almacén fuera del recinto escolar. Después vendían las medicinas por un precio elevado a los padres de los niños. Medicinas que los niños debían recibir gratis. Cuando supe lo que los padres tenían que pasar para conseguir el dinero, algo se rompió en mi interior.

Max había visto qué podía pasar cuando algo se rompía en el interior de Iliá.

—Entiendo —dijo.

—Así que es un capítulo acabado. —Iliá dio un nuevo trago—. ¿Qué te ha traído por aquí?

La música que lo envolvía desapareció cuando Max le habló de Pashie. Sobre cómo le resultaba imposible ponerse en contacto con ella. Mientras Max pensaba en Pashie, la sala empezó a dar vueltas y él parpadeó con fuerza. Ahora no era momento de perder el control.

Cuando Max acabó, Iliá se acercó a él todavía más. Su entusiasmo iba en aumento.

—¿Qué significa esa mujer para ti, amigo?

«Todo», deseó decir Max. En cambio, le habló de su relación laboral y le

contó a qué se dedicaba Pashie en la actualidad.

—¿Así que esta chica ha hecho algo mal? —dijo Iliá—. Hoy en día, la gente es muy sensible. ¿Quieres que te ayude a buscarla? ¿Es esa la razón de que me llamas?

Max asintió.

Iliá arqueó una ceja. Comprendió que Max no le había contado todo.

Una caja vacía de cerveza salió volando por los aires y algunos bomberos comenzaron a luchar entre ellos. El trío empezó una nueva canción y enseguida todos los presentes en la sala cantaron tan alto como pudieron.

Iliá encargó dos nuevos chupitos de cien mililitros de vodka. No resultaba fácil beberse eso de un solo trago, sobre todo de vodka.

—Vamos, ponte de pie —dijo Iliá—. Es la marcha de los bomberos. Ahora empieza la fiesta.

Le pasó el brazo por el cuello a Max y tiró de él hacia sí.

—Ahora beberemos como hacíamos antes, viejo amigo. Y mañana iremos a buscar a tu novia.

Estocolmo, mayo de 1943

Carl Borgenstierna se encontraba sentado en el despacho de su casa, en la calle Själagårdsgatan, y hojeaba los documentos para preparar las negociaciones del día siguiente en el tribunal de distrito de Estocolmo. El asunto era de especial importancia para su amigo, el ministro de Justicia Gyllenswärd, que siempre había actuado como un mentor para él.

Carl estaba solo, el resto de la familia se encontraba en casa de unos amigos en Gotland. Llamaron a la puerta de la tienda, pero ya había cerrado y no deseaba recibir a ningún cliente para ver las antigüedades de su padre. Sus antepasados habían sentado las bases de la riqueza familiar, así que su padre pudo dedicarse a las antigüedades sin necesidad de tener un trabajo que reportara verdaderos beneficios.

Volvieron a llamar; se trataba de un visitante persistente. Carl dejó a un lado el documento, apagó de un soplo la lámpara de queroseno que reposaba sobre el escritorio y bajó las escaleras hasta la planta baja. Allí abrió la puerta trasera que separaba su residencia privada del local de la tienda. La débil luz del atardecer no iluminaba mucho el local y Carl caminaba con cuidado para no tirar ninguno de los antiguos tesoros esparcidos por la tienda, por las repletas estanterías, mesas y voladizos. Su padre disponía de la colección familiar de antigüedades rusas (platitos bañados en oro pintados con motivos de soldados de la armada del zar,

enfriadores de caviar, regaderas, pitilleras, cajitas de oro y cuadros). Las antigüedades rusas compartían local con aquello que era la verdadera pasión de su padre: artículos náuticos que compraba en tiendas y ferias de coleccionistas por todo el mundo.

Aquellos objetos habían rodeado a Carl durante toda su infancia: cartas náuticas, pitos de vapor, faroles, bitácoras y barómetros. Había crecido con el olor del esmalte y el alquitrán en las fosas nasales.

A través del escaparate, Carl vio a Wolfgang Wallentin de pie, observando el interior de la tienda.

—¡Carl! —gritó—. ¡Tienes que venir inmediatamente!

Carl abrió la puerta y Wallentin se precipitó por encima del umbral.

—¿Qué ocurre?

—Vino a verme al hospital. La mujer de la ópera.

Carl volvió a evocar a la hermosa mujer. Su tocado negro, su mirada igual de negra...

—¿Fue con su marido?

—No, vino con otro hombre, un confidente. El padre Stefan. Te está esperando en la iglesia rusa. Necesita tu ayuda, Carl.

Corrieron juntos hasta Skeppsbron, donde un taxi modelo Volvo los esperaba con el motor y el taxímetro en marcha. Wallentin corrió alrededor de la parte delantera del coche para evitar el gas inodoro de aquel aparato, parecido al de una sauna, colgado en la parte trasera del coche. Carl había oído hablar de todos los accidentes ocurridos con estos coches, que se habían vuelto a utilizar tras descender el suministro de gasolina. Además de los accidentes y los incendios que se producían al arrancar los motores,

empezaron a llegar a los hospitales de Estocolmo pacientes con intoxicaciones crónicas de gas.

—¿Por qué fue a verte a ti? —preguntó Carl tras sentarse en el asiento trasero.

—Dijo que necesitaba un doctor.

—¿Está enferma?

—No, no en el sentido médico de la palabra, diría yo.

—¿Está embarazada?

Wallentin le dirigió una mirada que ya había visto muchas veces antes, esa que irradiaba humanismo, autoridad y complacencia. Wolfgang Wallentin, el joven y exitoso médico jefe de servicio, director del hospital Sophiahemmet, ocuparía el año siguiente el cargo de director del Södersjukhuset, el nuevo y moderno hospital de Estocolmo.

—No, rotundamente no. Te puedo asegurar que no está embarazada.

Carl asintió. «Rotundamente no.» Wolfgang siempre elegía sus palabras con sumo cuidado. ¿Por qué había elegido expresar este hecho con tanto énfasis?

Siberia, pensó Carl al bajarse del taxi. La iglesia rusa se encontraba en la calle Birger Jarlsgatan 98, una zona tan alejada del centro de Estocolmo que había recibido el nombre de una de las zonas más remotas de Rusia.

En el atrio, al otro lado de la puerta, se encontraba el padre Stefan esperándolos. Iba vestido de civil y estrechó la mano de Carl cuando este entró.

—Gracias por venir. La joven dama trabaja en la embajada para madame Kolontái. Ha asumido un gran riesgo al ponerse en contacto con ustedes,

señor Borgenstierna. Ella lo espera en uno de los bancos delanteros. Creo que será mejor que hablen a solas.

Carl miró a Wallentin, que asintió. ¿De qué iba todo esto?

Él caminó despacio por la iglesia. Tan pronto como la pesada puerta de madera se cerró detrás de él desapareció el ruido de la calle y le embargó una gran sensación de calma.

Los últimos rayos del sol de la tarde refulgían desde el techo de cristal pintado de azul y oro. La luz hacía brillar las paredes de mármol amarillo y rosa. Pero el techo de cristal estaba agrietado por varios lugares, el agua de lluvia había entrado y el suelo se había encharcado. Habían pasado veinte años desde que el régimen comunista había interrumpido la subvención de Rusia. Carl sabía que el movimiento eclesiástico en Suecia subsistía gracias a unos escasos recursos y a la humanidad que todavía existía en algunas partes de la ciudad: ciudadanos que no consideraban como enemigos a los refugiados de la guerra de San Petersburgo y el Báltico.

Ella se encontraba sentada con los ojos fijos en el iconostasio que tenía ante sí. Carl se deslizó por el banco y se sentó junto al pasillo, dejando un par de metros de distancia entre ellos. Ahora parecía una mujer diferente, vestía un abrigo gris oscuro de lana y un sombrero de fieltro marrón claro. El abrigo estaba desabrochado y debajo se veía una blusa blanca de franela y una falda de tablillas gris clara. Calzaba zapatos de salón de cuero liso marrón, de medio tacón, y medias de seda artificial marrón claro. Como cualquier mujer de Estocolmo. Una mujer que, a diferencia de la versión de ella que Carl había visto en la ópera, deseaba llamar la atención lo menos posible. Cuando se volvió hacia Carl, este contuvo la respiración. La versión diaria de ella superaba el recuerdo de femme fatale que él había visto en la ópera. Era, si es que podía ser posible, aún más bella.

Carl esbozó una sonrisa.

—Me llamo Carl Borgenstierna —dijo él en ruso—. Me alegro de volver a verla.

Parecía que lo atravesara con la mirada.

—¿Cómo es posible que hable ruso? —dijo ella.

—A finales de siglo, mi abuelo fue cónsul sueco en San Petersburgo. He crecido entre sus cuadros colgados de la pared de casa, cuentos y canciones rusas, y he estudiado su idioma.

—¿Por razones políticas o para hacer carrera?

—Nada de eso —dijo Carl—. ¿Cómo se llama?

—Tatiana.

—¿Tatiana a secas?

Ella se volvió hacia el iconostasio sin contestar.

—¿Qué hace usted en Suecia? —preguntó Carl—. ¿El hombre que la acompañaba en la ópera es su marido?

—Crecimos en la misma región de la Unión Soviética. Ellos pensaron que sería práctico.

¿Quiénes eran «ellos»? pensó Carl. Tendría que preguntarlo en otra ocasión, si es que volvía a tenerla.

—Entiendo que no tenemos mucho tiempo —dijo Carl—. Usted se ha puesto en contacto con nosotros porque necesita ayuda. Yo soy un hombre con cierta influencia. ¿Qué clase de ayuda necesita?

Cuando Tatiana se volvió de nuevo hacia él, lo miró de otra manera, como si él hubiera superado la primera prueba.

—Yo y mi... marido, ambos tenemos antepasados rusos, pero procedemos de la hambrienta Ucrania; nos trasladaron a Moscú debido a nuestros respectivos talentos. Yo estaba en una competición en un gimnasio junto a un centenar de chicas de mi misma edad. Al acercarme a la hilera de hombres y mujeres que debían calificarnos tuve que hacer toda clase de

ejercicios, inclinarme hacia aquí y hacia allá, memorizar cosas incomprensibles e imitar sonidos de lenguas extranjeras, entre otras la vuestra. Me seleccionaron y me condujeron a una pequeña habitación. Cuando lo vi, comprendí que todo era una farsa, que todo estaba decidido de antemano para que me sintiera elegida.

—¿Qué le hizo pensar eso?

—Él. El genio de Bajrak. Se le conocía desde joven por su talento. Uno de esos talentos que ellos creían que podrían servir mejor a la gran causa si se utilizaban para otra cosa que dominar las obras clásicas de piano.

—¿A qué se dedica él ahora?

—No tiene cualidades humanas. Es una máquina.

Carl estaba sentado en silencio, intentaba asimilar las palabras de ella.

A continuación dijo:

—¿Y cuál es su talento?

Tatiana le sostuvo la mirada a Carl.

—Actuar —respondió.

—¿Y quién cree que organizó la reunión?

—El mismo hombre que nos casó. Es un monstruo. Usted no tiene ni idea de la clase de atrocidades a las que somete a su propio pueblo. Atrocidades que no van a quedar solo dentro de las fronteras soviéticas. Piensa propagarlas con su revolución roja mundial.

Carl no tenía palabras.

—Mi nombre de soltera es Tatiana Sedova. El hombre con el que estoy casada ha venido a este país como espía, y mi obligación es hacer lo mismo. He sido entrenada y preparada en Moscú con ese fin. Soy una espía soviética contra mi voluntad.

—Pero ¿por qué se ha puesto en contacto conmigo? ¿Cómo puedo ayudarla?

—No he podido olvidar nuestro encuentro en la ópera. Tampoco mi marido, que hizo una investigación sobre usted y su amigo. Le oí decir a un camarada su nombre y en qué trabajaba.

Ella se llevó una mano al pecho, toqueteó la blusa blanca.

—Ya que su amigo Wallentin es médico, me puse en contacto con él; eso no despertó ninguna sospecha, pude culpar a mi salud. Después le pedí que organizara un encuentro con usted. Había algo en su mirada cuando nos vimos en la ópera que hizo que sintiera que usted era un hombre en el que se podía confiar, un hombre que me puede ayudar con lo imposible.

—¿Lo imposible?

—Quiero escapar del hombre que me posee y del monstruo de Moscú. Soy consciente de las consecuencias que esto puede acarrear. Merezco morir por traicionar a la madre Rusia.

Jueves,

29 de febrero de 1996

Max puso los pies en el suelo y los observó sentado en el borde de la cama. Movi6 ligeramente los dedos y dej6 que su cuerpo despertara lentamente a la vida. Se habia acostado tarde, demasiado tarde en realidad. Y eso no lo habia acercado a Pashie. Cuando por fin se meti6 en la cama, veia la sonrisa de Pashie cada vez que cerraba los ojos. Le pareci6 oirla susurrar en su oido y decidi6 ignorar todas las instrucciones m6dicas y tomarse una *benzo* a pesar de haber bebido demasiado.

Max se levant6 de la cama y se dirigi6 al espejo del recibidor. Observ6 su cuerpo, que sentia m6s cansado de lo que aparentaba. En la pequea c6moda situada delante del espejo habia un folleto. En su parte delantera, un cosmonauta flotaba en el espacio, indiferente a la gravedad de la Tierra. Sujetaba un tel6fono m6vil apoyado en su gran casco redondo, sonreia tras la visera y hablaba alegremente con alguien de su casa, en Rusia. Seg6n el folleto, el tel6fono pertenecia a St. Petersburg GSM, un operador de telefonia m6vil local.

Quiz6 deberia procurarse un nuevo m6vil con contrato local. Su propio tel6fono seguia sin funcionar. Movi6 un poco la cabeza y resopl6. A diferencia del cosmonauta, 6l s6 que notaba la influencia de la gravedad terrestre. Sentia como si tambi6n llevara un gran casco redondo sobre la cabeza, un casco de plomo. La boca le sabia a metal y tenia la garganta seca como papel de lija.

El tel6fono que habia junto a la cama comenz6 a sonar y Max se sobresalt6.

«¿Pashie?»

El pulso le palpitaba en las sienes mientras se apresuraba hacia el aparato.

—¿Max? —dijo Mishin—. Acabamos de hablar con la señora Bili.

—¿Pashie se encuentra allí?

Mishin suspiró.

—No, lo siento. La señora Bili se había ausentado de su casa durante un par de días. No sabe dónde está Pashie, pero dijo que había encontrado algo suyo.

—¿Qué ha encontrado? —preguntó Max.

—Un teléfono móvil.

Después de una ducha rápida, Max bajó al canal Griboyédov, donde lo esperaba Iliá, como habían acordado. Estaba sentado detrás del volante de un todoterreno Niva rojo y parecía un actor de una película de serie B trabajando ocasionalmente en un anuncio de comida rápida: llevaba una hamburguesa en una mano, bebida en la otra, cazadora negra de cuero y gafas de sol.

—Es estupendo que volvamos a hacer negocios juntos otra vez, Max.

—¿Otra vez?

—Ya sabes que me caes bien.

Iliá esbozó una amplia sonrisa.

Max reconoció el tono de los días en los que colaboraron en Moscú, cuando todo lo que salía de la boca de Iliá era una táctica de negociación o una amenaza.

El aroma de la hamburguesa de Iliá se mezclaba con el hedor de los gases del motor. Max esbozó una mueca.

—¿Cuánto? —dijo.

—Necesito quince mil.

—¿Rublos? —inquirió Max—. Vale, hay trato.

—Dólares.

Quince mil dólares por encontrar a Pashie. ¿Qué opciones tenía Max de negociar? ¿Negarse, y correr el riesgo de no volver a ver a Pashie nunca más y quedarse eternamente con la incógnita de qué habría sucedido si *tolkatjen* hubiera participado de la aventura? La cantidad carecía de importancia. Pashie valía todo el dinero del mundo.

—Un pez gordo como tú —dijo Max— ¿para qué necesita el dinero?

—Para proseguir con mi trabajo caritativo —respondió Iliá, y volvió a sonreír—. No, hablando en serio, quiero estudiar Derecho.

Max se imaginó a Iliá llegando al juzgado con su cartera en una mano, el móvil en la otra, corbata y traje apretado a punto de estallar debido al amplio pecho y los abultados bíceps. Seguro que sería un abogado fantástico, con su vena varicosa bajo el ojo y la gran cicatriz en el cuello. Aterrorizaría a todo el mundo: a los miembros del jurado, a los guardias de seguridad, a los testigos y hasta a los peores clientes posibles.

—De acuerdo, te daré quince mil dólares —dijo Max—. Cuando tengamos a nuestra chica.

Iliá se volvió hacia él y Max creyó que cuestionaría las condiciones de pago, pero, en cambio, se le acercó tanto que Max pudo apreciar cómo le latía la vena debajo del ojo.

—*Tu* chica, Max, no *nuestra*.

Condujeron por la avenida Nevski Prospekt, atravesaron el puente de Alexander Nevski y dejaron atrás el monumento en recuerdo de la heroica defensa de Leningrado, con su llama de gas eterna y el alto obelisco. Se trataba de un perpetuo recordatorio de los indescritibles tormentos que padeció la ciudad durante los novecientos días de largo asedio de la Segunda Guerra Mundial, en el que algunos, finalmente, se vieron obligados a comerse a otros seres humanos para sobrevivir.

Max había imaginado que se encontraría con el suburbio típico ruso de edificios grises construidos a toda prisa, aleatoriamente dispersos por la zona. Sin embargo, Toksovo se parecía más a un pueblo urbanizado, algo que resultaba muy raro en Rusia. Se diría que había madurado al ritmo adecuado, a un compás más lento. La industrialización no se había impuesto desde arriba en una noche, ni había aniquilado por completo las antiguas construcciones, como en tantos otros lugares del país.

Si bien el mantenimiento de carreteras y edificios estaba descuidado como en todas partes, Toksovo, en cambio, recordaba a las pequeñas ciudades del sur norteamericano, con anchas calles y barrios de viviendas. Pero a diferencia del sur norteamericano, aquí había un fondo compuesto de colinas cubiertas de nieve, donde los remotes subían por las crestas de las montañas.

La señora Bili vivía en una casita con una pequeña parcela, una caseta de perro y un cobertizo; la forma de este último se había desvanecido con el desgaste del paso de las estaciones y ahora parecía una carpa que había perdido un palo o dos y que solo se mantenía erguida porque se apoyaba en la pared de la vivienda.

Iliá detuvo el coche frente a la casa, sin importarle estar molestando a otros conductores.

Cuando entró en la parcela, Max vio a la señora Bili tras la ventana. Sus miradas se encontraron durante unos instantes y él comprendió. La señora Bili tenía unos sesenta años y era de corta estatura, delgada y pálida, y se cubría el cabello con un pañuelo; de haber sido más musculosa, habría parecido la imagen ideal de la mujer trabajadora soviética.

Se asemejaba a su propia madre, Josefín, que siempre tomaba partido por los débiles y le había inculcado a Max tratar por igual a todas las personas. Había cierta lógica en que su madre se hubiera casado con Jakob, el huérfano, cuyos padres desconocidos eran la comidilla constante en la isla. Al pasar de

los años, Josefin había tenido que soportar todo tipo de rumores sobre los padres biológicos de su marido. Unos decían que eran unos borrachos sin hogar de los arrabales de la capital. Otros aseguraban que Jakob Anger era hijo de una persona de alto rango en la sociedad sueca, el fruto de una noche de pasión, una equivocación.

A juzgar por la vestimenta de la señora Bili y la sencillez y limpieza que reinaba en la cocina, ella vivía sola. Llevaba una vida modesta que giraba en torno a sí misma. La falta de relación con otras personas era un signo de mal agüero. Max esperaba encontrarse con alguien a quien pudiera relacionar con Pashie.

La señora Bili les ofreció té, y tanto Iliá como Max se sentaron apretujados en torno a la pequeña mesa de la cocina. La señora Bili dirigió una mirada nerviosa al enorme Iliá.

—Hemos intentado ponernos en contacto con Pashie y con usted varias veces —dijo Max—. ¿Ha estado de viaje?

La señora Bili asintió y sirvió el té humeante en dos tazas que había encima de la mesa.

—Cuando llegué a casa, Awesta no se encontraba bien.

¿Awesta? Un nombre de mujer afgano. Max recordó la caseta del perro que había visto fuera. ¿Quizá su marido había servido en la guerra? No era extraño que la gente pusiera a sus perros nombres de personas a quienes habían conocido durante la guerra.

—¿Qué le pasaba? —preguntó él.

—Es terrible. —La señora Bili sacudió la cabeza y se llevó una mano a un ojo—. Siempre ha sido una perra muy sana, pero el jueves cayó enferma de repente, tenía un dolor horrible. El veterinario vive a casi una hora de distancia. Tuve que instalarme allí el tiempo que la estuvo tratando, hasta que todo acabó.

Max asintió.

—Lo siento. ¿Cuándo vio a Pashie por última vez?

—El día antes de que Awesta enfermara.

—¿Y cuando regresó a casa no encontró ninguna nota de ella, ninguna señal de adónde había ido?

—No, nada. Pero se oyen unas historias tan terribles que una ni siquiera se atreve a pensar en ello.

—¿Qué clase de historias?

—En los alrededores viven unos cuantos cabezas rapadas. No les importa hacer daño o algo peor. Y teniendo en cuenta el origen étnico de Pashie...

Los prejuicios y el racismo crecían en las zonas rurales, sobre todo en las afueras de las grandes ciudades rusas. Hordas de partidarios del nacionalista Zhirinovski vagaban por las calles y las carreteras creando problemas. Los tártaros siempre se veían obligados a mantenerse alerta, pero Pashie estaba acostumbrada a ocultar su procedencia.

La señora Bili dijo que una pandilla de cabezas rapadas habían empujado a un hombre mayor de raza negra delante de un tren, así los racistas se habían cobrado una nueva víctima. Max sabía que Pashie había sufrido ataques discriminatorios, pero estaban relacionados generalmente con asuntos cotidianos, como que un barman se negara a servirle alcohol por considerarla musulmana, lo cual no era en absoluto cierto. Su madre, medio rusa, se había empeñado en que Pashie creciera como una cristiana ortodoxa, igual que el resto.

—¿Tiene una relación cercana con Pashie? —preguntó Max.

—No, yo no la describiría así. No puedo decir que la conozca bien, pero ha sido una inquilina muy buena, siempre ha pagado a tiempo, no ha causado problemas con fiestas, ni con hombres.

«Íbamos a un hotel», pensó Max y se dio la vuelta.

—¿Podemos echar un vistazo a su habitación?

La señora Bili se cambió de zapatos y se puso una rebeca verde. Señaló por la ventana hacia fuera, al cobertizo del jardín.

—¿Es allí donde vive? —preguntó Max.

—Ella vive en el viejo garaje, en la parte trasera de la casa.

Caminaron por el pequeño jardín y entraron en el cobertizo. Max e Iliá tuvieron que agacharse para no golpearse la cabeza contra el techo. Encima de un banco había un cultivo de plantas bien organizado, tenía macetas apiladas unas encima de otras, herramientas de jardinería colgaban de unos ganchos en la pared y en el suelo de tierra había una caja llena de huesos de perro.

Al salir a la parte trasera, Max vio una vieja puerta de garaje. Resultaba imposible llegar en coche hasta allí. Probablemente, la casa se había construido en origen de manera diferente. ¿Tenía Pashie que recorrer todo este camino cada noche al acabar su larga jornada laboral en San Petersburgo, después de pasar treinta o cuarenta minutos de tren, y luego atravesar el destartado cobertizo para vivir en un espacio construido para un coche? Ella solía decir que vivía en un garaje, pero esa era la primera vez que Max lo veía, y nunca creyó que Pashie lo dijera en serio. Parecía que ni siquiera hubiera aire ahí adentro.

—¿Pashie se había ausentado durante largas temporadas con anterioridad? —inquirió Max.

—Sí, un par de veces, pero nunca sin decírmelo.

—¿Y está segura de que Pashie no está aquí dentro? —dijo Iliá.

—No he visto la luz encendida desde que volví a casa. Se filtra a través de las grietas de la pared.

—Pero usted ha encontrado algo que le pertenece.

Max esperó pacientemente. Al final, la señora Bili metió la mano en un bolsillo.

—Lo encontré entre aquellos arbustos. No parece que funcione.

Al ver el móvil Max contuvo la respiración. *Era* el de Pashie. Lo tomó y lo acarició con la mano, como si pudiera sentir la calidez de ella en el aparato. Ella había sujetado ese teléfono, había hablado con él pegado al oído. Pero ahora no quedaba rastro de calidez, al contrario, estaba completamente frío.

La señora Bili carraspeó y Max se sobresaltó. Volvió a mirar el teléfono. Era un Nokia, igual que el suyo, con un contrato de Telia que Vektor había pagado.

—Me lo quedo —dijo Iliá—. Conozco a alguien que puede extraer la información.

Se guardó el teléfono en la chaqueta de cuero.

—¿Podemos abrir la puerta ahora?

La señora Bili introdujo la llave e Iliá la ayudó a empujar la puerta. Un olor a quemado se propagó hacia ellos y la señora Bili retrocedió un par de pasos.

Max parpadeó varias veces. A continuación entró en el pequeño espacio interior. Se encontró una cama, un viejo sofá, una mesa baja y un pequeño televisor. Pegada a la pared había una pequeña cocina. En el lado opuesto había una gran estantería. Todo su contenido yacía esparcido por el suelo y sobre los muebles. En medio de la habitación había un barril de aceite. El olor a fuego y ceniza procedía de allí.

A cada paso que Max daba hacia el barril de aceite el corazón le latía más rápido y con más fuerza. El tiempo se ralentizó y finalmente se detuvo por completo. Rechazó los peores sentimientos e imágenes que se le aparecían.

Algo sobresalía del barril de aceite. Algo calcinado que parecía prolongarse hacia él.

Cuando Max vio que se trataba de un palo, su corazón comenzó a latir de nuevo. Con la ayuda del palo removió el contenido del barril. No había huesos, ni pelo, ni grasa derretida.

«Gracias, Dios mío.»

Pero allí estaba todo aquello en lo que Pashie había trabajado para Vektor: documentos, libros, cuadernos de apuntes, fotografías..., y un ordenador portátil medio derretido.

—¿Puedo ver eso? —dijo Iliá.

Tomó el ordenador, observó la pantalla destrozada y el teclado derretido. No tenía batería, y toda la parte inferior del ordenador estaba perforada y hueca como un queso suizo. Dejó que cayera de nuevo al barril.

—¡Max!

La voz lejana de la señora Bili llegó desde el fondo del garaje. Max se apresuró hacia una puerta parecida a la de un armario que conducía a un cuarto de baño improvisado. Se vio obligado a agacharse para poder entrar, pero la propia habitación era más grande y tenía un techo más alto de lo que se había imaginado.

A la izquierda estaba la alcachofa de la ducha, justo encima del retrete. A su lado había un lavabo de aluminio que parecía pertenecer a un cobertizo de jardín más que a un cuarto de baño.

Los estampados rojos de la pared atrajeron su mirada.

No se trataba de estampados. Eran huellas de manos bañadas en sangre. A ambos lados del lavabo había más sangre, que se había coagulado y formaba gruesos grumos secos.

El espejo del baño situado encima del lavabo mostraba restos de dedos ensangrentados que lo atravesaban de lado a lado. Max cerró los ojos. La imagen del rostro de Pashie colmó el espejo. Volvió a abrir los ojos, la imagen había desaparecido. Tuvo la sensación de que las marcas de sangre del espejo le hablaban.

«Encuéntrame.»

Afanasi Mishin cambió de postura en la silla y le alcanzó el tufo de algo podrido. La silla había permanecido guardada en el sótano y se la veía en buen estado, aunque demasiado desgastada. A veces, el olor le recordaba que la silla llevaba en la universidad casi tanto tiempo como él.

Un movimiento percibido con el rabillo del ojo hizo que levantara la vista del informe en el que había intentado concentrarse durante la última media hora. La cabeza de una perra apareció en la puerta. A la cabeza le siguió el olor de una perra que no se había bañado en mucho tiempo, junto al conocido jadeo de una vieja amiga que nunca se había preocupado de su condición física.

—¡Sharik, amiga mía! —exclamó Mishin—. ¡Tendremos que construirte un carro para que te resulte más fácil arrastrar a tu dueño!

Sergei Gachov traspasó la puerta sin dirigirle la mirada a Mishin; en cambio, se centró en el viejo sillón de cuero, el lugar de lectura de Mishin, situado en un rincón del despacho.

Se dejó caer en él, resopló y tiró de la correa de la perra para obligarla a tumbarse a sus pies.

«Gachov —pensó Mishin—, ¿cuándo te jubilarás?»

—¿Qué tal, Afanasi? —dijo Gachov sin aliento—. Parece que aquí te sientes como en casa.

Su mirada vagó por la pequeña araña de cristal azul claro, que era una

herencia familiar, pasó por la gran librería que cubría la pared y estaba repleta de libros de historia de la economía y teorías financieras, y por fin llegó a la alfombra azerí roja y negra que había en el suelo.

—Sí, Sergei —dijo Mishin—. En un par de décadas, esto se habrá convertido en una verdadera institución, con recursos para realizar investigaciones serias y alcanzar resultados.

Ambos habían experimentado y compartido innumerables vivencias tanto dentro como fuera de las protectoras paredes del mundo académico: nacieron durante la gran hambruna, crecieron durante los años de la guerra, presenciaron las purgas de los años cincuenta, a continuación fueron testigos del optimismo y los avances de los años sesenta y setenta, del estancamiento de los ochenta, con la *glásnost* y la *perestroika*, y ahora vivían los altibajos del libre mercado.

¿Volverían a ver los buenos tiempos en los que la ciencia y la investigación eran una prioridad para el Estado?

—¿Y tú? —prosiguió Mishin—, ¿todavía le lees a la perra revistas de antropología hasta que ronca con tal fuerza que impide que te concentres?

La energía de la risa de Gachov sorprendió a Mishin.

—Es cariñosa y buena —replicó Gachov—. Y la mejor amiga del hombre.

—No lo dudo. Pero ¿qué te trae por aquí?

Gachov trabajaba frenéticamente, como si todavía creyera que podría salir de las sombras, pero ninguna disciplina universitaria tenía menos prioridad que la arqueología. La nueva Rusia no estaba interesada en excavaciones históricas, nada resultaba menos atractivo. Sin embargo, eso no era un obstáculo para una persona como Sergei Gachov.

—El asunto es ella —dijo Gachov, y cabeceó hacia la perra, que parecía haberse dormido a sus pies.

Mishin miró al sabueso.

—¡No me digas que está enferma, Sergei! Si es así, has buscado al profesor equivocado.

—No, en absoluto. Sin tener en cuenta su cadera mala, se encuentra bien, completamente centrada en sobrevivirme muchos años. Y he buscado al profesor idóneo para mi asunto. Al menos es la persona adecuada.

Gachov se mostraba serio.

—Sharik descubrió algo durante nuestro paseo matutino. Es un descubrimiento del que quería hablar contigo.

—¿Encontró un baúl lleno de dólares americanos?

La hilaridad de Gachov no asomó en esta ocasión.

—Desgraciadamente, no. Encontró huesos humanos.

—Pero ¿por dónde paseáis por las mañanas? —exclamó Mishin—. ¿Vais al cementerio?

—Por el paseo marítimo del cabo del Báltico. Allí estuvimos ayer por la mañana.

—¿Y estás seguro de que eran huesos humanos?

Tan pronto como Mishin hizo la pregunta comprendió lo estúpida que resultaba. Reconoció su error con una mueca. «No necesitas responder a eso.»

—¿Qué hiciste, Sergei? ¿Llamaste a la policía?

—¿Crees que debería haberlo hecho?

Mishin arqueó las cejas. Creyó entender por qué Gachov había acudido a él. No era porque él fuera un experto en esta clase de descubrimientos, sino porque él era una persona en la que Gachov confiaba de verdad.

—No, supongo que no —dijo.

—Sharik iba por su cuenta y empezó a ladrar.

—¿Tal vez un accidente marítimo? —dijo Mishin—. ¿Alguien que se cayó por la borda y se ahogó? Quizá deberías notificarlo de forma anónima. Para que lo pongan en conocimiento de posibles parientes preocupados.

Gachov negó con la cabeza.

—Eso me transportó en el tiempo, amigo mío. A la gran hambruna. ¿Ahora también han llegado a esos extremos?

¿De qué hablaba su viejo amigo? Lo que sugería era impensable. Era algo de lo que se habían librado desde hacía por lo menos cincuenta años, algo que apenas había ocurrido en la Unión Soviética desde sus días de infancia.

«Holodomor.»

Cuando en los años treinta se introdujo la economía planificada como parte de la industrialización de la Unión Soviética, ciertas áreas concretas de Ucrania sufrieron una gran hambruna. La falta de alimentos en la Unión Soviética hizo que se confiscara el grano a los agricultores. Algunos argumentaban que la gran hambruna formó parte del terror de Stalin, que se aseguró de matar de hambre a los ucranianos para tenerlos bajo control.

—¿A cómo de lejos te refieres?

—A la época en la que las personas comían personas.

—Pero ¿te has vuelto loco?

—No —dijo Gachov con decisión—. Estudié los huesos con todo detalle. Pertenecían a una persona, Afanasi. Y alguien los había roído.

Mishin sintió un escalofrío y se vio obligado a tragarse las náuseas. Después observó a Gachov, cuya mirada poseía la fuerza y la convicción de una persona que sabía de qué hablaba.

—Pero ¿no podría haberlo hecho un animal? —preguntó Mishin.

—La carne era rosada, Afanasi. La habían cocinado antes de comerla.

—¿Cocinado?

Mishin negó con la cabeza. Estos eran tiempos difíciles, no había duda de ello, pero esta clase de comportamiento era algo que pertenecía al pasado, no al San Petersburgo de hoy en día.

—Dime una cosa, Afanasi —dijo Gachov—, ¿qué clase de monstruo es ese

que ha llegado a nuestras aguas?

—Hay algo diferente en ti, Sarah —dijo Charlie Knutsson desde el otro lado de la mesa.

Sarah se secó la comisura de los labios con la servilleta de tela y, al mirar el lago Saltsjön, se dio cuenta de que sus pensamientos vagaban demasiado lejos. Mientras esperaba en el muelle del puente Skeppsbron, el viento y el sol la habían acariciado. El cielo estaba despejado, esa clase de cielo que ella amaba y nunca había disfrutado en su país. Le resultaba tan rico en oxígeno que le llenaba de energía y cansancio al mismo tiempo. Era como un día hecho para reflexionar y para airear todo lo que la agobiaba.

Sarah encontró la expresiva mirada de Charlie tras sus gafas marrones y redondas. A diferencia de otros miembros de la junta directiva de Vektor, su presidente era alguien en quien podía confiar, y no tenía nada en contra de que él se inmiscuyera en sus asuntos, tanto privados como profesionales. Con el paso de los años había llegado a considerarlo un mentor.

Charlie encarnaba la imagen del típico aristócrata del sur de Suecia. Era un hombre cuyo gusto en el vestir y estilo de vida eran totalmente anglófilos, un hombre orgulloso de las tierras que poseía, que trataba con respeto a la gente que trabajaba en ellas. Viejas virtudes y viejo dinero: todo eso era Charlie K.

—¿Qué noticias prefieres primero: las buenas o las malas?

—Empieza siempre por las buenas —dijo Charlie.

Sarah dejó que la mirada vagara de nuevo por el agua.

Se encontraban en el restaurante favorito de Charlie, un bistró francés a solo cien metros de su oficina en Riddarholmen.

—He conocido a alguien —dijo ella, y no consiguió reprimir una sonrisa—. Creo que puede haber algo.

—¿Recién salida del armario?

Sarah asintió y Charlie esbozó una sonrisa torcida.

Él lo sabía todo acerca de su matrimonio con Lisette. Había asistido a la suntuosa boda y al bautizo de los niños. Las había alentado durante los años felices y había estado allí cuando todo se fue al infierno y Sarah pensó que todo había terminado. No solo el matrimonio, sino también su propia vida.

—Me alegro por ti —continuó él—. Ahora aprovecha y disfruta.

—Gracias. Te mantendré informado.

El camarero recogió los platos. Rechazaron el café.

—¿Y las malas noticias? —dijo Charlie, y se inclinó hacia delante.

Él sabía qué pasaba en Rusia. Charlie era el único miembro de la junta directiva que leía los informes de Sarah y Max. Él podía ofrecerles la perspectiva de un hombre que había dedicado toda su vida a la defensa de la cultura y los intereses suecos no solo en el país, sino en el mundo entero.

Sarah suspiró.

—Pashie, nuestra colaboradora de San Petersburgo, lleva desaparecida desde hace un par de días. Es algo muy raro.

—¿Ella y Max están...?

—Sí —dijo Sarah—. Él ha viajado allí para buscarla. Iba a ir de todos modos para finalizar el trabajo de análisis antes de las elecciones, pero adelantó el viaje y se fue tan pronto como supo que Pashie había desaparecido.

Charlie asintió.

—Así que estás tan preocupada por él como por ella...

—Sí.

Sarah sabía que Charlie veía a Max como una bomba de relojería que podía explotar cuando uno menos se lo esperara. Tanto Charlie como ella sabían que él se había convertido en líder del grupo de buzos de ataque tras actuar de manera instintiva durante un ejercicio en el que le salvó la vida a otro buzo. Max no le tenía miedo a nada, pero eso también podía conducirlo a que se expusiera a correr demasiados peligros.

—Últimamente Max ha estado muy ocupado —dijo Sarah— desenterrando su pasado. Si quieres saber mi opinión, creo que ha perdido el tiempo. Le ha dado por pensar que Carl Borgenstierna puede saber algo acerca del pasado oculto de su familia.

Charlie retiró la servilleta de sus piernas y se secó la boca.

—¿Por qué te preocupa eso?

—Porque Borgenstierna y la Fundación Mar Báltico han sido muy importantes para Vektor. No quiero molestarlo, y menos ahora que está enfermo.

Charlie apretó la servilleta.

—¿Borgenstierna está enfermo? No lo sabía.

—Hace poco, Max ha intentado ponerse en contacto con él. Al parecer había estado de viaje. Max, por fin, lo encontró. Estaba internado en el hospital Södersjukhuset, lo habían sedado después de un trasplante de riñón. Max está completamente obsesionado por la investigación sobre su familia, tanto que ni se enteró de que Pashie había dejado de contactar con nosotros.

—O tal vez ambos tengan su propia agenda —dijo Charlie—. Quizá hayan trabajado en algo por su cuenta y te hayan dejado fuera a ti.

Max no podía alejar de su mente la imagen de la huella ensangrentada de la mano. Lo siguió tras abrir la pesada puerta de la universidad; era lo único que visualizaba al subir las escaleras a grandes zancadas hacia el departamento de Economía.

Había un fax encima de la mesa del despacho de Pashie. Aunque no figuraba ningún saludo, Max sabía que lo enviaba Iliá. El mensaje consistía en un listado de números de teléfono a los que Pashie había llamado desde su móvil.

Max se sentó al escritorio de Pashie y le pareció sentir durante un instante su olor. Volvió a ver la huella de la mano ante sí. Respiró hondo varias veces, se inclinó hacia el teléfono y marcó el número del servicio de información. Después de una larga conversación de quince minutos había comprobado los once números de la lista. Obtuvo el nombre de cinco de ellos, solo tres tenían dirección, uno era un número extranjero y de los dos restantes no había rastro. La operadora del servicio de información creía que eran números nuevos de móvil.

Los cinco nombres pertenecían a la señora Bili, la arrendadora de Pashie, a la facultad de Economía, al periódico en lengua inglesa *St. Petersburg Times*, a una tal Margarita Yushkova y a la empresa Brice & Stadthaller.

Max decidió empezar por Margarita Yushkova; quizá ella fuera una conocida de Pashie. Cuando marcó su número oyó que transferían la llamada. Enseguida respondió una mujer joven:

—Buenas tardes, bienvenido a St. Petersburg GSM.

—Buenas tardes —respondió Max—. Desearía hablar con Margarita Yushkova, por favor.

—Está en una reunión y después se irá a casa, creo que tiene que recoger a los niños en la guardería. ¿Puedo dejarle algún mensaje?

—No, gracias. Volveré a llamar mañana.

Max arqueó las cejas. ¿St. Petersburg GSM? Se acordó del cosmonauta y anotó algo en el cuaderno.

Existían muchas razones para que Pashie hubiera llamado al periódico en lengua inglesa *St. Petersburg Times*, pero Max rechazó la idea de que tenía algo que ver con su mensaje.

«Creo que tengo algo para ti.»

Max volvió a tomar el auricular.

—Domashov —respondió un hombre joven.

—Hola, me llamo Max Anger. Creo que has hablado con mi...

—Es probable que estés hablando con la persona equivocada y el día equivocado. Estoy batallando con un *deadline*, sección de emprendedores. Y solo me encargo de rusos.

—¿Solo te encargas de los rusos?

—¿Sabes, Max? Seguro que tienes algo realmente interesante, pero prueba con la centralita. Pregunta por otra persona. Buena suerte y *ciao*.

Max arqueó las cejas y colgó el auricular. Se vio obligado a sonreír. Domashov le había proporcionado, a pesar de su falta de cooperación, un valioso hilo del que tirar. La universidad tenía una biblioteca con una amplia sección de revistas y periódicos. Con el nombre del periodista y el nombre de la sección en la que trabajaba, Max podía ir allí y buscar entre los artículos que había publicado recientemente.

Comprendió que solo se trataba de una brizna de paja, pero por lo menos

tenía algo por donde empezar.

Max abrió la puerta principal de la entrada a la biblioteca y se hizo a un lado cuando un grupo de estudiantes que discutían en voz alta se aproximaron a él.

Rusia igualaba los niveles educativos occidentales, y en algunos campos científicos y artísticos incluso había llegado más lejos. Nunca había padecido escasez de grandes cerebros. Estos jóvenes estudiantes que ahora cruzaban la puerta acababan de obtener recientemente su libertad. ¿De verdad estaban dispuestos a abandonarla si los comunistas ganaban las elecciones, como señalaban los sondeos de opinión?

Al cerrarse la puerta tras él, el silencio ocupó el lugar del barullo estudiantil. Un bibliotecario de mediana edad leía un periódico al otro lado del mostrador de información. Detrás había una larga sucesión de hileras de lectura.

Max rebuscó en la estantería donde guardaban el *St. Petersburg Times* hojeando los distintos ejemplares. Al parecer, la sección de emprendedores se publicaba cada dos días. Si los artículos de Domashov eran la razón por la que Pashie se había puesto en contacto con él, el artículo tenía que haber sido publicado recientemente, con toda probabilidad la misma semana en la que Max había estado enfrascado en su propia investigación.

Tomó los últimos cuatro periódicos y se dirigió a la zona de lectura. Se sentó en una silla y los hojeó hasta llegar a la sección de emprendedores.

En la primera doble página resaltaba la gran fotografía de una atractiva emprendedora de Novosibirsk que hacía poco tiempo había abierto una tienda de ropa interior en San Petersburgo. La mayor parte del reportaje de Domashov consistía en fotografías del rostro de la mujer, lo que le daba un

aire publicitario. Max dejó el periódico a un lado, no creía que esto le hubiera resultado interesante a Pashie.

La segunda doble página trataba de dos pequeñas empresas. Una de ellas, Beyond Audio, fabricaba amplificadores de válvula. Al parecer esta vieja tecnología la aplaudían los audiófilos del mundo entero. Cuando los transistores hicieron su aparición y casi todo el mundo abandonó las válvulas, Rusia continuó utilizando la vieja tecnología, entre otras razones porque aseguraban que sobreviviría a los ataques con armas atómicas. Si los Estados Unidos lanzaban la bomba, los rusos podrían seguir escuchando su música. Max tampoco creía que este artículo hubiera despertado el interés de Pashie.

El siguiente reportaje trataba de una empresa que fabricaba botas de agua hechas a mano, decoradas con joyas y una gruesa cadena de oro. Se vendían en una sola tienda de lujo de Moscú y costaban más de dieciocho mil dólares.

La siguiente doble página llevaba como titular «Guerra telefónica». Una empresa de telecomunicaciones relativamente nueva trabajaba duro para convertirse en el operador de móviles líder del noroeste de Rusia en un mercado en rápida expansión. No había ninguna fotografía de los emprendedores, pero Max reconoció la imagen del logotipo de St. Petersburg GSM: un cosmonauta flotando ingrávido en el espacio con un teléfono móvil pegado al casco.

Margarita Yushkova trabajaba para St. Petersburg GSM. ¿Eso era solo una coincidencia?

En el caso de que este fuera el artículo que hizo que Pashie telefonara a Domashov, quizá St. Petersburg GSM fuera una de las empresas a las que Vektor tenía que investigar.

La red móvil de la compañía había sido la primera en pasarse a los estándares digitales GSM en Rusia. Sus ventajas convertirían el teléfono móvil en un objeto de deseo para cualquier ruso y las ventas de St. Petersburg

GSM crecerían a ritmo acelerado. Se describía la empresa como una organización auténticamente rusa, a diferencia de la mayoría de operadores en Rusia, que eran fruto de la cooperación entre rusos y diferentes empresas norteamericanas y europeas.

Según el artículo, la ciudad estaba orgullosa de St. Petersburg GSM; su alcalde, Anatoli Sobchak, decía que la compañía representaba el futuro de San Petersburgo, se la veía como una gran creadora de puestos de trabajo. Se describía a su presidente como a un magnate tímido con los medios, demasiado ocupado en expandir su empresa y en añadir millones a su ya vasto imperio comercial como para hablar con la prensa. La única frase suya mencionada en el artículo era la siguiente: «Hacer posible que los trabajadores rusos estén en contacto con sus seres queridos, sin importar la hora o el lugar: esa es nuestra misión».

A oídos de Max, el comentario sonaba a la clásica retórica soviética.

Y seguramente Pashie habría pensado lo mismo.

Nestor Lazarev se rascó la nuca. La rigidez había vuelto con más fuerza. Giró la cabeza de derecha a izquierda, y después sujetó el pomo del almacén.

El rapto había salido exactamente como estaba planeado. Tan pronto como funcionaron los compuestos químicos, los músculos de ella se relajaron y se desplomó en sus brazos. A continuación resultó fácil introducirla en el maletero del Mercedes.

Registró el garaje en busca de pistas, pero no encontró nada relacionado con la pregunta que ella le había hecho a Rousseau. La pregunta que hacía referencia al origen de la tecnología. Todos los asuntos en los que trabajaba parecían estar relacionados con las próximas elecciones.

Le cortó las yemas de los dedos y utilizó la sangre para recrear una escena en el cuarto de baño, de modo que pareciera un asalto. A esas alturas estaba tan ida que no sintió nada. Pero ahora, con toda seguridad, le dolerían las yemas de los dedos.

Lazarev abrió la puerta y pulsó el interruptor. La desnuda bombilla del techo despertó poco a poco a la vida. Allí estaba ella, Pashie Kovalenko, en un rincón, con la espalda pegada a la estantería de metal. Giró el cuerpo e intentó liberar sus manos vendadas de las esposas y cadenas con las que estaba sujeta a la pared. Cuando ella lo vio acercarse comenzó a gritar de nuevo.

Pashie no lloraba, sino que gritaba como una loca. Resistencia, nunca

miedo. Mucho más interesante. Él podía imaginarse lo que ella le habría gritado si no se lo hubiese impedido la cinta plateada que le tapaba la boca. No habría escuchado ninguna palabra bonita de la boca de una joven y hermosa dama. Más bien los aullidos de una perra tártara. Ella no tenía ni idea de dónde se encontraba ni por qué la habían retenido. Eso estaba claro.

¿Qué podía haber despertado esas viejas preguntas? Lazarev no llegaba a entenderlo. Primero un periodista, después esta puta; era necesario averiguar a qué organización pertenecía. Estaba seguro de que Pashie Kovalenko era la clave del misterio y que pronto se lo contaría todo.

Se agachó y la miró a los ojos.

«No tienes derecho a hacer esto», decía su mirada.

«Tengo todo el derecho del mundo —decía la de él—. Ahora tienes miedo, ¿verdad? No te voy a matar todavía. Primero te haré hablar.»

Cuando le pareció que ella se había calmado un poco, le quitó la cinta plateada de la boca. Sabía que su avanzada edad producía un efecto tranquilizador en las personas que se encontraban en la situación de Pashie, como si la edad fuera inversamente proporcional a la amenaza.

Los ojos de Pashie parecían agrandarse por segundos.

¿Había resistencia en su mirada? ¿O era miedo lo que se apoderaba de ella?

—Entiendo que te interesa mi empresa —dijo él.

Ella no respondió.

—Has estado haciendo preguntas acerca del origen de la tecnología sobre la que se basa mi empresa. ¿Por qué?

Pashie seguía sin intención de responder.

—Si contestas a mis preguntas, no te haré daño. Si no lo haces, tus peores miedos se harán realidad.

Ella tragó saliva y carraspeó. La expresión de su rostro cambió. La sorpresa

fue reemplazada por una mirada firme y centrada. Los labios formaron una pequeña «o» y después le envió un proyectil de saliva a la cara.

—Vete al infierno a follarte a tu madre —respondió ella.

Lazarev se puso en pie. Sacó un pañuelo del bolsillo de su chaqueta y se limpió el escupitajo. A continuación se dirigió hacia un objeto que tenía en lo alto de la estantería. Miró un instante aquel tubo de plástico gris, hacía muchos años que no lo había utilizado.

El plástico era duro como el acero y el tubo medía unos diez centímetros de largo y seis centímetros de diámetro. Por la parte exterior tenía púas, diseñadas para engancharlo a otro tubo.

La agarró por la mandíbula y apretó todo lo que pudo para abrirle la boca lo máximo posible. En su juventud se le conocía por sus fuertes pellizcos, y ahora, cuando la ira le ardía por dentro, sentía que aún conservaba esa fuerza. La garra de hierro.

Introdujo el tubo en la boca de la zorra. Cuando el tubo llegó tan adentro como pudo, él soltó la mandíbula. Los músculos de la cara de ella no pudieron hacer otra cosa que dejar que los labios envolvieran el plástico gris.

La mirada se le llenó de un dolor y desesperación que Lazarev ya había visto muchas veces antes.

«¿Ahora, mientras me miras ojerosa, estás viendo pasar toda tu vida ante ti? Pronto tu vida habrá terminado, tienes razón. Pero todavía no.»

«Intenta escupirme ahora.»

—Aunque no hables conmigo, al final lo sabré todo de ti.

Ella negó con la cabeza, intentó gritarle de nuevo, pero le resultó imposible articular una palabra, sonaba como las zorras aulladoras.

—Registré tu casa, Pashie. Sé que trabajas para una facultad de la universidad.

Ella callaba. Los ojos le ardían de odio. Pero no mostraba signos de darse

por vencida.

—Empezaré por allí y mataré a todos los que trabajan allí, ¿me entiendes? Mataré a todos los que han significado algo para ti.

Pashie intentó gritar de nuevo. Dio patadas y giró la parte superior del cuerpo de un lado a otro en un desesperado intento por liberarse.

Lazarev se incorporó, fue hacia otra estantería y tomó una pesada porra de goma. Llevó la porra hacia atrás y giró las caderas y los hombros en un *swing* completo contra el estómago de ella. El golpe envió una ola de conmoción que se propagó por todo el cuerpo. Ella intentó escupir el tubo que tenía en la boca, pero las púas se le clavaron aún más en la lengua. La golpeó de nuevo, esta vez con más fuerza. Y una vez más. Más fuerte todavía.

Con cada golpe, el cuerpo de Pashie se contraía de dolor. Hacía esfuerzos por respirar. Los movimientos reflejos causados por el dolor eran tan violentos que estuvo a punto de golpearse la frente con las rodillas. Eran como el respingo tras recibir una descarga eléctrica; al cuerpo le resultaba imposible controlarlos.

Después del tercer golpe dejó caer la porra al suelo y abandonó la habitación.

Le tomó más tiempo de la cuenta localizar la guardería a la que Margarita Yushkova llevaba a sus hijos. Max estaba sentado en el asiento trasero de un taxi que daba vueltas por las inmediaciones de las oficinas centrales de St. Petersburg GSM, y tuvo que soportar el incesante cambio de canales de la radio del taxista. Cuando Max halló la única guardería moderna de la zona, le pidió al taxista que esperase con el taxímetro en marcha pero a cierta distancia de la guardería.

El establecimiento parecía completamente nuevo. El interior era luminoso, pintado de blanco, albaricoque y verde. Los libros y los juguetes se guardaban en cajas de plástico rojo en medio de la sala. Este era un lugar para privilegiados, estaba claro, no un sitio al que un trabajador ruso corriente llevaba a sus hijos.

St. Petersburg GSM debía de pagar buenos salarios.

Max observó la actividad del pequeño jardín de la escuela. Los padres llegaban, recogían rápidamente a sus hijos y luego se apresuraban a marcharse de allí. Un par de minutos después llegó caminando una mujer enfundada en un abrigo rojo. Aparte de la larga cabellera que le llegaba hasta la cintura, habría podido tratarse de una joven madre de dos hijos cualesquiera. Llegaba caminando desde una dirección distinta de la del resto de padres, provenía de la calle donde St. Petersburg GSM tenía sus oficinas.

Max se apresuró a cruzar.

—¿Margarita?

La mujer se detuvo y lo miró mientras se ajustaba el abrigo al cuerpo.

—¿Sí?

—Necesito hablar contigo.

—¿Quién eres?

—Me llamo Max. He venido de Estocolmo. Una buena amiga te llamó hace aproximadamente una semana. Ha desaparecido y estoy intentando saber qué le ha pasado.

Margarita miró hacia la guardería, una joven salía de allí con un niño de la mano y el teléfono móvil en la otra.

—No sé de qué me hablas.

—Ni siquiera te he dicho quién es.

Margarita dio unos pasos en dirección hacia la guardería y Max alargó el brazo. No la sujetó, pero le cerró el paso. Ella miró el brazo y después a Max.

—Tienes que entender que ella significa mucho para mí —dijo él—. He encontrado sangre en su cuarto de baño. Alguien la ha secuestrado, la han herido.

—Suena terrible, pero ¿qué tiene esto que ver conmigo?

—Creo que ella quería hablar contigo acerca de la empresa en la que trabajas, St. Petersburg GSM. Su nombre es Pashie. ¿La recuerdas ahora?

A Max le pareció ver un cambio en el rostro de Margarita: reconoció el nombre.

—Como te he dicho, no sé nada. Ahora tendrás que disculparme, pero tengo que recoger a mis hijos.

—Margarita, creo que estás involucrada en una organización criminal.

Max cabeceó hacia la guardería.

—¿Quién se ocupará de tus hijos si te meten en la cárcel?

—¿*Organización criminal*? —dijo Margarita, y el arrebol se extendió por

sus mejillas—. ¡Yo trabajo en el departamento de contabilidad!

—¿Por qué te llamó Pashie?

Margarita respiró hondo y expulsó el aire lentamente. Se ajustó aún más el abrigo.

—Ella estaba interesada en la financiación, pero ese es un tema confidencial; ella debería saberlo, ¿no?

—Entonces, ¿cómo se financia St. Petersburg GSM?

Un coche pasó justo a su lado a gran velocidad y Max se dio la vuelta. Cuando se volvió de nuevo, Margarita se alejaba de él en dirección a la guardería.

Max la alcanzó enseguida. El rostro, completamente rojo, y respiraba sofocada.

Max alzó un dedo en señal de advertencia: «No grites».

—¿Qué diablos quieres? —le espetó.

—Como te dije, Pashie significa mucho para mí. Con tu ayuda, quizá pueda saber qué le ha sucedido.

La sujetó del brazo con fuerza.

—Cuéntame cómo se financia St. Petersburg GSM.

Margarita negó con la cabeza. Ahora tenía miedo.

—Yo trabajo en la contabilidad —dijo ella, y se le rompió la voz—. Nunca he visto a nadie de esa organización.

¿De esa organización? Una forma extraña de expresarse. Max supuso que ella se refería a que nunca había visto a los propietarios.

—¿De qué habláis durante las pausas de café cuando los jefes no están presentes? ¿Qué piensa la gente?

Margarita miró de nuevo hacia la guardería, a continuación a Max. Los ojos se le arrasaron en lágrimas.

—La gente cree que son hombres con poder, mucho poder, que han

conseguido grandes fortunas.

—¿Cómo?

—No lo sé.

—¿De qué cantidad de dinero estamos hablando? ¿Cuántos rublos cubren los depósitos normales?

—La suma es en dólares —respondió Margarita.

—¿Millones de dólares?

—Miles.

De pronto, el crudo aire frío llegó a Max invadiéndolo por completo.

Una pequeña cantidad de pequeños depósitos de dinero no era un patrón inusual en el crimen organizado. Pero esto parecía mucho más grande que todo eso. Max intentó hacer las cuentas. ¿Cuánta financiación se necesitaba para configurar una red GSM? Sospechó que en Suecia se habrían necesitado, por lo menos, mil millones de coronas suecas para empezar. Aquí, donde todo sucedía a una escala mucho mayor, era probable que se necesitara cinco veces más. Lo que ella dijo sobre pequeñas cantidades no parecía concordar.

—¿Miles de dólares?

—Miles de millones de dólares —respondió Margarita.

Nestor Lazarev abrió la pesada puerta y entró en el gran vestíbulo de la universidad. Les había dicho a los guardias de seguridad que tenía estents en los vasos sanguíneos alrededor del corazón para mantenerlos abiertos y pudo entrar en el recinto a pesar de que la luz roja parpadeó en el detector de metales.

Se detuvo un momento frente a la ancha escalera de granito y observó el entorno. Hombres y mujeres jóvenes corrían escaleras arriba y abajo con cuadernos, libros, botellas de plástico de nuevas marcas occidentales..., modernos símbolos de estatus que habían invadido la avenida Nevski Prospekt.

Negó con la cabeza. Una generación perdida.

Subió por las escaleras hasta el tercer piso. Sus movimientos eran ágiles y su condición física podía medirse con la de los jóvenes que se movían a su lado. Necesitaba estar en buena forma si quería ser capaz de llevar a cabo la misión del gran líder.

Lazarev llamó a la puerta del despacho del rector y, sin esperar respuesta alguna, la abrió y entró.

El rector de la universidad lo miró desde su sillón detrás del escritorio. Cuando comprendió quién era el que había irrumpido en el despacho, se apresuró a ponerse en pie con una sonrisa de inseguridad en el rostro.

—¡Señor presidente, qué honor! —exclamó, y le tendió la mano derecha.

Pero Lazarev no estrechó la mano del rector. Apenas miró a aquel hombrecillo de barriga redonda. Era calvo y tenía manchas rojas en la cabeza, además de unas redondas gafas negras que reposaban sobre su nariz aguileña.

«Con una manzana en la boca y una brocheta atravesando tu cuerpo serías un perfecto lechón.»

—Siéntate —dijo el rector al fin, e hizo un gesto de bienvenida hacia el interior de la habitación.

Encima de la mesa había una bandeja de plata con una botella de *shampanskoie*, otra botella de vodka y un par de vasos de cristal.

—¿Puedo invitarte a algo?

—Un vaso de agua —dijo Lazarev.

El rector dudó un momento.

—Por supuesto —dijo, y se apresuró hacia una puerta lateral—. Katia, dos vasos con hielo y una botella de agua fría, por favor.

—Sin hielo.

—¡Olvídate del hielo! —exclamó con voz chillona.

Después de que el rector sirviera los vasos y se sentara, Lazarev se inclinó hacia delante.

—¿Cómo va la universidad, Levy?

El rector tosió y le dio varios tragos al vaso de agua.

—Bien, las admisiones están alcanzando niveles máximos cada semestre.

—¿Y la liquidez? ¿Te cuadra la economía?

La expresión del rostro de Levy cambió ligeramente. Lazarev presintió el miedo.

—Señor presidente, atravesamos momentos difíciles. Te puedo asegurar que siempre hemos buscado los mejores resultados académicos posibles y que hacemos cuanto podemos con los recursos disponibles.

Sensato, pensó Lazarev, nada de empezar pidiendo.

—Me he enterado de que hay una nueva facultad —dijo—. La facultad de Economía. ¿Cómo se fundó?

—Ya era hora, ¿no es cierto? —Levy empezó a reír, pero se detuvo al percatarse de la inmovilidad de Lazarev—. ¡Eh!, intentamos ponernos al día con las reglas de juego de la economía de mercado.

Lazarev no dijo nada, apenas cambió de postura en la silla.

—El hombre responsable de la facultad es un caballero muy respetado, Afanasi Mishin. Antes se ocupaba de Historia de la Economía. La facultad se ha fundado con la ayuda de un intercambio internacional. Una institución de alto reconocimiento. Líder mundial.

—¿De qué país? —preguntó Lazarev.

—Suecia.

Lazarev miró sin expresión alguna el rostro gordo de Levy. Este apenas podía ocultar su orgullo, menudo cerdito ignorante.

—Estocolmo, para ser más precisos —prosiguió el rector.

Estocolmo. Eso era lo que él se temía.

Lazarev estiró ligeramente el cuello, lo giró a la derecha. Cuando por fin crujió se sintió algo mejor. Había aprendido a controlar sus sentimientos de la manera más difícil. El odio que sentía no se reflejaba en él, lo sabía. Sin embargo, en una ocasión las cosas habían sido distintas. Había dejado que sus emociones lo dominaran, y eso casi había significado su fin. En Estocolmo.

Al otro lado de la puerta cerrada reían unos alumnos. Levy miró nervioso por encima del hombro de Lazarev, hacia el pasillo.

Demasiadas guerras libradas desde la época de Estocolmo, algunas ganadas y otras perdidas, pero ninguna había sido tan personal como esa. Y ahora el servicio de inteligencia militar sueco se había infiltrado en la sociedad rusa y se había establecido en la Universidad de San Petersburgo. A través de una

facultad de economía. Era realmente ingenioso tratándose de la inteligencia sueca.

—¿La universidad paga a las personas de esta institución?

El rector se sobresaltó.

—Claro que no. Hay una mujer que forma parte del intercambio internacional, pero ella no recibe sueldo alguno de la universidad, ¿lo puedo garantizar! Ella tiene un despacho por el que la institución sueca paga el alquiler.

«Pashie Kovalenko. Justo ahora está masticando un tubo de plástico en mi almacén —pensó Lazarev—. Todos los que tengan algo que ver con estos infiltrados tienen que desaparecer.»

Se llevó el vaso a la boca. ¿Eran las cañerías de la universidad las que causaban que el agua supiera a hierro? ¿O era el recuerdo de la sangre? Tragó y se chupó los labios.

Este pequeño elemento perturbador no debía crecer y convertirse en algo grande; los otros miembros de la organización no debían saber nada. Sería devastador para todos, pero sobre todo para su posición. Esto era de vital importancia ahora, cuando tenía el objetivo final a su alcance.

Curiosamente, al pensar en la carga de trabajo que tenía ante sí, Lazarev sintió que una ola de calor se esparcía en su interior. En una ocasión lo llamaron para completar *su* trabajo. El pensamiento lo rejuveneció.

Señaló al rector con el dedo índice.

—Levy —dijo—, en tu universidad se ha infiltrado la inteligencia militar sueca. Y eso ha sucedido bajo tu guardia.

—¿Pero señor presidente! —protestó el rector—. ¡No lo dirá en serio!

—¿Comprendes el escándalo que esto significa? ¿Lo que puede significar para tu carrera?

Levy miró fijamente con la boca abierta a Lazarev.

—¿Qué puedo hacer para poner las cosas en orden, señor presidente?

—Lo cierto es que puedo ayudarte.

Lazarev se inclinó a un lado y sacó un pequeño reloj de cuco del bolsillo de su abrigo.

—Lleva este regalo a la facultad del señor Mishin y déjalo en el despacho que alquilan los suecos. Cuando el pájaro cante mañana, exactamente a las dieciséis horas, tú estarás sentado en uno de los mejores restaurantes de la ciudad. Disfruta de la agradable comida que no te mereces.

El rector miró fijamente el regalo que Lazarev sostenía en su mano, y después a este.

Levy era cobarde, pero no tonto. Comprendió lo que Lazarev le estaba pidiendo. Y comprendió que estaba obligado a cumplir los deseos de Lazarev. Si no lo hacía, arriesgaba su vida o el futuro financiero de la universidad. Y justo esas dos cosas eran lo único que le importaban a Levy.

El rector asintió.

—Por supuesto, señor presidente. Su generosidad está por encima...

Lazarev levantó una mano.

—Una cosa más.

El rector tragó saliva, su laringe se movió arriba y abajo.

—¿Qué relación tienes con tu antiguo colega? ¿No se cansa de dirigir el Ayuntamiento? ¿No es hora ya de encontrar nuevas aventuras?

Levy bajó la mirada hacia la mesa.

—Hace un par de años que no hablo con el alcalde, señor presidente.

—Entonces, te haré un regalo más. Antes de las catorce horas de mañana mejorarás tu relación con él. La mano derecha del alcalde, el jefe del Comité de Relaciones Exteriores y Cuestiones Internacionales, es un joven sensato que hace que las cosas funcionen.

—Sí, he oído hablar de él.

—Hazle saber que en la universidad se ha infiltrado el servicio de inteligencia militar sueco. Además, dile que habéis recibido varias advertencias de la compañía de gas acerca de que los conductos están viejos y en mal estado, y que en cualquier momento puede ocurrir una desgracia. Hay un inspector de policía en particular, Papanov, que sería la persona adecuada para asumir la investigación.

—Entendido, señor presidente.

Lazarev dejó el reloj de cuco encima de la mesa, delante del rector. A continuación se puso en pie.

—Me alegro de que nos hayamos puesto de acuerdo en este asunto.

El rector permanecía sentado en silencio y miraba fijamente el reloj de cuco.

Lazarev se detuvo en la puerta.

—Te deseo suerte en la educación de jóvenes capitalistas para levantar a la madre Rusia de sus rodillas.

Lazarev se dirigió a la verja, hacia un rincón de la universidad con vistas al canal y la catedral de Nuestra Señora de Kazán. Tomó su teléfono satélite y buscó entre sus contactos internacionales. Eslovaquia, Eslovenia, España, Polonia, Rumanía, Suecia. Ahí estaba.

El contacto sueco se había dirigido a la organización por su propia cuenta. Tenía estudios y una situación familiar perfecta, y ahora se encontraba en una posición ideal en la sociedad sueca.

Contaba con la ayuda de un soldado. Un buen hombre que caminó junto a Lazarev por los pueblos de Afganistán. Un hombre fiel, que no había echado a perder su vida fuera de las fronteras del país.

Lazarev marcó el número. Sonaron cuatro señales antes de que alguien

respondiera.

—Te escucho —contestó el hombre.

—Bien. Tengo un trabajo más que hacer en Suecia.

La mirada asustada de Margarita Yushkova permanecía en la mente de Max mientras se apresuraba escaleras arriba en la residencia de estudiantes. La luz de la sala de estar común estaba encendida. Mishin se encontraba ahí sentado. Se había provisto de una taza de té en la cocina, y delante de él, sobre la mesa baja, había un sobre blanco acolchado con un gran sello rojo a un lado: «Devolver al remitente».

—Strebtor me dijo que saliste con tu ayudante —dijo Mishin—. ¿Cómo te ha ido?

Max se sentó en la silla, frente a él. Le relató lo que había visto en Toksovo. El desorden. Los documentos destruidos, la sangre en el espejo del cuarto de baño. La certeza de que habían secuestrado a Pashie. Sencillamente, no podía estar muerta. Alguien se la había llevado y él la encontraría.

Mishin permaneció sentado en silencio unos minutos.

—Lo siento muchísimo —dijo—. He pensado en todo lo imaginable e inimaginable, desde que se haya podido caer a las vías de un tren hasta que uno de esos heroinómanos de los que cada vez hay más le haya clavado un cuchillo en la espalda.

Mishin se calentaba las manos con la taza; a continuación miró a Max. Parecía un científico cansado, perdido entre sus propias teorías. Leyes de la naturaleza que ya no parecían funcionar.

—Con el paso de las horas he creído que su desaparición tenía algo que ver

con su pasado —dijo entre suspiros de cansancio—. Uno nunca puede escapar de lo que es.

Al oír las palabras apagadas de Mishin, a Max el pulso se le aceleró. Su propio secreto era indetectable. Él parecía controlar por completo su existencia, pero todavía intentaba huir de la sensación de inferioridad; de la vergüenza.

No sabía si se debía a que su padre había sido un niño de acogida, pero durante su niñez Max siempre se sintió como un extraño. Siempre tuvo que contentarse con lo poco que tenía en forma de familia o amigos, los elementos de la naturaleza, el mar y la caza. Al igual que Pashie, él había hecho todo lo posible por salir de su humilde pasado para convertirse en algo más que en un simple isleño.

El secreto de Pashie resultaba más difícil de ocultar; ella lo intentaba cuanto podía, aunque al mismo tiempo sentía que su vergüenza también formaba parte de su orgullo.

Al ser de origen tártaro, Pashie se había visto obligada a trabajar mucho más duro que las demás chicas para demostrar su valía. Los conflictos entre los grupos étnicos rusos se encontraban bien enraizados en la historia. A los tártaros rusos, parientes lejanos de Genghis Khan, se les acusó de haber colaborado con los nazis durante la Segunda Guerra Mundial y casi fueron exterminados durante las purgas de Stalin.

La familia de Pashie procedía del Kanato de Crimea, junto al mar Negro. Su padre era de piel oscura, pero la ascendencia medio rusa de su madre le dio a Pashie una tez más clara. Pashie coincidía con la descripción positiva que se tenía de los tártaros: era honesta, decidida y trabajaba duro. Bajo la tez cetrina, el cabello negro y la ropa desgastada había una auténtica alma de nómada. Ella había tomado el nombre de Pashie de la palabra rusa para

Pascua (*Pasha*), ya que había nacido un viernes de Pascua de hacía veinticinco años. Su verdadero nombre era Elza.

—En el campus universitario hemos tenido una serie de desagradables altercados con nacionalistas —dijo Mishin.

La imagen de la sangre en el lavabo del cuarto de baño provisional de Pashie apareció de nuevo en su mente, al igual que los pensamientos del descomunal cuerpo de Iliá. La persona que había secuestrado a Pashie bien podría ser un hombre como Iliá. Max se la imaginó tratando de librarse de alguien como él. Sin lugar alguno al que ir. Nadie la oiría gritar. Nunca nadie haría preguntas.

Mishin se puso en pie para marcharse.

—Esto ha llegado hoy con el correo —dijo, y le tendió un sobre a Max—. Al parecer, Pashie quería que tuvieras esto.

En la parte exterior del sobre figuraba el nombre y la dirección de Max en Estocolmo. El nombre de la calle estaba mal escrito y Pashie había cambiado el orden del código postal. Hasta se había olvidado de escribir *Suecia*. No era de extrañar que Correos no supiera qué hacer con el sobre.

Ser tan descuidada no era algo propio de Pashie. Ella sabía la dirección, había pasado varias noches allí. ¿Por qué no escribió la dirección de Vektor, que seguramente sabía de memoria?

«Devolver al remitente.» El sobre era de la universidad y lo retornaron a la facultad de Economía en San Petersburgo. Max abrió el sobre y sacó el libro *Paradigm Shift Next – Foreseeing the Future in the Information Technology Revolution*, de John B. Colsanto.

No esperaba recibir una novela romántica.

—¿Qué tal? —dijo Sarah cuando Max la telefoneó.

—Alguien se ha llevado a Pashie. O algo peor.

Relató una vez más qué había visto en casa de Pashie: el desorden, los muebles tirados, el ordenador y los apuntes quemados. La huella ensangrentada del cuarto de baño.

—Joder, Max, lo siento mucho.

Max asintió para sí mismo y para la silenciosa habitación.

—¿Max?

—Disculpa, estaba pensando.

—Si necesitas ayuda, solo tienes que decirlo.

—Gracias, Iliá me está ayudando. Pero si la situación cambia aún más, te volveré a llamar.

Cuando colgó, lo embargó una sensación de soledad demasiado familiar.

Max recordaba perfectamente cuándo fue la primera vez que sintió esa soledad que ya nunca lo abandonaría por completo. Sucedió la tarde del 6 de junio de 1982, el día de la fiesta nacional sueca. Fue entonces cuando murió Jakob Anger. Fue entonces cuando empezaron sus problemas de sueño.

En la gran sala de estar que había en el pasillo de la residencia de estudiantes de San Petersburgo pudo sentir el frío envolviendo su cuerpo, como cada noche de invierno tras la muerte de su padre.

Max recordó que él había permanecido en la ventana de su cuarto infantil buscando más allá del reflejo de su propio rostro, más allá de los árboles cargados de nieve. Nunca encontró nada. Sin embargo, había seguido mirando cada noche.

Josefin, su madre, solía entrar en la habitación y lo observaba con expresión de preocupación, pero ella no decía nada sobre lo que ya no se encontraba allí afuera, solo le daba las buenas noches. Cuando ella salía de la habitación, Max solía colocar la palma de la mano contra la pared y sentía el frío del exterior. Mantenía la mano allí tanto tiempo que el frío penetraba en el hueso

de su brazo, extendiéndose como una infección, y llegaba hasta alcanzar el cerebro.

Josefin le hizo prometer a Max que siempre miraría hacia delante, independientemente de lo que ocurriera. «No remuevas el pasado, saca el mejor provecho de tu presente. Deja que eso que motivaba los cambios de humor de tu padre y su adicción descansen con su alma.»

Sin embargo, Max nunca pudo olvidar cómo a veces el rostro de su padre se desencajaba de rabia, con mirada oscura y frente arrugada, y que el pecho se le hundía como si se quedara sin aire.

Una noche, Max se había despertado a causa de un ruido en la escalera. Había avanzado de puntillas por el pasillo y se había parado a escuchar.

No quiso bajar la escalera y ver a su padre tirado en el pequeño despacho donde se sentaba noche tras noche a leer y escribir cartas. No deseaba verlo en estado de embriaguez, solo quería asegurarse de que estaba bien y que se podía volver a poner de pie.

Jakob Anger respiraba pesadamente y murmuraba dos nombres para sí una y otra vez, como un mantra.

«Wallentin. Borgenstierna. Wallentin. Borgenstierna...»

Max dejó el sofá donde había estado sentado con Mishin y se dirigió al dormitorio. Observó la cama vacía, los libros y papeles desparramados.

A continuación se volvió hacia la pared, con las notas. Justo al lado del nombre de Pashie había colocado dos nuevos papeles. En uno de ellos ponía: «Margarita Yushkova. St. Petersburg GSM – patrocinador desconocido, miles de millones». En el otro había escrito: «*St. Petersburg Times* – Domashov».

Avanzaba hacia Pashie, lo sabía, pero iba demasiado despacio.

Max se acercó a la ventana y posó las palmas de las manos sobre el cristal para sentir el frío del exterior.

San Petersburgo estaba envuelto de una oscuridad tan espesa que las luces

de las farolas apenas podían iluminar el canal Griboyédov y la catedral de Kazán. Seguro que esa noche estaban a diez grados bajo cero.

«Estás ahí, en alguna parte, Pashie. Estoy seguro. Y no pienso descansar hasta encontrarte.»

Estocolmo, junio de 1943

Carl se detuvo frente a la iglesia. Respiró hondo un par de veces para aplacar los latidos de su corazón. Sentía un cosquilleo por el cuerpo, como le sucedía cada vez que iba a encontrarse con Tatiana.

Además de en las breves reuniones en la iglesia se mantenían en contacto escribiéndose cartas que intercambiaban a través del padre Stefan y Wallentin. Las reuniones eran caóticas, a veces Tatiana estaba tan nerviosa y estresada que apenas se cruzaban miradas y un par de palabras. A veces tenían algo más de tiempo y podían ser constructivos y empezaban con la planificación. Hablaban de la vida en la embajada para procurar encontrar algo que Carl pudiera trasladar a sus contactos y así posibilitar su deserción.

Las cartas de Tatiana llegaban cada vez con más frecuencia y eran más largas. Él se sorprendía del talante de estas, de lo abierta y prolija que era ella. Tras la protección de la pluma se atrevía a contar más cosas. Evitaba todo lo que tuviera que ver con su marido. Era como si él no existiera.

Tatiana describía los árboles que crecían en lo que ella llamaba la tierra negra. Padecía de una gran nostalgia, no de Moscú —a la que odiaba—, sino de la tranquila existencia en el campo ucraniano, de la vida de niña en la comunidad del pueblo a las afueras de la ciudad de Bajrak, donde se

podía jugar con cachorros de perros y gatos antes de que la hambruna hiciera que todo desapareciera.

Tatiana hacía muchas preguntas en sus cartas. Deseaba saber más sobre la familia de Carl, sobre su conexión con la vieja Rusia de los zares. ¿Cómo era Rusia en aquel tiempo? ¿Era cierto que la gente corriente vivía en la miseria, como esclavos de la aristocracia?

Ella deseaba saber acerca de sus amigos, en particular si tenía amigos del sexo contrario, no por celos o desconfianza, sino para intentar comprender cómo vivían ellas, las mujeres suecas, cuya vida se diferenciaba tanto de la suya y que quizá algún día podrían ser sus amigas. También le interesaba el trabajo de Carl, la vida de jurista y cómo funcionaba el sistema judicial sueco.

Carl le hablaba encantado de todo ello.

A medida que la correspondencia se intensificaba iba creciendo un vínculo entre ellos. Entre encuentro y encuentro mantenido en la iglesia llegaba a recibir tres o cuatro cartas de Tatiana.

Esta sería la primera vez que se verían a solas, sin la presencia del padre Stefan. Carl había conseguido la llave de una puerta lateral.

Él siguió el pasillo central entre las filas de bancos y vio las bajas puertas de doble hoja que conducían al lugar que solo podían utilizar los sacerdotes. La derecha conducía a la sacristía. La puerta central se llamaba puerta real y conducía a la sala más sagrada de todas ellas, donde se encontraba el altar. La izquierda conducía a la salita llamada prothesis. Era allí donde él se reuniría con Tatiana.

Carl empujó con cuidado las puertas pintadas, agachó la cabeza y penetró en terreno prohibido.

Tatiana estaba sentada de espaldas a él, delante de una mesita con unas jarras y platos de plata.

—Dicen que las mujeres no pueden entrar aquí —dijo ella, y se volvió hacia él—. Solo los verdaderos creyentes.

—Yo no creo en Dios —dijo Carl.

—Conozco pocos hombres temerosos de Dios. Muy pocos.

Ella llevaba un sencillo vestido de algodón gris. Un chal de flores cubría gran parte de su rostro. La fuerza de su mirada le cortó la respiración. Era como si lo desarmara al mismo tiempo que lo llenaba de una fuerza nueva.

Ella se puso de pie y se acercó a él.

—Me contaste que tu abuelo había vivido en San Petersburgo —dijo ella—. ¿Existe de verdad esa ciudad?

Sentía la cabeza muy ligera, pero cada respiración suponía un esfuerzo. ¿Había sido un error venir aquí? ¿Había alguien vigilándolos detrás del iconostasio?

—Hasta que no vea la ciudad con mis propios ojos creeré que solo existe en los cuentos.

Carl la tomó de las manos, comprendió que era ahora o nunca. Se sentía obligado a saber todo acerca de esa mujer. No podía seguir engañándose a sí mismo. No solo deseaba ayudarla a escapar, deseaba que fuera suya.

El primer beso encendió todo su cuerpo con un fuego lo bastante intenso como para consumirlos a ambos.

Viernes,

1 de marzo de 1996

Max se sirvió azúcar en el té para eliminar el sabor metálico que tenía en la boca. Sentía la cabeza pesada por la *benzo* y permaneció bajo el agua caliente de la ducha durante más de media hora para conseguir poner el cuerpo en marcha.

Se dirigió a la pared de los papeles con una taza en la mano. Dejó que la mirada vagara por las anotaciones, empezando por Borgenstierna. Se detuvo en el nombre de la empresa Brice & Stadthaller y el periodista Domashov. Tenía que conseguir reunirse con ellos, descubrir de qué había hablado Pashie con ellos. Como periodista, Domashov estaba acostumbrado a divagar, pero Max confiaba en poder averiguar el estado real del asunto. Durante su tiempo en el ejército aprendió a sonsacarles los secretos a los demás. Aunque en realidad todo había comenzado mucho antes...

Durante su infancia jugaba con su padre a distintos juegos típicos de Arholma y las islas de los alrededores. Eran juegos como Repetición, Lo sabemos todo, Fuego rápido, Aislamiento, Posición de estrés, Ajuste del sueño... Más adelante, Max comprendió que se trataba de diferentes técnicas interrogatorias que utilizaban los militares.

Una neblinosa mañana de noviembre, Max tuvo que acompañar a su padre y dos amigos a la parte este de Ovanskär. Estos tenían que comprobar si los patos havelda habían llegado con la niebla. Por otra parte, el práctico del

puerto había visto encallar una partida de madera a la deriva en la parte este de la isla, madera que bien podría ser útil durante el invierno.

La gran partida de madera a la deriva hizo que enseguida se olvidaran de las aves. Después de cargar toda la que fue posible encendieron un fuego. Los hombres conversaron animadamente entre ellos acerca de una mujer que hacía un par de días había visto salir del agua a un buzo en Villösan, a las afueras de Arholma. Ella había asegurado que el buzo no procedía de las instalaciones de Norra, que no era sueco.

—Si hubieras sido tú, Max, el que hubiera visto al hombre —dijo su padre—, ¿qué habrías hecho?

Los amigos de su padre guardaron silencio y observaron a Max. La manera de mirarlo le hizo sentir incómodo.

—No sé —dijo en voz baja.

—Imagina que Hans-Göran fuera el buzo que acaba de salir del agua en Villösan —dijo su padre, y le dio una palmada en el hombro al amigo—. ¿Qué le dirías?

—Le preguntaría si se había perdido —respondió Max.

Su padre y sus amigos se rieron.

—Vale, lo más seguro es que respondiera en un sueco estándar que necesitaba unos rebozuelos para hacer una sopa. ¿Y después, qué?

—Le haría una pregunta para saber si era de por aquí.

—¿Cuál?

—Le preguntaría si sabía quién ganó ayer en Hallstavik: los Rosppiggarna o los Masarna.

—¿Por qué harías eso? —preguntó su padre con una sonrisa—. ¿No le estás dando un cincuenta por ciento de probabilidades de responder correctamente?

—No, pues todo el mundo sabe que la temporada de *speedway* acabó en septiembre.

La sonrisa de su padre se hizo más amplia y sus amigos miraron con admiración a Max desde el otro lado de la hoguera. Su padre se inclinó hacia su saco marinero.

—No cumples años hasta mañana, pero quiero darte esto —dijo.

Sacó del saco un reluciente mazo de caza.

—Es pesado, pero pronto serás lo suficientemente fuerte como para blandirlo. El verano que viene quizá podamos salir de caza juntos.

Max miró el mazo que tenía sobre las rodillas. Comprendió que la caza de focas lo prepararía para algo más, para eso de lo que hablaban los hombres, eso que se encontraba al otro lado del mar Báltico, más allá de las placas de hielo y de las focas.

Allí y entonces comprendió que un día él acabaría en guerra con el país del este.

Max se apresuró escaleras abajo con la bolsa donde llevaba el libro de Pashie. Pasó junto a Strebor, que estaba sentado y dormía en su garita de la entrada a los apartamentos de estudiantes y no pudo menos que pensar en lo que este tomaría para dormir tan bien. ¿Vodka? Agüita, como lo llamaban los rusos.

Caminaba tan deprisa por el campus de la universidad como le permitía su pesado cuerpo, en dirección a la biblioteca. La caza de focas y los juegos infantiles habían sido una preparación. Lo habían acompañado durante su infancia, incluso después de la muerte de su padre, y había propiciado que eligiera la vida militar.

Ahora todo lo que había aprendido lo ayudaría a encontrar a Pashie. Pero... ¿y si fuera su pasado lo que había llevado precisamente a que ahora estuviera desaparecida?

Vladislav Bagayev apretó el reloj de cuco una última vez, después lo dejó encima de la mesa. Katia, la asistente del rector, lo había llamado por teléfono y le había pedido que pasara a recoger algo importante. A pesar de estar en su momento de descanso subió corriendo las escaleras hasta el despacho del rector. Él sabía cómo funcionaba: si hacía un buen trabajo, si se dejaba pisotear, poco a poco conseguiría un puesto en la universidad. Mishin le había instado a mejorar sus conocimientos en literatura rusa y en historia, así que aprovechaba todas las oportunidades disponibles para superarse.

Un día tendría la oportunidad de conseguir la formación adecuada y un trabajo de prestigio. Lo sabía. Causar una buena impresión al rector era una oportunidad que no podía desperdiciar.

—¿Eres el becario? —le preguntó Katia—. Este es un regalo de los patrocinadores de la universidad, para el despacho que alquilan los suecos. Llévalo con cuidado por las escaleras.

Ahora el regalo se encontraba aquí, en la mesa del despacho de Pashie. El reloj de cuco marcaba el tictac tan alto que resonaba en la habitación vacía. Desde la desaparición de Pashie, en el departamento reinaba un silencio inusual. Max Anger parecía un tipo legal y le había comprado una pulsera, pero era muy discreto. Max había llamado por la mañana y le había dicho que pasaría después del almuerzo.

Bagayev se sentó cómodamente tras el escritorio de Pashie. Resultaba

mejor leer ahí que fuera, en la recepción, donde solía sentarse. A pesar del sonoro tictac del reloj de cuco.

Si se concentraba, podría pasar una hora entera leyendo antes de que el reloj marcara las dos.

Max se apoyó en el respaldo de la silla un tanto incómoda. Como la mayoría de la gente estaba almorzando, la sala de lectura de la biblioteca se encontraba bastante tranquila. Se frotó el cuello y a continuación dirigió la mirada al libro.

En *Paradigm Shift Next – Foreseeing the Future in the Information Technology Revolution*, Jonh B. Colsanto describía los mecanismos de los históricos cambios de paradigma, tan relevantes para lo que ocurría hoy en día. Era una llamada de atención a los lectores; las respuestas a las preguntas del futuro, por lo general, se podían encontrar en acontecimientos históricos.

Max revisó los fragmentos donde Pashie había escrito a lápiz comentarios en los márgenes. En el quinto capítulo del libro, ella había dibujado un pequeño triángulo alrededor del número de página 44. En los vértices del triángulo había escrito «dinero-tecnología-política».

¿Cuarenta y cuatro?, pensó Max. ¿Como en 1944? ¿Lo había hecho adrede o se trataba de una coincidencia?

Más adelante en el libro, en un fragmento que trataba sobre los gastos estatales en defensa, Pashie había escrito «Barranco de Shutul» y «Campo de Colonias».

Colsanto opinaba que el crecimiento de la economía sueca tenía una clara conexión con el hecho de que el país hubiera tenido éxito con su política de neutralidad y hubiera conseguido mantenerse fuera de la Segunda Guerra Mundial a toda costa. En las páginas que trataban de la guerra y de Suecia,

Pashie había escrito «Max» en una página, y después, en la siguiente: «Max, Max, Max, Max».

La mención de su propio nombre hizo que Max interrumpiera la lectura. ¿Qué quería decir Pashie? ¿Había encontrado algo que pensaba que estaba relacionado con él? ¿O se refería a su relación, que le ocupaba las noches y los fines de semana?

De alguna manera sus investigaciones sobre 1944 le habían señalado esa dirección. Una vez, no hacía mucho tiempo, entre bromas y coqueteos Pashie había dicho: «Haré todo lo que me pidas, Max».

¿Qué le había pedido a ella?

Max continuó hojeando el libro. Colsanto dedicaba un capítulo a los locos planes de Stalin de construir enormes canales y pantanos. En un margen sobre el fragmento de Stalin, Pashie había escrito: «La naturaleza ha cometido algunos errores que nosotros, los bolcheviques, tenemos que arreglar».

Otra cita más de Stalin.

Max miró el reloj. Imaginaba que sería más tarde. Le parecía haber estado leyendo todo el día. Se llevó el reloj al oído para ver si se había parado.

No, el tictac se oía perfectamente.

El reloj marcaba las dos menos cinco de la tarde. Max abandonó la biblioteca y se dirigió hacia la facultad. Quería hablar con Mishin; quizá él podría explicarle algo sobre lo que había leído en el libro de Pashie.

David Julin se sobresaltó con el tintineo. Era como si supiera de quién era el nuevo correo electrónico antes incluso de volverse hacia el ordenador.

«Ray.»

David se echó el cabello hacia atrás con la mano y se apretó el puente de la nariz. De repente sintió la boca completamente seca. «He hecho lo que me has pedido. Déjame en paz.»

¿Comprendía este hombre en realidad lo que David había hecho? ¿Entendía que David le había dado la oportunidad de repetir el ataque cuando quisiera? Por lo menos hasta que los programadores de Telia descubrieran el fallo y lo corrigieran.

¿Y este hombre quería todavía *más* de él?

David sería incapaz de mantener lejos a un ejército de programadores durante mucho más tiempo. No podría ocultar su rastro eternamente.

El correo decía: «Aparcamiento sur a las 13.00. O a las 20.00 en tu casa. Tú eliges».

David miró alrededor. Fuera de su despacho, la gente se inclinaba sobre los ordenadores de la gran sala abierta de las oficinas de Telia en Kista, al norte de Estocolmo. David había insistido en tener un despacho independiente para él y los consultores sénior de SwitchCom. No había nada en el mundo que odiara más que las oficinas de espacio abierto.

Miró el reloj. Pronto serían las doce y media. Él sabía dónde se encontraba

el aparcamiento sur. Pero ya le había dado a aquel hombre todo lo que había pedido, ¿por qué no lo dejaba en paz?

David se había expuesto a un riesgo enorme al colaborar con Ray. Desde un principio tuvo claro que no era un tipo con el que uno quisiera relacionarse; sobre todo si uno era un hombre corriente, bien preparado, emprendedor, casado y padre de tres niños pequeños.

David había creído que podría controlar a Ray siendo más listo, de la misma manera que había controlado a otras personas durante toda su vida.

Lo único que quería ahora era poner las cosas en orden, que todo fuera como había sido, sin que nadie, sobre todo Gabbi, se diera cuenta de lo mal que estaba la situación.

Cerró los ojos, recordó las traicioneras palabras del entrenador: Abbey Road era un ganador seguro. Astrakhan, el favorito, había recibido un tratamiento de urgencia en la pata delantera izquierda, no había posibilidad alguna de que pudiera ganar la carrera. David había temblado de alivio y emoción. Eso era lo que finalmente podría salvarlo de la ruina.

Había alcanzado sus objetivos a los treinta y tres años. Tras conquistar a la mujer que amaba, había formado una familia con ella. Pero un veneno había empezado a propagarse por su cuerpo y lo había retorcido. Cada noche, cuando Gabbi y los niños dormían, él se sentaba solo, en su gran mansión de una calle de millonarios en Danderyd. Sentía cómo la oscuridad se cernía sobre él.

¿Eso era todo?

La bonita casa ordenada se convirtió en una cárcel. La serenidad interior se tornó en inquietud. Lo había conseguido todo y, de repente, la vida carecía de sentido. No había nada más que hacer, nada más que construir.

El juego se convirtió entonces en su amante, el placer que necesitaba tan

desesperadamente. Resultó tan adictivo como los deportes extremos a los que se había dedicado de joven. Pero fue cada vez más lejos. Perdió más y más.

Finalmente, se vio obligado a canjear las acciones que les había regalado a los niños en Navidad. Las había expedido a nombre de sus hijos. «Este es un papel mágico», les había dicho a los niños sentados a su lado en el suelo, junto al abeto navideño. Nunca olvidaría ese instante, cómo brillaban sus ojos de amor y expectación.

—Un día podréis convertir esto en exactamente lo que queráis —dijo—. Un coche. Una moto. Hasta en una casa.

Pero el papel mágico se había convertido en aire.

David moría un poco cada vez que recordaba esa mirada de los niños. Se había prometido a sí mismo restituir las obligaciones a sus hijos; aun cuando todo lo demás se fuera al infierno, él no defraudaría a sus propios hijos. Hasta entonces, cada día, se veía obligado a revivir la sensación de haberles robado. A su propia carne y sangre.

Y entonces llegó el soplo sobre Abbey Road.

David había jugado lo suficiente a los caballos como para saber que no existía nada llamado un ganador seguro, pero ese soplo parecía muy convincente, una solución rápida a sus problemas mucho mejor que cualquier otra que se le pudiera ocurrir.

Lo único que necesitaba era un gran premio. Después utilizaría el dinero sabiamente, y reconstruiría paso a paso su economía.

Un hombre de la edad de David se había paseado entre los grandes jugadores, había hablado con los jinetes y los entrenadores, incluso había charlado con los periodistas deportivos. Se había movido con total seguridad, como si esa fuera su casa. Se acercó a David y lo observó con una mirada intensa, una mirada que podía ver a través de él.

—¿Quieres apostar por Abbey Road?

—Me gustaría.

—¿Necesitas ayuda?

—Sí.

—Me llamo Ray.

—David.

La fuerza del apretón de manos sorprendió a David. Ray podría arrancarle el brazo, y quería que David lo supiera.

Cuando comenzó la carrera, David buscó a Ray entre el público. No fue hasta la mitad de la carrera cuando lo localizó. Parecía satisfecho a pesar de que Abbey Road no fuera en cabeza. Mientras los caballos se acercaban a la línea de meta, Ray se adelantó despacio en dirección a David, y cuando Astrakhan acabó con todos los rumores y su cuello negro como el alquitrán ganó sobre Abbey Road, Ray se inclinó hacia el oído de David y dijo con voz tranquila y controlada que se verían dentro de dos días para saldar la deuda.

A continuación siguió paseando y dejó a David solo en la grada. La gente se había levantado y se había marchado de allí, pero David permaneció sentado. Como aturdido.

Era imposible que pudiera pagar su deuda al contado. Todas las cuentas bancarias estaban vacías y los bienes de la familia habían sido liquidados y se habían esfumado. Incluso había conseguido vender sus dividendos futuros de la compañía norteamericana que había comprado la empresa. Tenía la casa hipotecada por completo, y el sueldo mensual apenas cubría los gastos fijos de la familia.

La deuda aumentaba cada día que pasaba.

Las yemas de los dedos descansaban sobre el teclado de su ordenador portátil, el cursor del ratón se movió hacia el correo de Ray.

El demonio del juego controlaba cada decisión de sus días, había trazado el

camino que conducía al correo electrónico de Ray. El único hombre que podía prestarle más dinero.

David abrió el correo. No contenía texto alguno, solo un enlace de internet. Intentó descifrar las letras y las cifras en el campo de la dirección, pero no consiguió entenderlas. Las letras latinas se mezclaban con símbolos que le eran desconocidos. Hizo un doble clic en el enlace. Apareció un reproductor de películas y el contenido comenzó a descargarse: 15 %, 35 %, 65 %, 80 %, 100 %.

Al principio la pantalla se quedó negra; después, un texto empezó a moverse.

«Sistema», decía.

David vio un camino forestal embarrado, rodeado de pinos a ambos lados. La hierba crecía alta entre huellas de tractor. El camino conducía hasta un claro en el bosque. Se oyó el sonido cada vez más alto de los rotores de un helicóptero y la cámara enfocó un cielo grisáceo. Un helicóptero negro llegó volando a toda velocidad. Dio media vuelta por encima del claro, flotó justo por encima de la cámara y descendió lenta y controladamente para luego posarse en el claro cubierto de hierba.

Se apagó el motor, los rotores dejaron de dar vueltas y los árboles que se habían inclinado a causa del viento pudieron enderezarse. Un hombre solitario descendió del helicóptero y se acercó a la cámara. Era delgado, estaba en forma y vestía un mono de camuflaje. De repente se detuvo y sacó algo de la espalda, como una flecha de un carcaj.

El hombre le resultaba familiar, no solo su rostro, sino también el cuerpo, las proporciones y el patrón de sus movimientos. No había duda alguna de que se trataba de Ray, aunque una versión más joven de él, aquella persona no podía tener más de veinticinco años.

Ray comenzó a agitar un objeto y se movió hacia delante, lo hizo girar

media vuelta primero y una vuelta entera después. Combinaba sus movimientos con golpes y patadas bajas dirigidas hacia un oponente imaginario entre él y la cámara. Todo fue cada vez más rápido, era como si un helicóptero se moviera a gran velocidad. La fuerza era tan grande que parecía como si el objeto que Ray sujetaba pudiera partir todo lo que se encontrara en su camino. Mientras el cuerpo realizaba esa danza mortal, la expresión del rostro de Ray se mantuvo completamente neutral, no mostró ni un solo movimiento en los músculos de la cara, ni rastro de agresión o sentimientos.

El arma era una pequeña pala que sujetaba alternativamente con una mano o con ambas. La pala tenía un mango de madera y una hoja de metal negro.

Ray se detuvo y enseguida apareció en primer plano. Era un joven completamente normal mientras estaba ahí parado, con un rostro alargado y estrecho, ojos azules como el hielo, una nariz larga y delgada, una pequeña cicatriz en el labio superior que parecía una forma leve de labio leporino y el flequillo corto peinado hacia la izquierda.

Un explosivo lanzamiento con el brazo derecho envió la pala al aire. El vídeo atrapaba en cámara lenta cómo la pala giraba vuelta tras vuelta una decena de metros. Finalmente alcanzaba su objetivo, un maniquí blanco colocado delante de un árbol. La pala partía la cabeza del maniquí, enviaba esquirlas de plástico duro blanco al suelo y continuaba hasta quedar bien clavada en el tronco del árbol. Apenas sobresalía el mango.

David se sujetó la cabeza con las manos, se masajeó las sienes y las cejas. ¿Qué diablos había hecho?

El aparcamiento sur de Solvalla se encontraba a media hora de distancia. Volvió a mirar el reloj. Todavía tenía tiempo de llegar allí. Pero ¿por qué tenían que verse de nuevo?

«O a las 20.00 en tu casa. Tú eliges.»

David se levantó y se dirigió a la puerta. Se dio media vuelta y miró el

escritorio, observó la fotografía de Gabbi y los niños. Su familia. A continuación salió al murmullo de la oficina de espacio abierto. Se apresuró hacia los ascensores.

El sonoro tictac del reloj de cuco casi provocaba un efecto meditativo en Bagayev. Se acomodó en la silla y, al pasarse la mano por la boca, sintió que el dorso se humedecía de saliva. ¿Se había quedado dormido?

Miró el reloj de cuco. Eran las dos, o quizá faltaba un minuto para que lo fueran. No era conveniente que Max lo encontrara ahí cuando llegara a trabajar. Bagayev recogió los libros y se puso de pie. Antes de dirigirse a la puerta le echó un último vistazo al reloj de cuco.

Se había quedado en silencio. ¿Era por eso por lo que él se había despertado? Katia había dicho que sobre todo no debía romperse.

Bagayev dejó los libros sobre la mesa y tomó el reloj de cuco.

Max se apresuró a doblar la esquina y llegó enseguida al edificio principal de la universidad. En la biblioteca se había sentido cansado, pero el rápido paseo al aire fresco lo había reanimado. Entonces, en mitad de un paso perdió la concentración, como si el cuerpo le advirtiera de que algo iba mal. Después llegó la explosión, la tierra vibró y la onda expansiva estuvo a punto de tirarlo al suelo.

Max se agachó, cerró los ojos. Sintió que algo le golpeaba los hombros; comprendió que probablemente fuera la argamasa del edificio contiguo. Reconoció esa clase de sonido que revienta la tranquilidad y el silencio, como

un trueno repentino en un día claro. También había sucedido hacía tres años en Bosnia, cuando él, en realidad, no tenía que encontrarse allí. Cuando Jonas Karlsson murió.

Durante unos segundos, lo único que oyó fue su propia respiración y los latidos del corazón. Después llegaron los gritos.

Max abrió los ojos y acto seguido salió corriendo hacia el edificio principal.

La gente bajaba corriendo las escaleras de la entrada principal. Una joven salió tambaleándose con las manos en la cara y cayó de rodillas sobre el duro asfalto. Cuando se desplomó en el suelo, Max vio que tenía clavado un gran trozo de vidrio en la garganta. La sangre salía a borbotones como el agua de una cañería rota. Los archivadores que él llevaba se le escaparon de las manos y cayeron al suelo. La blusa blanca se tiñó de rojo.

La arteria carótida. No había nada que pudiera hacer por ella, ya estaba muerta.

El cuerpo le temblaba cuando Max alzó la vista hacia la fachada y vio el hueco de tres ventanas. Se apresuró hacia la entrada, hacia la corriente de gente que intentaba abandonar el edificio; algunos, alertas, rápidos de piernas; otros, aparentemente sumidos en una especie de sonambulismo.

Se abrió camino a empujones sin que nadie reaccionara, pasó de largo los detectores de metal abandonados.

«Sé qué ventanas son esas.»

Trató de apartar el pensamiento y se adentró en el edificio. El pánico se reflejaba en los ojos de todos aquellos con los que se cruzaba, temían nuevas explosiones. En el hueco de la escalera revoloteaban papeles, ropa, bufandas y guantes. Había restos de comida y argamasa en los escalones, los huecos de las ventanas y las cornisas.

Cuando Max se acercó a la facultad de Economía vio rastros de sangre en el

suelo de granito. La puerta de entrada había desaparecido, el marco se había convertido en astillas, las bisagras se habían deformado. Lo que quedaba de la puerta se encontraba esparcido por la pared al otro lado de la escalera.

Max dio un par de pasos hacia la entrada. El pasillo estaba repleto de humo, el interior del local se encontraba en llamas. Entró despacio, se llevó el brazo a la boca, aunque no pudo evitar toser. En el vestíbulo de la facultad había dos cuerpos en el suelo. Sujetó los pies del cuerpo más cercano a él y tiró de ellos hacia la escalera. Era una de las mujeres que trabajaban para Mishin. Tenía el rostro destrozado, se le había quemado la piel y la carne visible estaba perforada por un centenar de trozos de cristal y metal. Max controló su pulso, todavía estaba viva.

El otro cuerpo pertenecía a un hombre al que Max no había visto antes, quizá un visitante ocasional. Tenía el brazo dislocado y estaba inconsciente, pero había tenido más suerte que la mujer. Max lo colocó de lado.

Gritó a la gente que corría por los pasillos, pero todos lo ignoraron, solo corrían escaleras abajo. Se puso delante de dos hombres mayores, cabeceó hacia las personas inconscientes en el suelo.

—¡Lleváoslos abajo!

Un espeso humo negro había invadido el pasillo. El calor resultaba casi insoportable, a pesar de que las ventanas habían saltado por los aires. Max esperaba oír las sirenas de los coches de bomberos, pero lo único que oía eran los pasos en el hueco de la escalera, los gritos del jardín de abajo y los latidos del corazón.

¿Dónde estaba el despacho de Pashie? No se podía ver a través del humo. Max comenzó a gatear por el suelo, se cortó la mano con unas esquirlas y la sangre comenzó a brotar de forma constante. Se quitó la chaqueta, el jersey y la bufanda. Se rodeó con esta la mano herida y se puso el jersey alrededor de

la otra. Colocó la chaqueta en el suelo para protegerse mejor las manos y las rodillas.

Por fin llegó a un umbral que seguramente era la entrada al despacho de Pashie. En el suelo había restos de un cable de teléfono negro. Se arrastró hacia el interior de la habitación e intentó llegar al lugar que había ocupado la mesa.

Se topó con algo que parecía una bota. La sujetó y tiró de ella. Era demasiado ligera y comprendió que solo estaba agarrando la bota.

Max intentó ver algo a través del humo. Los cordones de la bota de cuero estaban rotos y calcinados, había unos fragmentos de calcetín deportivo blanco pegados al interior del calzado y restos de carne quemada rodeaban el hueso de la espinilla de un hombre joven.

David Julin giró hacia el aparcamiento de Solvalla y vio el Volkswagen Passat azul marino aparcado a cierta distancia de los demás coches, junto a una farola. Y después a Ray, que, displicente, estaba apoyado en la puerta del conductor.

David detuvo el coche junto al de Ray sin acercarse demasiado.

Apagó el motor, pero no era capaz de apearse. Permaneció sentado contemplando las gradas de Solvalla sin verlas de verdad. El pulso le latía desbocado y respiró hondo un par de veces antes de poder abrir finalmente la puerta del coche. No deseaba mostrarse contrariado ante alguien como Ray.

—Hablemos en mi coche —dijo Ray cuando David llegó a su lado.

Ray abrió la puerta del coche y se sentó detrás del volante sin mirarlo siquiera.

David miró de hito en hito el coche. Después miró alrededor. Casi no había más coches en el aparcamiento. Reinaba el silencio, aparte de los vehículos de la autopista y un avión que acababa de despegar de Bromma. No deseaba estar ahí, a esa hora, solo con ese hombre llamado Ray.

De alguna manera tenía que poner fin a esta pesadilla. No había ningún lugar adonde pudiera escapar, no podía hacerlo mientras la empresa lo necesitara, y dependía de su salario, con tres hijos a los que mantener.

Solo debía llegar a un acuerdo final con Ray.

Los fríos ojos azules lo observaban y David dio la vuelta al coche. La

matrícula era sueca. Ray hablaba un sueco fluido, pero sin duda había algo poco sueco en su forma de ser. El vídeo que le había enviado procedía de otro país, pero David no sabía de cuál se trataba.

Abrió la puerta del copiloto y se sentó. Ray se mostraba tan tranquilo como siempre, era como si solo tuviera una única emoción. El corte en el labio contribuía a su rígida expresión facial.

La camisa azul bajo la americana estaba bien planchada, los zapatos de cuero marrón estaban tan pulidos que ninguna partícula de gravilla o aguanieve que había en las calles de Estocolmo se pegaba a ellos.

La pulcritud y la mirada fija tenían un extraño efecto tranquilizador en David, casi lo aturdían. Resultaba difícil mantener la agresividad que había sentido durante el trayecto en coche ahora que estaba sentado junto a un hombre que fácilmente se podía confundir con uno de los cientos de consultores anónimos con los que David trabajaba en las oficinas de Telia o Ericsson.

Pero en realidad él no tenía ni idea de quién era Ray.

—Hiciste las cosas bien —dijo Ray—, pero tienes que entender que soy yo y no tú quien decide cuándo queda saldada tu deuda.

—¿Tienes alguna idea de lo que yo...?

—Y no me interrumpas. Cuando yo hablo, tú escuchas.

Los heladores ojos azules centellearon.

—Lo sé todo sobre ti. Tengo más información de la que conocen los miembros de tu familia, y creo que deseas que siga siendo así.

David sintió que la boca, la lengua, la garganta, todo el jodido sistema, le fallaban de pronto. Apenas pudo asentir.

—Bien. Claro que sé por lo que has pasado. No creas que no comprendo las consecuencias de las instrucciones que te doy.

—¡Incluso ha salido en los informativos de la televisión! —exclamó David

—. ¿Qué más quieres de mí?

Había recuperado la facultad de hablar y con ella llegó un torrente de preguntas: «¿No serás uno de esos reyes del juego ilegal, verdad? ¿Eres un piloto de helicóptero y un maestro en un jodido arte marcial y no eres amigo de ninguno de esos entrenadores? El maldito Astrakhan no estaba lesionado como todos aseguraban, ¿verdad?». Pero consiguió guardar silencio. En cambio, se esperaba lo que vendría después.

Se dio cuenta de que no podría engañar a Ray. Que sabía muchísimo en lo referente a las telecomunicaciones.

Sin hacer el más mínimo gesto, Ray le entregó un trozo de papel con un nombre y la dirección de una institución que no reconoció. A continuación le dio las nuevas instrucciones; eran ridículamente sencillas. David primero se sintió casi ofendido por la sencillez del encargo, pero enseguida la sensación se convirtió en alivio. Eso le tomaría un par de horas como mucho. ¿Y luego qué? ¿Estarían en paz?

Una vez más sopesó los pros y los contras. Pensó en lo que Ray había dicho y en lo que no había dicho. «Si no haces lo que te indico, nuestra próxima reunión será en tu casa.»

David sujetó el tirador de la puerta.

—Lo tendrás en un par de días —dijo, y abrió la puerta.

Max estaba sentado en el aseo del edificio de estudiantes. Iliá le limpiaba las heridas con yodo, sin decir nada, concentrado, con habilidad. Sus largos dedos eran ágiles, se movían dentro y fuera del neceser y revisaban las heridas de la mano de Max; de haber sido cirujano, lo habría hecho mejor.

—¿Está bien así? —preguntó al acabar.

—Está bien —respondió Max—. Gracias.

Iliá se lavó las manos y las secó en la toalla.

—¿Cuándo piensas contarme qué está sucediendo realmente? —dijo Iliá, y miró a Max en el espejo.

Max encontró su mirada. La vena bajo el ojo izquierdo de Iliá latía como siempre.

—Estás en peligro, Max. En un puto peligro.

Max se puso en pie y se echó agua en la cara con la mano sana, se la pasó por el pelo y se secó la cara.

—¿Cuál es tu opinión por el momento? —dijo.

—Tu novia ha enfadado a alguien. Alguien organizado. Esa bomba no solo tenía que destruir la facultad, sino también eliminar todo lo que había hecho Pashie. Quizá hasta debería haberte matado. No puedes seguir viviendo aquí, tienes que mudarte a otro sitio y utilizar otro nombre.

Otro nombre, pensó Max. Pashie y él ya habían jugado a ese juego. «¿Cómo quieres que me llame? ¿Qué apariencia quieres que tenga?» Las chicas rusas

de la universidad le habían enseñado cómo se jugaba, lo hacían demasiado a menudo y con demasiada gente.

—A lo mejor quieres que sea una chica sueca —le dijo Pashie en una ocasión—. ¿Kajsa, por ejemplo? Pues a mí me gustaría que tú tuvieras un nombre mezcla de inglés y escandinavo, eso sería perfecto. Tú serás Paul Olsen. Mi Paul.

Max asintió.

—Me iré a un hotel, me registraré con otro nombre. Pagaré al contado. Pero ¿y tú? ¿Tú no quieres desertar ahora?

Él ya conocía la respuesta. Iliá era cristalino, agudo. Quizá, a pesar de todo, sería un buen abogado.

—Dime qué puedo hacer —preguntó Iliá.

—Margarita, la chica de la que te hablé, la que trabaja para St. Petersburg GSM, sabe más de lo que le pude sacar.

—La vigilaré.

—De acuerdo.

Los dedos quirúrgicos de Iliá se deslizaron por el neceser de Max. Pescó un bote de pastillas y lo sostuvo ante su compañero.

—¿Alprazolam? —dijo, y agitó el bote delante del rostro—. Esto es algo fuerte.

Max no tenía ganas de hablar del bote, de los efectos secundarios o la abstinencia. Tampoco del médico al que se veía obligado a acudir cada tres semanas para renovar la receta.

—¿Te has convertido en un drogadicto? ¿Por la desaparición de la chica?

Max tragó saliva.

—Esto no tiene nada que ver con Pashie.

Iliá apartó una silla y se sentó frente a Max.

—De acuerdo, entonces aquí veo un par de desafíos.

Se frotó el cabello grasiento y Max se preguntó si Iliá comenzaría ahora una perorata antes de concluir que necesitaba que le pagara un poco más. Que Dios los pillara confesados el día que se convirtiera en abogado.

—Estás corriendo el riesgo de que se te vaya la olla. O de que te quedes dormido de repente.

—Eso no me va a pasar.

—No, porque eres el Superman sueco. ¿Estas cosas no te afectan? He visto a drogatas que se meten estas pastillas para pasar la noche.

—Me las recetó mi médico. La primera vez fue al regresar de Bosnia. La segunda, hace un mes.

—¿Qué pasó en Bosnia?

Max se volvió hacia el espejo. Tensó los músculos del estómago y el pecho. Iliá lo miró a través del espejo.

—Tú sabes lo que pasó en Bosnia, todos lo saben.

—Vale, comprendo que no quieras hablar de ello —Iliá se rio—. Entonces, ¿qué pasó hace un mes?

—Mi madre murió —respondió.

Iliá lo miró sorprendido.

—Lo siento —dijo, y le tendió el bote—. No es fácil perder a tus padres, sobre todo tan pronto.

—¿Ya no confías en mí?

—En este mundo hay pocas personas en las que confío, y tú eres una de ellas. Dime solo una cosa.

—Claro —dijo Max—. ¿Qué quieres saber?

—Cuando sientes ansiedad porque las dos mujeres a las que quieres se han ido, o cuando los recuerdos de la guerra regresan por la noche, son las *benzo* las que te mantienen a raya. Te quedan tres pastillas. ¿Qué pasará cuándo se te acaben?

—David, parece como si hubieras perdido —le gritó un hombre desde uno de los cubículos de la oficina.

David lanzó una rápida mirada a un lado y descubrió al hombre. Una persona redonda, calva, con camisa a rayas y tirantes. Estaba sentada con la cabeza inclinada sobre el teclado y con un bocadillo grande y grotesco en la mano.

David había permanecido un rato detrás del volante del coche, se había restregado los ojos y se había mirado en el espejo retrovisor. «Se van a dar cuenta de que algo anda mal. No puedes entrar así.»

Fue entonces cuando se acordó de la bolsa de deportes que llevaba en el maletero. Estaba ahí desde la última vez que había ido al gimnasio, hacía cinco semanas. Una hora de *squash* después del almuerzo: algo adecuado para un emprendedor ocupado y de altos vuelos; esa era la razón de que tuviera el rostro tan colorado, y eso era lo que tanto el hombre gordo y grasiento del cubículo como todos sus compañeros deseaban creer. «¡David Julin – inventa y cosecha!»

—Fredrik Stenlund, de Carnegie —le dijo David al hombre—. Tiene un revés de la hostia.

—Es viernes por la tarde y al verte se diría que es lunes por la mañana.

David se volvió hacia él.

—¿Qué quieres decir? —resopló.

Se arrepintió al instante, no podía llamar la atención. Pero eso era más fácil decirlo que hacerlo con tipos como estos, colegas que lo veían como una superestrella. Bien podría haber sido un antiguo compañero de clase.

El hombre levantó la mano.

—Me refiero a que tienes una pinta muy fresca, como después de un fin de semana libre, mientras que los demás parece que colguemos de un hilo, esperando a fichar para poder descansar.

David consiguió esbozar una sonrisa. «Yo también deseo que sean las cuatro para que tú y todos los demás os vayáis a casa y me dejéis aquí solo.» De la pared de tela del cubículo colgaba una placa de cobre. Parecía el premio de una competición: «Best in Show – Lennart».

¿Lennart? David no creía haberlo visto antes.

—Lennart —dijo—, si quieres llegar más lejos que los demás, un buen comienzo es trabajar hasta tarde los viernes y llegar temprano los lunes.

David se dirigió hacia el interior de la oficina. Al fondo había dos salas de reuniones. Una estaba reservada para los consultores externos. En la puerta colgaba el logo de SwitchCom.

Cerró la puerta tras de sí, puso en marcha el ordenador de mesa y sacó su propio ordenador portátil de la bolsa de deportes.

Entró en el correo electrónico del trabajo. Entre el centenar de mensajes que no había leído ni respondido había uno marcado con «máxima prioridad y confidencialidad». Lo habían enviado por la mañana. Las letras del campo de asunto eran de color rojo: «Investigación interna del apagón».

¿Habían enviado este mensaje a todo el mundo o exclusivamente a él? Solo había una manera de saberlo: abrirlo y comprobarlo. Pero ¿y si el remitente había activado la función de confirmación de lectura por parte del receptor en cuanto este lo abriera? En ese caso, el remitente sabría que David había leído

el mensaje justo ahora, esa tarde, cuando una nueva intrusión en el sistema estaba a punto de ocurrir.

De alguna manera tenía que asegurarse. Necesitaba hablar con alguien. Alguien en quien pudiera confiar. Pero ¿quién? David miró alrededor.

Entonces se le ocurrió pensar en el hombre del imponente bocadillo. Tenía el cabello ralo, parecía una persona en la que nadie se fijaba, a la que nadie tomaba en serio.

Tomó el teléfono de su escritorio, se aseguró de que lo transfirieran correctamente.

—¿Lennart? Hola, soy David. Estoy muy ocupado con otro asunto, ¿qué es eso de la investigación del apagón?

Lennart se rio. Relinchó.

—¿Estás bromeando? Ha salido en todas las noticias. Borraron la información de las tarjetas SIM de nuestros móviles, y no tenemos ni idea de qué pasó.

—¡Ah, era eso! —dijo David, e intentó corresponder a la risa—. Claro que lo sabía, pero creía que se refería a otra cosa. Entonces, ¿la policía lo está investigando?

—No, no, están haciendo una investigación interna.

—¿Has recibido el correo ese que... que enviaron por la mañana?

—Sí, se lo enviaron a todo el mundo.

—De acuerdo, gracias, Lennart. Siento molestarte durante tu almuerzo.

Al parecer, la investigación interna no había seguido el rastro hasta él. Gracias a Dios. Sin embargo, en esta ocasión tendría que ser todavía más listo. Una cosa era piratear el sistema cuando nadie se lo esperaba y se utilizaba la protección estándar, ahora todos estaban alerta, en espera de nuevos ataques.

Las sienas le palpitaban. Si Ray lo presionaba para que hiciera algo más, lo

descubrirían con toda seguridad. Y entonces tendría que contarle todo.

¿Podría hacerlo? Hacía un mes Casper había recibido su primer ordenador. Lo quería más que a nada en el mundo, y el niño había dicho que deseaba ser como su padre.

A través de las paredes de cristal de la sala de reuniones, David vio cómo las pantallas de los ordenadores comenzaban a apagarse.

«Largaos —pensó David—. Marchaos de fin de semana. Idos a casa con vuestras esposas, disfrutad de vuestros felices hogares. Abrid una botella de vino, sentid la satisfacción que proviene del insignificante salario mensual, los restos de lo que podéis conservar después de que Hacienda y la hipoteca hayan tomado su parte. Ved un poco de entretenimiento familiar en el televisor.»

David se dio la vuelta y encendió el ordenador portátil, cuyo procesador era ocho veces más potente que el de mesa. «Ahora puedo estar aquí solo, pero ellos siguen ahí fuera y vigilan todo lo que sucede en el sistema.»

David se vio obligado a hacer un bucle para que no se notara que era él quien actuaba. A través de cuatro redes virtuales privadas que enviaban y enmascaraban la dirección IP una y otra vez entre Daegu, Charlotte, Belgrado y Melbourne, se podía colar en los servidores de la compañía con un disfraz irreconocible.

«Los que estén mirando ahora verán que ha sucedido algo, pero se sentirán confundidos de cojones», pensó David.

Una vez dentro resultó sencillo localizar a los abonados por los que Ray había preguntado.

«Quiero una lista completa de los abonados que están registrados a nombre de la organización. Sus números y los números y direcciones de sus respectivos contactos. Quiero una información detallada de todo el tráfico de sus teléfonos, conversaciones entre ellos y el resto de conversaciones, quién

llama a quién, la duración de las llamadas y su situación geográfica. ¿Has entendido, David?»

Solo había tres abonados en la lista. Los tres tenían la fundación como dirección de facturación. Dos de ellos estaban registrados a nombre de una misma persona, una mujer llamada Sarah Hansen. El tercero, a nombre de Max Anger.

David entró en el registro de uno de los números de Sarah Hansen. Casi todas las conversaciones con él habían sido transferidas desde el código de país 7. ¿Qué país era ese? Abrió un navegador y enseguida encontró la respuesta: Rusia. Pensó en Ray y en el vídeo que le había enviado. ¿Sería Ray ruso?

Comprobó el otro número de Sarah Hansen. Allí había una larga lista de teléfonos, la mayoría suecos, aunque también algunos internacionales. Sarah parecía hablar mucho por teléfono, pero era imposible que ella misma hubiera utilizado ambos números, no podía estar en dos lugares al mismo tiempo. El primer número debía de utilizarlo alguien que se encontraba en Rusia.

Uno de los últimos números marcados por Sarah fue uno que David reconoció. Cambió a la lista de llamadas recibidas y allí también encontró el número. Hacía menos de una hora que habían mantenido una conversación.

¿Se estaba volviendo loco?

¿Sarah Hansen? Nunca antes había oído ese nombre.

Regresó al buscador para volver a controlarlo, aunque se trataba de algo totalmente innecesario para comprobar lo que ya sabía.

«Vivimos juntos, pero no sabemos nada el uno del otro.»

El número al que Sarah Hansen había llamado hacía menos de una hora pertenecía a Gabriella Julin. Gabbi.

Su propia mujer.

Tomó el móvil. Envío un rápido SMS.

«¿Quién es Sarah Hansen?»

Max acarició el bote de pastillas dejando que las yemas de los dedos se deslizaran por el duro plástico. Al fin consiguió apartar la vista del bote y miró hacia la pared con las notas de papel. Después de que Iliá abandonara la residencia de estudiantes, Max había colgado nuevas notas junto a las hojas de St. Petersburg GSM y *St. Petersburg Times*. En una había escrito lo que Pashie apuntó a lápiz en el libro que había intentado enviarle. La cifra «44» con un triángulo alrededor. Las palabras «dinerotecnología-política». La cita de Stalin. Después, las incomprensibles referencias al barranco de Shutul y al Campo de Colonias.

¿Qué significaba todo aquello? ¿Adónde había conducido todo eso a Pashie?

Tomó el teléfono y llamó a Suecia.

—Hola, Sarah.

Sarah respiró hondo.

—¡Oh, cuánto me alegro de oírte! Acabo de hablar con Mishin.

Max se sobresaltó, el bote de pastillas tintineó.

—¿Está bien? ¿Te ha contado lo sucedido?

—Estaba alterado —dijo Sarah, y sonó como si sollozara—. Me contó que cuando regresó de comer con el rector había vehículos de emergencia por todo el campus. Te buscó, pero no tenía tu nuevo número de móvil.

Max apretó el bote de pastillas contra la frente y le contó a Sarah cómo

explotó el mundo entero mientras se dirigía a la universidad. Habló sobre los muertos y los heridos. Sobre el caos. Sobre las sospechas de Iliá.

—¿Tú también crees que volaron la facultad porque estás buscando a Pashie? —preguntó Sarah.

—No lo sé, no creo que me hayan descubierto todavía. Pero alguien deseaba cerrar esa facultad, y matar a todos los que tuvieran algo que ver con ella.

—Tuviste suerte de escapar con vida, Max.

Sarah guardó silencio. Max no vio razón alguna para responder. «¿Suerte?» ¿Fue suerte? ¿Cómo se podía hablar de *suerte* en situaciones como esa? Max revivió la imagen de la mujer a la que le manaba sangre del cuello. ¿Quién era ella? ¿Quién lloraba ahora su pérdida? Y Bogayev, el joven becario de la facultad. Lo único que Max había recuperado de él fue un pie. No creía que *suerte* fuera la palabra adecuada.

Max supuso que Sarah había pensado en las consecuencias de todo lo ocurrido, algo que él todavía no había conseguido asimilar. Su actividad en San Petersburgo había regresado a la casilla de salida. Con la facultad destruida y Pashie desaparecida estaban menos preparados que nunca para cumplir sus compromisos con los clientes y patrocinadores. Charlie K, que había tenido la brillante idea de cooperar con Mishin, no estaría contento.

Y las elecciones se acercaban.

Max desenroscó la tapa del bote de pastillas. En efecto, solo quedaban tres pastillas.

«Esperemos que no explote una bomba cada día.»

—Supongo que no vale la pena que intente convencerte de que vuelvas a casa —dijo Sarah, rompiendo el silencio.

Max sacó una de las pastillas y dejó que se balanceara en la yema del dedo

corazón. Azul claro, dos miligramos, redonda, ligeramente biconvexa. Sin muesca, ya que no se podía partir ni machacar.

Max colocó la píldora en la lengua, tomó un vaso de agua y se la tragó.

Quedaban dos. «¿Qué pasará cuando se acaben?»

—¿Hay algo que pueda hacer por ti? —continuó Sarah.

«Sí, puedes enviarme una remesa de Alprazolam», pensó.

—¿Puedes comprobar si St. Petersburg GSM se encuentra entre la lista de empresas que le enviamos a Pashie? —dijo, en cambio.

—Lo verifiqué después de nuestra reunión en el cobertizo. St. Petersburg GSM es una de las empresas; pero eso no tiene por qué significar nada.

Max podía sentir cómo se disolvía el ansiolítico de acción rápida y el calor se esparcía por su interior. La somnolienta y embriagadora sensación a Valium lo envolvió entre algodones balsámicos en medio del infierno.

«Necesito más *benzo.*» En cambio, tendría que imitar lo que los rusos habían hecho durante siglos: beber vodka.

El cansancio se apoderó de él enseguida. No deseaba quedarse dormido mientras hablaba con Sarah.

Miró la pared. Los nombres de Wallentin y Borgenstierna brillaban bajo la luz de las farolas de la calle.

—¿Puedes tratar de ponerte en contacto con Borgenstierna por mí?

—¿Por qué?

—Tienes que confiar en mí, Sarah. Algo me dice que quizá Pashie haya intentado ayudarme en mis investigaciones.

Sarah suspiró.

—Vale, lo intentaré. ¿Hay algo más que pueda hacer?

—Necesito dinero —dijo—. Tengo que irme a un hotel.

—Te enviaré el sueldo del mes que viene.

Max cerró los ojos.

—Gracias. La veo constantemente, Sarah. En las calles, en los coches que pasan a mi lado. En las escaleras de la universidad.

—Lo entiendo —dijo Sarah—. Solo podemos confiar en que esté bien.

Max mordisqueó su oreja y ella rio nerviosa. Se encontraban tan cerca..., era como si fueran un solo cuerpo. Su lengua continuó bajando por el cuello. Sabía exactamente cómo tenía que actuar para conseguir que el cuerpo de ella reaccionara.

El chapoteo del agua alcanzó sus oídos, pero ella apenas reparó en ello, lo único que le importaba ahora eran los besos de ese hombre. Él..., que la quería tanto y conocía tan bien su cuerpo.

Max la miró, sus rostros estaban pegados, y los ojos, preocupados.

—¿Te duele mucho? —preguntó él.

Entonces fue consciente del dolor.

La oscuridad que la rodeaba era compacta. ¿Había abierto los ojos? Pashie no lo sabía; de lo único que era consciente era del dolor. Tenía las manos atadas a unas cadenas, solo podía moverlas unos centímetros. Le dolían los hombros y los brazos. El dolor se había propagado hasta la espalda mientras dormía, los músculos del estómago se habían relajado y el torso apenas se sostenía por las manos encadenadas.

Le colgaba la cabeza. Era como si ella fuera de otro material, como si estuviera hecha de porcelana o cristal. «¿Ya no soy una persona de carne y hueso?» Tenía frío y estaba entumecida. Se sentía muy pesada. ¿Qué le habían hecho? ¿Qué le habían metido en la boca?

Un tubo de plástico. Tan frío como las esposas que rodeaban sus muñecas.

Recordó los golpes en el estómago. Con los recuerdos regresó el dolor, que la envolvió como una ola caliente. Su cuerpo se estremeció, justo como entonces. El rechinar de las cadenas ahogó sus gritos. Cuando dejó de gritar, tuvo la sensación de que el aire viciado se había tragado el sonido en el pequeño espacio. El intenso dolor en las sienes y el dolor de garganta eran la única prueba de que había gritado de verdad.

No había nadie que pudiera oírla.

«¿Me encontrará alguien aquí? ¿Viva o muerta?»

Lo último que recordaba era que se había desplomado en el suelo tras la paliza del hombre mayor. Después, todo se había vuelto negro y había despertado aquí, encadenada.

¿Quién era él en realidad, el hombre que le había metido el tubo de plástico en la boca?

Pensó de nuevo en las palabras de advertencia del periodista. «No te acerques mucho a esa empresa.» El hombre mayor había mencionado las preguntas que ella había hecho. ¿Tenía alguna relación con la empresa? ¿Lo habían contratado ellos?

El mensaje en el contestador automático. La pista anónima. El hombre que hablaba un ruso formal con dificultad y un ligero acento extranjero. Había nombrado a St. Petersburg GSM.

¿Quién era él, el informante anónimo?

Pashie había intentado devolverle la llamada, pero no había contestado. Tampoco pudo ponerse en contacto con Max.

«¿Estás aquí en San Petersburgo, Max?»

Ella sabía que él la buscaría, día y noche, hasta encontrarla.

Necesitaba ser fuerte. Concentró sus pensamientos en el próximo verano. Pasadas las elecciones. Entonces se tomarían unas vacaciones y estarían

juntos. Navegarían por el archipiélago de Estocolmo. Igual que el verano anterior. En el velero que había soñado.

Ahora se encontraba atracado en la casa de sus padres en Arholma. En la pequeña embarcación se tenían que acostar tan pegados que podían compartir el mismo saco de dormir. Pashie volvió a imaginar el chapoteo del agua mientras el barco se balanceaba hasta que se quedaban dormidos.

El sueño con Max y el verano desapareció al oír un sonido en el radiador. ¿Qué era eso? Se revolvió, el dolor se trasladó desde las yemas de sus dedos hasta sus hombros ya doloridos.

«Volverá. Intentará hacer que le cuente todo acerca de ti, Max. Pero no pienso decir nada.»

Estocolmo, agosto de 1943

Tatiana había estado en Moscú y no se habían visto desde hacía algo más de un mes. La nostalgia lo había consumido; Carl temblaba cuando entró en la iglesia. Dentro de poco podría verla de nuevo, besarla, sentir su aroma. Tenía la espalda pegajosa, y no solo de excitación, era un día caluroso de verano a pesar de que era temprano.

Durante el tiempo que había transcurrido desde su encuentro, Carl se había dedicado a los preparativos. Había recibido información oficial sobre el trabajo en la embajada de algunos amigos del Ministerio de Asuntos Exteriores. Tatiana se encontraba en el país como asesora de asuntos culturales, pero nunca se la veía sola en ninguna actividad oficial. De hecho, rara vez aparecía, a excepción de algunas visitas al Konserthuset y a la ópera junto a su marido.

Este se llamaba Viktor Gusin y era el agregado de Comercio e Industria. Él también llevaba una existencia oscura en Suecia, y ni el ministerio ni la agencia de inteligencia sabían mucho acerca de él. Lo único que tenían era una serie de especulaciones sobre el aprecio que despertaba en Moscú, que representaba una amenaza para madame Kolontái, mujer cuyas simpatías a veces eran cuestionadas por la dirección soviética. Madame Kolontái, a menudo llamada Madame a secas, había sido la primera mujer en Europa en ejercer como embajadora, en este caso, de la Unión Soviética en Estocolmo,

desde 1930. Estaba muy versada en la sociedad sueca y, entre otras cosas, se conocía la buena relación que mantenía con el ministro de Asuntos Exteriores sueco.

El distanciamiento entre Gusin y Kolontái había conseguido que el plan de Carl empezara a tomar forma. A través de sus contactos dentro de la justicia, sobre todo con la ayuda de su compañero el ministro de Justicia, él esperaba poder hablar con el ministro de Asuntos Exteriores y, de alguna manera, posibilitar la deserción de Tatiana.

Pero esas buenas relaciones y las posibles grietas entre el marido de Tatiana y su jefa no serían suficientes. Ellos mismos debían encontrar una razón de peso para explicar por qué las autoridades suecas tenían que correr el riesgo de enemistarse con un espía ruso tan popular entre el poder central de Moscú.

Tatiana se encontraba sentada en una de las hileras de los bancos delanteros con el abrigo y el sombrero puestos. Carl percibió rápidamente que algo iba mal. Cuando él posó la mano en su mejilla, ella se sobresaltó. Estaba completamente fría.

Se volvió hacia él, con la mirada rota. Tenía el rostro sonrojado, y los mechones de pelo lacio y claro, esos que solo se podían ver cuando la luz caía de una forma especial, estaban húmedos a causa de las lágrimas.

Él se sentó a su lado.

—¿Tatiana?

Ella no dijo nada, tenía la respiración entrecortada.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Carl.

—No sé si podré aguantar esto.

Volvió a temblar.

—Esto... ocurrió en la residencia de Kuntsevo... Me despierto cada noche y veo esa puerta delante de mí, la madera oscura, el pomo brillante. Veo mi

rostro reflejarse en él, lo distorsionado y angustiado que está... La puerta se cierra tras de mí. Me encuentro sola y abandonada. Después él me arranca la ropa.

Ella lloraba mientras continuaba el relato. Le temblaba todo el cuerpo.

Carl se obligó a apartar la ira y la abrazó. Primero se quedó paralizada. Después dejó que Carl la acariciara.

—No hace falta que me cuentes más. Me encargaré de que nunca vuelva a ocurrir. Nunca más volveré a dejar que te vayas del país.

—No, no lo entiendes. El poder que tienen estos hombres...

—Conseguiremos que condenen a tu marido y me encargaré de que vuestro matrimonio sea anulado.

Ella lo miró.

—¿Cómo lo harás?

—Tenemos que encontrar algo, Tatiana. Algo que haga que las autoridades lo encierren para que nunca más te pueda hacer daño.

Sábado,

2 de marzo de 1996

Antes de que a Gabbi le diera tiempo a quitar la mesa, los niños ya habían salido corriendo hacia el salón y la habían dejado sola en la cocina. Se dirigió al lavavajillas y comenzó a llenarlo con los platos sucios.

David entró en la cocina, se sentó pesadamente en una de las sillas sin decir nada. La noche anterior había llegado tarde a casa; ella ya estaba acostada cuando se oyó la puerta de la calle. David se había quedado dormido casi al instante tras tumbarse a su lado en la cama, completamente agotado.

Por la mañana, ella había visto que el mango de una raqueta de *squash* sobresalía de la bolsa. ¿Ha vuelto a entrenar? Esperaba que esa fuera la razón de su cansancio.

La silla crujió a su espalda.

—Ayer no respondiste a mi SMS —dijo David.

Gabbi cerró con cuidado la puerta del lavavajillas; intentó ignorar el estremecimiento que le recorría la espalda.

«¿Quién es Sarah Hansen?»

Ella no sabía qué debía contestar; no podía mentir, sabía que eso sería peor.

—Buenos días, cariño —respondió.

—No es demasiado difícil responder a un jodido SMS. ¿O quizá recibes tantos que no te da tiempo a responder a los míos?

Las mandíbulas de David se apretaban. Parecía completamente agotado, como si algo lo reconcomiera por dentro.

—¿Qué fue lo que escribiste?

—Preguntaba quién es Sarah Hansen —bufó David.

«¿Cómo diablos puedes conocerla? —deseó preguntar Gabbi—. ¿Me registras las cosas? ¿Mi teléfono? ¿Mi bolso?»

Ella intentó reír.

—¡Ah, eso! Pero si es Sarah, la de las caballerizas.

—¿Caballerizas? ¿Qué jodidas caballerizas?

—Solía montar con ella durante los primeros años de bachillerato. Fue antes de que nos conociéramos.

David se llevó las manos a las sienes, las masajeó. Cuando la miró, tenía los ojos ausentes. Como si estuviera apático, o como si lo supiera todo.

Ella contuvo la respiración durante un instante. ¿Qué pasaría si él lo supiera? ¿Qué clase de explosión tendría lugar en la cocina? ¿Se metería en el coche y se largaría? ¿O la echaría a ella de casa?

—¿Os habéis visto hace poco por la ciudad?

—Sí, nos encontramos en Östermalm. Cuando fui a buscar esas cortinas de las que hablamos, para el cuarto de invitados.

—¡Ah, sí!

Quizá a ella se le diera mentir mejor de lo que creía. David se puso de pie y se arregló el cinturón de la bata. Gabbi pudo ver que debajo no llevaba ropa. Seguramente se iba a duchar.

—Tuvo que ser antes de que me conocieras —dijo, se dio media vuelta y salió de la cocina.

La recepción de Brice & Stadthaller en San Petersburgo estaba desierta, aparte de la mujer sentada detrás del mostrador. El número al que Pashie había llamado era el del jefe de la oficina, un hombre llamado Marcel Rousseau, pero cuando Max telefoneó la llamada fue transferida a la recepción. La mujer con la que habló dijo que estaban abiertos los sábados para clientes potenciales, y para conseguir una reunión Max se vio obligado a decir que estaba a punto de abrir un nuevo negocio y necesitaba los servicios de Brice & Stadthaller en relación con la contabilidad y los impuestos. Había decidido empezar a utilizar su álter ego, el nombre amoroso que le había dado Pashie, y había concertado la reunión bajo el nombre de Paul Olsen.

—Ahora le puede recibir —dijo la recepcionista en un inglés impecable.

Ella se levantó con una sonrisa, vestía un ajustado traje oscuro. Max supuso que estaría muy bien considerada entre los clientes.

La recepcionista le mostró a Max una luminosa sala de reuniones.

—El señor Rousseau recibe a los nuevos clientes aquí —dijo, y sirvió agua en un vaso que había sobre la mesa.

Cuando ella abandonó la estancia, su cabello acarició el hombro de Max.

Se sentó a la mesa y alcanzó el vaso. Justo después entró Marcel Rousseau en la sala. Vestía un traje azul claro de fino corte y una corbata a cuadros. No llevaba alianza de casado, aunque sí un gran sello de oro en el dedo anular de

la mano derecha. Tenía alrededor de cuarenta años, ojos oscuros, y su cabello pelirrojo mostraba signos de encanecerse en las sienes.

—Tú debes de ser Paul Olsen —dijo.

El acento reveló una procedencia no rusa. Max lo observó durante unos segundos y decidió ir al grano.

—No soy ningún cliente potencial —dijo—. Estoy aquí porque te has visto con alguien de mi confianza.

Rousseau observó a Max y su mirada se oscureció ligeramente, pero no dijo nada, solo sirvió té de una delicada tetera. Se tomó su tiempo.

—Pido disculpas por haberme visto obligado a buscar un pretexto — prosiguió Max—, pero esta era la única forma de llegar hasta ti.

Cabeceó hacia la recepcionista, intentó esbozar una sonrisa.

—Actúan como se les manda y nunca se apartan de las instrucciones —dijo Rousseau—. Esa es la gran ventaja, aunque también la gran desventaja, del personal ruso.

Colocó una taza de té delante de Max y se sirvió otra.

—Aunque eso no importa ahora. ¿Quién es esa persona de la que hablas?

—Se llama Pashie Kovalenko. Trabajamos juntos.

—¿Y tú quién eres? —Rousseau esbozó una amplia sonrisa, y se sentó a la mesa—. Sé que no vienes de la empresa... —hojeó en los papeles— Sidenvägen. La Ruta de la Seda. Un nombre inteligente, por cierto.

—Colaboro con un grupo de expertos en Estocolmo. Trabajamos con países para el desarrollo de mercados, cuestiones de política de seguridad y la restauración de la democracia en los países del Este.

—¿Restauración? —dijo Rousseau, y arqueó las cejas—. No sabía que la democracia hubiera existido antes aquí.

De nuevo la amplia sonrisa. Rousseau no era ningún idiota.

—Pashie te llamó no hace mucho. ¿Puedes contarme con qué motivo?

—Me imagino que se lo habrías preguntado a ella misma si hubieras tenido la oportunidad —dijo Rousseau—. ¿Le ha ocurrido algo?

—Ha desaparecido.

Marcel hizo una mueca apenas visible.

—Lo siento.

—Entonces, ¿te encontraste con ella?

Rousseau levantó las manos.

—Sí. Me gustó. Ella emanaba, cómo decirlo, una sensación de independencia.

—¿La viste más de una vez?

—No, solo mantuvimos una reunión. Después me tropecé con ella un par de veces aquí, fuera de la oficina, cuando intentó volver a hablar conmigo. Nunca se rendía.

—¿Por qué no pudiste contarle todo a ella? ¿Tenías algo que ocultar?

—¿Algo que ocultar? No. ¿Estaba ocupado? Sí —Rousseau le dio un trago al té—. En realidad, estuve sopesando robártela.

Volvió a esbozar una amplia sonrisa.

Max lo miró con calma; le dio un primer sorbo al té, estaba fuerte, pero no amargaba.

—Te pido disculpas —dijo Rousseau—. Quiero decir que sopesé reclutarla. Necesitaría tener algunos librepensadores por aquí.

—¿De qué quería hablar contigo?

—Me preguntó acerca de una empresa. Cuando le expliqué el significado de la confidencialidad del cliente, la conversación giró en torno a lo relacionado con los principios de la contabilidad, impuestos, limitaciones constitucionales, etcétera.

—¿Limitaciones constitucionales?

Rousseau asintió con intensidad.

—Sí, una serie de cosas que la gente quiere que pasen están limitadas por el hecho de que todavía, cinco años después de la caída de la Unión Soviética, vivimos con su Constitución. ¡No tenemos nada más a lo que recurrir!

Rousseau rio y negó con la cabeza.

Max pareció darse cuenta de que, aunque esto ocasionaba una serie de quebraderos de cabeza, también comportaba la posibilidad de cobrar tarifas elevadas.

—Con todo el respeto a la confidencialidad del cliente —dijo—, ¿no es el punto central de la auditoría mostrar un grado de sinceridad en la actividad de una empresa?

La sonrisa de Rousseau se desvaneció ligeramente.

—¿Adónde quieres llegar con tu razonamiento?

—Creo que Pashie hizo preguntas acerca de St. Petersburg GSM. ¿No es cierto?

—Puedo confirmar que St. Petersburg GSM es un cliente nuestro. Eso fue también lo que le dije a Pashie, y estoy seguro de que eso tú ya lo sabes. Ella comprendió que no podía darle más información acerca de ellos.

—No necesitas darme ninguna información, pero no hay nada que te impida hablar conmigo sobre qué preguntas te hizo, ¿verdad?

Rousseau se sirvió más té en su taza, alzó la tetera y miró interrogante a Max.

Max negó con la cabeza.

—Necesito saber en qué estaba trabajando para así poder encontrarla.

—¿Y tú crees que existe una relación entre las preguntas que hacía y su desaparición? —inquirió Rousseau.

—No sé dónde están las conexiones. Lo único que quiero es encontrarla.

—Las personas desaparecen continuamente. En las más extrañas circunstancias.

Rousseau estaba jugando con él. Actuaba de forma cortés, pero no proporcionaba ninguna ayuda.

—Vi gotear sangre de las paredes de su cuarto de baño —dijo Max sin poder evitar que la voz se le quebrara.

Rousseau abrió la boca, pero a continuación la cerró enseguida.

—Suena horrible, pero no hay nada que yo pueda hacer.

—¿Quiénes son los dueños de St. Petersburg GSM?

Rousseau negó con la cabeza.

—Lo siento, pero eso no puedo decirlo.

—Entonces, quizá me podrás contar algo acerca de la transferencia de millones de dólares a St. Petersburg GSM y por qué Pashie, que pasó por aquí para preguntarte sobre eso, ha desaparecido sin dejar rastro.

Rousseau se levantó.

—Lo siento, pero no tengo ni idea de qué estás hablando.

Max apartó la silla y se inclinó sobre la mesa.

—De lo que no tienes ni idea es de lo que estás protegiendo —dijo—, y cualquier día puede volverse contra ti.

El director de la cárcel tosió y, a continuación, esbozó una sonrisa a Nestor Lazarev, como si pidiera perdón por su apariencia.

Desde que se hizo cargo de la prisión de Kresty, su barriga cervecera se había vuelto enorme. Los lucrativos negocios secundarios hacían que pudiera permitirse cada vez más paté de oca y champán. La barriga no le sentaba bien, pues era delgado como un pincel. Lazarev se preguntó cómo conseguía equiparse. ¿Un sastre le hacía el uniforme penitenciario gris azulado a la medida o lo encontraba entre las tallas estándar para sapos acomodados?

La oficina del director de la cárcel irradiaba el mismo aspecto que el resto del edificio. Aquí lo que primaba era el hormigón y el acero. La pintura era algo que untaban en el acero corrugado para que el óxido no debilitara aquellos muros, contruidos para proteger San Petersburgo de algunos de sus hijos más descarriados. Los prisioneros vivían en pasillos tan fríos y húmedos que constantemente goteaba condensación del techo.

El director bebía vodka como si fuera agua. Durante todo el día, cada día, pero no daba señal alguna de estar ausente. Él solo estaba «perfectamente engrasado», como solía decir, y abierto a todas las sugerencias posibles. Sugerencias que, por lo general, trataban de que algo se filtraba a través de los muros de la prisión a cambio de dinero o servicios sexuales con menores.

—¿Dos de ellos, dice?

—Tengo un trabajo en el que no puedo usar a mis hombres.

—No tengo hombres que sean buenos para usted, Lazarev. Aquí solo hay perros.

Se rio y después comenzó a toser de nuevo. El aliento agrio alcanzó a Lazarev en cálidas ráfagas.

—Los perros pueden ser de gran utilidad. Necesito dos que estén curtidos. Y que nadie echara de menos si, contra todo pronóstico, no regresaran.

—¿Sus requisitos habituales no son necesarios?

—No, estos pueden parecer perros.

—Entonces tengo dos que creo que le podrán ser de gran ayuda durante un tiempo. Procure que no corran sueltos sin su control por las calles de la ciudad. Si tiene algún problema con ellos, solo tiene que matarlos.

—¿La cantidad habitual?

—Perfecto.

Nestor Lazarev encontró a los dos hombres al otro lado del muro. Uno de ellos tenía todo el cuerpo tatuado, el otro era un hombre corpulento con mucho pelo y barba.

Los alineó delante del Mercedes y les dio la versión corta de su presentación y del objetivo. Les hizo comprender que si intentaban hacer algo que se desviara de las órdenes, enseguida estarían pidiendo de rodillas que los volvieran a encerrar en una celda de aislamiento sin posibilidad de ver la luz del día. El tatuado palideció con claridad y sus tatuajes se hicieron aún más visibles. El corpulento apenas asintió en silencio.

Lazarev le lanzó las llaves del coche a él.

—Hay un periódico en esta ciudad que sigue persiguiéndome; un periodista no ha tomado mis advertencias en serio. En la guantera del coche tenéis toda la información. Encargaos de él.

Max bebió un sorbo de café y miró alrededor en la estrecha cafetería. Había sobre todo estudiantes, sentados con las bufandas enrolladas varias veces alrededor del cuello, que hablaban en alto. Prácticamente lo habían echado de Brice & Stadthaller después de su ataque a Rousseau. ¿Se había acercado demasiado a la verdad?

La puerta de la cafetería se abrió y Max levantó la vista. Reconoció a Yuri Domashov, el periodista del *St. Petersburg Times*, por la foto de la columna. Era alto y delgado, vestía una gabardina beis y una bufanda de color rojo claro, cabello rubio perfectamente cardado; por su aspecto, podía haber sido teclista en algún grupo de pop británico de los ochenta.

Max alzó la mano y Yuri Domashov miró hacia su mesa.

—Espero que sea algo rápido —dijo—. No quiero llegar tarde al curso de croquis.

—¿Dibujas? —preguntó Max.

—No, hago de modelo. Me gusta ver la expresión del rostro de las chicas cuando me desnudo. —Domashov apartó la silla y se sentó—. Mi casa hace esquina con la universidad, vivo justo al lado de la residencia de estudiantes. Hay un agujero en la verja, no lejos de mi puerta. Por las noches hay bastante tráfico a través de ese agujero, ya sabes a lo que me refiero.

Max comprendió que Domashov intentaba provocarlo. Él levantó la taza de café con tranquilidad.

—Como te dije por teléfono, desearía saber más acerca de tus reuniones con St. Petersburg GSM.

Domashov se encogió de hombros, llamó a un camarero con la mano y pidió una taza de té. Era un periodista experimentado, acostumbrado a tantear y evaluar a las personas; al parecer se dio cuenta de la clase de persona que era Max: alguien que no se dejaba distraer.

—Lo intenté con una serie de empleados normales, con asesores y dirección —dijo—. Después de la entrevista con Marcel Rousseau, de una empresa de auditoría, me llamó alguien que me exigió ver lo que había escrito. Me negué, por supuesto. El siguiente artículo lo suprimieron, así que me dediqué a otra cosa. Para mí, todo ese asunto ya es pasado.

Max suspiró. Domashov era, sin duda, un hombre de muchos talentos, pero mentir no era uno de ellos.

—¿Quién llamó y por qué se suprimió el artículo?

—De eso tendrás que hablar con el redactor jefe. Creo que alguien fue a visitarlo a la oficina.

Domashov esbozó una mirada torcida y le dio un sorbo a su té.

Max sabía que no sacaría nada hablando con el redactor jefe. Así funcionaban las cosas aquí. Para poder ser redactor jefe de un periódico, uno se veía obligado a elegir sus batallas.

Continuó observando en silencio a Domashov, que se pasó una mano por el rostro y echó un vistazo al local.

—¿Qué? —dijo, y miró finalmente a Max—. Me pidieron que lo dejara. Eso es todo.

—Pero yo no lo dejo —respondió Max—. Yo no trabajo así.

Domashov se inclinó hacia Max.

—Estás loco si quieres continuar con esto.

—¿Eso fue lo que le dijiste a Pashie?

—Sí, pero ella tampoco me escuchó.

Está claro que Pashie no escuchó, pensó Max, sobre todo si el propietario de St. Petersburg GSM era alguien de la clase que él empezaba a sospechar. Exactamente la clase de hombres a los que ella deseaba parar.

—Cuéntame lo que le contaste a ella —dijo—. ¿De dónde saca en realidad St. Petersburg GSM sus millones?

Domashov volvió a mirar el café. Se le veía nervioso.

—Tu amiga es una mujer muy inteligente.

—Lo sé.

—Demasiado inteligente para su propia seguridad. Ella sabía que yo llevaba investigando a St. Petersburg GSM desde hacía tiempo. Algo apesta allí.

—¿Qué había averiguado Pashie? —preguntó Max.

—No lo sé. Nos aproximamos a la empresa desde distintos ángulos. Ella estaba interesada en la tecnología, mientras yo intentaba seguir el dinero.

—¿Qué fue lo que te hizo pensar que era tan inteligente?

—Hablamos de una cosa que yo no comprendía. Cómo se podían vender tan baratos los nuevos teléfonos móviles digitales de fabricación occidental, que cuestan un riñón, para que cualquiera se lo pudiera permitir.

—¿Y ella te ayudó a descifrar ese misterio?

Domashov asintió.

—Ella descubrió que utilizaban a las personas más débiles de la sociedad: pobres jubilados sin hogar.

Una joven camarera pasó junto a ellos balanceando una pesada bandeja en la mano.

—No entiendo —dijo Max.

—Los jubilados son veteranos de guerra.

Los veteranos de guerra viajaban gratis en el metro y recibían cupones de

vacaciones en Sochi, pero Max no conseguía relacionarlo con una nueva red móvil. Al parecer, Pashie había encontrado una conexión.

—¿Qué fue lo que Pashie descubrió?

—Se trataba, sobre todo, de la importación de teléfonos de Occidente, sobre todo de Finlandia, Nokia, ya sabes. Los impuestos de importación son mortales. Yo no encontraba la conexión. ¿Cómo podían pasarlos por la frontera sin pagar una fortuna? La respuesta estaba en los jubilados.

Finalmente, Max comprendió cómo se hacían las cosas. Marcel Rousseau lo había dicho de pasada mientras hablaban. Quizá se lo había dicho claramente a Pashie, o lo hizo sin darse cuenta, pues ella consiguió sonsacarle.

—Todavía vivimos con la vieja Constitución —dijo.

Domashov asintió.

—Exactamente. Los héroes soviéticos no tienen que pagar impuestos.

—Pero esos privilegios son para uso privado. ¿Cómo se puede llevar a cabo el asunto a gran escala?

—Se apoderan de las identidades oficiales de los jubilados y actúan en su nombre con ayuda de poderes. Se importan productos extranjeros en su nombre y, a cambio, les proporcionan techo, vodka y pan. Todos están contentos y nadie hace preguntas.

«Algo apesta en St. Petersburg GSM —pensó Max—, eso está claro.» Pero ¿acaso era eso ilegal? No era moralmente aceptable aprovecharse de personas mayores vulnerables, pero el sistema era, sin duda, inteligente. Si Domashov y Pashie lo habían descubierto, y la dirección de St. Petersburg GSM se había dado cuenta, ¿era realmente razón suficiente para presionar al periódico y que no escribiera sobre ello? ¿Para eliminar a Pashie? ¿Para hacer saltar por los aires la institución de la universidad?

—Pero tiene que haber algo más, algo que provocó el enfado de alguien en St. Petersburg GSM —dijo Max—. ¿Qué más preguntó Pashie?

—Como te dije: tecnología. Estaba obsesionada con ella.

Esta era la segunda vez que lo señalaba, pero Max no comprendía su significado.

—¿Puedes ser más concreto?

—Ella no estaba interesada en el contexto, en la historia de la empresa, cómo se había establecido. Dijo que corría un rumor acerca de que la tecnología en la que se basaba el negocio la habían robado de Suecia.

¿De Suecia? El espionaje industrial era algo que sucedía cotidianamente en la industria sueca, oculto tras el bonito mundo llamado diplomacia internacional. Si no eran los rusos, eran los chinos.

—He leído tu artículo —dijo Max—. El presidente, el hombre de esa cita pomposa, ¿llegó Pashie a hablar con él?

—No, no lo creo, no concede entrevistas —dijo Domashov—, pero habló con Marcel Rousseau.

Max asintió, ya lo sabía.

—Cuéntame algo más del presidente.

Al camarero que estaba a su espalda se le cayó la bandeja al suelo y Domashov se sobresaltó cuando una taza se hizo añicos contra el duro suelo de piedra.

—¿Nestor Lazarev? —dijo, y se secó la boca con la servilleta manchada—. No se tienen muchos datos de él antes de 1991. Yo he realizado algunas investigaciones y he descubierto que ha vivido en Moscú y que tenía algún tipo de conexiones con la nomenklatura. Parece ser que fue un pionero de las telecomunicaciones. Hubo un intento anterior de la compañía en San Petersburgo, algún tipo de experimentación antes de que la telefonía móvil tomara fuerza. Al parecer tiene un pasado militar, pero eso no dice mucho, pues es algo bastante común. Todos los rastros del pasado acaban en 1964.

Antes de esa fecha, no hay nada acerca de él. Es como si naciera como un hombre de mediana edad.

—¿Y Pashie? ¿Crees que ella llegó hasta él?

—Seguro que lo intentó —dijo Domashov—. A mí me dijeron que lo dejara, ya te lo he contado.

Cada vez que lo decía, Max tenía la sensación de que había algo que él realmente deseaba contar. Recordó cómo Margarita se expresó cuando él la presionó: «Nunca he visto a nadie de esa organización». Decidió probarlo con Domashov.

—¿Por qué no me cuentas algo acerca de la organización que controla St. Petersburg GSM, de los que transfieren millones de dólares desde cuentas bancarias extranjeras?

Domashov le dio un trago al té y se apartó la larga melena de la frente.

—Ahí fue donde me di contra un muro. Y ahí lo dejé. Por completo. Lo juro por la tumba de mi madre.

Domashov lanzó una rápida mirada a su entorno y después volvió a inclinarse, sus cabezas casi se rozaron.

—Supongo que te refieres a la Fundación Ivánovich —dijo en voz baja—. Creo que se trata de un consorcio que mantiene conexiones con la primera generación de la mafia rusa, establecida por poderosos y viejos miembros del partido, y que rodea al padrino original de toda la mafia rusa. —Domashov respiró hondo—. Leonid Brézhnev, el antiguo secretario general. ¿Ahora entiendes por qué debes dejarlo estar?

Max le sujetó la puerta a Domashov. Ivánovich. Nacionalista, el más común de todos los nombres paternos rusos. El nombre perfecto para una fundación que deseaba atraer tan poca atención como fuera posible.

—¿Brézhnev? —dijo Max cuando salieron a la calle—. ¿Cuántos años tiene, en realidad, el Lazarev ese?

—Como te dije, su rastro termina en 1964.

—Pero has tenido que encontrar algo sobre esta fundación. ¿Dónde se registraron? ¿Y quién los registró? Tiene que haber algún tipo de registro, ¿no? Domashov tosió.

—Sí, lo hay. Un hombre que entonces trabajaba para el gigante global KPMG registró la fundación y ahora tiene una empresa de rápido crecimiento en esta ciudad.

Brice & Stadthaller. Marcel Rousseau.

Domashov no tuvo que decir nada más. Max comprendió cómo estaban las cosas.

Cruzaban la avenida Nevski Prospekt cuando Max, de pronto, oyó un sonido detrás de él y se dio media vuelta. Un Mercedes negro circulaba a toda velocidad hacia ellos. Agarró a Domashov y tiró de él, pero no fue lo suficientemente rápido. La parte frontal del Mercedes golpeó a Domashov en un lado y Max tuvo que soltarlo. El cuerpo de Domashov chocó con violencia contra una pared, rebotó en la acera y rodó hacia la calle.

—¡Yuri! —gritó Max.

Vio con impotencia que el hombre que lo había mantenido absorto durante la conversación ahora yacía ensangrentado y sin vida.

Max corrió hacia él y se dejó caer junto al cuerpo. Oyó cómo el Mercedes se alejaba rápidamente.

Comenzó a llegar gente corriendo de todas direcciones. Max controló la conmoción y buscó con cuidado el pulso en el cuello, pero no lo encontró. Tenía la nuca partida. Metió enseguida sus manos en los bolsillos de Domashov y tomó un llavero. Antes de que llegara nadie, se lo guardó en el bolsillo de la chaqueta.

Sarah volvió a hojear los papeles. ¿Dónde había puesto el artículo sobre el malestar de los trabajadores en las fábricas de los suburbios de Moscú a los que no habían pagado sus nóminas desde hacía cuatro meses?

Resopló, se quitó las gafas y se frotó ligeramente las cejas. El dolor de cabeza que sentía desde por la mañana no quería remitir; y eso que ella nunca sufría dolor de cabeza.

Los pensamientos volaban todo el tiempo hacia lo que Max le había contado: la sangre en el cuarto de baño de Pashie, la explosión en la facultad de Economía, la voz rota de Mishin al hablar con él.

Cuando llegó a la oficina, llamó al hospital Södersjukhuset, pero le dijeron que Borgenstierna estaba demasiado débil para recibir visitas. ¿Lo estaba de verdad o no deseaba hablar con ella? ¿Debería ir allí y sorprenderlo? Realizó una serie de anotaciones en el bloc que tenía delante; de repente, sintió ganas de fumar.

Unos golpes en el marco de la puerta hicieron que alzara la vista. Charlie la miraba sonriendo.

—Ya veo que aquí brilla la lámpara de la laboriosidad. ¿Puedo pasar?

—Por supuesto.

Sarah señaló la silla de las visitas, pero Charlie se quedó de pie en el umbral.

—¿Te parece bien que cierre la puerta?

¿Qué pasaba ahora? Era sábado y estaban completamente solos en Vektor, y sin embargo Charlie quería cerrar la puerta.

Ella asintió y Charlie cerró la puerta con cuidado, hasta que hizo clic. Se sentó en el sillón azul frente a Sarah y cruzó las piernas.

Carraspeó.

—Como sabes, me reúno con muchas personas debido a mis diferentes ocupaciones; entre ellas, con algunos de los empresarios y directivos más importantes del país.

—Y nadie les hace la pelota mejor que tú, Charlie. Si no fuera por esa facultad tuya, hoy no estaríamos sentados en estas oficinas.

Charlie miró el despacho, los sencillos muebles claros... Cabeceó hacia la gran ventana.

—Espero y confío en que hayamos establecido una gran confianza —dijo—. Hoy he recibido una llamada de un buen amigo que coincide que es uno de nuestros mayores patrocinadores. Frank Ståhl, director de comunicación de Telia.

—Lo vi el otro día en un debate televisivo —dijo Sarah, que dudaba de que Frank y Charlie fueran buenos amigos—. Lo presionaron de lo lindo.

Charlie suspiró y se arregló la americana, que le quedaba a la perfección.

—La caída del sistema les ha causado graves problemas. Y puedo añadir que han perdido clientes.

—Pero él hizo lo que pudo para convencer a los espectadores de que tenían todo bajo control.

—Sí, y de eso es de lo que quiero hablar contigo.

Era como si el tono ligero de conversación hubiera desaparecido.

—Me lo contó bajo la más estricta confianza, por lo que te pido que lo trates de la misma manera.

Sarah asintió.

—Telia tiene trescientos mil usuarios de móvil digital, el doble que el competidor más cercano. Predicen que tendrán tres millones en quince años. Además, controlan todas las infraestructuras analógicas de telefonía fija. Y, por si eso no fuera suficiente, la radio y la televisión son cada vez más dependientes de las infraestructuras de Telia. Según Frank, los que están detrás de la caída del sistema han demostrado que pueden penetrar y controlar todos los sistemas de Telia y, en la práctica, controlar todo el flujo de información del país.

Charlie estaba describiendo algo que generalmente formaba parte de planes de invasión. Siempre había mostrado cierta tendencia a aceptar las teorías de la conspiración; sufría de paranoia crónica en lo referente a las amenazas a la soberanía sueca.

Charlie se inclinó hacia delante, bajó la voz aún más.

—Ha habido una nueva intrusión en su sistema.

—¿Otra caída? No me he enterado.

—No —dijo Charlie—, una caída no. La segunda intrusión fue mucho menor y, de no haber estado en vigilancia máxima, quizá no se hubieran dado cuenta. En esta ocasión, el daño fue menor, aunque hay similitudes en ambas formas de actuar.

La ventana se sacudió de repente debido a una ráfaga de viento que golpeó el edificio.

—¿Y por qué Frank te contó esto?

—Frank sabe que formo parte de tu junta, Sarah. Él desea mantener al margen de esto a las autoridades, la policía y al servicio secreto. Si actuaran, la prensa enseguida se lanzaría sobre ellos, y entonces Frank cree que perderían el control por completo.

Carraspeó. Volvió a arreglarse la chaqueta.

—En el segundo ataque, alguien consiguió información confidencial. El

hacker dejó abierto el sistema de par en par durante un corto período de tiempo. Podía haber hecho lo que hubiera querido con eso: vaciar el sistema de información, destruirlo, realizar llamadas desde los otros teléfonos... Pero solo quería una cosa: información de un solo cliente.

—¿De quién?

—Vektor —dijo Charlie—. El segundo ataque fue para conseguir información sobre nosotros.

Max regresó al edificio de estudiantes, siguió la verja y, finalmente, llegó al agujero de la verja que Domashov había mencionado. Domashov sabía mucho más de lo que le había contado. Si su jefe de redacción le había ordenado que dejara de profundizar en los asuntos de St. Petersburg GSM, la información que había conseguido no se encontraría en el trabajo. Quedaba buscar en el apartamento de Domashov.

Max tenía que colarse allí antes de que lo hicieran otros.

El corazón le latía con tanta fuerza que podía sentirlo en el interior de las costillas. Notaba la cabeza extrañamente ligera, como si el viento que soplaba alrededor de los altos edificios que lo rodeaban, la atravesaran. La escena de la avenida Nevski Prospekt volvía a repetirse en su mente en cuanto se detenía. ¿Por qué no había reaccionado con más rapidez? ¿Se había anquilosado?

Se agachó y pasó a través del agujero. Al otro lado, justo a la derecha, se encontraba el portal donde vivía Domashov. Max miró la hora. Habían pasado veinte minutos desde el atropello a Domashov. Si alguien vivía allí con él, era probable que aún no le hubiera llegado la noticia de su muerte.

La puerta estaba sin cerrar con llave, y el cartel de la escalera indicaba que Domashov vivía en el tercer piso. Max subió las escaleras corriendo y después miró a ambos lados antes de sacar el llavero. Encontró la llave correcta y la puerta se abrió con un apagado sonido metálico. Max entró en el

recibidor: zapatos, botas, guantes y gorros estaban en perfecto orden. Aquí no vivía un hombre solo. Junto al recibidor se encontraba la cocina, que también estaba impecablemente limpia. Max pasó la cocina y dos dormitorios, uno de niños, otro de adultos.

Conectado al dormitorio de los adultos había un despacho. Max miró alrededor. Este parecía ser el dominio privado de Domashov. Estanterías desde el suelo hasta el techo. Un escritorio junto a la ventana con vistas al campus universitario.

Bajo la ventana, los estudiantes se apresuraban hacia uno de los edificios más grandes. Una fina capa de nieve en polvo cubría el campus y cada paso provocaba pequeños remolinos de nieve.

Max dejó que la mirada vagara a lo largo de la fachada de la universidad, hasta el lugar donde habían trabajado Pashie y Mishin. Marcas de fuego negras y ventanas vacías. Si Domashov había presenciado la explosión desde este escritorio, lo habría visto todo.

Max empezó a buscar de nuevo en la habitación. Las estanterías contenían cientos de ediciones del *St. Petersburg Times*. Max puso en marcha el ordenador de mesa y, mientras esperaba a que se despertara a la vida, abrió los cajones del escritorio. Estaban completamente vacíos. Max volvió a mirar la pantalla, que permanecía inerte.

El portal se abrió y Max oyó que alguien correteaba por el hueco de la escalera. Una mujer reprendía a sus hijos. Max miró hacia el patio. Ahí fuera no había nadie. Se volvió de nuevo hacia el ordenador, pero en la pantalla solo ponía «Arrancando» y «Espere, por favor».

Al oír una llave en la puerta principal Max se estremeció.

«Joder.»

¿Debería salir corriendo por el mismo camino por el que había entrado o

bajar por la ventana y tomar la escalera de incendios de la parte exterior del edificio?

—¿Hola? —dijo una suave voz desde el recibidor—. ¿Yuri?

Max miró una vez más por la ventana. El salto hasta la escalera de incendios no resultaría fácil, pero en realidad no tenía otra elección. Al volverse hacia la ventana, el pie se le quedó atrapado en la gruesa alfombra. Había algo debajo de ella, una hoja de papel con la cara hacia el suelo.

Se agachó para recogerla.

—Yuri, ¿estás ahí?

Era una gran fotografía en formato DIN-A4. El retrato de un hombre. En la parte posterior había un nombre escrito a mano.

El vacío que Max había sentido se trocó en una sensación de vértigo, como si lo que él miraba fijamente fuera un precipicio y no el rostro de un hombre.

¿Qué está pasando?

La mano que sujetaba la fotografía empezó a temblar.

El rostro le resultaba increíblemente conocido y, sin embargo, no conseguía ubicarlo.

Max dobló el papel y se lo metió en el bolsillo interior.

Unos pasos ligeros se acercaban corriendo en su dirección, pero se detuvieron en el dormitorio cuando la madre gritó: «¡Para, vuelve aquí!».

Había una carga especial en la voz y tal vez los niños lo notaron, pues de repente reinó un silencio total en el apartamento. Max abrió la ventana, que emitió un agudo chirrido. Una fuerte ráfaga de viento se propagó por el despacho cuando se abrió la puerta.

La mujer gritó y Max saltó al exterior.

Hacía tiempo que el sarpullido del cuello no le picaba tanto. Nestor Lazarev se había visto obligado a no ponerse corbata para dejar que la crema surtiera efecto y airear el sarpullido. La vestimenta no era la adecuada, pero eso no sería un problema, no era hoy cuando tenía que dar la bienvenida a sus invitados.

Los días previos al gran acontecimiento consistían en preparaciones. Pronto se encontraría por primera vez con aquellos con quienes hasta ahora solo había tenido contacto a través de una lista de mensajería cerrada de agentes y de conversaciones encriptadas en teléfonos seguros. Lo que había empezado como una iniciativa del propio Lazarev —una conversación confidencial con alguien en quien él sabía que podía confiar, sin importar de dónde soplara el viento— había llevado a otra conversación y, de repente, la iniciativa se había plasmado en un grupo.

En la pantalla conectada a las cámaras de vigilancia ubicadas en los locales que Lazarev había comenzado a utilizar de nuevo hacía poco, vio cómo el invitado llegaba y se sentaba a esperar en el pasillo. La sencilla silla de madera parecía incómoda, como si sus patas penetraran a través del cojín del asiento y se clavaran en los glúteos. Cuando el invitado se volvió, pareció como si se apretara contra los restos salientes de la silla para enviar una señal de dolor al cerebro. Si Lazarev no estuviera seguro, habría supuesto que se trataba de una técnica aprendida para controlar las señales del cerebro. Pero

los revisores suizos no recibían esa formación. Quizá se trataría de algún recuerdo de su oscuro pasado.

La puerta de la habitación de Lazarev era de madera maciza, una clase de madera exótica que no crecía en esas latitudes. El material era oscuro y muy hermoso. La puerta estaba enmarcada por un arco con tallas exquisitas. Eso realzaba su belleza y simetría; sin espacio para los cabos sueltos ni para las confusiones.

El picaporte era antiguo y de latón. Su visita parecía mirarlo fijamente mientras esperaba a que se abriera la puerta.

Lazarev accionó el botón bajo la mesa y la puerta se abrió un par de centímetros. Miró la pantalla de nuevo. Todo estaba en silencio. Podía echar de menos la actividad de antaño, pero ahora no pasaría mucho tiempo antes de que los locales estuvieran de nuevo en pleno rendimiento.

Marcel Rousseau se puso de pie. Se sacudió un poco de caspa de los hombros. De camino a la puerta miró el cuadro que había junto a ella. El gran líder se encontraba en el rellano de una escalera con las manos extendidas en un gesto de bienvenida. Alrededor estaban los dignatarios de la historia rusa y, debajo, en los peldaños que conducían al suelo, los representantes de todas las razas que se encontraban bajo su control. Cada línea en la pintura, cada destello de luz, procedía del hombre situado en el centro del cuadro.

Él era el sol.

Cuando Rousseau se acercó al escritorio, Lazarev se puso de pie y señaló la silla de las visitas.

—Siéntate —dijo con una sonrisa.

Notó que el sonido de su voz disipó la inquietud del hombre joven.

«Tú decidiste abandonar la vida que llevabas, tu carrera y tu familia, para trabajar para mí. Quizá no por mi misión, pero sí por mi dinero.»

—¿Qué te pasa hoy, Marcel?

—Se trata de un asunto especial.

Lazarev arqueó las cejas.

—Lo siento, pero al parecer tenemos otro más —dijo Rousseau—. Ahora es un hombre quien está buscando a la mujer.

«Sí, por supuesto que tenemos otro —pensó Lazarev—. No olvides que yo siempre voy un paso por delante de ti.»

—¿Ah, sí? —dijo—. ¿Qué puedes contarme de él?

—Consiguió una reunión conmigo a través de un engaño. Preguntó por ella, pero no llegó a hacer la pregunta que ella planteó. Parecía desconocer el asunto.

—¿Ruso? —preguntó Lazarev.

—No, sueco. Dijo llamarse Paul Olsen.

«¿Olsen? Ese no es un apellido sueco, más bien danés. ¿Un nombre inventado?»

—¿Y qué le contaste?

—Nada, por supuesto. ¡Nada de nada!

Lazarev alzó el brazo y Rousseau respiró hondo un par de veces.

—¿Qué crees tú que quería, Marcel?

Rousseau carraspeó y tragó saliva. Parecía buscar algo en su cabeza pelirroja que pudiera ayudarlo a continuar sin cometer un error. Se frotó las manos como si de repente comenzaran a picarle.

—Creo que está relacionado personalmente contigo —dijo por fin—. Y creo que deberíamos informar a los demás. Lo siento, pero...

Lazarev se llevó un dedo a los labios. En la habitación reinó un silencio sepulcral excepto por el sonido del tictac del reloj que había encima del escritorio.

—Tranquilo —dijo—. ¿Qué quieres decir con que está relacionado personalmente conmigo? ¿Qué es lo que has descubierto?

—Preguntó dónde habías conseguido la tecnología, lo mismo que hizo la tal Pashie. Eso significa que han relacionado St. Petersburg GSM contigo y con lo que ocurrió en Estocolmo en 1944.

Lazarev se removió en su asiento. «Vaya por Dios.»

Cuando se firmó el acuerdo que regulaba su cooperación, Lazarev se había preguntado cuánto había conseguido desenterrar Rousseau acerca de su pasado y el de las otras personas de la organización. Tuvo que haber tratado de averiguar lo máximo posible antes de abandonar su vida para trabajar para ellos. Rousseau era minucioso, eso estaba claro, y cobarde por naturaleza, pero deseaba desesperadamente ser rico.

Lazarev había llegado a la conclusión de que Rousseau había hecho todo lo posible por averiguar quién era él en realidad. Y eso no había sido un problema.

Hasta ahora.

—¿Quién habría podido imaginar que desde el principio conocías la vieja historia? Estoy impresionado.

Se puso de pie y caminó lentamente por delante de los retratos enmarcados en la pared. ¿Había oído realmente a Marcel decir «yo creo que tenemos que informar a los demás»? ¿Con qué derecho creía que podía hacerlo? ¿Socavar su autoridad y de esa manera aventurar el liderazgo en la organización?

Lazarev pasó junto a una armadura samurái negra que se encontraba en un rincón, al lado de un violonchelo. La habitación tenía una disposición inusual, diseñada por el propio Lazarev hacía tiempo, idónea para su propósito, todavía en perfecto estado a pesar de la decadencia resultante de las décadas en las que no se usaron las instalaciones.

La habitación parecía cuadrada, pero las paredes no eran paralelas. Estaba diseñada para conseguir la mejor acústica posible. Porque, por supuesto, se grababa todo lo que se decía en esta habitación, tanto antes como ahora.

¿Quién era esta persona, Paul Olsen, que ahora iba tras él? ¿Un nuevo y ambicioso reclutamiento de MUST, la inteligencia militar sueca? Lazarev nunca le había tenido miedo, ni tampoco a ninguna otra sección de la defensa sueca. La defensa autoengañoso del Gobierno socialdemócrata sueco, amante de los estadounidenses, era una afrenta a la defensa de otros países. ¿Por qué debería temerlos ahora?

¿Así que Rousseau creía que debían informar «a los demás» de que, de repente, algún sueco iba tras el rastro de Lazarev?

Miró a Rousseau, que estaba encogido en la silla y tiraba nervioso del lóbulo de su oreja.

«Vienes aquí y amenazas mi liderazgo sugiriendo cosas. ¿Cómo te atreves a cuestionarme?»

Se detuvo junto al tocadiscos y la pequeña fotografía enmarcada en la librería. Se había tomado hacía mucho tiempo, a principios de los años cuarenta. El mismo Lazarev se encontraba en el centro de la foto, rodeado de dos personas que habían sido muy cercanas. Una de ellas lo había traicionado y pagó con su vida.

En Estocolmo.

¿Por qué debería temer a los suecos ahora? ¿Por qué debería dejarse influenciar por este auditor nervioso ahora que el trabajo de su vida estaba a punto de concluir? La organización comenzaba a crecer con fuerza, la empresa cada vez tenía más éxito, habían adquirido fortuna... Pronto podrían utilizarlo todo.

Rousseau era solo un cobarde que se preocupaba de su amado plan de pensiones. No había razón alguna para contárselo a nadie. Al contrario. Esto era algo que él resolvería por su cuenta.

—¿Quién, además de ti, está al tanto de esto? —inquirió Lazarev.

Rousseau se sobresaltó.

—Nadie, claro. Yo nunca...

—Quiero decir..., ¿quién te ayudó a desenterrar mi pasado antes de que decidieses venir a trabajar para mí?

Rousseau volvió a tocarse el lóbulo, seguramente sopesaba sus posibilidades. ¿Mentir o decir la verdad? ¿Salvarse a sí mismo o a otra persona?

—Nadie —dijo con voz temblorosa—. Te lo prometo.

«Entonces, se trata de alguien que te importa —pensó Lazarev y acarició el tocadiscos—. Tal vez fue tu pobre esposa, que dejaste en Lugano. Ella recibirá lo suyo, y sufrirá un poco más por haberme mentido en la cara.»

—La cosas siempre siguen cierta lógica —dijo Lazarev—. Algunas cosas son claras desde un principio. Conocer otras toma algo más de tiempo, pero siempre hay una lógica.

Puso el tocadiscos. Enseguida se oyó a un barítono, tan solo acompañado por un piano. *Viaje de invierno*, de Schubert. Volvió a dirigir la mirada a la vieja fotografía. La puso de cara a la pared, tomó su diapasón, lo golpeó contra la librería y se lo llevó al oído.

—Entonación perfecta.

Rousseau permanecía sentado sin moverse, seguía a Lazarev con la mirada.

—La lógica en este caso nos dice que si ahora hay una conexión con mi propio pasado, entonces finalmente vendrán aquí, como la aguja de una brújula que siempre señala el norte.

Lazarev se situó detrás de Rousseau y posó las manos en sus hombros.

—Eres listo, Marcel.

Rousseau tensó los hombros. Le sorprendió la fuerza que había en las manos de Lazarev.

—No estás satisfecho con nuestro acuerdo, ¿verdad? Te sentiste obligado a investigar por cuenta propia para tener toda la información.

Rousseau jadeó.

—Espero que en mi esfuerzo por servir a la organización no hayan aventurado de alguna manera...

Lazarev le colocó el diapasón en el cuello. Antes de que el auditor pudiera reaccionar, sujetó a Rousseau por el cuello con la mano izquierda y presionó su frente contra la mesa. Lazarev sintió cómo recuperaba la energía de su juventud. La mano izquierda era robusta; la fuerza que presionaba a Rousseau contra la mesa era demasiada para él, y los dedos que escarbaban hacia las vértebras del cuello se comportaban como afilados cuchillos.

Al instante siguiente le clavó el diapasón a Rousseau en el cuello. La herramienta se enterró bajo su nuez y, en una sacudida violenta primero, se movió hacia arriba, después hacia abajo y, finalmente, a un lado, con un movimiento rápido.

Rousseau se levantó de la silla en un acto reflejo, su espalda se arqueó y de sus labios salió un grito rebotante de dolor, pero el grito se ahogó en la sangre que le llenaba la boca y le corría por el pecho. Realizó algunos vanos intentos para librarse del agarre de Lazarev, pero finalmente su cuerpo cedió.

Lazarev soltó la cabeza de Rousseau. Cayó con un ruido sordo sobre la mesa y un último flujo de sangre le corrió por la boca.

Max se apeó del taxi en el cementerio de Kovalevskoeky, en el distrito de Vzevolozjsky. Vio la pequeña capilla color turquesa, relativamente nueva, con su afilado tejado galvanizado que apuntaba al cielo como una flecha. Justo cuando cerraba la puerta del coche, las campanas empezaron a tañer. Enseguida comenzaría la ceremonia del entierro.

Max no había hablado con Mishin desde los acontecimientos ocurridos en la universidad. Ahora, el hombre mayor se acercaba caminando hacia la iglesia y alzó una mano hacia él.

—Afanasi —exclamó Max—. Qué alegría verte sano y salvo.

—Lo mismo digo —dijo Mishin, y estrechó su mano, la movió arriba y abajo—. Acabo de estar en el río. Con las morsas.

—¿Morsas?

Mishin sonrió.

—Mis camaradas. Solemos ir a la sauna un par de veces a la semana y después nos bañamos en el río haciendo un agujero en el hielo. Es bueno para el corazón. Y para el espíritu.

Su sonrisa se apagó.

—Me han despedido —dijo—. De manera fulminante. La facultad no se restaurará.

—Pero ¿qué dices? ¿Por qué?

Mishin negó con la cabeza.

—Creo que la decisión la tomó alguien que estaba por encima del rector.

¿No era el rector el jefe superior? ¿Podría haber sido la junta? ¿O alguien en la dirección de la administración de la ciudad de San Petersburgo?

Se unieron a un grupo de personas afligidas. Las mujeres iban a un lado, vestidas de negro; algunas lloraban en voz alta. Los hombres llevaban ramos de rosas rojas en la mano, con las mejillas húmedas de lágrimas, los semblantes adustos. Tres sacerdotes ortodoxos de cabello largo y barbas pobladas encabezaban la procesión. Vestían túnicas azul aciano adornadas con la cruz ortodoxa, de tres vigas horizontales, donde la inferior, el reposapiés, se inclinaba conforme a la tradición rusa.

Max y Mishin ocuparon un lugar entre los bancos y los sacerdotes desaparecieron detrás del iconostasio.

Max cerró los ojos mientras permanecía sentado en el banco de madera. Escuchó los últimos repiques de campana. Diecisiete toques. Alrededor de la muñeca derecha llevaba la pulsera que le había comprado al joven que yacía en el féretro. En algún lugar de la iglesia se encontraba su hermana, la que confeccionaba las pulseras. Una hermana que, de ahora en adelante, debería sentarse sola en el mercado de los sábados.

Vladislav Bagayev apenas era un niño.

Max echó una mirada a la iglesia. No reconoció ningún rostro. ¿Podría ser que alguno de los asistentes solo estuviera ahí para encontrarlos? ¿Podría haber una bomba aquí también?

«Tengo que llegar al fondo de esto antes de que muera más gente inocente. Tengo que encontrar a Pashie.»

La policía había comunicado a la prensa que en la universidad había deficiencias en el mantenimiento de los conductos de gas. Habían avisado a la universidad de que era inevitable que ocurriera un accidente si no se solucionaba el problema. El rector había dicho que abrirían una investigación

exhaustiva y que los culpables serían puestos a disposición de la justicia. Al parecer, Mishin había sido uno de los señalados como chivo expiatorio.

Max volvió a cerrar los ojos. Recordó el funeral en la capilla de Arholma hacía un mes. El último adiós a su madre.

Entonces había llegado el primero y se había sentado en la primera fila de la bonita y pequeña iglesia. No le había dicho nada a Pashie acerca del entierro. No quiso molestarla en su trabajo; pensó que él era fuerte y que se apañaría solo.

Sin embargo, mientras estaba allí sentado se arrepintió, observando el arco en el techo de cal blanca que le recordó una vela al viento. La soledad, la pena y la muerte irrevocable lo superaron.

En ese momento había sentido una mano en su hombro.

Sarah le había hablado del entierro a Pashie y allí estaba ella. Supuso que él la necesitaría a su lado.

Allí y entonces, Max entendió que ya no estaba solo; y que necesitaba a Pashie más de lo que creía.

Abrió los ojos y observó el féretro en la parte frontal de la iglesia. Vladislav estaba muerto, pero él se negaba a creer que Pashie lo estuviera. Ella no.

Una lluvia ligera cayó sobre ellos cuando abandonaron la última morada de Vladislav.

—Creo que he encontrado un rastro que seguir —dijo Max.

Mishin lo miró sorprendido.

—Aquí no estás seguro. Deberías volver a casa, a Suecia.

Max negó con la cabeza.

—Tengo que encontrar a Pashie. Ayúdame, Mishin. Puedo encargarme de

que sigas recibiendo el sueldo de Vektor por un tiempo.

Mishin suspiró pesadamente.

—Es probable que una mujer joven esté muerta. Un joven ha muerto en una explosión. ¿No es suficiente?

—Ambos hemos perdido mucho —dijo Max—. Tenemos que llegar al fondo de esto. Lo que ha pasado aquí no son uno o dos hechos aislados. Es el comienzo de algo. Tú reconoces estos patrones.

Mishin dirigió la vista a sus pies.

—¿Qué es lo que has encontrado en lo que crees que puedes seguir profundizando?

—Creo que la pista tras Pashie conduce a la organización que financia a St. Petersburg GSM.

—¿Qué organización?

Ya habían llegado al aparcamiento. Mishin cabeceó hacia su coche.

—Todavía no lo sé —dijo Max—. Pero Pashie sabía lo que hacía. Se está produciendo un cambio en la riqueza del país al mismo tiempo que se va a elegir a un nuevo presidente. En medio de todo esto se produce una revolución tecnológica. Las riquezas que cambian de dueño son de tal envergadura que el mundo nunca había visto nada parecido. Vale la pena morir por ella, vale la pena matar por ella. Los que salgan vencedores no solo serán las personas más ricas de Rusia, sino las personas más poderosas del mundo.

—Entonces, ¿adónde nos lleva todo esto?

—A la explosión, la excusa. ¿Qué clase de personas pueden estar detrás de eso?

Mishin apenas negó con la cabeza, volvió a mirar en dirección al coche.

—Afanasi, Pashie hizo algunas anotaciones en el libro que me diste. ¿El barranco de Shutul significa algo para ti?

Mishin arqueó las cejas.

—¿Eso es todo? —dijo—. ¿El barranco de Shutul?

—No, tengo algo más —dijo Max—. Campo de Colonias.

De repente, las cejas arqueadas de Mishin se relajaron. La mirada se turbó durante algunos segundos.

—Los campos de colonias son un mito —dijo—. Nada más que eso.

Se dirigió hacia su coche y abrió la puerta del conductor. Max sujetó la puerta.

—No he acabado todavía.

Mishin miró la mano de Max.

—Yo cada vez me vuelvo más hacia Dios —dijo—. Para obtener consuelo y tranquilidad. ¿En qué crees tú, Max?

—Yo creo que todas las personas tienen derecho a la vida y a la libertad.

—¿La democracia?

—La democracia es un buen comienzo, pero no es siempre suficiente.

—En una democracia, aquellos que poseen algo tienen una razón para votar —dijo Mishin—. Los que no poseen nada no la tienen.

Max recordó la cita de Stalin que Pashie había garabateado en el libro. «Los que votan no deciden nada. Los que cuentan los votos lo deciden todo.»

Mishin posó una pesada mano sobre el hombro de Max.

—Las fuerzas antidemocráticas afirman que la democracia es la religión de los egoístas —dijo—. El remedio contra este egoísmo es crear un mundo donde todo es de todos. O como ellos dicen, donde todo le pertenece a *uno*. Sabemos adónde nos llevó eso. Hasta ahí estoy de acuerdo contigo. Pero yo no sé nada acerca de buscar chicas que han desaparecido o resolver asesinatos. ¿Qué es lo que quieres que haga?

—Para empezar quiero que me hables del barranco de Shutul y de los campos de colonias. Tú sabes lo que significan.

Mishin alzó la vista a las nubes que los cubrían. La lluvia cesó.

—Sentémonos en el coche —dijo—. Es absurdo que nos enfriemos.

Max cerró la puerta del copiloto. Mishin arrancó el motor del coche y encendió la calefacción. Se calentó las manos en uno de los ventiladores. Suspiró hondo.

—Durante la guerra de Afganistán sucedieron muchas tragedias de camino a Kabul —dijo—. El barranco de Shutul fue una catástrofe. Un gran convoy regresaba tras muchos días de ataques. Habían recibido órdenes concretas de tener cuidado con los rebeldes de la zona, pero los soldados estaban completamente agotados. El oficial, creo que se trataba de un solo teniente, al parecer tenía el rostro cetrino a causa de la hepatitis.

Mishin se rascó la cabeza.

—El convoy se dividió en dos grupos que debían bordear cada uno su lado del barranco, y un pequeño grupo de reconocimiento que debía pasar por el barranco mismo. Allí estaban los rebeldes, claro. Bien escondidos, indetectables en el paisaje inaccesible. Pero tuvieron suerte, solo cuatro o cinco soldados murieron en la emboscada. La dirección del convoy se encontraba en lo alto del barranco y escapó ilesa.

—Suenas como cualquier guerra —dijo—. ¿Qué tuvo de especial esa situación?

—La verdadera tragedia ocurrió después, y los culpables no fueron los rebeldes afganos. A los supervivientes les ordenaron, en lugar de regresar al campamento, subir al glaciar en grupos de unos cien hombres. Se vieron obligados a permanecer allí una semana entera, en uniforme de verano y con veinte sacos de dormir para compartir. Sesenta de ellos jamás regresaron de aquella montaña; nadie sabe con exactitud qué fue lo que pasó. Seguro que muchos de ellos murieron de frío, aunque también circularon otras historias, horribles historias, sobre cómo los soldados se comieron unos a otros por falta de alimentos.

Max sintió un escalofrío a pesar de que empezaba a hacer mucho calor en el coche.

—Pero ¿por qué se vieron obligados a quedarse en el glaciar? —preguntó.

—Fue un castigo. En el GRU estaban como locos porque el convoy había ignorado sus órdenes. He oído que fue un hombre particularmente implacable en la dirección quien tomó la decisión final.

GRU era el acrónimo de Glávnoe Razvédyvatelnoe Upravlénie, Departamento Central de Inteligencia; tal vez fuera el servicio secreto más grande del mundo.

El GRU disponía de veinticinco mil soldados, máquinas de matar conocidas como *spetsnaz*, preparadas para actuar en cualquier momento, en cualquier lugar del mundo. Durante el servicio militar, Max les había dedicado mucho tiempo. Los miembros del GRU eran el archienemigo personificado, soldados de élite rusos programados para no tener misericordia alguna y jamás pedir clemencia. Había estudiado para comprender esas máquinas de asesinar, cómo podían matar con lo que tuvieran a mano, desde palas a la yemas de los dedos. Max había aprendido cómo interrogarlos, a asegurar sus mandíbulas para impedirles que se mordieran sus propias lenguas y se desangrasen.

—¿Por qué crees que Pashie escribió eso en el libro?

Mishin apagó por fin los ventiladores de aire caliente y se volvió hacia Max.

—¿Cómo podemos saber qué piensa alguien? ¿Deseaba decir algo con ello? Tal vez. ¿Qué sé yo? Desgraciadamente, no tengo ni idea.

Se quedó mirando fijamente el cementerio. Max se dio cuenta de que probablemente nunca comprendería la conexión que Pashie había establecido o por qué había anotado «Barranco de Shutul» en el libro.

—¿Y respecto a lo otro? —dijo—. ¿El Campo de Colonias?

—El Campo de Colonias no ha existido jamás —respondió Mishin.

—¿Qué se dice de eso que según tú nunca ha existido?

—Que son unas instalaciones secretas para entrenamiento e interrogatorios, aquí en San Petersburgo.

—¿Del GRU?

Mishin asintió.

Max se metió la mano en el bolsillo interior de la chaqueta y sacó la fotografía que había encontrado en casa de Domashov.

—¿Esto también tiene que ver con el GRU?

—¿Dónde has encontrado esto? —preguntó Mishin, y miró la fotografía.

—Debajo de una alfombra, en la casa de un periodista muerto.

La fotografía era antigua, había sido tomada quizá hacía treinta años. El hombre era alto, ancho de hombros y tenía un cabello espeso como el estropajo que cubría una cabeza algo pequeña. El largo cuello le daba una apariencia de superioridad, como una gran ave de rapiña que oteaba su presa antes de atacar. Sus ojos eran oscuros, con una fuerza absorbente, casi magnética. Tenía el pecho cubierto de medallas e insignias. Max reconoció dos de ellas: el murciélago negro delante de un círculo que representaba tanto la tierra como una diana, y la serpiente de tres cabezas delante de la cruz de cinco brazos.

Spetsnaz y GRU.

Max le dio la vuelta a la fotografía. Allí Domashov había escrito un nombre a mano.

—¿Lazarev? —dijo Mishin—. ¿Nestor Lazarev? ¿El presidente de St. Petersburg GSM?

—No lo sé —dijo Max—, pero parece probable.

—Déjame esta foto e intentaré ver si puedo encontrar algo sobre él.

Mishin volvió a darle la vuelta a la fotografía, vio la mirada heladora del hombre y los símbolos que adornaban su uniforme.

Max empezó a comprender por qué le habían dicho a Domashov que no removiera más el asunto.

«¿Eres tú quien tiene a Pashie? En ese caso, te encontraré. Aunque sea lo último que haga.»

Sarah Hansen se encontraba junto a los grandes ventanales de su oficina y observaba los oscuros árboles del exterior. El viento era tranquilo, pero ella sabía lo rápido que podía cambiar. Estaba preocupada y tamborileaba con los dedos contra el cristal, llevaba mucho rato sin fumar.

Suspiró. Abandonó su oficina echando una última mirada a la ventana y se dirigió al despacho de Max. Él se rodeaba de pocas cosas. No necesitaba decorarlo con cuadros, plantas, ni cestas de fruta. Había una pila de papeles en una esquina de la mesa y un montón de libros en la otra. En la papelería encontró el prospecto de una caja de antidepresivos. ¿Cómo las llamaba él? ¿Benzo?

«Tú no eres un analista, Max —pensó—. Tú perteneces a ahí fuera. Tenerte aquí es como tener un león enjaulado en un parque zoológico.»

Sarah toqueteó los papeles. Allí había una fotocopia de un antiguo artículo de prensa de 1944. Lo tomó y leyó el titular. «Nuevas familias para los niños de acogida.» En la fotografía se veía una multitud de niños de ojos hundidos. Hacía mucho tiempo de eso. Otra época, otro planeta.

En otro papel ponía «Carl Borgenstierna» escrito con la letra de Max. Debajo del nombre, Max también había anotado: «Destacado jurista, juez del tribunal de Apelación, luego presidente del tribunal. Junto al fundador de la Fundación Mar Báltico, el doctor Wallentin, en 1944. Wallentin, director del nuevo hospital Södersjukhuset, 1944. Fallecido en 1986. T. Borgenstierna,

soltero, sin hijos. Empadronado en la casa familiar, en Gamla Stan. A la familia se la conoce como los *lirios morados*».

En la parte inferior del papel había un número de teléfono de la sala del Södersjukhuset donde se encontraba ingresado Borgenstierna. Sarah volvió a probar, sin éxito. Se vería obligada a presentarse allí y darle una sorpresa.

Tomó el auricular de la mesa de Max y llamó a información telefónica, dijo qué buscaba y pidió que la conectaran directamente.

—Administradores Kannan —respondió un hombre.

¿La habían transferido mal?

—Creía haber llamado a la Fundación Mar Báltico.

—Está hablando con el administrador del edificio —dijo el hombre—. La Fundación Mar Báltico se ha mudado. Ya no está en el edificio.

—¿Cuándo fue eso?

—¿Puedo preguntarle quién es usted?

—Disculpe. Me llamo Sarah Hansen y soy directora de Vektor, una institución fundada en parte con el apoyo de Carl Borgenstierna y la Fundación Mar Báltico.

—Se mudaron durante la Navidad pasada. El contrato finalizaba a final de año.

—¿Sabe adónde se ha mudado la Fundación? —preguntó Sarah.

—A ninguna parte —respondió el hombre—. Han abandonado la actividad.

¿Sería eso cierto? Eso explicaba por qué Max había tenido tanta dificultad en ponerse en contacto con Borgenstierna. Pero ¿por qué Max no había dicho nada? De nuevo Sarah sintió la desagradable sensación de que últimamente se había perdido muchas cosas.

—¿Está seguro? —dijo ella al fin.

—Carl llevaba veinte años alquilando los locales. Me dijo que se había acabado. Y Carl es un hombre de palabra.

—¿A qué se dedicará ahora? ¿Lo sabe usted?

—Me dijo que en enero se iría a Suiza a esquiar.

El hombre se rio.

—¿Qué le resulta tan divertido?

—Carl Borgenstierna tiene ochenta y cuatro años, y no goza, en particular, de una buena salud para su edad.

Sarah regresó a su despacho y se dejó caer en la silla. Tenía muchas ganas de fumar. Se inclinó hacia el teléfono, llamó a Charlie y le contó lo que había oído.

—Siempre ha sido difícil entender al viejo Borgenstierna. Pero, de cualquier manera, eso no son buenas noticias para nosotros.

—¿Qué asunto lo reclamará en Suiza?

—Puedo intentar averiguarlo. Solo espero que no haya cancelado toda su ayuda.

—Cuando fundamos Vektor, buscaste dinero de distintas fundaciones y obtuvimos la contribución de Borgenstierna —dijo Sarah—. ¿Fue solo entonces?

—No —respondió Charlie—. Solicitamos un subsidio en otra ocasión.

—¿A quién te dirigiste entonces?

—Solo necesité acudir a una persona.

—¿Borgenstierna?

—Sí, correcto. Él aportó la suma entera.

Sarah pensó en lo que Charlie le había dicho. ¿Cuál era la motivación real de Borgenstierna? Nunca asistía a sus invitaciones, nunca se le veía con otros patrocinadores de Vektor. ¿Por qué intentaba no llamar la atención?

—¿Cuál fue la razón de que volviéramos a pedirle dinero?

—Fue hace poco más de dos años —dijo Charlie—. Cuando quisiste reclutar a Max Anger.

Max cerró los ojos y dejó que los chorros de la ducha alcanzaran su cuerpo. Subió la temperatura todo lo que pudo, hasta que la piel comenzó a escocerle. Finalmente, no pudo aguantar más y empezó a correr allí mismo.

El corazón le latía cada vez con más fuerza y, cuando el cuerpo por fin comenzó a sentirse vivo, bajó el calor. El agua fría chorreó sobre él, y sus dientes castañetearon de frío. «Solo unos segundos más.» Cuando la piel le dolió, cerró el agua y alargó el brazo hacia la toalla. Después se frotó la piel hasta casi sacarle brillo.

El acuerdo con Mishin en el cementerio fue un éxito. Lo necesitaría a su lado para resolver este misterio. Sin embargo, las cosas de las que habían hablado, los símbolos militares rusos y los acrónimos, eran señal de mal agüero; para Pashie y para todos ellos. Fuera lo que fuese lo que les esperaba, Max comprendió que la persona en la que se había convertido en los últimos años, desde que sustituyó la primera línea por el despacho, ahora tendría que cambiar.

Tendría que volver de nuevo a ser un soldado.

En el dormitorio echó un vistazo a la pared con todas las notas. Detuvo la mirada en el nombre «Rousseau». El periodista Domashov había apuntado que Rousseau era la clave de todo el misterio en St. Petersburg GSM; era el hombre que controlaba toda la información económica sobre la empresa y había investigado a la fundación que estaba detrás.

Suiza, de nuevo ese pequeño país alpino al que se le daba tan bien guardar secretos.

Tomó el auricular. Era tarde, pero no podía evitarlo, y la persona con la que deseaba hablar carecía de un horario de trabajo común.

Sarah respondió casi al instante.

Max le habló sobre el periodista que había muerto ante sus ojos, sobre la foto que había encontrado en su casa y sobre Mishin, a quien, durante un tiempo, Vektor le pagaría la nómina.

—Pero todo esto, a pesar de lo horrible que suena, son solo indicios —dijo Sarah—. Bastante débiles, si quieres saber mi opinión.

—Sé lo que Pashie estaba investigando antes de desaparecer —dijo Max, y se obligó a que su voz sonara tranquila—. Está claro que estas son las fuerzas que han ido tras ella.

Sarah guardó silencio, después se oyó el sonido de unas caladas cuando ella encendió el cigarrillo.

—Sí, pero ¿cuáles en realidad? ¿Y cómo nos pueden conducir hasta Pashie?

Max cerró los ojos.

—No lo dejaré hasta que...

—¿Hasta qué?

—Hasta que ella vuelva a estar conmigo.

Ambos guardaron silencio

Sarah le dio una calada al cigarrillo.

—Aquí también ocurren cosas —dijo—. Cosas que me hacen pasar las noches en vela. Al parecer hay alguien que nos está espiando y que controla nuestros teléfonos móviles.

—¿Qué dices? —dijo Max—. ¿Son seguros estos teléfonos?

—Eso creía.

Max miró a su entorno. Era como si una fuerza desconocida los acechara

amenazando con acabar con todos ellos. ¿Dónde podía sentirse seguro?
¿Cuándo estaba seguro?

—¿Cómo sabes que alguien nos espía?

—Telia informó a Charlie. Lo han ocultado y él prometió no divulgarlo. Al parecer lo están investigando a fondo.

Max se acercó a la pared. Miró el nombre de St. Petersburg GSM.

—Encaja en el patrón —dijo.

—¿Qué patrón?

—Creo que todo, la explosión, el silenciamiento, que las autoridades estén involucradas, todo conduce a personas relacionadas con los militares rusos, los servicios secretos.

Sarah le dio una profunda calada al cigarrillo.

—Pero ¿qué tiene esto que ver con St. Petersburg GSM? ¿O con Telia?

—Las telecomunicaciones son asunto de los militares —dijo Max—. Los servicios secretos son expertos en introducirse en los sistemas y en la intervención de llamadas. Yo veo una clara conexión.

—Ahora nos movemos en aguas profundas. No se suponía que Vektor tuviera que tratar con temas de esta envergadura.

—Pero ahora estamos aquí, Sarah. Y tenemos que encontrar a Pashie.

Max casi podía sentir el peso de la respiración de Sarah al otro lado de la línea. Tan lejos, pero, sin embargo, tan cerca. Para las fuerzas que se habían puesto en marcha no había distancias. Su poder se extendía por todo el mundo.

—¿Sabías que la Fundación Mar Báltico ha cerrado? —dijo Sarah.

—No... no tenía ni idea.

—Al parecer sus oficinas están vacías.

Max cerró los ojos. Volvió a oír de nuevo a su padre murmurar los nombres de Wallentin y Borgenstierna.

—Y no consigo hablar con Borgenstierna. No me permiten hablar con él.

—Pero no te rindas, ahora no solo se trata de lo que sabe sobre mi padre. Creo que Pashie ha encontrado algo sobre él y 1944 que la condujo a su desaparición.

—Quizá debería investigar más sobre lo que ocurrió en Suecia en 1944.

—Ese debería haber sido nuestro siguiente paso. Pero no me dio tiempo a empezar, ya que me vi obligado a venir aquí a buscar a Pashie.

—Veré si me da tiempo —apuntó Sarah—. Ahora tenemos que repasar todos los datos.

—Concéntrate en el período en torno al 1 de marzo. Fue entonces cuando mi padre llegó a Arholma.

—Entendido.

—Gracias, Sarah. Pero, oye, necesito ayuda con otra cosa. ¿Estás cerca de un ordenador?

Sarah comenzó a teclear. Max miró la pared que tenía enfrente. Junto a «St. Petersburg GSM» había escrito «Fundación – Ivánovich», y una línea hacia «Rousseau».

—Se trata de una empresa llamada Brice & Stadthaller. Es la empresa de Marcel Rousseau, una consultoría sobre asuntos tributarios y auditorías aquí, en San Petersburgo. Marcel trabajaba para una de las grandes firmas en Suiza, KPMG, antes de establecerse por su cuenta. En Suiza registró una fundación que se llama Ivánovich y que controla St. Petersburg GSM. Mira qué puedes encontrar sobre Brice & Stadthaller y la fundación que ha registrado. Creo que ahí hay algo.

—Tengo algunos amigos en la banca a los que puedo preguntar —dijo Sarah—. Te llamaré en cuanto pueda.

Max estaba sentado en el borde de la cama. Los zapatos descansaban en el

suelo y los codos presionaban sus rodillas con fuerza. Le temblaban las manos, que sujetaban el tubo de pastillas.

Su penúltima Alprazolam acababa de pasar por su garganta. El cuerpo le pedía acostarse de nuevo, pero Max seguía sentado en el borde de la cama. No deseaba dormir. Cada vez que cerraba los ojos veía el rostro del hombre del GRU. «Lazarev.» ¿Se trataba del mismo Lazarev que era presidente del consejo de administración de St. Petersburg GSM?

En su cabeza todavía sonaban las campanas de la iglesia. Fue su tañido lo que hizo que tomara la medicina. Las campanas sonaron veinticinco veces.

Veinticinco veces por Pashie.

Dejó el envase en la mesilla de noche y se miró los antebrazos. Siguió la cicatriz con los dedos. Una bala rebotada que pasó rozándole le había quemado un surco en la piel antes de llegar al cuello de otro soldado sueco. Max no tenía que haber estado en Bosnia, no hubo contribución alguna de buzos. Pero Jonas Karlsson, originario de Luleå, de carácter alegre y con pecas en las mejillas, pareció el hombre adecuado en el lugar preciso. ¿Tal vez fue por eso por lo que la bala solo pasó rozando el brazo de Max? Había bosnios que creían que las balas llevaban el nombre de su víctima.

Una bala que rebota, en la dirección errónea, en una guerra que no era la suya.

En el otro brazo tenía la cicatriz de la quemadura de una bengala de salvamento; la había disparado un día de verano después de emborracharse junto a otros quinceañeros de la isla vecina del archipiélago. Ellos eran mayores, lo habían atiborrado de alcohol y lo dejaron durmiendo en la playa. Max tampoco tenía que haber estado allí.

Volvió a tomar el envase. La pastilla del fondo iba de un lado a otro como el disco de *hockey* sobre hielo. El hielo siempre estaba presente mientras

barnizaban las barcas de madera y los remos. Una vez listos, relucían tanto que su padre decía que las moscas podrían patinar sobre el barniz.

Max cerró los ojos. Enseguida volvió a visualizar ante él la foca que roncaba.

Había hecho un segundo intento. Había caminado por el hielo una mañana de primavera antes de que saliera el sol. Iba a demostrar su valía. Caminar sobre el hielo cubierto de agua derretida no lo asustó, aun cuando el témpano de hielo apenas flotaba a unos metros de él, en un agua en la que Max sabía que nadie podría sobrevivir más de unos minutos.

Llegó a tierra firme cuando el sol salía por el este. La nieve estaba húmeda y densa en la orilla de la playa. Caminó tan silencioso como pudo, con paso decidido durante todo el camino hasta la cima del acantilado.

Max sabía que la cría de foca todavía estaría allí, pero al verla retornó la duda. En esta ocasión había decidido superarla. La mataría con un golpe seco y después, al amanecer, arrastraría la foca por el hielo hasta Arholma.

Un golpe con la maza era todo lo que se necesitaba. Entre los ojos. Hasta que el parpadeo reflejo quedara fuera de combate.

Se acercó arrastrándose, casi inaudible por completo, y se detuvo justo delante de la cría de foca dormida. Pudo notar su respiración en la piel blanca, perfecta, oyó el suave ronquido de la cría al respirar. Alzó la maza con el fuerte brazo derecho y se colocó de forma que pudiera aplicar la máxima fuerza posible.

Entonces la foca abrió los ojos. Lo miró con ojos curiosos y juguetones.

Una corriente de locura inundó a Max y le subió a la cabeza.

Lo veía todo rojo.

Una semana después, su padre entró en su habitación y le dijo a Max que se vistiera y se reuniera con él en la barca. Remaron hasta una isla cercana y enseguida Max comprendió adónde se dirigían. Después de subir el bote a la

playa, su padre ascendió con pasos acelerados por las rocas. Max se quedó en la barca, pero su padre dio media vuelta y le hizo señales para que lo acompañara. No podía hacer otra cosa que obedecer.

Su padre se detuvo delante de un montón de nieve, uno de los pocos montones que todavía no se habían derretido, oculto bajo las ramas de un pino en la parte norte del árbol. Había hecho un tiempo primaveral desde que Max puso los pies en la isla. El agua rojiza del deshielo alrededor del tronco del árbol había descubierto el secreto.

Su padre removió el montón de nieve con un palo y la cría de foca muerta apareció poco a poco. Recordó todo lo que había pasado después de que la cría abriera los ojos. El único golpe seco se convirtió en una serie de golpes descontrolados que transformaron al animal blanco en una masa rosácea deforme. Lo único que se mantuvo invariable fue la mirada llena de terror que todavía perduraba en los ojos de la foca muerta.

—Un hombre siempre limpia los errores que comete —dijo su padre en voz baja.

Miró a Max.

—¿Lo has entendido?

Max tragó saliva varias veces. Por fin consiguió asentir.

Lo recordaba claramente a pesar de que había pasado mucho tiempo. Max bajó la mirada a sus muñecas, casi podía ver la marca de las manos de su padre cuando lo agarró y lo obligó a ocuparse de la cría muerta.

Solo regresó una vez a Arholma después del entierro de su madre. Habló con Anita Elofsson, la mujer que había amparado a su padre como hijo de acogida. Durante su infancia no había tenido ningún contacto con ella, y él sabía que su padre apenas había hablado con Anita desde su mayoría de edad. Para Max, Anita era solo una mujer que fumaba mucho y a la que a veces se encontraba en la tienda. Anita Elofsson se había mostrado reacia, pero

finalmente le facilitó la fecha en la que su padre había llegado a la isla. El 1 de marzo de 1944. Ella llamaba a esa fecha «el día que surgieron los problemas». No era un trabajo fácil educar al hijo de otra. Pero, por lo menos, recibía un sueldo por ese trabajo, proveniente de un lugar llamado Fundación Mar Báltico.

Max había seguido investigando y descubrió que la Fundación Mar Báltico la habían creado dos hombres cuyos nombres conocía demasiado bien. Wallentin y Borgenstierna. Había buscado al director de la oficina del banco Roslagen en Elmsta y le confirmaron que su familia, durante todos esos años, había recibido dinero de esa fundación.

Eso no tenía por qué significar nada. Aunque, sin embargo, era una extraña coincidencia.

La semana anterior a la desaparición de Pashie, Max había estado en la biblioteca y había revisado los registros de población. El doctor Wallentin llevaba varios años muerto. Carl Borgenstierna todavía vivía, pero no respondía a ninguna de las cartas ni llamadas de Max. Y cuando por fin pudo verlo se encontraba inconsciente.

Eso era todo lo que tenía cuando anunciaron la desaparición de Pashie. Después, todo había girado en torno a encontrarla.

Ahora habían disuelto la fundación y Borgenstierna luchaba por su vida en un hospital.

La muerte siempre había llegado de repente en la vida de Max, nunca había tenido la posibilidad de despedirse. Averiguar las circunstancias exactas de la muerte no hacía que la gente volviera a él, eso lo sabía. Sin embargo, podía honrar su memoria, hacer que sus aspiraciones en la vida valieran algo.

Eso tenía que ver con su padre, Jakob.

Eso tenía que ver con el periodista asesinado en plena calle.

Eso tenía que ver con el becario al que acababan de enterrar.

Ese rostro de la fotografía todavía seguía llamando su atención.

«¿Dónde te he visto antes?»

El tañido de las campanas cesó en su cabeza y dio paso a voces. La voz de Pashie. «Creo que tengo algo para ti. Algo nuevo, algo que no te esperabas.»

Negó con la cabeza. Los rostros y las voces siempre lo habían perseguido durante la noche, y el trabajo de las benzodiazepinas era mantenerlos a raya. Sin embargo, ahora no parecía que lo ayudaran.

«¿Cuántas personas más tienen que morir?»

La señal de llamada del teléfono interrumpió sus pensamientos.

—Max, soy Sarah.

Max miró el reloj. Habían pasado dos horas y media desde que habían hablado. Se sentía pesado y cansado.

—¿Has encontrado algo? —dijo.

—He hablado con un amigo que trabaja en Credit Suisse, en Zúrich. Contactó con KPMG, pero allí no conocían a nadie que se llamara Marcel Rousseau. Resultó imposible conseguir cualquier información sobre la fundación, aunque tampoco me había hecho ilusiones. Sin embargo, mi amigo dijo que él mismo había ayudado a una serie de empresas occidentales a establecerse en San Petersburgo. El banco colabora con la mayoría de las firmas de auditoría de la ciudad e hizo unas llamadas para informarse. Brice & Stadthaller no es una compañía que recomiende ninguno de los grandes bancos de Zúrich, no tiene el mismo *code of conduct* que las firmas internacionales. De rápido crecimiento y exitosa, pero solo para empresas de la antigua Unión Soviética. Su sospecha personal es que se dedica al blanqueo de dinero. En Suiza colaboran con un pequeño banco privado que tiene a algunas de las personas más ricas del mundo entre sus clientes. Intentan no llamar la atención y mantener la confidencialidad del cliente, como exigen sus usuarios. Eso es algo muy popular entre los rusos.

Una fachada para parecer una empresa de auditoría bien adaptada, con traje occidental, que se ocupaba de una de las empresas de mayor crecimiento en la ciudad. Que blanqueaba el dinero de los gánsteres rusos.

Recordó las palabras de Rousseau: «Cinco años después de la caída de la Unión Soviética, vivimos con su Constitución. ¡No tenemos nada más a lo que recurrir!».

Una quimera en un país sin ley. ¿Una tapadera para una hidra ancestral que despierta a la vida? ¿Al igual que la misma St. Petersburg GSM?

—Gracias, Sarah. Hablamos mañana.

—Una cosa más. Me olvidé de decírtelo antes, pero según el administrador, Carl Borgenstierna viajó a Zúrich en enero. Tuvo que hacer ese viaje justo antes de la operación. Como tú mencionaste Suiza y yo llamé a Zúrich, pensé en ello. No sé si habrá alguna conexión.

—Lo más seguro es que la haya. Es muy importante que sigas intentando ponerte en contacto con Borgenstierna.

Cuando finalizó la conversación con Sarah, Max tomó la lista de números del teléfono de Pashie. Ahora sentía el efecto de la *benzo* por completo. Su brazo parecía pesar treinta kilos, pero se obligó a no pensar en ello.

Un número destacaba por encima de los demás. Un número extranjero. ¿Podía ser un número de Suiza? ¿Y tendría alguna relación con esto? ¿Con Brice & Stadthaller, Marcel Rousseau y St. Petersburg GSM? ¿O acaso con Carl Borgenstierna?

Max marcó el número. Respondió una voz de mujer después de un par de señales:

—Buenas noches. Bienvenido al hotel Seehof, ¿en qué puedo ayudarte?

—¿Adónde he llamado? —preguntó Max, la voz sonaba demasiado lenta, ligeramente drogada.

—Al hotel Seehof, en Davos.

¿Davos? Así que era Suiza. ¿Con quién había hablado Pashie? ¿Con alguien que se había hospedado en un hotel en Davos?

—Me ha llamado alguien desde este número y me preguntaba si podría ayudarme con la información de quién me buscaba.

—Este es el número de una centralita, señor...

—Olsen —dijo Max.

«Pero tú sí que lo sabes, Pashie.» Cerró los ojos, la imaginó ante él. Vestida con apenas el gorro de botones gris con ala roja y una sonrisa deslumbrante.

—Señor Olsen, tenemos muchas habitaciones. ¿Le ha llamado alguien hace poco?

—Sí, ¿puede darme el nombre de los clientes que se han hospedado ahí estas últimas dos semanas?

—No, lo siento, no puedo, señor Olsen. Nuestros clientes aprecian nuestra...

«Jodidos suizos.» Un país entero construido para que los clientes puedan hacer lo que les dé la gana sin que nunca nadie sepa nada.

—Se trata de una cuestión de vida o muerte. Necesito esos nombres.

—Lo siento, pero no puedo ayudarlo. Le paso con nuestro departamento de Seguridad, espere, por favor.

Max colgó el auricular. Después dejó que su pesado cuerpo cayera sobre el colchón. Lo último que evocó antes de quedarse dormido fue el rostro sonriente de Pashie.

Estocolmo, septiembre de 1943

Carl se inclinó sobre la cocina y aspiró el olor. Un guiso de conejo alimentado con nabos y especiado con nuez moscada y ciruelas.

Era la primera vez que se encontraban fuera de la iglesia rusa. No podían dejarse ver en un restaurante, pero el metre de Gyldene Freden los había ayudado con la receta y la compra.

Cuando revolvió la olla, Carl pensó en lo que Tatiana había dicho: «La hambruna era aguda. Mi gente se moría de hambre.» Él esperaba que la cena no resultara opulenta.

Su familia estaba de viaje y tenía la casa de Gamla Stan a su entera disposición. Les había dicho que no podía ir con ellos por sus ocupaciones en el tribunal de Estocolmo, que debía trabajar durante el fin de semana.

Desde que Tatiana había regresado del viaje a Moscú, el verano anterior, habían planeado todos los detalles. Ella había sido valiente, se había adaptado al papel que su marido y su jefe deseaban que representara para que no sospecharan nada. Eso había dado lugar a que tuviera un poco más de libertad de movimientos, lo que no solo aprovechó para ver a Carl con más frecuencia, también se involucró en las obras de caridad del padre Stefan con todos aquellos que habían huido a través del mar Báltico para escapar del horror rojo. Ella era completamente consciente de cómo

reaccionarían los líderes soviéticos y sus adláteres en la embajada sueca si la pillaban.

Tatiana se jugaba la vida cada día, y cada día que pasaba era más fuerte y feliz.

Cuando sonó el timbre, Carl corrió escaleras abajo hasta la tienda de la planta baja. Se habían puesto de acuerdo en eso: si alguien la seguía, ella diría que buscaba la mejor tienda de navegación y cartas náuticas de la ciudad.

Tatiana se quitó la capucha del abrigo y esbozó una sonrisa. Lanzó una mirada al techo y él se dio cuenta de que observaba los motivos de lirios morados que había allí pintados.

—Es el escudo de armas de mi familia —dijo Carl—. Nosotros somos los lirios morados.

—Es muy bonito.

La condujo escaleras arriba a las habitaciones superiores, colgó su abrigo en el saloncito y le mostró los salones. Vio cómo ella observaba el arte que colgaba de las paredes, cómo toqueteaba los marcos dorados.

—San Petersburgo —dijo ella cuando estuvo delante de un conocido lienzo del Palacio de Invierno.

Carl se dirigió a la cocina, sirvió dos copas de vino de Sudáfrica y regresó al salón. Tatiana se había sentado, pero no en uno de los muebles elegantes y cómodos, sino en un taburete que había junto a una pared que utilizaba la señora de la limpieza para alcanzar las zonas altas con el plumero.

Carl le tendió una copa.

—Tengo algo —dijo ella—. Mi... marido ha estado ocupado en esto bastante tiempo. Algo que ha despertado un gran interés tanto entre Madame como en los hombres de Moscú. Se ha hecho con una investigación

secreta sueca. Tecnología de defensa. Tiene que ver con las comunicaciones, pero eso es lo único que sé hasta ahora. Lo tiene registrado en un microfilm. Algo tan sensible que Madame ha insistido en que eso no podía guardarse en la embajada.

—¿Dónde está la película?

Tatiana sorbió con cuidado el vino.

—Tienes que acercarte a buscarla —dijo ella.

Dejó la copa de vino sobre la mesa y alargó su pierna derecha hacia Carl. La mirada de Carl siguió la pierna desde el borde de la falda hasta el zapato.

El tacón.

—Esta tarde es toda tuya antes de que tenga que devolver la película.

Domingo,

3 de marzo de 1996

Sarah estaba sentada en el cuarto de estar, junto a su pequeño escritorio con vistas a la ensenada Kalvfjärden y al parque nacional de Tyresta, al otro lado del agua. «Concéntrate en el período en torno al 1 de marzo de 1944», le había dicho Max al acordar que juntos repasarían todos los datos y averiguarían la verdad. Había sido entonces cuando Jakob Anger había llegado a Arholma como niño de acogida.

Realmente, era como buscar una aguja en un pajar.

Sarah siguió el vuelo de un pájaro sobre la ensenada. Pensó en las cosas que había visto el día anterior en el despachito de Max en Vektor, en todos los papeles que estaban sobre su mesa. El artículo que Max había recortado: «Nuevas familias para los niños de acogida». Abrió la pantalla de su ordenador portátil.

A los padres biológicos de Jakob Anger les podía haber ocurrido cualquier cosa. Sarah le había oído hablar a Max acerca de los distintos rumores que corrían por la isla. Si los padres habían sido en realidad dos pobres muertos de hambre, ella nunca encontraría nada sobre ellos. Decidió, sin embargo, suponer que todo estaría relacionado con un suceso, un accidente tal vez. Algo que, por alguna razón, pudiera estar documentado.

El padre de Max tenía una semana cuando llegó a la casa de acogida. Por lo tanto, debió de nacer el 23 de febrero. Pero ¿dónde pasó su primera semana de

vida? ¿Y cuánto tiempo atrás necesitaba buscar? ¿Un par de días antes del nacimiento? ¿Una semana?

Una vez más dejó que sus pensamientos vagaran hacia los papeles de la habitación de Max.

«Borgenstierna. Destacado jurista, juez del tribunal de Apelación, luego presidente del tribunal.» «Wallentin, director del nuevo hospital Södersjukhuset, 1944. Fallecido en 1986.»

¿Podría haber sido el Södersjukhuset el hospital donde nació Jakob?

Se conectó a internet; esperó con paciencia mientras el módem se conectaba y por fin tuvo contacto con el ciberespacio. A través del campo de búsqueda de Passagen consiguió llegar a la página de información del Södersjukhuset. Ojeó el texto y enseguida encontró lo que buscaba. El hospital Södersjukhuset se inauguró el 3 de abril de 1944.

Por lo tanto, poco después de que Jakob arribara a Arholma.

Sarah bajó la tapa del ordenador. Puso los pies sobre la mesa y dejó que la cabeza cayera hacia atrás. Se quitó las gafas, presionó suavemente los párpados con el pulgar y el índice. «Piensa, Sarah. Hubo un tiempo en el que fuiste la chica más lista del mundo.»

Intentó situarse en Estocolmo: tiempo de guerra. Si sucedía algo fuera de lo normal, ¿dónde se enteraban primero?

Se sentó de nuevo cuando se le ocurrió otra cosa. Tomó el auricular, llamó a información telefónica y pidió el número de Sveriges Radio.

—Centralita —dijo un hombre cuya voz parecía cercana a la edad de jubilación.

—Busco información del archivo —dijo Sarah después de presentarse—. Sobre Estocolmo, entre los días 20 de febrero y 1 de marzo de 1944.

—Si estás buscando emisiones de noticias, tienes dos opciones —dijo el hombre—: puedes encargar copias o solicitar la transcripción en papel.

—¿Qué es lo más rápido?

—Tienes que rellenar un formulario que puedes recoger en la recepción de Sveriges Radio, en la calle Oxenstiernsgatan, completamente gratis, de lunes a viernes de ocho a cuatro. O te lo puedo enviar a tu casa. Lo recibirás por correo ordinario dentro de un par de días. El tiempo de tramitación es de cuatro semanas.

—¿Cuatro semanas? —dijo Sarah alzando la voz. Teniendo en cuenta lo rápido que las cosas se desarrollaban en San Petersburgo le pareció una eternidad—. Pero ¿no tienen un servicio más rápido? Se puede pagar algo más para que...

—No, no se puede.

Había algo definitivo en la respuesta del hombre y Sarah comprendió que no se podía negociar con él. Sveriges Radio, con sus interminables pasillos y sus oscuros pasajes subterráneos, era como un Estado soviético con su economía redistributiva, sus planes quinquenales y su personal injustificado. Era inútil continuar la conversación.

Sarah volvió a pensar en el artículo. Había sido publicado en el *Stockholmtidningen*, que ya no existía. Pero Peter Tillberg, a quien había conocido en el ejército, ahora trabajaba como reportero para el *Dagens Nyheter*.

¿Tal vez él podría ayudarla?

—Cerramos ese servicio el año pasado —dijo Peter a través de un teléfono móvil crepitante después de que ella le explicara su caso y le preguntara si se podían conseguir periódicos de 1944—. Costaba demasiado, la gente ya no llama para encargarse de periódicos viejos. Prueba con KB, ellos están montando algún tipo de base de datos sobre la publicación de los medios de comunicación. Hay un jodido jaleo acerca de eso, de quién tiene derechos sobre qué, pero creo que han conseguido una buena cantidad de material,

noticiarios filmados y periódicos. Para ello tienes que inscribirte en su servicio de investigación y se tarda un par de días en conseguir el acceso. Si te aceptan, claro.

¿Por qué todo tenía que tomar tanto jodido tiempo?

—Pero ¿sabes qué puedes hacer? —continuó Peter—. Hay pequeñas tiendas especializadas en antigüedades modernas, viejas planchas, periódicos y cosas por el estilo. Yo suelo ir a verlas a veces. Hay una buena en la calle Surbrunnsgatan, en Vasastan. Jocke, el chico que trabaja allí, domina mucho el tema. Creo que abre los domingos.

—Gracias, Peter —dijo Sarah, y finalizó la conversación.

Tendría que darse una vuelta por Vasastan.

Charlie K abrió la puerta de la sauna de vapor de Sturebadet. Cada domingo, Greger Lennström iba al Sturebadet para practicar una sesión de gimnasia acuática. Después de eso, uno siempre se lo podía encontrar en la sauna de vapor.

—¿Qué tal fue el pase de hoy? —preguntó Charlie al entrar en la sauna, y agitó la mano ante sí para poder ver a través del vapor.

Le pareció presentir una sonrisa.

—Es divertida la chica que da la clase. Y es bueno para mis rodillas, este es el verdadero beneficio.

Lennström se recostó y respiró hondo un par de veces.

—¿Todo bien por la oficina? —dijo Charlie.

—Va sobre ruedas. Cada vez me necesitan menos, Charlie, y ya no sé qué pensar.

Lennström había sido, durante muchos años, uno de los mayores expertos en fusiones de Estocolmo. Se sentaba en tantos consejos de administración que

Charlie había perdido la cuenta. Seguro que él también. Una serie de puestos de dirección bien pagados, además de algunos trabajos solidarios sin remuneración. Entre otros, la Fundación Mar Báltico.

Charlie se sentó en el banco que se hallaba debajo de donde estaba Lennström.

—La Fundación Mar Báltico parece haber cerrado —dijo—. Es una noticia preocupante para nosotros en Vektor, ya que habéis sido muy importantes para nosotros.

Lennström negó con la cabeza.

—Borgenstierna fue un brillante jurista en su época, pero se ha vuelto un viejo complicado. Ve el fantasma ruso por todas partes, no podíamos seguir así.

—¿Qué quieres decir?

—Las empresas que crearon y dirigieron la fundación querían crecer en el Este, aprovechar las nuevas oportunidades, pero Borgenstierna solo veía amenazas. La mayoría abandonó. Creo que esto empezó hace casi un año. Y de hecho creo que fue el representante de Telia, ya sabes, ese que ahora sale en la prensa...

—¿Frank Ståhl? ¿El director de comunicación?

—Ese. Se enzarzaron en una buena. Borgenstierna se opone a la expansión de Telia en el Este. Y lo hace en todos los foros y canales posibles, incluso ha intentado entrar en los debates de los periódicos. Por suerte, los diarios no lo toman en serio. Al parecer, se pelearon por alguna empresa que Telia sopesaba adquirir, creo que era en algún lugar de la antigua Unión Soviética.

Charlie se secó el sudor de la frente.

—Pero Borgenstierna no puede interferir en las actividades de Telia, ¿verdad? Y si la directiva de Telia está enfadada con él, no es razón suficiente como para cerrar una fundación que trabaja para ayudar a los refugiados y

promocionar el espíritu empresarial entre los países del mar Báltico tras la Segunda Guerra Mundial.

Lennström suspiró y volvió a apoyarse contra la pared. Le brillaban los hombros.

—Fue un efecto dominó. Borgenstierna se tornó más introvertido y contrario a todo. Nadie quería seguir. Y después, al parecer, recibió el veredicto médico.

—He oído que en enero estuvo en Suiza. ¿Sabes qué fue a hacer allí?

Durante un instante, el vapor dejó de bombearse en la sauna. La mirada de Lennström se hizo más patente. Se inclinó hacia delante y los grandes ojos perrunos observaron a Charlie.

—¿Qué hacen todos los ancianos con delirios de grandeza en Suiza en enero? —dijo.

Entonces todo encajó. «Por supuesto.»

—¿Davos? ¿World Economic Forum?

Lennström esbozó una sonrisa.

—Borgenstierna dijo que allí había algo de cooperación internacional, algo de fomento de la democracia.

—Pero ¿Davos no trata de grandes sumas de dinero?

Lennström rio.

—Sí, solo asistir cuesta una pequeña fortuna.

«Maldita sea —pensó Charlie—, no me digas que el viejo ha donado el resto de los fondos de la fundación a la cooperación democrática extranjera.» ¿Cómo se le había escapado eso? Dinero al que Sarah y Max podían haberle sacado un buen partido.

Charlie arqueó las cejas, intentó pensar. ¿Cómo podía hacer la pregunta que deseaba hacerle a Lennström sin sonar como un mal perdedor en la lucha por los fondos de la fundación?

—¿Está en conformidad con los estatutos colocar recursos de la fundación fuera de la zona del mar Báltico? —dijo al fin.

—Como dije —respondió Lennström—, la Fundación Mar Báltico era un *one man show*, y hacía ya tiempo que Borgenstierna era un reputado jurista. Tenía apoyo para hacer lo que quisiera.

Charlie se puso en pie. De repente, ya no necesitaba más vapor.

—A los jefes no les gusta cagar donde comen.

Fue Iliá el que había recomendado el Grand Hôtel Europe como la nueva residencia de Max en la ciudad. Los arreglos de los bajos fondos no tenían cabida en los lugares que a los jefes de la mafia les gustaba visitar, esa era una especie de código de honor. Incluso las personas menos fiables se podían poner de acuerdo en un refugio seguro, y el Grand Hôtel Europe era el más seguro. Después de comprobar los rigurosos controles de seguridad del hotel, Max estuvo seguro de que era la elección correcta. El mármol blanco del suelo de la recepción estaba impecablemente limpio, y las alfombras de color rojo vino de las escaleras de la entrada, perfectamente colocadas. Caro, pero correcto.

—Su pasaporte, señor Olsen —dijo el hombre de recepción con una amplia sonrisa.

Un diente de oro brilló.

—Había pensado pagar en metálico —respondió Max.

Colocó dos montones de billetes sobre el mostrador de recepción. El hombre miró los montones. Max empujó uno de ellos. Contenía la cantidad que cubría su estancia en la habitación.

—Y, por desgracia, no llevo el pasaporte encima —prosiguió, y empujó el otro montón de billetes—. Había pensado que esto podría funcionar como garantía para los gastos imprevistos.

El hombre volvió a sonreír.

—Por supuesto, señor Olsen, por supuesto.

Max se instaló en una de las llamadas *belles chambres*, una junior *suite* de cincuenta metros cuadrados con suelo de parqué, muebles antiguos, un amplio salón con una ventana panorámica desde el suelo hasta el techo y una magnífica vista sobre la avenida Nevski Prospekt. Era más del tipo de Sarah Hansen y sus amigos que de Max y Pashie, pero la había elegido por seguridad, no por lujo.

Max se sentó en uno de los blandos sillones, le dio un sorbo al agua mineral con gas y encendió el televisor, donde mostraban una reposición de una retransmisión del Kremlin. Yeltsin caminaba con pasos inseguros hacia una mesa apenas engalanada con la nueva bandera rusa. Cuando Max vio la dificultad que tenía para sentarse, fue como si todas sus peores pesadillas se hicieran realidad.

Al comienzo de la campaña electoral, las encuestas situaban a Yeltsin en caída libre; su comportamiento errático había dañado su reputación. A estas alturas, los escándalos eran muchos. Hacía dos años, en el aeropuerto de Shannon, en Irlanda, estaba demasiado borracho como para salir del avión, y el primer ministro de Irlanda tuvo que esperar abochornado en la pista de aterrizaje. Un periodista sostenía con firmeza que se había encontrado al presidente ruso en calzoncillos por Pennsylvania Avenue mientras intentaba parar un taxi y encargarse una pizza.

¿Qué anunciaría a la nación y al resto del mundo? ¿Quizá el Kremlin había recibido informes de las provincias, de que el apoyo a la campaña era casi inexistente, y había llegado el momento de hacer algo al respecto? Algunos asesores aconsejaron a Yeltsin que anulara las elecciones, una posibilidad que

otorgaba la Constitución al presidente si consideraba que la seguridad del país estaba en peligro. Pero eso sería aún peor, pensó Max. Eso conduciría a revueltas e incluso a una guerra civil.

Max alcanzó el mando a distancia y subió el volumen, aunque no sirvió de mucha ayuda; no resultaba fácil entender lo que decía el presidente. Yeltsin comenzó en un tono agresivo y echó la culpa de los catastróficos resultados a la incompetencia en sus propias filas. Despidió a toda la dirección de su campaña y nombró a dos nuevos asesores clave. Anatoli Chubáís sería el nuevo jefe de campaña. Se trataba de un hombre al que Max conocía bien, el mago de la política económica de Yeltsin, el principal defensor de la llamada *terapia de choque*. ¿Por qué elegía justo a Chubáís, un hombre conocido por saquear el Estado en beneficio de los oligarcas? La nominación tenía que significar algo.

La segunda persona clave era una mujer llamada Tatiana Diachenko. Al principio, su nombre no le dijo nada. Sin embargo, cuando el presidente habló de ella, su tono cambió por completo y Max se pasó una mano frustrada por la frente. Era la hija del propio Yeltsin.

Game over.

Apagó el televisor y entró en el dormitorio. Decidió colocar papeles aquí también. Comenzó con las encuestas de opinión y los documentos sobre el fraude electoral que había recibido de Sarah, y continuó con la pista relacionada con la desaparición de Pashie y St. Petersburg GSM. Margarita, Rousseau, Domashov, el presidente Lazarev, tímido con los medios de comunicación y que quizá fuera el hombre que aparecía en la foto que tenía Mishin. La Fundación Ivánovich. Pegó sus nombres alrededor del logotipo de St. Petersburg GSM, el cosmonauta que flotaba ingrávido en el espacio. Dibujó un círculo alrededor del nombre Rousseau. Él era la clave.

Max pensó en lo que Domashov le había contado acerca de las preguntas de

Pashie sobre St. Petersburg GSM, sobre los orígenes de la empresa, sobre el rumor de que habían robado la tecnología sueca. Escribió «tecnología» en el papel con la cita del libro de Pashie: «Barranco de Shutul», «Campo de Colonias», «dinero-tecnología-política».

Junto a la rama de St. Petersburg GSM colocó los papeles con los nombres Borgenstierna y Wallentin en su propia rama.

Cuando acabó, dio un paso atrás y observó la línea desde «sondeo de opinión» hasta «Borgenstierna».

Sonó el teléfono del hotel. Cuando escuchó la voz de Iliá, Max comprendió al instante que no tenía buenas noticias.

—La seguí, tal y como dijiste.

Se refería a Margarita Yushkova, la mujer que trabajaba en el departamento de contabilidad de St. Petersburg GSM.

—¿Qué ha pasado?

—No te asustes, todavía está viva —dijo Iliá—, pero su novio ha muerto.

Max se sentó pesadamente en una silla de mimbre al lado del teléfono.

—¿Quién era su novio?

—Tengo la sensación de que lo conoces. Un nombre francés, un pelirrojo de caros trajes italianos.

Max cerró los ojos. No, Marcel Rousseau, no. El hombre que había registrado la Fundación Ivánovich. La clave del misterio.

—¡Joder! No puede ser verdad, Iliá.

—Margarita tampoco estaba contenta.

Rousseau era lo más cerca que Max había estado de Pashie.

—¿Qué le ocurrió?

—Lo asesinaron a cuchilladas en una zona industrial, no lejos de un par de clubes muy conocidos, un lugar al que ni siquiera yo voy. Nadie sabe qué hacía allí.

¿Un robo con asalto que se había ido de las manos? ¿El paseo de un borracho por el lugar equivocado en medio de la noche? Rousseau no parecía ser de esa clase de tipos.

—¿Cómo te enteraste?

—Seguí a Margarita a un café. Tenía a los niños con ella. Acababa de abrazar a una amiga cuando alguien la llamó al móvil. Vi cómo se desplomaba y rompía a llorar desconsoladamente. La amiga la ayudó a ponerse de pie, hablaron entre ellas y después Margarita salió corriendo y se metió en un taxi, dejando a los niños con la otra mujer.

Los pensamientos se desbocaron. Ahora sucedía algo, pero ¿qué? Max apretó el puño. «Espabila, joder.» ¿Por qué acuchillaron a Rousseau? ¿Fue solo una desafortunada coincidencia? ¿Acaso existían realmente las coincidencias?

¿La bestia a la que Rousseau había protegido se había vuelto contra él?

¿Qué haría una mujer que había llegado a la conclusión de que estaba en peligro? ¿Adónde podría haber ido? ¿A casa a recoger sus cosas?

—Margarita sabe qué le sucedió a Rousseau —dijo Max—. Ven a buscarme tan rápidamente como puedas. Tenemos que encontrarla antes de que lo hagan ellos. Eliminarán todos los rastros.

—Espera nuevas órdenes —dijo Nestor Lazarev, y finalizó la llamada.

Dejó que la mano reposara sobre la superficie de la mesa; disfrutó al sentir la madera sólida bajo la yema de sus dedos. Toqueteó un poco la bolsa de papel que había junto al ordenador.

«Enseguida te diré qué haremos con los sucesos de Suecia.»

Había vuelto a hablar con el soldado de Estocolmo. Era un hombre bueno, uno de los mejores. Él mismo lo había entrenado desde que era un delgado adolescente hasta verlo convertido en un consumado soldado *spetsnaz*, que pasó su verdadero examen en Afganistán.

Lazarev había transcrito la información recibida por el teléfono vía satélite. Era la confirmación de que la organización de Estocolmo tenía una persona que trabajaba en San Petersburgo, y que esa persona era realmente su prisionera, Pashie Kovalenko. Vektor le había proporcionado un teléfono móvil para poder tener un contacto regular con ella.

Pero ¿dónde estaba el maldito teléfono ahora?

Lazarev no lo había encontrado ni con ella ni en el pequeño cobertizo del garaje donde vivía.

Su informador le enviaría un informe completo sobre el tráfico telefónico de Vektor y sus titulares por el conducto habitual.

Lazarev maldijo. La información que había recibido era buena; sin embargo,

no se trataba de buenas noticias. Se puso en pie, tomó la bolsa de papel y abandonó la oficina. Abrió la puerta de acero y se apresuró escaleras abajo.

Todavía enojado, abrió la puerta del almacén y encendió la bombilla desnuda.

La cabeza de Pashie Kovalenko colgaba, con la barbilla apretada contra la clavícula. Ella intentó abrir los ojos, pero hasta la débil luz de la bombilla le hizo daño.

—Debes tener sed —dijo él—. ¿Quizá hambre también?

Pashie no pudo emitir ningún sonido a través del tubo de plástico.

Lazarev tomó la silla que había en el almacén y se sentó frente a ella. Abrió la bolsa, sacó una botella de vodka Moskovskaya. Introdujo la botella en el tubo de plástico y vertió el contenido en la garganta de Pashie.

Ella se revolvió con violencia de un lado a otro, comenzó a toser y a sentir náuseas, intentó en vano expulsar el líquido por el tubo. Gritó tan alto como pudo, pero la faringe cedió y no pudo más que tragar el vodka en grandes y pesados tragos. Cuando quedaba la mitad del contenido en la botella él la retiró.

El vodka le corría por la comisura de los labios.

—¿Comida?

Pashie lo miró de hito en hito. Su mirada era fija, llena de resistencia. Negó con la cabeza.

—Sé que has hablado con Marcel Rousseau, el auditor de Brice & Stadthaller —dijo Lazarev.

No consiguió reacción alguna de Pashie.

—No volverás a hablar con él. Lo he matado con mis propias manos.

Todavía nada.

—Parece ser que ahora hay un joven que anda por aquí buscándote.

Ella se había sobresaltado, ¿verdad?

—Un joven atractivo.

Algo sucedió en su mirada. Parecía tener un nuevo enfoque.

—Háblame de él.

Sujetó el tubo de plástico y lo giró a un lado y hacia fuera. Pashie comenzó a gemir y las lágrimas le corrieron por las mejillas. Tuvo que hacerle mucho daño cuando las púas le rasgaron la piel del paladar. Ella respiró hondo mientras él le sacaba el tubo de la boca, tragó y después apretó con fuerza los dientes, cerró la boca por primera vez en varios días.

—Si intentas escupirme de nuevo —dijo, y secó las babas del tubo de plástico en la mejilla de ella—, te vuelvo a meter esto.

Hizo girar el tubo.

—Sé que el joven viene de Suecia. Un tal Paul Olsen.

Ahora no había duda. Lo que brillaba en sus ojos era esperanza.

«Enseguida la esperanza te abandonará para siempre, puta tártara.»

—Háblame de vuestra organización. ¿Estáis en contacto con MUST?

La denominación del servicio de inteligencia militar sueco no pareció significar nada para Pashie. Al contrario, solo pareció confundida.

Sacó un trozo de pan de centeno de la bolsa, lo llevó hasta los labios de ella.

—Come, niña.

Él le introdujo un trozo de pan. Ella tragó con el mayor de los cuidados.

—Habla ahora.

—Yo... no sé —dijo Pashie.

Lazarev arqueó las cejas.

—La única razón de que todavía estés con vida es que necesito información tuya. Si me das información que encuentre importante, consideraré si debo dejarte vivir. Pero si no lo haces, te mataré muy pronto.

—No sé de qué hablas.

«Vaya fuerza de voluntad —pensó Lazarev—. Impresionante.»

—¿No tienes ni idea de por qué un joven de Suecia pregunta por ti? ¿Ni idea en absoluto?

Pashie no dijo nada.

—Conozco el intercambio entre la organización y la universidad. La facultad de Economía y eso que llamáis Vektor. —Esperó una reacción, pero no llegó—. Vektor está formado por antiguos militares y es una rama secreta de la inteligencia militar sueca. Quizá tú creas que trabajas para alguna clase de institución de investigación, pero trabajas para las fuerzas armadas suecas y has traicionado a tu patria. Y tú sabes cómo tratamos a los traidores.

Apretó el tubo de plástico con sus fuertes manazas.

—La facultad de Economía de la Universidad de San Petersburgo ha dejado de existir —prosiguió—. Salió volando por los aires mientras tú estabas aquí sentada en la oscuridad. Todos los que estaban en la facultad murieron, porque me escupiste en la cara en lugar de hablar.

Pashie cerró los ojos. Las lágrimas volvieron.

—Murieron por tu culpa.

El pecho de ella comenzó a temblar. ¿Debería arrancarle la ropa? Eso solía provocar que las mujeres hablaran.

—¿Cuántas personas más tienen que morir, Pashie?

Ella negó con la cabeza, sus ojos todavía seguían cerrados.

—Tú sabes que llegaré a la verdad más pronto que tarde, ¿verdad?

Lazarev se puso en pie. Ella lo miró con ojos suplicantes.

—Dentro de unos días recibiré a unos huéspedes. No puedo tenerte aquí apestando y gritando cuando lleguen. ¿Lo entiendes? Esta es tu última oportunidad, ¿quién es el joven?

Los ojos negros la miraron fijamente, pero ella había recuperado su calma.

—Él te parará los pies —dijo ella.

Lazarev se puso de rodillas delante de ella.

—Vaya, ¿de verdad?

La sujetó del cabello, tiró hacia atrás de forma que el cuello quedó a la vista.

—Quizá te entregue a mis huéspedes. Cuando los camaradas de mi organización hayan acabado contigo, creo que él no querrá volver a tenerte.

Lazarev apretó. Los largos dedos que una vez constituyeron una promesa en una carrera totalmente diferente rodearon su delgado cuello.

Ella se ahogaba.

No, todavía no.

Él agitó la cabeza y consiguió ponerse de pie. Pashie tosió en el suelo.

«Aún no es hora de que mueras. Todavía te necesito. Hasta que el joven esté muerto y todo haya pasado.»

El portero retrocedió unos pasos cuando el todoterreno frenó delante del Grand Hôtel Europe. Iliá tocó la bocina a pesar de que Max ya salía por la entrada. Abrió la puerta del copiloto y esbozó su sonrisa de lobo hacia Max.

—¿Sabes adónde vamos, jefe?

Hoy, la vena debajo del ojo palpitaba con fuerza.

Max se abrochó el cinturón de seguridad y sacó el fax que Iliá le había enviado hacía unos días.

—Entre los números que sacaste del teléfono de Pashie había uno proveniente de la calle Ulitsa Zhuskovskogo 41, apartamento 104b, Razliv.

Iliá giró por la calle principal.

—¿Qué hay allí?

—Espero que sea el lugar donde vive Margarita.

Iliá condujo hacia el norte, fuera de la ciudad. El todoterreno contrarrestaba las irregularidades y los socavones del asfalto, y esquivaba camiones y trolebuses que también trataban de circular por las calles en mal estado de San Petersburgo.

Necesitaban llegar hasta Margarita tan rápido como fuera posible. Antes de que los otros, fueran quienes fueran, llegaran allí. Pero Iliá parecía no comprender lo urgente que era. Cuando el tráfico se volvió más intenso, giró y acabaron en algo que recordaba sobre todo a un laberinto interminable de pequeñas calles y serpenteantes canales.

Max apretó los dientes y contuvo una maldición frustrada.

Finalmente llegaron a Razliv. La pequeña ciudad parecía haberse construido en un solo día. Una veintena de rectángulos surgían de la tierra al azar. Allí apenas había calles ni tiendas. El denso bosque los rodeaba.

Parecía que los edificios de apartamentos fueran a disolverse en la lluvia o a desplomarse si llegaba una tormenta. Las fachadas estaban descascarilladas como piel seca. Muchas ventanas aparecían huecas y negras. Donde habían ardido los apartamentos quedaban grandes marcas de quemaduras en el yeso.

Era un claro contraste con el centro de San Petersburgo, con su riqueza de colores y su brillo arquitectónico. Max imaginó a Margarita llevando a sus hijos cada mañana a la guardería de la ciudad, en las proximidades del trabajo, con la confianza que le daba ese entorno seguro que sí valía la pena. En Razliv no se veía ni rastro del nuevo dinero ni de la clase media emergente de la que todo el mundo hablaba.

Un Mercedes negro permanecía estacionado delante del portal de Margarita.

—Es el mismo coche que atropelló a Domashov, el periodista —dijo Max.

—Bien, entonces tenemos la oportunidad de atraparlos —dijo Iliá.

Max negó con la cabeza. En ese momento lo importante era Margarita.

Fuera del coche había dos hombres con cazadoras de cuero. Max los estudió desde lejos. Uno de ellos parecía la variante rusa de un vikingo: alto, ancho de espaldas, pelo largo negro y una espesa barba. Su compañero era más bajo, fibroso y ágil, con la cabeza rapada y el rostro y las manos cubiertos de tatuajes.

No parecían empleados de una compañía telefónica. Los hombres portaban el rasgo distintivo de los *vores*, el antiguo gremio de ladrones rusos.

Lo más probable fuera que los hubieran contratado para un trabajo concreto. La cuestión era cuál.

—¿Ves la ventana del sótano a la vuelta de la esquina? —dijo Max, y cabeceó hacia la ventana abierta—. Si tú te acercas a conocer a estos dos nuevos amigos, entonces yo podré entrar por ahí.

Iliá sonrió.

—Con amigos como tú podría necesitar unos nuevos. Dame unos minutos antes de que empieces. Si algo va mal, hay una Grach en la guantera.

Iliá cerró la puerta de un portazo para estar seguro de que los dos *vores* lo oían. Se dirigió hacia ellos sin dudarle, hinchando su enorme torso. Parecía terrible, sin lugar a dudas, incluso para los estándares de los gánsteres rusos. Max esperaba que el físico y la inteligencia de Iliá pudieran resolver la situación sin necesidad de la pistola.

Max dudó un segundo, pero después se inclinó a por la Grach. ¿Quién sabía qué le esperaba en el apartamento?

Iliá había iniciado una conversación con los dos hombres y Max abrió la puerta. Se apresuró hacia la ventana del sótano con la pistola en la cintura. Se agachó e introdujo la pierna izquierda en la abertura, se dio la vuelta, metió la derecha y después deslizó la barriga hacia el sótano.

Sacó la Grach. La sensación de tener una pistola en la mano le resultó casi desagradablemente familiar a pesar de que no había sujetado un arma de fuego desde hacía dos años.

Cuando salió al hueco de la escalera, se detuvo y escuchó. Reinaba el silencio. Según el cartel de la entrada, el apartamento 104b se encontraba en el cuarto piso. Echó una mirada al ascensor, pero estaba estropeado y sin puertas. El hueco del ascensor se abría detrás de unos tablones de madera colocados en aspa. No importaba, él prefería la libertad de las escaleras antes que el riesgo de quedarse atrapado en el ascensor.

En el primer piso, le sorprendió un extraño balido. Había una cabra

encadenada a la barandilla mirándolo. Agitó sorprendido la cabeza y siguió subiendo.

En el cuarto piso se apresuró hacia la puerta correcta. Pegó el oído a ella y se dispuso a escuchar, el hombro izquierdo contra la puerta, la Grach en la mano derecha. Permaneció en completo silencio. Llamó al timbre. No se oyó ninguna señal, así que llamó a la puerta. Unos pasos se acercaron por el otro lado; después, silencio de nuevo.

No había ninguna mirilla, así que Max supuso que la persona al otro lado estaba igual que él, escuchando a través de la puerta.

Después de un rato se abrió la puerta con cuidado y detrás de una cadena de seguridad Max vio el rostro de ella.

—¿Tú? —susurró Margarita.

—Lamento lo sucedido —dijo Max cuando Margarita dio un paso atrás—. Corres un gran peligro y no puedes quedarte aquí. Seguramente has visto a los hombres que te esperan ahí abajo. Si no me sigues, encontrarás el mismo destino que Marcel.

Margarita se llevó una mano bien cuidada a la boca. La otra sujetaba la cadena de seguridad.

—¡Oh, Dios mío!

—¿Margarita?

Ella se secó los ojos inyectados en sangre.

—Me dijeron que estaba borracho cuando visitó ese maldito lugar.

—¿Y tú los crees?

—Sé que no es cierto.

—¿Te contó Marcel adónde se dirigía?

Margarita cerró los ojos. Max posó la mano izquierda sobre la mano que reposaba en la cadena.

—Tengo que recoger a mis hijos —murmuró.

—Cuéntame qué te dijo Marcel antes de desaparecer y vamos directamente a buscar a tus hijos.

—Pero ¿y los hombres de ahí abajo?

—Conozco otra salida.

Margarita negó con la cabeza, pero después lo miró con decisión.

—A Marcel le preocupaba una reunión. Y me contó a quién iba a ver.

Margarita estaba tumbada en el asiento trasero del todoterreno. A través del parabrisas, Max vio cómo Iliá les decía algo a los dos *vores* y después señalaba en dirección al coche.

«No, no los traigas aquí. ¿Estás loco?»

Uno de los dos hombres, el de los tatuajes, sacó un teléfono móvil. Habló animadamente con alguien durante unos minutos y después volvió a guardarse el teléfono. Miró hacia el todoterreno, luego a Iliá, que se había acercado a él.

Iliá golpeó la ventanilla del lado de Max. Dio vueltas con el dedo índice y Max bajó la ventanilla. Iliá se inclinó hacia la guantera, al mismo tiempo que le guiñaba un ojo a Margarita. Cuando se dio cuenta de que la guantera estaba vacía miró a Max, que sujetaba la Grach en la mano izquierda, entre los asientos delanteros del coche. Iliá arqueó las cejas y se la quitó a Max.

—¿Crees que puedes conducir esta tartana?

Max asintió.

—Entonces nos vemos en el hotel dentro de un rato.

—Pero no puedes estar aquí cuando esos dos se den cuenta de que ella se ha ido.

Iliá se encogió de hombros como de costumbre.

—No te preocupes por mí —dijo—. Tengo esto.

Le dijo adiós con la Grach en la mano, después se dio media vuelta y comenzó a dirigirse hacia los *vores*.

Max se deslizó hacia el asiento del conductor al mismo tiempo que observaba la espalda de Iliá. ¿Volverían a verse de nuevo? Pero apartó esos pensamientos, necesitaba mostrar a Iliá la confianza que se merecía. Y llevar a Margarita y a sus hijos a un lugar seguro.

Arrancó el motor y condujo sin mirar a los *vores*.

Margarita y Max viajaron de vuelta a San Petersburgo en silencio. El aroma de su perfume, un olor químico que debía imitar la fragancia de las flores, se mezcló con los gases del motor del todoterreno.

Ahora estaba segura, al menos por el momento, a salvo de correr el mismo destino que su amante suizo, Marcel Rousseau, el hombre que había jugado con fuego. La sensación de haberla puesto a salvo llenó a Max de satisfacción.

Por lo menos algo había salido bien.

Pashie le había contado que las mujeres rusas preferían flores de plástico en lugar de flores naturales. Ella había dicho que si en alguna ocasión volvía a embarcarse en una nueva empresa, esta sería la venta de flores de plástico. Eran el producto perfecto para la nueva Rusia. Los rusos adoraban el lujo y la belleza, pero eran tristemente célebres por su falta de delicadeza. Las flores de verdad necesitaban amor y cuidados, las flores de plástico duraban para siempre. Eran baratas, elegantes, no precisaban nada de ti, eran sencillamente perfectas. El asunto era que Max nunca había oído a nadie en Rusia conceder importancia alguna a la naturalidad, más bien al contrario. La naturalidad se consideraba como algo pobre o del pasado.

Pashie sabía cómo debía compensar la falta de aroma en las flores de plástico: a través de un espray con aroma de violeta artificial, que proporcionaría más categoría a las ventas. Max se imaginó que debía oler como el perfume de Margarita, que seguía en el asiento trasero.

Sirvió café hasta que Margarita levantó la mano.

—Gracias, es suficiente.

Max estaba sentado frente a Margarita y sus hijos en un grupo de sillas formado por cuatro asientos de mimbre en uno de los restaurantes del hotel, bajo la copia de un viejo farol de San Petersburgo.

Por encima de ellos brillaba la luz del techo abovedado.

—Aquí estaréis seguros —dijo Max—. Por el momento.

Margarita se sirvió azúcar en el café sin levantar la mirada y revolvió el humeante líquido negro.

—¿Qué fue lo que te dijo Marcel? —preguntó Max.

Margarita alzó la vista, tembló, pero consiguió recomponerse de nuevo.

—¿Tú qué haces aquí?

—Estoy buscando a una amiga, ya lo sabes.

—Quiero irme de San Petersburgo —dijo ella—. No quiero volver a poner un pie aquí.

Un camarero pasó junto a ellos. Margarita ordenó dos batidos de plátano.

—¿Adónde irías?

—Tengo un tío en Praga. Quiero irme con él.

—De acuerdo —dijo Max—. Si hablas ahora, me encargaré de ello.

Ella asintió.

—Sé que Marcel era empleado de una gran empresa internacional de auditorías en Suiza —dijo Max—. ¿Por qué estaba aquí en San Petersburgo?

—Marcel tenía algunas debilidades.

—¿No las tenemos todos?

Margarita le dio un sorbo a su café.

—Él todavía estaba casado —dijo ella—. ¿Lo sabías? Él deja familia en Suiza.

—¿Qué lo trajo por aquí?

—Las ganas de trabajar —dijo Margarita, y esbozó una mueca.

—¿En Suiza?

Margarita negó con la cabeza.

—Alemania del Este. En realidad se llamaba Günther Baumann, y nació y creció en Karl-Max Stadt, la actual Chemnitz. Fue un distinguido nadador y participó en el Festival de la Juventud.

Lo que equivalía al Komsomol, la organización comunista juvenil. El último festival se celebró en 1989 en Pionyang, Corea del Norte. El siguiente estaba planeado para dentro de un año en La Habana, Cuba. «Por una sociedad anticapitalista, paz y amistad.»

—Entonces, ¿desertó a Occidente? ¿Y acabó en Suiza?

—A comienzos del verano de 1980, para ser exactos.

En aquel tiempo solo había dos opciones. O desertabas de verdad, lo cual era difícil, aunque unos cuantos deportistas de élite lo lograron, o bien te colocaban en Occidente aquellos que controlaban la vida y el alma de todos los jóvenes: la Stasi, el servicio secreto hipereficiente de la Alemania del Este.

—¿Y su mujer? —preguntó Max.

—Suiza —respondió Margarita—. Todo lo que sé sobre ella es que exigía dinero. Siempre más dinero.

—¿Y su empresa, Brice & Stadthaller? ¿Y St. Petersburg GSM?

—Prometí no contarle nunca a nadie...

Ella se lamió el tembloroso labio inferior, alzó la mirada al techo. Finalmente volvió a mirar a Max.

Ya no se sentía obligada por su promesa.

—Él los llamaba «viejos contactos». Y una oferta que no pudo rechazar. No sé qué significaba realmente. Pero he pensado mucho en ello.

—¿Qué clase de contactos? ¿Políticos? ¿Militares?

—No lo sé. Marcel era, en muchos aspectos, un hombre muy reservado.

—¿Y cuál era la oferta?

—Dijo que podríamos vivir donde quisiéramos, en cualquier lugar del mundo.

Margarita tomó una de las servilletas que estaban junto a uno de los batidos que acababan de servir a los niños; se secó las mejillas.

—Él iba a dejarla.

—¿Qué crees que le pasó?

—Lo mataron.

Max se inclinó hacia delante.

—¿Quién lo mató?

—Él me dijo que tenía que verse con él. Yo noté que estaba nervioso a causa de la reunión.

—¿Quién es él?

—Marcel no dijo cómo se llamaba. Pero es el líder, el jefe.

—¿Puedes sospechar quién es?

El rostro de Margarita volvió a cambiar. Fue como si ella desapareciera durante un instante. Luego se sobresaltó.

—Es la maldad personificada. Un hombre mayor con una apariencia especial. Un gran cuerpo y una cabeza pequeña. Un fantasma del período más negro de nuestro país.

—¿Lo llamaba Marcel de alguna manera? ¿Un apodo, un título?

Margarita se inclinó hacia delante, la voz era apenas un susurro.

—El hijo más amado de Iósif Stalin.

Lennart Svedberg cerró la puerta de la sala de reuniones tras de sí. Se concentró en el diseño cubista azul y gris de la moqueta, pero no consiguió sacudirse las náuseas. Bajó la vista hacia sus pies mientras regresaba a su puesto y evitó las miradas de sus colegas.

Se sentía como si lo hubiera llamado el rector. La sensación de vergüenza en el cuerpo le recordó la incomodidad que experimentó la primera vez que salió de un cine porno en la calle Döbelnsgatan.

«Espero que nadie me vea.»

Joder, claro que lo veían. Hoy todos estaban en sus puestos. Todos habían sido convocados.

Frank Ståhl y su grupo de inquisición interna habían reservado durante todo el día la sala de reuniones. Utilizando el estilo duro y frío. Un grupo reducido, solo Frank y otro hombre, alguien que afirmaba ser una especie de experto en interrogatorios. Nada de romper el hielo con cierta charla social o amable, iban directo al grano, «siéntate», y después lanzaba la primera pregunta. Frank permaneció en silencio. Sin apartar ni un momento la vista de Lennart.

«No he hecho nada mal. Absolutamente nada.»

Entonces, ¿por qué se sentía tan incómodo? ¿Se debía a que quizá los otros podían creer que había hecho algo? Sin embargo, a ellos también los habían llamado, alguno de ellos podía ser el culpable.

¿Era porque los otros esperaban que él fuera la fuente?

«Todos son culpables hasta que se demuestre lo contrario.» Eso fue lo que dijo el interrogador.

Lennart se sentó a la mesa, miró más allá de los biombos, hacia la compañera del otro lado del pasillo que caminaba por la oficina. Ella, un mujer joven de unos treinta y pico años, apartó la vista justo cuando sus miradas se cruzaron.

«No he hecho nada mal.»

Entró en el calendario del ordenador, comprobó la fecha y las horas sobre las que le habían preguntado Frank y su asistente. Ninguna persona podía recordar todos los detalles que le ocurrían cada día de su vida.

Lo que vio en el calendario coincidía perfectamente con lo que había dicho dentro de la sala de reuniones. Él había estado aquí ese viernes por la tarde.

«¿Pasó algo especial entonces? ¿Viste algo diferente en la oficina?»

¿Sabían que se había ido a casa antes de tiempo? ¿Debería decirlo?

Lennart abrió el programa del correo electrónico para comprobar qué mensajes había recibido. Después cayó en la cuenta. Ese fue el día que habló con David Julin; en realidad, fue la primera vez que lo hizo. Lennart repasó los correos con fecha de ese día. El mensaje relacionado con la investigación interna. El mensaje por el que preguntó David cuando lo llamó.

¿Qué fue lo que había dicho?

«Entonces ahora la policía está en ello, ¿verdad?»

Lennart tuvo la impresión de que David, de acuerdo con la leyenda que lo acompañaba, estaba tan ocupado que no se inmutaba con asuntos menores. Eso era sencillamente una nimiedad en su vida.

¿Había otra explicación a las preguntas de David?

Pero ¿David Julin? ¿Uno de los arquitectos del sistema? Él debería estar por encima de toda sospecha, ¿no? Lennart volvió a pensar en aquella tarde en

la que David entró en la oficina con la bolsa de deportes colgada del hombro. ¿Qué fue lo que había hecho?

«Fredrik Stenlund, de Carnegie. Tiene un revés de la hostia.»

Lennart abrió una página de internet y buscó el nombre de una empresa. Encontró el número de Fondos de Inversión Carnegie y levantó el auricular.

—Hola, estoy buscando a Fredrik Stenlund.

—Un momento —dijo la mujer de la centralita—. ¿A quién busca?

—Fredrik Stenlund.

—Lo siento, pero aquí no hay nadie con ese nombre.

Sarah pasaba por delante de una caja tras otra de la Sockerkompaniet, perfectamente alineadas en un banco de la tienda de la calle Surbrunnsgatan. Tebeos, revistas para hombres, mapas con pegatinas y hojas de emblemas. Detrás del mostrador había un hombre que ella supuso que era Jocke. Levantó la vista de lo que tenía entre manos cuando Sarah lanzó una mirada en su dirección.

—¿Puedo ayudarte?

Vestía unos pantalones de peto negros y una camisa de leñador a cuadros, tenía el pelo color platino recogido en una coleta.

—¿Jocke? —dijo Sarah cuando estuvo ante él—. Me llamo Sarah; Peter Tillberg, del *Dagens Nyheter*, me ha dicho que te pregunte a ti. El asunto es que estoy buscando información sobre hechos ocurridos en Estocolmo en 1944.

—¿De qué hechos se trata?

—Sucesos de cierta importancia que tuvieron lugar en algún momento entre el 20 de febrero y el 1 de marzo.

—Por desgracia tengo los periódicos en el almacén, ocupan demasiado

espacio. No puedo ir allí y buscar un periódico si no sabes exactamente cuál es el que quieres.

Sarah asintió.

—Pero podrías empezar por los carteles de titulares —dijo Jocke, y comenzó a moverse hacia el interior de la tienda—. Tengo un par de ellos aquí.

Pasó junto a un mueble con infinidad de pequeños cajones. En el suelo había una serie de cajas con carteles de titulares y fundas de plástico.

—¿Qué fechas dijiste?

—Del 20 de febrero al 1 de marzo, de 1944.

Jocke sacó una caja.

—Puedes empezar por aquí —dijo.

«Berlín ha capitulado. Goebbels se ha suicidado», rezaba el primer titular. Era del *Svenska Dagbladet*.

—Gracias —dijo Sarah.

Se agachó y comenzó a ojear entre los carteles de titulares. Había muchos titulares interesantes, pero las fechas no coincidían. No parecían estar colocados en orden cronológico, lo cual complicaba la tarea.

Se puso de rodillas, hacía un poco de corriente en el suelo, pero ella la ignoró. Revisó cada vez más deprisa los titulares, tenía la sensación de que el tiempo se le escapaba.

De repente se sobresaltó. ¿Qué era eso? ¿Qué estaba viendo?

Regresó al titular. Sintió que perdía el aliento.

«Bombas rusas sobre Estocolmo.»

La fecha era el 23 de febrero de 1944.

—¡Coco Pops! —gritó Vilma—. ¡Coco Pops!

—¡Queremos Coco Pops, queremos Coco Pops! —se unió Caspar.

Gabbi Julin miró a ambos. Habían transformado el carrito de comida en un parque de juegos, un barco pirata para niños, repleto de pasta, pañales, toallitas húmedas, pan, todo lo que necesitaban para hacer frente a las tormentas de la vida familiar que asomarían la semana próxima.

La escena contrastaba bastante con la vida de Sarah Hansen, una vida en perfecto orden en la que como mujer podía elegir cuándo deseaba trabajar y cuándo deseaba divertirse. Gabbi amaba a sus hijos, los amaba de verdad, pero ¿en qué clase de personas se habían transformado su marido y ella? ¿Qué clase de vida era esta? ¿Podía tener las dos?

Ella sabía que mucha gente vivía en su misma situación, manteniendo una vida secreta a un lado, *straight* o *gay*, ¿qué importaba? ¿A quién le interesaba? Mientras pudiera mantenerlo en secreto no hacía daño a nadie, ¿no? Tal vez incluso fuera lo contrario, quizá eso podía ayudarla a soportar mejor esto, hacer que ella fuera una madre mejor para los monstruos que ahora demandaban Coco Pops a gritos.

Gabbi suspiró y colocó el paquete de Coco Pops en el carrito rebosante. Vilma y Caspar guardaron silencio de inmediato.

Gabbi intentó evitar todos los pasillos con juguetes, helados, bebidas y golosinas mientras se dirigía lentamente hacia las cajas. Casi había acabado y

el carrito era tan pesado que apenas logró ponerlo en movimiento. Lo empujaba hacia delante mientras con la otra mano tiraba del cochecito de Teodor.

Miró la lista de la compra que llevaba encima. Las cosas de David... ¿cómo se le podían haber olvidado?

Aplastó el papel. ¿Consiguió convencerlo cuando preguntó por Sarah? No lo sabía, no pudo descifrar su mirada, a pesar de que antes sabía leer en él como un libro abierto.

«Tengo que dejarlo, no aguanto más.»

Gabbi negó con la cabeza.

«Sueno como una jodida vieja llorona de veintinueve años.»

Gabbi puso en el carrito aderezo de hamburguesa, hamburguesas y pan, y por fin pudo dirigirse hacia las kilométricas colas.

Cuando consiguió maniobrar con el carrito y el cochecito hasta la cola que parecía más corta, Caspar saltó del carrito y salió corriendo. Gabbi alzó las manos delante del rostro de Vilma para intentar que dejara de gritar como una histérica.

—Vuelvo en un segundo, ¿vale? Quédate aquí.

Consiguió agarrar la capucha de la chaqueta de Caspar justo antes de que comenzara su ataque a las repisas de chucherías. Lo agarró con fuerza.

—¿Qué crees que estás haciendo? —dijo ella, y lo zarandeó—. No vuelvas a salir corriendo, ¿me oyes?

El labio inferior de Caspar comenzó a temblar y enseguida ella sintió una punzada en el estómago. Gabbi lo abrazó.

—Lo siento, Caspar. Perdóname. Mamá se ha asustado al verte salir corriendo.

El cálido cuerpecito hizo que le bajaran las pulsaciones.

«Dios mío, me estoy volviendo loca.»

Gabbi se levantó con Caspar en brazos y se apresuró de vuelta a la cola de la caja. Vilma estaba de pie en el carrito. Había tirado la mitad de los artículos de comida y se había hecho pis. Solo faltaba que Teodor se despertara en el cochecito.

Gabbi cerró los ojos e imaginó los cálidos dedos de Sarah que la hacían revivir.

—No hagas eso, bonita —dijo ella, y le sorprendió lo tranquila que sonaba.

—¿Tarjeta? —preguntó la chica de la caja.

Su cola de caballo balanceante tenía más vida que su voz.

—¿Perdona? —contestó Gabbi.

—¿Tienes la tarjeta de cliente de ICA? —dijo la cola de caballo.

—No, no, no la tengo.

—¡Coco Pops! ¡Coco Pops!

Vilma se lanzó hacia la cinta transportadora de la caja donde ahora se encontraban los artículos en una montaña. Gabbi la sujetó y Vilma rompió a llorar.

—¿Deseas hacerte socia?

—¿Qué? —dijo Gabbi—. No, gracias. Me gustaría pagar.

«E irme.»

La chica de la caja mencionó la suma total.

—Toma —dijo Gabbi, y le tendió su American Express negra.

Comenzó a picarle el cuello y Gabbi se dio la vuelta. Un hombre de unos cincuenta años la estaba mirando. Vestía una americana de *tweed* a cuadros y unas gafas marrones y redondas. Le sonrió.

Había algo familiar en él, pero Gabbi no pudo situarlo y se dio la vuelta hacia la cola de caballo.

—No aceptamos American Express —dijo con su monótona voz.

—Vale —dijo Gabbi, abrió el bolso y sacó la tarjeta de débito del

Handelsbanken—. ¿Te sirve esta?

Gabbi se volvió hacia la cola para ver si el hombre todavía la miraba. Se sobresaltó al comprobar que todos la observaban. La miraban fijamente. El hombre de la americana de *tweed* era el único que parecía normal.

—Lo siento, señora Julin, pero no acepta la tarjeta.

—¿Qué dices?

—No acepta la compra, señora Julin. Su banco dice que está denegada; es probable que no tenga fondos en la cuenta.

Por primera vez, la voz adquirió vida. Ahora, al parecer, se sentía a gusto.

—¿Puedes intentarlo otra vez?

—Ya lo he intentado tres veces.

Ahora, por lo menos, no volvió a decir «señora Julin». Una mujer detrás de Gabbi suspiró en alto y dejó caer su cesta de la compra de manera notoria.

—¡Coco Pops!

Los gritos de Vilma eran ensordecedores. Caspar consiguió tomar uno de los paquetes de la cinta y se lo lanzó a Gabbi al pecho.

—¿Tiene efectivo? —preguntó la cola de caballo.

Gabbi cerró los ojos, negó con la cabeza y deseó ser tragada por la tierra.

—Quizá pueda ayudar.

Gabbi alzó la vista. De repente, el hombre sonriente de la americana de *tweed* se encontraba a su lado.

—Al parecer tienes un pequeño problema aquí, Gabbi. Deja que te ayude.

Miró al hombre. «¿Gabbi?» Él sonrió de nuevo. ¿Lo conocía?

El hombre le entregó su tarjeta de crédito a la chica de la caja, junto a algunos artículos que compraba para él. La transacción finalizó antes de que Gabbi alcanzara a comprender qué había sucedido.

¿Era esto un sueño? De repente, los niños estaban tranquilos y en silencio.

La escena continuó. El hombre ayudó a Gabbi a cargar las cosas en unas

bolsas de papel y después él se ocupó del carrito y se encaminó hacia la salida. Gabbi señaló el Saab del aparcamiento. El hombre cargó todo en el coche y cerró el maletero.

—No sé cómo darte las gracias por esto —dijo Gabbi.

—Es suficiente con que saludes a David de mi parte —dijo el hombre.

—¿Saludar...? Lo siento, pero no logro situarte.

—Todos mis amigos me llaman Charlie K —dijo el hombre, y le estrechó la mano a Gabbi—. Nos conocimos hace un par de años, cuando nombraron a David Empresario del Año; había mucha gente que deseaba felicitaros a ambos, así que comprendo que no me recuerdes.

El hombre volvió a esbozar una sonrisa y, en ese momento, Gabbi lo reconoció. Aquel día de hacía dos años parecía la escena de una película. Le resultaba irreal haber desempeñado un papel secundario importante. David había alcanzado la meta de su vida. Había creado algo con sus propias manos, había ganado una fortuna y había sido incluido en un grupo exclusivo internacional de personas de alto rendimiento. Para ese día, contrataron a una niñera y se hospedaron en el Grand Hôtel. Hicieron el amor en el *jacuzzi*.

—Puedo afirmar con orgullo que mantengo un buen contacto con muchos de mis antiguos alumnos.

—¿Fuiste profesor suyo? —dijo Gabbi.

—Márquetin Internacional, en la Handelshögskolan. David era un estudiante aplicado, pero el márquetin no era uno de sus principales intereses.

—Me lo imagino. Pero ¿sabe él cómo ponerse en contacto contigo? Tenemos que pagarte...

—No te preocupes por eso. David sabe dónde encontrarme. Dile solo que me llame.

—Sí, claro, lo haré —dijo Gabbi—. Gracias una vez más.

Él volvió a sonreír. Después dio media vuelta y dejó a Gabbi sola en el

coche.

La información al público se había vuelto más difícil de controlar, pensó Nestor Lazarev al entrar en el vestíbulo revestido de mármol y granito de la Biblioteca Nacional Rusa. La proliferación de los ordenadores personales y la llegada de internet habían creado enormes retos. Esto era el futuro, lo sabía, pero su tiempo estaba llegando a su fin y mantener el control dependía de otros. Y si como él sospechaba la gente de Estocolmo estaba husmeando para desenterrar su pasado, debía tener la atención centrada en un lugar como este. Era solo una cuestión de tiempo, pasarían por aquí, si es que no habían estado ya.

Se sentó en el departamento de periódicos y revistas, frente a una de las pantallas. Escribió su nombre verdadero. No obtuvo resultado. Bien.

Escribió su nuevo nombre oficial y obtuvo el mismo resultado que antes. Ese maldito artículo del *St. Petersburg Times*. ¿Cómo se llamaba el periodista? Lazarev buscó más adelante en el texto, consiguió el nombre y una pequeña foto del hombre de cabello exuberante. Domashov, eso era. Atropellado en la avenida Nevski Prospekt. Menuda tragedia.

Tecleó el apodo que lo había acompañado desde la tierra negra en la Ucrania de su infancia hasta Moscú, el GRU y sus años en las fuerzas armadas. Aparecieron una gran cantidad de resultados, la mayoría trataban de ornitología. Los miró todos por motivos de seguridad. Había un par de extraños artículos de hacía muchos muchos años. Podían resultar perjudiciales

si los encontraba la persona equivocada. ¿Se podría borrar la información desde este terminal? Lazarev supuso que no. Seguro que había una base de datos central con toda la información a la que él no tenía acceso, todavía.

En cambio, trató de situarse en la mente de los perseguidores. Habían preguntado de dónde procedía la tecnología. Esa era una clase de pregunta que no se hace a no ser que se cuente con cierta información previa o alguna pista. ¿Acaso este variopinto grupo de académicos y periodistas pertenecía realmente al MUST, el servicio de inteligencia militar sueco? En ese caso, su ingenio lo sorprendió por primera vez.

¿Por qué lo buscaban ahora? ¿Después de tantos años? ¿Porque las telecomunicaciones se habían vuelto el nuevo santo grial del país? Tal vez... Tal vez los socialdemócratas por fin habían mostrado su verdadero color. Tan azul como Reagan.

¿O los pensamientos lo estaban despistando? ¿Tenía esto relación con algo completamente diferente?

¿Qué fue lo que Rousseau había sugerido? Que tenía que ver con el pasado de Lazarev. ¿Aquel que lo estaba buscando tenía una conexión personal con él? ¿Podía eso ser verdaderamente posible?

Se quedó mirando la pantalla mientras las preguntas rondaban en su cabeza. Volvió a ver el apodo que había escrito en el campo de búsqueda.

Aquel día decisivo se había despertado temprano, antes del amanecer, en Donetsk, al este de Ucrania. Era el año 1982. Una espesa nube grisácea cubría la ciudad. Una ciudad y un país que siempre habían sido la piedra angular del imperio y lo serían para siempre.

Por fin había llegado el día para dar el importante paso que los devolvería a una vida digna, después de décadas de servilismo forzado ante personas que no eran dignas de ostentar el poder del imperio. Un infierno personal.

El día pondría las cosas en orden, un orden que se echaba de menos desde

la odiosa noche y la temprana mañana del 5 de marzo de 1953.

Cuando todo se fue al infierno.

Fue entonces cuando la nueva administración y el nuevo líder lo expulsaron al frío, junto con todo lo que el gran líder había hecho por su país. Tenía que elegir entre desaparecer o morir. Desaparecer para que no le pegaran un tiro en la frente como a un perro aullando con un trapo en la boca y tiraran sus cenizas en un bosque a las afueras de Moscú. Como a Beria.

Ninguna de las oscuras nubes que cubrían Donetsk ese día podían amortiguar su buen humor de aquella mañana de 1982. Estaba demasiado excitado y se vio obligado a tranquilizarse, no podía adelantarse a los acontecimientos. El asunto todavía no había llegado a buen puerto, pero él podía sentir el dulce y cálido sabor de la victoria en su boca.

La firma del contrato no tendría lugar antes de las nueve, y dudaba que el peso pesado del vodka se hubiera levantado a esa hora. La noche anterior se había visto obligado a cenar con él. Una última cena.

Los primeros pasos habían sido los más duros. Había caminado por las calles de Moscú. En aquel tiempo, todavía era un hombre joven y buscó algo a lo que agarrarse, algo que pudiera llevarlo desde el fondo a la cima de nuevo. Había tratado de llevar una vida oculta durante muchos años, se había mantenido apartado soportando la era de Jruchov lo mejor que había podido. Pero los pensamientos no le daban tregua y sabía que no lo conseguiría hasta que se completara la gran obra. Lo único que tenía eran sus fuertes garras y sus conocimientos secretos.

Finalmente descubrió una pequeña fábrica que desarrollaba componentes de telecomunicación para las fuerzas armadas. Él sabía que no podía entrar por las buenas en la fábrica. Sin duda, la KGB tendría informadores en todos los puestos y, tal y como funcionaban las cosas, lo más probable fuera que su nombre verdadero estuviera en su lista de arrestos.

Así que se hizo con una nueva identidad.

Apareció como Nestor Lazarev en el parque Gorki un sábado por la tarde de 1964, cuando el ingeniero jefe de la fábrica, Pavel Dubtiak, un jugador de categoría, organizaba partidas de ajedrez simultáneo para los empleados de la fábrica y sus familiares.

El secreto que Lazarev llevaba era el billete de vuelta a los finos salones. Había un gran problema con el que luchaba el ejército, algo que la cúpula militar todavía no había conseguido solucionar, algo que los ingenieros suecos sí habían resuelto. El problema tenía que ver con el alcance. En el FOA, el Instituto de Investigación Militar sueco, los ingenieros suecos habían conseguido realizar comunicaciones de radio que no precisaban que las antenas fueran visibles entre sí. Eso hacía que se pudieran colocar estaciones de comunicación a una distancia de hasta mil quinientos kilómetros, y no a los veinte o cuarenta anteriores, que todavía era el límite de los militares rusos. Eso significaba una revolución total en el campo de batalla.

El ingeniero jefe, Pavel Dubtiak, se interesaba cada vez más en la conversación de Lazarev sobre tecnología cuando se encontraban ante el tablero de ajedrez. Al acabar la partida nombró a una persona que podía ofrecer algo a cambio de los conocimientos de Lazarev, sin exponerse ante las autoridades. El hombre era el hermano mayor de Pavel, Konstantin Dubtiak, un agente del mercado negro que se había establecido por su cuenta como principal intermediario de la élite política y que transfería activos nacionales a cambio de riqueza extrema para Brézhnev y su círculo más cercano.

La carrera de Konstantin había tomado fuerza al mismo tiempo que su amigo de la infancia, Nikolai Psurtsev, se convertía en el lacayo íntimo de Brézhnev.

El viaje de Lazarev desde el parque Gorki hasta aquel amanecer en Donetsk le había costado unos increíbles dieciocho años.

Durante la mayor parte del tiempo había trabajado, de una forma u otra,

para Konstantin Dubtiak. Eso lo estaba volviendo loco.

En una ocasión lo arriesgó todo y se puso en contacto con un viejo aliado, Titiakov, que todavía era un alto cargo en el GRU. Titiakov había escapado a las purgas y a la desestalinización. Bajo su nombre real, Lazarev resultaba demasiado conocido en los círculos internos; para él no hubo otra elección que pasar a la clandestinidad. Sin embargo, Titiakov se había salvado, pudo seguir en el servicio secreto militar, y tenía el suficiente sentido común para seguir siendo leal a Lazarev. Durante la primavera de 1968, Titiakov dispuso que Lazarev tuviera la posibilidad de viajar de incógnito a Praga para aplastar a algunos alborotadores. Fue Titiakov quien, al mismo tiempo que subía de rango, dio a Lazarev cada vez más control sobre la otra brigada independiente de Spetsnaz, del GRU.

Los distintos viajes que realizó Lazarev, primero con hombres escogidos en Escandinavia, el Báltico, el Cáucaso, y después con una brigada entera en Afganistán, eran lo que lo mantenía espiritualmente. A la vez que se extendía el mito que lo envolvía comenzó a filtrarse la verdad sobre su verdadera identidad.

Y entonces el respeto y el miedo crecieron aún más.

Al realizar la doble labor de oficial y agente del mercado negro amasó, poco a poco, una pequeña fortuna. Lo había ahorrado todo para esa ocasión, para esa mañana de 1982.

Según los rumores, el viejo hombre del Kremlin estaba perdiendo la lucha contra su enfermedad. La estagnación económica era bien conocida en todo el mundo y la decisión de luchar contra los muyahidines en Afganistán parecía el último capricho desesperado de un emperador moribundo. Los amigos y miembros de la familia más próximos a Brézhnev tenían prisa por hacer tantos negocios como fuera posible antes de que un nuevo clan dentro del partido comunista se hiciera con el poder y prescindiera de todos ellos.

Debido a esta situación apremiante, Lazarev tenía la oportunidad de hacerse con un recurso nacional propio muy codiciado. A las nueve ya estaba listo, vestido para recibir al distinguido invitado de Moscú. Un solitario camarero del hotel esperaba en un rincón de la habitación, inmóvil como una estatua. La mesa de reuniones estaba puesta con bandejas de plata repletas de *saló*, manteca de cerdo fría y blanca —una exquisitez ucraniana que Psurtsev adoraba—, arenque marinado y caviar, botellas de vodka y *champán ruso*.

Los documentos se encontraban en un extremo de la mesa, sobre una carpeta de cuero marrón, listos para ser firmados. El cuerpo de Lazarev se hacía más pesado con cada minuto que pasaba. El sudor perlaba su frente. ¿Qué pasaría si el dignatario había cambiado de planes?

Lazarev había pasado quince días con Dubtiak en el hotel. Dubtiak había completado la venta de minas de carbón y fábricas de acero y había enviado el dinero a todos los paraísos fiscales del mundo, a cuentas que pertenecían a personas con vínculos de sangre o amistades cercanas a Brézhnev, Psurtsev o cualquiera de los otros saqueadores de alto rango. En comparación, el proyecto de Lazarev era pequeño: una licencia de radio en el noroeste de Rusia. Un monopolio de telecomunicaciones para la segunda ciudad del imperio: San Petersburgo.

A partir de ahí volvería a construir el Estado. Moscú estaba repleto de ladrones y escépticos. Ya había tenido suficiente. La estagnación que veía a su alrededor, la decadencia con Dubtiak y los otros lo enfermaban. Durante los últimos quince días, no había conseguido encontrar una botella que no contuviera alcohol. No había sido capaz de conseguir una comida con ingredientes frescos. Así de mal estaban las cosas en esa parte del imperio que tiempo atrás había sido el granero de Europa. Ellos habían conseguido destruir todo lo que había construido el gran líder.

Lazarev había conservado todo el odio y la aversión en su interior. Pronto

les dejaría saber cómo se sentía en realidad.

Eran las diez y media cuando Dubtiak apareció de repente. Estaba descalzo y vestía la pequeña bata del hotel. Llevaba algo embadurnado en el pelo, parecía nata batida o *smetana*. Ni siquiera se molestó en mirar en dirección a Lazarev; se dirigió al camarero y le quitó un bolígrafo que sobresalía del bolsillo del pecho. A continuación siguió hasta la mesa de conferencias sin decir palabra alguna. Hojeó el documento y estampó su firma en la esquina inferior derecha de cada página.

Cuando terminó, soltó el bolígrafo, agarró una botella de vodka y otra botella de *shampanskoie* y se marchó de allí. A mitad de camino hacia el ascensor dio media vuelta. Alzó la botella de champán ruso en señal de saludo y le lanzó una mirada a Lazarev, que era una felicitación y un adiós al mismo tiempo. Después entró en el ascensor y salió de la vida de Lazarev. A la mañana siguiente, el personal del hotel lo encontró en la cama con un tiro en la frente.

Asesinado mientras dormía.

Después de que Dubtiak desapareciera en el ascensor, se oyó un sonido abajo, en el vestíbulo del hotel. Pasos apresurados en la escalera. El camarero se dirigió a la ventana y miró hacia la calle. Sin darse la vuelta dijo:

—Él ha llegado.

Una sensación cálida se extendió por el pecho.

Los guardias de seguridad salieron corriendo del hueco de la escalera, llenaron el pequeño recibidor entre los ascensores y la sala de reuniones. Si hubieran ordenado a alguno de ellos que lo apuntara a la cabeza con una pistola, nadie se lo habría podido impedir y nunca nadie habría hecho preguntas. Pero Lazarev no sentía miedo. Al contrario, la sensación de calidez creció a la vista de los guardias de seguridad y su disciplina. Sabía que, fueran o no conscientes de su verdadera identidad, las cosas habían ido

demasiado lejos. Si hubieran querido deshacerse de él, lo habrían hecho hacía mucho tiempo.

El silencio se rompió con el suave tintineo del ascensor. Las puertas se abrieron y ahí apareció un hombre solo. Era de poca estatura, tenía el rostro redondo, era calvo y vestía un traje mil rayas, camisa blanca, corbata roja y unos bonitos zapatos de cuero extranjeros. Lazarev lo reconoció de inmediato. Psurtsev era un hombre muy conocido en toda Rusia, un hombre que se había especializado en mantenerse más tiempo que nadie en el centro absoluto del poder.

El ministro de Comunicaciones de la Unión Soviética se tomó su tiempo observando el entorno antes de dirigirse a la sala de conferencias. Al aproximarse el ministro, Lazarev se acercó a él, le tendió la mano y dijo:

—Un honor, ministro Psurtsev.

Psurtsev asintió y continuó hacia la sala. Ojeó hasta la última página del documento. Junto a su nombre, Lazarev había dibujado de una forma osada una pequeña figura. La figura era la imagen de su apodo. El nombre que había llevado en su infancia y dentro de los círculos secretos de las fuerzas armadas.

El ministro alzó la vista y durante un segundo o dos miró a Lazarev.

«¿Así que eres tú?»

Durante todos esos años a la sombra, eso era lo que más había echado de menos: formar parte realmente de las fuerzas armadas rusas. Ahora que se había asegurado un valioso recurso, y como Jruchov, Brézhnev y Dubtiak y todos los demás traidores pronto estarían muertos, él podría recuperar el papel que el gran líder le había asignado. Invertiría las riquezas obtenidas de la guerra en la valiosa licencia que acababa de adquirir.

En el teclado del ordenador de la Biblioteca Nacional Rusa, Lazarev escribió ahora su antiguo apodo junto a los pueblos y ciudades donde sus fuerzas especiales se infiltraron y a los que destruyeron.

Miró los resultados y todo se le vino encima. La sangre le pulsaba a causa de las respuestas encontradas.

Apagó el ordenador tirando del cable. Miró en torno a la habitación. ¿Su repentino comportamiento impulsivo habría llamado la atención? Las otras personas de la biblioteca parecían casi adormecidas, completamente absortas en las pantallas que parpadeaban ante ellos.

De alguna manera, los suecos habían seguido su rastro después de todos esos años. En cuanto buscaran más, probablemente llegarían aquí y harían la misma búsqueda sencilla que Lazarev había hecho.

Anotó una serie de palabras clave en un papel, palabras y nombres que podían utilizarse para acercarse a sus secretos más sensibles. A continuación escribió el número de teléfono en el que siempre se le podía localizar.

Se puso de pie, abandonó el ordenador y se dirigió hacia el bibliotecario, un hombre joven de cabello grasiento y una deslavazada chaqueta de punto.

Un joven que ahora recibiría la oferta de su vida.

La cena estaba servida. Tacos mexicanos. Gabbi había dejado que los niños eligieran el menú. No comprendía cómo se había podido enfadar tanto con ellos.

Ella, sin embargo, todavía seguía enfadadísima con David. Someterla a esa humillación... Todo el vecindario compraba en el ICA Maxi de Danderyd. Seguro que todos estaban cenando y se recreaban en el cotilleo. «¿Te puedes imaginar a quién he visto hoy en el supermercado? ¡Sí, a Gabbi Julin! La mujer de David. No tenía ni un céntimo.»

Caspar fue el primero en llegar a la mesa. Corría tan deprisa que no le dio tiempo a frenar y evitar golpearse la cadera contra la mesa. Una fuente de tomates cortados se cayó al suelo de la cocina. Vilma apareció detrás y también tropezó con Teodor en brazos.

—Teodor también come.

Finalmente, David se sentó a la mesa. Miró la comida preparada sin hacer un gesto.

Últimamente se había comportado de una manera extraña, y entre ellos el ambiente parecía estar más frío que nunca. ¿Cuándo habían hecho el amor por última vez? ¿Se había quejado acaso David, había dicho que había pasado demasiado tiempo desde que la tocó por última vez? Él, que antes siempre deseaba tenerla, que nunca tenía suficiente del cuerpo de ella.

—¿Así que hay tacos?

—Sí. ¡Taco, taco, taco!

David sonrió.

—Vale, tranquilo.

Empezó a ayudarlo a servirse en el plato.

Gabbi se agachó y recogió la fuente que se había caído al suelo y secó los restos de tomate con unos trozos de papel de cocina. ¿Debería cortar más tomates? Observó la algarabía que se desarrollaba en la mesa y llegó a la conclusión de que nadie echaría de menos los tomates.

—¿Crema agria? —dijo David—. ¿Queso fresco?

Caspar asintió sonriendo.

—¡Yo también! —gritó Vilma.

David le sonrió. Vaya, ahora él era la paciencia personificada.

—Charlie K te envía saludos —dijo Gabbi.

David se detuvo en mitad de un movimiento.

—¿Dónde te lo encontraste?

—En ICA Maxi.

—¿En Danderyd? —David dejó el cuenco de queso fresco sobre la mesa—. Qué extraño. Él vive en Värmdö, en el campo. ¿Te estaba siguiendo el rastro? Quiero decir, ¿te estaba buscando?

—¿Qué pasa? Tampoco es tan extraño que me encuentre con tu antiguo profesor, ¿no?

—Eso digo. Es extraño porque no vive cerca de aquí.

Gabbi suspiró. «Deja de ser tan malditamente lógico. La vida no es un programa de ordenador.»

—Quizá anduviera por la zona. Quizá se detuvo de camino a casa.

—Vale, de acuerdo. Solo pregunté si te había buscado.

—¿Por qué tendría que buscarme?

—¿Quién sabe? —dijo David, y se inclinó hacia el plato de Vilma—.

Olvida la pregunta.

Parecía tan satisfecho y seguro de sí mismo allí sentado que las palabras salieron como un torrente de la boca de Gabbi.

—Él pagó la cuenta, David. Él pagó esta comida que he puesto en la mesa. La comida que comen tus hijos, los pañales que Teodor lleva puestos, el maldito aliño de hamburguesas que querías. ¿Por qué no hay dinero en nuestra cuenta del banco? ¿Y por qué yo no sabía eso antes de quedar como una estúpida delante de medio vecindario?

David dejó el plato de Vilma.

—¿Estaba allí por casualidad? —dijo en voz baja—. ¿Para pagar la comida?

De repente dio un puñetazo en la mesa. El bote de la salsa para tacos se volcó y el mantel absorbió la salsa.

—¡Joder!

David se puso de pie tan deprisa que tiró la silla. Antes de que esta cayera al suelo ya había salido de la cocina. Teodor y Vilma rompieron a llorar. Caspar miró a Gabbi con la mirada vacía y la boca llena de carne picada, masticando de forma automática.

—Soy David Julin —oyó Gabbi desde el pasillo—. No, ahora me escuchas tú a mí. Mantente alejado de mi familia, ¿me oyes? ¡Si vuelvo a verte por aquí, si te acercas a mi familia, te arrepentirás!

Gabbi se llevó la mano al pecho y sintió los latidos de su corazón.

«¿David? ¿Qué demonios te pasa? ¿Te has vuelto loco?»

David se quitó los auriculares. Ahora, la casa se encontraba en silencio. No más ruido en la cocina ni en los dormitorios. Los niños tenían que dormir.

¿Gabbi estaba en casa? ¿O había salido? A casa de su nueva vieja amiga, la tal Sarah Hansen.

Apagó el reproductor de música del ordenador y abrió el navegador. Charlie Knutsson. Artículos sobre cómo hacer negocios con los japoneses, cómo comportarse de forma educada según las costumbres japonesas, cómo se entregaba y se aceptaba una tarjeta de visita. El libro que había publicado, *El viaje de un comerciante a través de África*. «Uganda, el país más fértil de la tierra, donde las plantas brotan, literalmente, de la tierra.» El viejo loco. Vivía una vida de mentira en la que creía que él era una especie de colonizador.

David buscó la conexión. Tenía que haber una relación. ¿Cómo podría, si no, estar de repente allí cuando Gabbi no pudo pagar? No podía creer que fuera una simple coincidencia.

Charlie K le seguía los pasos.

Ellos le seguían los pasos.

Tenía que haber una conexión. Tenía que haber una explicación.

Cuando David probó la nueva palabra de búsqueda apareció la explicación. En la lista de los miembros de la junta directiva que él había espiado para Ray se encontraba Charlie Knutsson, junto a Sarah Hansen.

«Charlie también pertenece a Vektor. Me siguen la pista. Y Gabbi está con ellos.»

La limusina frenó junto a ellos y Margarita le estrechó la mano. Una limusina y un vuelo por la tarde a Praga, todo pagado con la tarjeta de crédito de Max; en última instancia, un coste más para Vektor. Seguro que Sarah tendría algo que decir al respecto, pero a Max eso ahora no le preocupaba, tenía que asegurarse de que estaban a salvo.

Hubiera sido mejor llevarlos él mismo junto a Iliá, pero Iliá todavía no había aparecido, algo que preocupaba a Max cada vez más.

Podía haberlos acompañado en la limusina, pero cuando la reservó se enteró de que había un mensaje para Paul Olsen en recepción. Afanasi Mishin había telefoneado para decir que había encontrado algo y que lo llamaría más tarde. Esa era una conversación que Max no quería perderse.

Si Mishin había encontrado algo sobre Lazarev, podía significar un avance en la búsqueda de Pashie. Eso era más importante que todo lo demás.

Ayudó a los niños a entrar en el coche y le dio a Margarita un papel con su nombre y su número de móvil ruso.

—Mándame un SMS cuando estés en casa de tu tío en Praga —dijo—, para saber que has llegado.

Margarita miró el papel y después se lo guardó en el bolsillo sin esbozar gesto alguno.

—Gracias —dijo ella—. Espero que encuentres a tu amiga. Que la historia tenga un final feliz.

Después de que la limusina desapareciera al doblar la esquina y entrara en la avenida Nevski Prospekt, Max subió a su habitación. Se colocó delante del diagrama de flujo de la pared. Algunas cosas se habían aclarado, pero todavía estaba lejos de entender cómo se relacionaba todo. Junto al nombre Marcel Rousseau escribió: «Günther Baumann. Alemán del Este. Muerto».

En el papel donde ponía «Presidente del consejo de administración», añadió: «El hijo más amado de Stalin».

Encendió la tele. El hotel contaba con canales suecos. Emitían *Aktuellt*, el programa de noticias, con un debate sobre la integridad personal y la seguridad informática, los problemas potenciales de seguridad en el sistema de almacenamiento de datos del país, internet, correo electrónico y teléfonos móviles.

El escándalo de Telia seguía siendo actualidad. Había una corriente de preocupación en la sociedad que se negaba a remitir. Max miró su teléfono sueco, con la tarjeta SIM de Telia. Seguía sin poder encontrar una red local y estaba totalmente inutilizable.

Cambió a la CNN, que mostraba imágenes del viernes en las que Yeltsin hablaba ante la Duma. El Fondo Monetario Internacional había amenazado con cortar toda la ayuda a Moscú debido a lo que llamaban «avances antidemocráticos en Rusia». Ahora recibirían la respuesta de Yeltsin.

¿En qué estado se encontraría? ¿Comprendía la gente lo mucho que estaba en juego ahora que el presidente iba a hablar al pueblo?

Yeltsin comenzó con determinación y fuerza en el podio de oradores. Tenía el rostro enrojecido y sus mandíbulas se movían, escupía saliva y lanzaba acusaciones a diestro y siniestro. Utilizaba al máximo su talento dramático.

Después de una serie de acusaciones dirigidas a las fuerzas corruptas dentro de su propia Administración y policía, se detuvo de repente y dejó que los

oyentes percibieran la energía de su conocida mirada fija, enmarcada por el amplio arco de las cejas.

Siguió hablando y, de pronto, se volvió autocrítico, aunque su energía y pasión se mantuvieron intactas. La acción inesperada fue extremadamente eficaz. Habló de su amor a Rusia y del camino hacia un futuro más brillante. Instó a la gente a mirar hacia delante y a no sentir nostalgia por el tiempo pasado.

Entonces, el discurso cambió de nuevo y volvió al ataque. En esta ocasión lo dirigió contra los oligarcas. En una larga y frenética exposición habló sobre la iniciativa empresarial irresponsable. Sin embargo, al mismo tiempo que regañaba a los nuevos empresarios, les tendía una mano; estaba dispuesto a negociar.

También estaba dispuesto a negociar con los generales del ejército. Dentro de las fuerzas armadas había muchos altos cargos que recientemente habían criticado al presidente. Los generales eran un grupo al que Yeltsin no podía criticar, eran demasiado poderosos. Dijo que se oponía a la expansión de la OTAN y prometió más recursos para las fuerzas armadas.

A continuación, cambió de nuevo y recuperó su peculiar estilo. Rusia no podía aislarse del mundo. Las inversiones extranjeras eran vitales para un crecimiento continuado y para que el ciudadano ruso medio sintiera los beneficios de una sociedad más abierta. Por lo tanto, Rusia tenía que cumplir con el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial. Y el presidente tenía noticias tranquilizadoras que dar. En las discusiones iniciadas en el World Economic Forum de Davos y finalizadas ese día, los representantes del Fondo Monetario Internacional estaban tan impresionados con el impulso y la resolución de los líderes rusos que se había alcanzado un acuerdo que garantizaba a Rusia el mayor préstamo jamás concedido.

Buenas noticias. Actuación inteligente del Banco Mundial y del Fondo

Monetario Internacional. Max se imaginó las discusiones mantenidas, supuso quién había apoyado el acuerdo: el presidente de los Estados Unidos o el primer ministro británico, ¿tal vez el canciller alemán?

Las inversiones occidentales en la economía de mercado rusa eran grandes, pero en comparación con los costes de la guerra eran calderilla.

Poco a poco, el discurso a la nación fue volviéndose una conferencia de prensa, bien engrasada y perfectamente orquestada. La zona frente al atril del presidente se llenó de fotógrafos. El presidente en funciones del Fondo Monetario Internacional fue conducido por un guardia de seguridad al podio para dar la mano al presidente ruso. Cuando se estrecharon las manos se desencadenó el traqueteo de las cámaras, toda la Duma se puso en pie y aplaudió.

Los espectadores regresaron al estudio en Atlanta, donde el comentarista político dio su interpretación de lo que se acababa de ver.

Max no pudo menos que reír. El viejo a veces sabía montar la buena.

Max se despertó en el sofá unas horas después. El televisor todavía seguía encendido. ¿Qué lo había despertado? ¿Un ruido? ¿Algo que había soñado? Miró el televisor y recordó el discurso de Yeltsin.

¿Davos? ¿No habían dicho que las discusiones sobre el mayor préstamo del mundo a Rusia habían comenzado en Davos? Max pensó en la conversación entre el hotel Seehof y el teléfono móvil de Pashie.

¿Podía Borgenstierna, de alguna manera, haber tenido baza en el juego y haber participado?

Golpeaban en la puerta. Seguramente, eso había sido lo que lo había despertado.

Max miró por la mirilla, respiró aliviado.

«Gracias, Dios mío. Estás bien.»

Le abrió la puerta a Iliá.

—¿Dónde está ella? —preguntó.

—En un avión para salir de Rusia.

—Bien.

Iliá se dirigió a la mesa y apagó la televisión. Después corrió las gruesas cortinas de la ventana que daba a la avenida Nesvki Prospekt.

—¿Habló?

Max le relató lo que Margarita le había contado. A continuación fue el turno de Iliá. Había negociado una venta de armas con los *vores*. Los ladrones rusos siempre querían comprar armas cortas, y la Grach era, sin duda, una carta segura si uno deseaba vender algo o simplemente desviar la atención.

Pero claro, el negocio no se llevó a cabo, esa nunca había sido la intención de Iliá. Los *vores* se pusieron nerviosos cuando comprobaron que Margarita tardaba. Uno de ellos subió corriendo al apartamento y gritó desde una ventana abierta que ella había desaparecido. Su colega salió inmediatamente corriendo tras él.

—Tuviste suerte de que no la tomaran contigo.

—Con una Grach cargada en la mano me siento bastante seguro.

Tras desaparecer el otro en el edificio, Iliá forzó un coche, hizo un puente con los cables de arranque y esperó. Cuando por fin ambos salieron y se fueron conduciendo el Mercedes, Iliá los siguió. Condujeron en dirección a una zona industrial desierta en las afueras de la ciudad.

Iliá describió la zona.

—Parece ser el mismo sitio donde encontraron a Rousseau —dijo Max.

—Una zona parecida, por lo menos —dijo Iliá—. Esta se encuentra un poco más alejada del centro de San Petersburgo.

El teléfono comenzó a sonar. Max tomó el auricular y oyó la voz de Mishin.

—Max, ve mañana temprano directamente a la Biblioteca Nacional Rusa. He encontrado una revista estadounidense con el testimonio de una mujer afgana, en la que describe a un hombre apodado *el Carnicero de Now Zad*, su pueblo. Se trata de un coronel general del GRU.

—¿Alguna fotografía?

—Su testimonio describe al hombre. Es probable que encuentres la descripción interesante. Se rumoreaba entre los soldados *spetsnaz* que sitiaron el pueblo que era el mismo hombre que estaba tras la catástrofe del barranco de Shutul.

Max recordó los apuntes del libro de Pashie y la fotografía que había encontrado bajo la alfombra en el apartamento de Domashov y que posteriormente había dado a Mishin.

«Lazarev.»

El hombre que no acertaba a reconocer.

El hombre que probablemente había secuestrado a Pashie.

Max estaba hundido en un sillón y miraba de hito en hito la avenida Nevski Prospekt, envuelta en la oscuridad en ese momento. La tele permanecía encendida, aunque solo para romper el silencio. Todo valía con el fin de alejar los pensamientos de Pashie, St. Petersburg GSM y la creciente maldad.

Apenas se veía gente caminando por la calle principal. Contaba los segundos entre cada coche que pasaba. Cuando el teléfono empezó a sonar, echó un vistazo al reloj. Eran las doce y cuarto. No era tan tarde en la casa de quien llamaba.

—Hola, Sarah —contestó.

—Hola —dijo ella con la voz un poco afónica, como cuando había fumado demasiado—. Me he pasado medio día en una tiendecita en Vasastan y he estado hojeando antiguos titulares de periódicos suecos de los años cuarenta. Todos los periódicos desde el 1 de febrero al 1 de marzo de 1944 para ser exactos.

La complicidad que lo embargó sorprendió a Max. Ahora Sarah estaba de su lado. Ya no estaba solo.

—¿Qué encontraste?

—Un cartel de titular sobre el bombardeo de Estocolmo por aviones soviéticos. Cuando lo vi, se me paró el corazón por un instante. Sobre todo teniendo en cuenta lo que ocurre ahora allí. Traté de descartar la idea y revisé el resto de titulares, pero no encontré nada más que coincidiera tanto.

¿Bombas sobre Estocolmo? ¿Había oído hablar de algo semejante?

Si hubiera tenido más tiempo para sus investigaciones..., si lo hubiera sabido antes...

—Los rusos declararon que fue un error de navegación de la Flota Norte procedente de Leningrado —continuó Sarah—. Al parecer el objetivo era Åbo.

—¿La Flota Norte procedente de Leningrado? ¿Qué bombardearon?

—Objetivos militares y civiles en varios lugares del archipiélago norte de Estocolmo, en Nacka y alrededor de Strängnäs. Aunque la bomba más grande cayó en Estocolmo, en un teatro al aire libre en la zona de Eriksdal, lo cual resulta una locura. Pero hay muchas más cosas en todo esto que son extrañas. Tengo que seguir profundizando.

—¿Cuándo sucedió el ataque?

Max pudo oír cómo Sarah respiraba hondo al otro lado de la línea.

—De eso se trata, Max. La noche del 22 de febrero de 1944. La víspera del nacimiento de tu padre.

Estocolmo, octubre-noviembre de 1943

—Tiene que suceder enseguida —dijo Tatiana.

Había preocupación en su mirada. Una preocupación que llevaba ahí instalada desde el viaje a Moscú y había crecido con las pesadillas recurrentes.

Las cortinas estaban corridas. Tras ellas podían esconderse del mundo exterior. La noche era un refugio, pero no duraba lo suficiente. Ahora llegaba un nuevo día, que los obligaba a vivir separados.

Pronto pasaron seis semanas desde que ella le había entregado el microfilm. Un tiempo incomprensiblemente largo.

Le pareció irreal entrar en unas oficinas que pertenecían a una organización llamada Oficina de Investigación. El contacto se estableció a través del amigo de Carl, el ministro de Justicia. Este era un firme oponente a la Oficina de Investigación y decía que el Servicio General de Seguridad, al que pertenecía la oficina, se había establecido sin el apoyo del Gobierno sueco. Sin embargo, cuando Carl le habló de Tatiana, estuvo de acuerdo en ponerse en contacto con el responsable, que a su vez organizó una reunión con Carl.

La reunión se llevó a cabo en una sala rectangular, sin ventanas. Al otro lado de la puerta había un perchero con tres sombreros y gabardinas. En un lateral había cuatro escritorios con sillas a cada lado. No había nada

encima de las mesas, ni un documento. Una radio sonaba en algún lugar de la sala, una canción que a Tatiana le gustaba mucho y con la que practicaba sueco, el éxito de Ulla Billquist: «Mi soldado».

Por lo general, no podía dejar de sonreír cuando la oía, pero aquí nadie sonreía. Dos hombres, vestidos con pantalones de gabardina bien planchados, camisas blancas de algodón, delgadas corbatas y jerséis sin mangas, la observaron con frialdad y después le dieron la espalda y desaparecieron en un cuarto trasero.

El hombre que se quedó solo dijo que se llamaba Hedin. De pie en la entrada le pidió a Carl que explicara su asunto. Cuando Carl se lo contó, Hedin tomó el microfilm y desapareció a otro lugar donde copiarían el material. Mientras tanto, Carl tuvo que sentarse a uno de los escritorios.

Hedin regresó cambiado. Hizo varias preguntas que Carl no pudo responder. ¿Qué más había? ¿Qué garantías tenía de que la información no hubiera salido ya del país y llegado a los líderes de Moscú? Por la reacción de Hedin, Carl comprendió que se trataba de un asunto gordo. Un avance tecnológico sueco de los genios del Instituto de Investigación de Defensa que de ninguna de las maneras podía acabar en manos enemigas.

Hedin y sus colegas de la Oficina de Investigación conocían la relación amorosa entre Carl y Tatiana. Carl no había contado con una bendición incondicional, ni ahora ni nunca. Eso no le importaba. Solo quería que detuvieran a su marido.

—¿Por qué tardan tanto? —preguntó Tatiana mientras yacía en la cama a su lado y recordaba aquella reunión.

—Están preparando una detención —dijo Carl—. Es una operación delicada. Debemos tener un poco más de paciencia.

—¿Qué pasará después? ¿Qué ocurrirá con él?

—Será condenado por espionaje y encerrado de por vida.

Carl le acarició la mejilla y le pasó la mano por el cabello. Ella jugaba con el vello del vientre de él.

—Cuando todo esto acabe, seremos libres, Tatiana. Me ocuparé de que anulen tu matrimonio.

Ella exhaló un profundo suspiro.

—El viernes por la noche iremos a la ópera. Díselo a ellos. Entonces tendrán la oportunidad. Después será demasiado tarde, enseguida se me notará.

—¿Notará? —dijo Carl—. ¿Qué es lo que se te notará?

Ella tomó la mano de Carl y la posó sobre su vientre. Le brillaban los ojos.

—Estoy embarazada.

Carl paseaba arriba y abajo por el apartamento. Miraba el reloj cada minuto que pasaba. Abajo, en la calle, circulaban coches y peatones alrededor de la plaza de Norra Bantorget. Miró hacia abajo, al restaurante Rotunda, construcción funcionalista, casi flotante, con su cuerpo cuadrado y su ampliación circular. En la fachada brillaban los anuncios de neón. Ya habían cerrado, las terrazas se encontraban desiertas y abajo en la plaza serpenteaban las colas de autobuses.

Miró los edificios de la Carlbergska Huset y el Vinterpalatset, por donde muchas parejas esperanzadas caminaban de la mano. Faltaba poco para que empezara la danza nocturna. Carl anhelaba los días en los que Tatiana y él podrían pasear por allí de la mano, y divertirse como personas libres que se aman como los demás en la noche de Estocolmo.

Un hombre llamado Andersson llevaría a Tatiana directamente a su

apartamento después de la detención. Entonces, por fin, su nueva vida en libertad podría comenzar.

El teléfono de baquelita negro reposaba en silencio sobre la mesa. Carl se vio obligado a comprobar si todavía funcionaba. Habían pasado treinta minutos desde el comienzo del espectáculo en el teatro de la Ópera. Legalmente se trataba de un caso claro. El Gobierno no habría dado luz verde a una detención sin saber que la carga de la prueba era suficiente para una condena.

El corazón latía desbocado en su pecho. Dio un respingo cuando el reloj de la iglesia Adolf Fredrik marcó una nueva hora. Algo tenía que haber salido mal.

Fue de nuevo al teléfono y marcó el número al que solo podía llamar en caso de emergencia. Dio su nombre y el nombre de la persona a la que buscaba: Hedin.

Carl oyó cómo transferían la llamada varias veces. Trató de imaginar qué pasaba con la señal, cómo saltaba del cuartel general de la Oficina de Investigación hasta alguna oficina en la plaza Gustav Adolf, donde los ocho hombres de la fuerza de intervención establecieron su base para la detención.

De repente, se oyó esa voz agresiva en el auricular.

—¿Sí, aquí Hedin!

—¿Dónde está? —dijo Carl—. ¿Por qué no ha llamado?

—Han surgido complicaciones.

«¿Complicaciones? —pensó Carl—. ¿Qué complicaciones?»

—¿Cómo está Tatiana? ¿Dónde se encuentra?

Ninguna respuesta.

—¿Hedin? —dijo de nuevo.

—¿Sí?

—¿Lo han detenido?

—Sí.

—¿Y Tatiana?

—Ahora la están interrogando.

Carl se sobresaltó.

—¿Me prometiste que Andersson la traería directamente aquí!

—¿Puedes estar seguro de que ella no tiene culpa alguna, Carl?

Fue como si el tiempo se detuviera de repente. ¿Qué era lo que Hedin insinuaba?

—Ella fue la que nos facilitó el material robado.

—Pudo haber sido por iniciativa de los otros. Esto es más grave de lo que nunca llegamos a imaginar.

—¿Fue una iniciativa de mi parte!

—Al parecer, el marido es más importante de lo que creíamos. Estamos tratando de averiguar la magnitud de los daños de esta operación. Y ya que usted dice que la iniciativa proviene de usted, me encargaré de que sea usted quien solucione este lío.

Carl trató de comprender de qué hablaba Hedin. ¿Qué quería decir con eso de que el marido era más importante de lo que creían?

—¿Qué está pasando, Hedin?

—El Gobierno está informado. Los rusos ya han contactado con nosotros. No sabemos qué clase de acuerdo final se alcanzará.

¿Qué estaban negociando? ¿Por qué no le habían llevado a Tatiana directamente como le habían prometido?

Entonces, él recordó las pesadillas de ella. Una puerta de madera noble, con tallas y pomos de latón que reflejaban su rostro atormentado.

—Por favor, no podéis entregarla. ¡Eso sería un error terrible! ¡La matarán!

Lunes,

4 de marzo de 1996

De camino a la reunión con Mishin, Max bebió el café que se había llevado en un vaso de cartón de la sala de desayunos del Grand Hôtel. Tuvo que resistir la tentación de tomarse la última *benzo*, y se pasó la noche entera despierto. Los fugaces momentos de descanso que disfrutó después de la conversación con Sarah fueron interrumpidos por sonidos de explosiones, balas rebotadas, gritos de focas e imágenes de la sangre de Pashie en el espejo del cuarto de baño. Los límites entre ahora y entonces, entre noche y día, entre sueño y vigilia se diluían conforme pasaban las horas. Por la mañana vio en la pared el papel: «Ataque aéreo de Estocolmo, 1944: Teatro de Eriksdal», pero no pudo recordar haberlo puesto allí.

Miró de nuevo su teléfono móvil ruso. Nadie había llamado. Nadie le había enviado un SMS. La mano le temblaba. ¿Estaría ya sufriendo los síntomas de abstinencia? ¿Llegaban tan rápido? ¿Podría pasar otra noche sin la *benzo*?

Iliá aparcó el todoterreno delante de la entrada del nuevo edificio de la Biblioteca Nacional Rusa, en la avenida Moskovski Prospekt, después de haber dado un largo rodeo por su patio adoquinado con fuentes redondas en forma de cuenco. El nuevo edificio servía sobre todo como almacén, pero también albergaba salas de lectura recién remodeladas con ordenadores personales conectados a internet. Mishin se reunió con ellos en la entrada, entre dos columnas de granito de color gris claro.

—Buenos días, Max —dijo, y le estrechó la mano—. Me alegro de que nos

hayamos podido reunir aquí.

Mishin cabeceó hacia Iliá. No reaccionó ante la apariencia de Iliá.

Los condujo a través de una gran sala de lectura y entraron en la sala de periódicos y revistas.

Max miró alrededor de la sala. Arriba, en el techo, colgaban, como siempre en la biblioteca de San Petersburgo, arañas de cristal. Las manijas de la puerta se habían tallado con el mismo esplendor del siglo XIX que tenía el edificio de la biblioteca originaria en la avenida Nevski Prospekt. Los paneles marrones de las paredes también se habían trasladado hasta aquí, al igual que las lámparas de lectura con una base de cobre y una pantalla de cristal verde botella. Lo que rompía la elegancia atemporal eran las recién instaladas cajas de plástico de color beis en las que ponía IBM.

No había nadie, excepto un hombre joven con una chaqueta de punto demasiado grande que se encontraba al fondo de la sala, junto al mostrador de información, con un montón de periódicos en sus brazos.

—Lo que quería mostraros está aquí —dijo Mishin, y se sentó tras uno de los ordenadores.

El joven de la gran chaqueta de punto dejó caer los periódicos sobre el mostrador con un ruido sordo e Iliá giró la cabeza al instante hacia él. Max posó una mano tranquilizadora sobre su hombro.

El hombre se acercó a su mesa.

—Disculpe la molestia, señor Mishin, pero me preguntaba si usted tiene algo en contra de que le saque una fotografía. Me gustaría tener una foto suya para enviarla al *Nash Sovremennik*, si no les importa.

Mishin miró a Max, que arqueó las cejas. «Deja que saque la fotografía para esa revista, no muestres que te molesta.»

Mishin asintió con la cabeza.

—De acuerdo.

—Muchas gracias, es un gran honor.

El joven sacó una cámara polaroid.

—¿Participan ustedes en el trabajo de investigación del profesor? —dijo, y señaló hacia Max e Iliá.

—No —respondió Max.

Se apartó llevándose consigo a Iliá para que no aparecieran en la imagen.

—Muchas gracias, profesor Mishin —dijo el joven después de tomar la fotografía.

A continuación regresó a su puesto en el mostrador de información.

Cuando estuvieron de nuevo solos, Mishin sonrió un tanto molesto.

—Ayer me vi obligado a registrarme aquí para poder tener acceso a los ordenadores. Al parecer, reconoció mi nombre.

—¿Qué has encontrado? —preguntó Max impaciente.

Mishin se volvió hacia el ordenador.

—Tenías razón. Perdona. Sí, empecé a buscar artículos sobre el barranco de Shutul, ya que mencionaste que Pashie lo había apuntado en el libro que te envió. Como era de esperar, toda la información en ruso ha resultado inútil. Pero encontré una mención del barranco de Shutul en una revista norteamericana. El artículo contenía el testimonio de una refugiada afgana en los Estados Unidos que describe a alguien a quien llaman *el Carnicero de Now Zad*, una aldea de mala muerte situada a tres horas al noroeste de Kandahar.

Mishin pulsó una tecla.

—Lee esto.

Inclinó la pantalla hacia Max e Iliá.

La mujer, que insistía en permanecer en el anonimato a pesar de que habían pasado más de quince años desde que tuvieron lugar los acontecimientos, describía a un coronel general ruso que llegó a su aldea una mañana de

primavera de 1980. Iba al mando de cincuenta soldados, un grupo demasiado pequeño para un hombre de tan alto rango. Los hombres, como se vio después, eran expertos en destruir y matar. La mujer relataba que nunca podría olvidar al hombre que dirigía el grupo. Cuando llegó a pie por el sendero de grava que conducía a su aldea, el sol ya había pasado los altos de Uruzgan al este, y el barro y el polvo resplandecían bajo sus rayos.

Ella se había levantado antes del amanecer para echar un vistazo a los pocos animales que todavía vivían en el establo familiar cuando vio venir a los hombres. El cuerpo del general destacaba claramente bajo el fuerte sol de la mañana primaveral. Era un hombre de gran complexión, alto y de anchos hombros, más alto que el típico oficial ruso. Además, tenía unos rasgos distintivos que lo hacían resaltar sobre el resto, un cuello largo, delgado, y una cabeza pequeña, como si alguien hubiera colocado la cabeza de un pájaro en su imponente cuerpo.

Cuando el batallón de la Spetsnaz tomó el control de la aldea, la mujer oyó que los hombres contaban leyendas acerca de su líder. Lo llamaban *Ganso*. Los soldados relataron, con una combinación de admiración y temor, lo que era capaz de hacer. Lo que había pasado en el barranco de Shutul era un ejemplo de lo que podía ocurrir cuando la gente no atiende a la razón, a su razón.

Después, el hombre hizo transportar hasta allí un piano de cola, Dios sabe de dónde lo había sacado. Los aldeanos nunca antes habían visto un instrumento parecido, y por descontado tampoco habían oído cómo sonaba. El coronel general se sentó al piano y comenzó a tocar. La música no se parecía a nada que la mujer hubiera oído antes en su vida. Las melancólicas y esperanzadoras notas taladraron su cuerpo y se apoderaron de su alma. ¿Cómo era posible que un hombre creara tanta belleza y tanta destrucción con las mismas manos?

La mujer nunca olvidaría ese momento. Más tarde, cuando encontró un nuevo hogar en los Estados Unidos, consiguió identificar la música como el *Concierto para piano opus 23*, de Mozart.

Lo que aconteció la mañana siguiente la atormentó para siempre, y cada vez que oía la música del famoso concierto de piano de Mozart los recuerdos volvían a manifestarse.

Los soldados de Ganso vaciaron el almacén de comida y violaron a las mujeres de la aldea. Cuando acabaron, alinearon a los hombres en el camino que atravesaba la aldea y les ordenaron que se pusieran de rodillas. Después los mataron e incendiaron la aldea.

«La guerra es una locura.»

Max se apartó de la pantalla, no deseaba leer nada más. A su lado se encontraba Iliá con los puños cerrados. La cicatriz bajo su ojo parecía haber crecido.

Mishin carraspeó.

—Sí, es un lectura terrible —dijo—. Llegué a la conclusión de que este hombre perteneció a la segunda brigada independiente Spetsnaz del GRU, fundada en 1962, y sirvió en la guerra de Afganistán desde 1979 hasta 1989. El objetivo de la segunda brigada era Escandinavia y los países bálticos, pero podía actuar en cualquier lugar que el centro de mando considerara oportuno.

—Un cuello largo y delgado y una cabeza pequeña —dijo Max.

—Y un testimonio oral en el que todos los detalles concuerdan —dijo Mishin—. Es casi como una fotografía.

—Lazarev —dijo Max—. Ganso. El hijo más amado de Stalin.

—¿El hijo más amado de Stalin? —inquirió Mishin.

Max le contó cómo había llamado Marcel Rousseau a su jefe. Mishin arqueó las cejas.

—¿Qué crees que puede significar? —preguntó Max.

—¿Qué puede significar? —intervino Iliá—. Habladurías, claro.

Mishin emitió un profundo suspiro.

—Pueden ser habladurías, pero también podría ser cierto.

—Iósif Stalin tuvo dos hijos —dijo Max—. Ambos murieron jóvenes. Stalin era incluso peor padre que tirano.

—Stalin tuvo dos hijos biológicos, sí. Uno se suicidó en un campo de prisioneros alemán después de que Stalin se negara a intercambiarlo por un oficial alemán capturado. El otro, un piloto de guerra, se emborrachó hasta morir. Es probable que Stalin odiara a sus hijos, pero también se sabe que había otros jóvenes a los que apreció, hombres que eran como hijos para él. Hijos que él elegía.

«¿Hijos elegidos?» ¿Un dictador podía hacer eso? ¿Qué era lo que su propio padre solía decir? «Dios te da tus familiares. Agradécele a Dios que tú puedas elegir a tus amigos.»

—¿Eso es lo que crees? —preguntó Max—. ¿Quiénes se encontraban tan cerca de Stalin?

—Es difícil de saber. Durante años, muchos comunistas de la línea dura y halcones militares estuvieron emparentados o mantuvieron una relación especial con Stalin. Tal vez fuera una leyenda que creó sobre sí mismo. Aunque, sin duda, arroja una nueva luz sobre lo otro que encontré.

Mishin colocó su maletín sobre las rodillas.

—¿Qué habéis sacado en limpio de este artículo? —preguntó—. ¿Hay algo que destaque?

—Que se trata de un genocida sin escrúpulos —respondió Iliá.

—Yo he descubierto su apodo y ahora tengo una descripción de su apariencia —dijo Max.

Mishin tamborileó con los dedos en el maletín mientras Max repasaba lo

que había leído en la pantalla. El testimonio de la mujer que escapó cuando aniquilaron su pueblo. El hombre contradictorio.

—*Concierto para piano opus 23* —dijo.

Mishin asintió.

—Mozart. Bastante inusual para un coronel general del GRU. Si es tan mayor como creemos que es, en su época era un raro privilegio aprender a tocar los conciertos de piano de Mozart. Mi conjetura es que hubo un tiempo en el que fue un niño prodigio musical.

—¿Quizá lo apodaron Ganso cuando aún era un niño? —dijo Max.

—Yo he pensado lo mismo —apuntó Mishin—. Mirad lo que he encontrado.

Mishin abrió el maletín y sacó una hoja DIN-A4. Era una copia de la página de una vieja revista llamada *Vosmoi*.

—El joven que me tomó la foto hace un rato —dijo Mishin, y señaló al bibliotecario— me ayudó con esto ayer por la tarde.

Vosmoi significa ‘octava’. El texto resultaba difícil de leer, pero Max enseguida comprendió que todo trataba de música. En el centro de la página había una pequeña fotografía granulada. El motivo era un niño sentado a un piano. Detrás del niño había un hombre mayor, tal vez su padre o su abuelo, que mantenía una mirada severa. El pie de la fotografía decía: «El joven Ganso interpreta *El vuelo del moscardón*».

—¿De qué año es la revista? —preguntó Max.

Mishin desdobló la nota escrita a mano que acompañaba la fotografía.

—La edición es de 1930.

Mishin siguió leyendo el texto del artículo: «El fenómeno de doce años, Viktor Gusin, o *Ganso*, como lo llaman sus amigos y admiradores, domina el rápido interludio de Rimski-Kórsakov y deleita a una audiencia entre la que se encuentra el presidente de los Comisarios del Pueblo, Viacheslav Mólotov».

—¿Es nuestro hombre? —dijo Iliá.

Max asintió.

—Sí, es él, Ganso. De joven, un niño prodigio.

Mólotov, el conocido ministro de Asuntos Exteriores. ¿Fue él quien descubrió a Ganso y lo introdujo en el círculo privado de Stalin?

Mientras Max leía sobre los acontecimientos de los años cuarenta en Estocolmo, encontró una cita de Mólotov. Este había dicho en un comunicado que los bombarderos soviéticos no habían lanzado bombas sobre Finlandia, habían lanzado comida para la desfallecida población finlandesa. A partir del comunicado, los bombarderos soviéticos fueron conocidos como *las paneras de Mólotov*. A cambio, los finlandeses les lanzaron a los rusos botellas de gasolina ardiendo y las llamaron *cócteles Mólotov*, un poco de bebida para digerir la comida.

Mólotov había rechazado persistentemente la desestalinización de la Unión Soviética. Criticó abiertamente a Jruchov y fue un ferviente estalinista hasta su muerte en 1986.

Max cambió de postura en la silla y miró a Mishin. Gracias a él ahora contaba con una serie de indicios. Lazarev, el presidente de St. Petersburg GSM, se llamaba en realidad Viktor Gusin, tenía un conocido apodo y llevaba sobre su conciencia la vida de cientos, quizás miles, de personas. Además, había una conexión con el círculo privado de Stalin. «Su hijo más amado.»

¿El resto de Ivánovich se componía de hombres como ese? A Max le recorrió un escalofrío por todo el cuerpo con solo pensarlo. Era como si toda la cruel historia universal de repente volviera a despertar.

Pashie había entrado directamente en el ojo del huracán al descubrir la conexión entre St. Petersburg GSM y estos viejos, los hombres del propio Stalin. ¿Lo había hecho a sabiendas o se había encontrado con aquello por sorpresa? Si sospechó que lo que estaba ocurriendo ahora guardaba conexiones con hombres como Stalin y Mólotov, Pashie habría sido incapaz de

dejarlo, sin importarle las advertencias de Domashov y los demás. Sin importarle lo que dijeran Max o Sarah.

Tuvo que ser por esa razón por lo que estuvo desconectada durante un par de días, porque ella andaba cerca de una revelación excepcional: una de las empresas más famosas de la ciudad tenía sus raíces en algunos de los peores criminales de la historia universal.

De repente, los indicios resultaban evidentes. Y había una razón de peso por la cual la habían secuestrado.

Pero ¿qué la había conducido hasta allí? Max estaba seguro de que no había sido él quien lo había hecho.

Pensó en la cita, la que se encontraba en la pared de Pashie en la universidad: «Los que votan no deciden nada. Los que cuentan los votos lo deciden todo». Y lo que había escrito en el libro: «La naturaleza ha cometido algunos errores que nosotros, los bolcheviques, tenemos que arreglar».

Max pensó en una tercera cita de Stalin, tal vez la más famosa:

«La muerte resuelve todos los problemas. Sin hombre, no hay problema».

—Mishin —dijo—, sabemos quién y por qué. Ahora tenemos que saber *dónde*. ¿Dónde puede tenerla encerrada este monstruo?

—Mi hipótesis es que la tiene en el Campo de Colonias —apuntó Mishin—. Y creo saber dónde está.

La protección de acero bajo las suelas resonaba contra el duro suelo de baldosas blancas mientras Nestor Lazarev paseaba por la cocina. Antes, este había sido un lugar muy concurrido, nada que ver con cómo era ahora. En la gran cocina, cada día se preparaba la comida para trescientas personas: desayuno, almuerzo y cena.

En aquel tiempo, las personas trabajaban de verdad, sin quejarse de la paga, ni de la falta de fines de semana libres en el campo. Se sentían orgullosos de servir a su país. Una pausa de cinco minutos en un banco de aluminio era suficiente para recuperar la energía cuando el propósito del trabajo era correcto.

Anhelaba que llegara el día en el que este lugar volviese a estar lleno de vida.

En el otro extremo de la cocina había dos grandes puertas de acero inoxidable. Abrió una de ellas y prendió la luz. Encima del interruptor había un panel y, al encender la corriente, se oyó un zumbido procedente de las unidades de refrigeración. Se colocó en medio de la cámara de congelación y respiró hondo. Todo estaba notablemente limpio aquí dentro. A veinte grados bajo cero desaparecían los malos olores, como el de la proteína animal. Golpeó el termostato y volvió a la cocina.

Los hornos que había a su espalda eran tan grandes que en ellos se podían asar jabalíes y corderos enteros. Frente a él había dos cocinas de gas, cada

una dotada de seis quemadores. Uno de ellos era más grande que el resto, y resultaba lo suficientemente grande para el propósito que tenía en mente. Encima de las cocinas de gas había dos grandes ollas de hierro fundido de un metro de diámetro. En realidad, los quemadores de gas se habían desarrollado para la industria manufacturera soviética, pero los habían instalado en la gran cocina a petición suya. Conseguían que el agua de las grandes ollas hirviera en poco tiempo.

Alcanzó la manguera que se encontraba asegurada en un gancho del techo y comenzó a rellenar las ollas con agua.

Cuando hubo acabado, abrió un cajón debajo de la gran encimera y observó los *souvenirs* de las aldeas de los alrededores de Kandahar. Brillaban bajo la luz de los fluorescentes, perfectos, afilados como cuchillas.

Según la costumbre musulmana, no podía haber ni una sola muesca en su hoja, de lo contrario estaría corrompida y no se podría utilizar. Un solo corte con una hoja larga y roma tenía que cortar la yugular y las vértebras cervicales.

Le había atraído la dignidad del ritual y la belleza de la muerte posterior.

Un solo corte.

Lazarev estudió las ranuras y drenajes de la superficie de la cocina. Colocó una cacerola en el suelo, debajo del extremo de la encimera, y otra en la pila contigua. De otro cajón sacó una caja de madera noble. En ella había ocho copas. Sacó una de ellas y la calentó enseguida.

El calor crearía un vacío en la copa que levantaría la piel y extraería sangre.

«Limpiaré el veneno que anida en vuestros cuerpos.»

Oyó sollozos y gritos en el pasillo.

«Llora mientras puedas —pensó—. No tienes ni idea del dolor que vas a sentir.»

Se había ocupado de que buscaran entre la ropa y las maletas de Margarita Yushkova cuando la atraparon junto a los niños en el aeropuerto. Lazarev le había confiscado su teléfono móvil y una nota escrita a mano en un papel en la que aparecía el número de un móvil ruso con el nombre de Max escrito con caracteres cirílicos.

La nota fue la única pertenencia que llamó la atención de Lazarev.

¿Quién era Max?

Se había guardado la nota y el teléfono móvil en el bolsillo de la americana. A continuación dejó que los *vores* se encargaran de interrogarla y lo siguió todo a través de la pantalla de su oficina.

Aunque no podía confiar en ellos plenamente, reconoció que lo habían hecho muy bien.

Fue el joven prometedor, la mano derecha del alcalde, quien había aconsejado a Lazarev que no utilizara a sus propios hombres en la ciudad. Brillaba por su inteligencia y seguro que tenía razón. Era solo una cuestión de tiempo que ocupara el poder en Moscú, independientemente de quién ganara la farsa de las elecciones presidenciales.

Fuera de Rusia, las cosas eran distintas. Lazarev podía levantar el auricular y conseguir que hombres, preparados de la forma adecuada, que conocían cómo funcionaba el mundo y sabían recibir órdenes, llevaran a cabo ciertos asuntos.

Como el soldado de Estocolmo.

Cuando Lazarev pudiera trabajar con hombres como él también en San Petersburgo, entonces las cosas comenzarían a suceder de verdad.

Aun cuando los métodos de interrogación de los *vores* eran métodos de aficionados, no había razón alguna para interrogar durante más tiempo a Margarita Yushkova. Ella había intentado evadirse y hacerse la tonta, pero

finalmente le habían sacado todo. Ahora Lazarev sabía dónde estaba Paul Olsen. O Max, como lo había llamado Margarita.

«¿Grand Hôtel Europe? ¿Es ahí donde te ocultas?»

Pronto sería el aniversario. No podía distraerse. No podían sospechar que algo estaba fuera de su control. Tenía que eliminar al sueco.

Echó un último vistazo a la cocina. Todo estaba preparado para la tarea de los *vores*.

—Entrad —gritó.

El hombre con el rostro de comadreja y tatuajes buscó la confirmación antes de entrar en la cocina.

«Deberías estar contento de disfrutar el sabor temporal de la libertad antes de que te encierre quince años más en la cárcel de Kresy —pensó Lazarev—. Si no hubieras arreglado tu propio error y no los hubieras traído aquí desde el aeropuerto, habrían abandonado Rusia para siempre. Y a ti te habrían encontrado en el banco de un parque de la ciudad con tu cabeza garabateada sobre las rodillas.»

Los empleados de St. Petersburg GSM no estaban al tanto de que Lazarev había proporcionado sus nombres y números de pasaporte al control de pasaportes del aeropuerto de Pulkovo. Con idiotas como los *vores* estaba contento de que todavía funcionaran las viejas estructuras. Les enviaría un detalle especial a los controladores de pasaportes durante la próxima fiesta de personal.

El compañero del tatuado era algo mejor. Tenía una gran figura, parecía un árbol, cabello largo y barba. Según la información de que disponía, procedía de los interminables bosques siberianos. Un hombre grande y tímido que había matado a una mujer que previamente había violado en el bosque.

Había atado a los dos niños con una cuerda. ¿Eran dos niños o un niño y una niña? Resultaba difícil de saber teniendo en cuenta cómo la gente vestía a sus

hijos hoy en día. «¿New York Rangers? Un equipo de hockey sobre hielo norteamericano. Mira que han llegado lejos las cosas.»

Entró el corpulento, sujetando con fuerza el brazo de Margarita Yushkova. Se detuvieron a cierta distancia de Lazarev.

Lazarev la observó.

—Has hablado con el enemigo —dijo él—. Con el tal Max de Suecia. Así me agradeces haberte dado un trabajo en el que tenías un salario más alto que nadie en tu suburbio en ruinas. ¿Creías que él era alguna clase de héroe?

Margarita lloró al escuchar la voz baja de Lazarev.

—No hay ningún héroe sueco. Pronto Suecia se convertirá en un apéndice bajo el control del Kremlin.

Los *vores* habían recibido instrucciones precisas. Sabían perfectamente qué tenían que hacer, qué tenían que preparar antes de la gran reunión que estaba tan próxima.

Margarita Yushkova no apartó en ningún momento la mirada de Lazarev. Su figura la había paralizado, como si hubiera visto un fantasma; era el hombre para el que trabajaba su amante, al que temía, el hombre que muchos de sus colegas en St. Petersburg GSM no creían que existiera en realidad.

—Ellos son tus hijos —dijo Lazarev, y metió un dedo en el agua de la olla—. Esta es su sentencia de muerte.

El agua estaba templada, pero se calentaba rápidamente. Esbozó una sonrisa a Margarita.

—¿Sabes qué ocurre con las células, los órganos internos y la masa muscular de los seres humanos en el punto de ebullición?

Niño o niña, poco importaba, siempre que la edad fuera la correcta. Eran perfectos para ese fin. Guardaban completo silencio, no alzaban la vista hacia su madre, sino que miraban fijamente la habitación con la vista perdida. El instinto de supervivencia.

Lazarev se acercó al hombre alto. Al oso siberiano.

—Dejemos que esto sea lo último que ella vea en la vida. Cuando acabéis, ella será vuestra recompensa.

El hombre comenzó a respirar de forma irregular y parpadeó varias veces. Dirigió la mirada hacia su amigo tatuado. Una sonrisa se dibujó en sus labios.

—Cuando acabéis con ella, solo tenéis que dejarla atada en una de las tuberías bajo el pasillo del hangar. Las ratas acabarán con ella.

Había una cualidad especial en los gritos de una mujer cuando temía por su descendencia. Lazarev lo había oído en muchas ocasiones anteriores y nunca dejaba de fascinarlo. El sonido era el mismo independientemente de si uno estaba en el este o el oeste de Rusia, en Afganistán o en Suecia.

Lazarev abandonó la cocina con ese grito animalesco aún resonando en sus oídos, y los *vores* comenzaron a ejecutar sus órdenes.

El tubo había desaparecido, pero el sufrimiento aún no había terminado. La resaca tras el vodka que la obligó a ingerir crecía en intensidad y cada movimiento le producía náuseas. Lo último que deseaba era volver a vomitar. Las púas del tubo le habían lacerado el paladar y la bilis hacía que le escocieran las heridas.

No sabía en qué edificio se encontraba. ¿Qué hacía el viejo aquí dentro? ¿Por qué hablaba de Vektor como si fuera una variante sueca de la CIA? Pashie conocía la relación de Max y Sarah con el ejército sueco, pero sus jefes no eran espías encubiertos, ¿no? ¿Y por qué una nueva empresa de telefonía móvil como St. Petersburg GSM tenía un conflicto con una organización así?

¿Tendría algo que ver con la pista esa que recibió del hombre en Suiza?

Fue como si se le ocurriera algo, algo que no había considerado hasta ese momento. Si no hubiera escuchado el mensaje en su contestador automático, no se encontraría aquí. ¿Quién era él, el hombre que la había llamado desde un hotel en Davos y que no estaba disponible cuando Pashie intentó devolverle la llamada?

¿Qué otras consecuencias había ocasionado su búsqueda sobre la verdad de St. Petersburg GSM? Su captor le había dicho que la facultad había volado por los aires y que todos habían muerto.

Por su culpa.

No podía ser cierto.

Las lágrimas le corrieron de nuevo por las mejillas. ¿Quiénes eran *todos*?

¿Mishin, que había sido su mentor desde el primer momento, cuando llegó a la ciudad como una joven estudiante sola y perdida?

¿Paul Olsen?

Cuando la bestia pronunció ese nombre, los sentimientos irrumpieron en su interior. Solo entre ella y Max, Paul Olsen era igual a Max Anger. Al oír el nombre le embargó una esperanza que le devolvió las fuerzas. Seguramente, esa no había sido la intención de la bestia.

Y ya que el monstruo había preguntado por Paul, Max no debía de encontrarse en la facultad cuando la bomba explotó, él no era uno de los que habían muerto. Todavía quedaba la esperanza de que volvieran a reunirse. Si tan solo pudiera estar segura de sobrevivir...

De repente, se oyó el grito desgarrado de una mujer. Se abrió paso a través del hormigón del suelo y las paredes. Era un grito que no acababa.

Luego voces de hombres altas y apagadas, como lobos furiosos.

¿Qué sucedía allí arriba? ¿La mujer que gritaba ocuparía el lugar de Pashie?

«¿O yo ocuparé el suyo?»

¿Cómo se habían podido amasar esas fortunas en tan poco tiempo? Otro reprochable ejemplo más del despilfarro de Yeltsin.

Lazarev había entrado en la recepción del Grand Hôtel Europe con la espalda encorvada y el largo peso corporal apoyado en el bastón de su mano derecha. Una vez más, el certificado de la operación de corazón en Londres le proporcionó el paso libre a través del detector de metales.

La elección de alojamiento de Paul Olsen no había sido la ideal desde el punto de vista de Lazarev. En este lugar, no se podía sobornar y la seguridad era rigurosa. Pero ahora, sin embargo, se encontraba dentro, armado y listo para encontrarse cara a cara con el joven sueco. Siguió representando el papel de anciano con problemas de movilidad y presionó el botón del ascensor. Cuando se cerraron las puertas tras él, se irguió en toda su considerable altura y atornilló el silenciador de su Makarov.

Lazarev se dirigió hacia la habitación del sueco con pasos largos y decididos, como siempre andaba, diligente ante los conflictos y el peligro, directo al fuego. Llevaba la pistola en la mano derecha dentro de la manga del abrigo, sus dedos sujetaban el cañón.

Llamó a la puerta de la *belle chambre* del sueco. Las palabras francesas le hicieron pensar en el traidor pelirrojo al que había matado con un diapasón. Si el hombre se encontraba en su habitación, ¿qué final tendría? ¿Qué sería lo adecuado para una patética vida sueca? ¿Un par de tiros en la frente? Ningún

héroe sobrevivía a eso. Cuando estuviera listo, se encargaría de la zorra tártara que mancillaba el hangar. Eso le produciría el mayor placer de todos. Se encargaría de que ese instante fuera un final adecuado para todo este momento de interferencia.

No obtuvo ninguna respuesta. Lazarev sacó un juego de ganzúas. Hacía, seguramente, más de treinta años que no había forzado una puerta, pero había ciertas cosas que el cuerpo no olvidaba jamás, como montar en bicicleta. Al cabo de un momento, la puerta se abrió.

La pequeña *suite* destacaba por su orden. A través de la puerta que conducía al dormitorio vio la ropa bien doblada en una silla junto a la cama. En la mesa del sofá había unos papeles en un perfecto montón.

No había nadie en la habitación.

Lazarev hojeó los papales y los dejó en el orden en que los había encontrado.

¿Fraude electoral? ¿Sondeos de opinión? Los documentos se parecían a los que había encontrado en la casa de Pashie. Esta era sin duda la habitación correcta y el hombre correcto.

Entró en el dormitorio. En la pared del fondo, Paul Olsen había colocado un *collage* de hojas de papel con comentarios.

Lazarev se situó frente a él.

Un escalofrío le recorrió el cuerpo cuando leyó lo que ponía en las diferentes hojas. Se trataba de una relación incompleta de su vida. Lo observó todo, recordó los diferentes momentos, desde el presente hasta el pasado lejano.

En medio, grandes lagunas. «El período oscuro de mi vida.»

¿Cómo era esto posible?

Paul Olsen, el hombre al que él buscaba, también lo buscaba a él, eso era evidente.

Pero ¿por qué? ¿Y quién era él?

Lazarev leyó en la pared:

«Fraude electoral y sondeos de opinión»

«Pashie»

«St. Petersburg GSM»

«Ivánovich»

«Marcel Rousseau/Günther Baumann, alemán del Este, muerto»

«Margarita, Domashov»

«Presidente del consejo de administración»

«¿El hijo más amado de Stalin?»

El logotipo de St. Petersburg GSM se encontraba en medio de la pared, un cosmonauta flotando en el espacio. Este era el símbolo que el mismo Lazarev había elegido para la gran obra de su vida.

Un círculo alrededor del nombre de Rousseau. ¿Por qué?

«Tecnología.» Ella estaba completamente obsesionada con la tecnología.

Ahí estaba de nuevo, esa referencia a la tecnología. ¿Por qué era esto tan importante para todos en esta mística organización compuesta de periodistas y académicos?

«Lo único a lo que me podía agarrar, para reconstruir mi existencia, era crear la obra de mi vida. El regalo de él. Mi herencia.»

Siguió mirando las otras hojas de papel.

«Campo de Colonias», «Barranco de Shutul», «dinero-tecnología-política».

Lo habían seguido desde la guerra de Afganistán, donde las riquezas comenzaron a crecer y su leyenda resucitó, hasta hoy día, cuando estaba a punto de hacer realidad su sueño.

¿Habrían localizado la base? ¿Era allí donde estaba ahora el joven sueco, mientras Lazarev se encontraba aquí como un estúpido mirando fijamente la pared y experimentaba una especie de resumen de su propia vida?

Junto al montón de la pared había algo más, dos nombres en una hoja de papel.

«Wallentin. Borgenstierna»

Y junto a ellos: «Ataque aéreo de Estocolmo, 1944: Teatro de Eriksdal».

Durante un momento, Lazarev fue incapaz de moverse. Sintió cómo las frías cadenas volvían a sujetar su cuerpo, cómo la luz se desvanecía y el sonido se absorbía por la gruesa puerta de la celda que lo recluía de nuevo. Cerró los ojos. Entonces regresó el sonido de los motores arriba del todo. El sonido de la venganza contra la joven mujer que lo había traicionado; tenía la misma edad que la zorra que ahora colgaba de una cadena en la base.

Las traidoras exquisitas eran las más letales. ¿Cómo podía repetirse la historia de esta manera? ¿A qué clase de truco se sometía? Ambas mujeres merecían el mismo final, la misma solución final.

Lazarev dio tres pasos hacia delante y arrancó la hoja de papel de la pared.

«¿Así que todavía vives? Todos encontraréis el mismo destino que la traidora de 1944.»

Max, Iliá y Mishin se encontraban sentados en las sillas de reposabrazos y asientos de felpa roja, a una mesa de L'Europe, el restaurante más grande del Grand Hôtel Europe. Alrededor del local se movían unos camareros vestidos de esmoquin. Sobre las mesas había manteles blancos y velas encendidas. También había macetas encima de grandes pedestales. Cortinas estampadas de rojo vino cubrían las muchas entradas y salidas por las que el personal se movía en silencio.

Dos mapas reposaban sobre la mesa. Uno databa de 1976 y el otro era del año anterior al actual. Encima de los mapas, Mishin había colocado una delgada película de plástico transparente sobre la que podía escribir y dibujar. La película se encontraba sobre la misma zona en ambos mapas: una zona a las afueras de la ciudad, junto a la desembocadura del Neva en el mar Báltico. El mapa de 1976 indicaba que el terreno era una zona militar restringida bajo el nombre de «Centro Marino, Centro Estatal de Investigación de la Biología Marina y el Desarrollo». En el mapa más reciente indicaba, en pocas palabras: «Cabo del Báltico, zona portuaria».

—¿Seguro que fue aquí hasta donde seguiste el Mercedes negro después de estar en casa de Margarita? —preguntó Max.

Iliá asintió.

—Correcto.

Mishin carraspeó.

—Cuando vi esto, llamé a un colega de la universidad, Gachov. Él vive cerca y sale por las mañanas a dar un paseo con su perro por el paseo marítimo. Él me ayudó a juntar todas las piezas.

Mishin señaló con uno de los bolígrafos un lugar en el mapa del año anterior.

—Aquí atracan los grandes transbordadores de Helsinki y Estocolmo.

—¿Cómo es la zona de los alrededores? —preguntó Max.

—Está desierta. Los autocares recogen a los pasajeros de los ferris tan pronto como llegan y los conducen al centro de la ciudad. En la zona no hay infraestructuras que funcionen, y pocas tiendas. Pero hay un montón de almacenes abandonados.

—Y una serie de conocidos clubes nocturnos —añadió Iliá.

Uno de los camareros sobriamente vestidos se acercó a su mesa, y la conversación cesó mientras rellenaba las copas.

Iliá estudio el mapa detenidamente.

—Afanasi, ahí antes había un hospital, ¿verdad? No muy lejos del centro marino.

—Sí, en el mapa viejo se ve el hospital, pero no en el nuevo. ¿Por qué?

—Un hospital y un centro de investigación estatal en la misma zona —dijo Iliá—. Eso puede significar algo.

—¿Es aquí donde crees que se encontraba antes el Campo de Colonias? —inquirió Max.

—Exactamente aquí, para ser precisos.

Mishin puso la yema del dedo en un barrio de la zona, justo al lado del gran edificio que albergaba el centro marino.

—Ese es el edificio hasta el que seguí al Mercedes —señaló Iliá.

El pulso se aceleró en sus oídos. Max apenas podía fijarse en su entorno.

—Entonces, seguro que es ahí adonde ha llevado a Pashie —dijo.

—Gachov hizo un macabro descubrimiento en ese barrio —dijo Mishin con un nuevo y serio tono de voz—. El cadáver de una persona.

«¿El cadáver de una persona?» Un ardiente malestar le recorrió toda la espalda. Max apretó los dientes. Intentó que el corazón dejara de latir desbocado en su pecho.

—¿Un cadáver? —dijo—. ¿Quieres decir que encontró un cuerpo?

Mishin tragó saliva.

—Gachov me contó otra cosa sobre el descubrimiento, pero no quise creer lo que decía.

—¿Por qué no?

—Max —dijo Mishin—, si tienes intención de ir allí, debes estar preparado para lo peor. Si hemos de creer lo que me contó mi amigo, lo que flotaba en el mar había sido cocinado y comido por seres humanos.

Max observó su reflejo en el espejo del recibidor de la habitación. Un día entero sin *benzo*. ¿Habían recuperado sus ojos el color original?

Iliá, que tenía que ir al cabo del Báltico para sondear el terreno, estaba parado en el pequeño recibidor y se ponía los guantes y su bufanda blanquiazul del Zenit Sankt Petersburg. Max le dio una palmada en el hombro y luego entró en el dormitorio.

—Espera —dijo.

—¿Qué pasa?

Max se llevó un dedo a la boca.

Miró sus papeles en la mesa del sofá, el montón ordenado, la colocación de los papeles. Se dirigió a la ventana que daba a la avenida Nesvki Prospekt.

—Alguien ha estado aquí —dijo.

—¿Las limpiadoras? —dijo Iliá.

—No, alguien más.

Todo estaba igual a como Max lo había dejado; sin embargo, había algo que no encajaba. Max entró en el dormitorio. Habían cambiado la ropa de la cama, pero algo más estaba cambiado.

De repente, Max se dio cuenta de qué se trataba.

Faltaba una hoja de papel en la pared. ¿Podía haberse caído al suelo y la limpiadora la había tirado a la basura? No, eso parecía improbable. El

servicio del Grand Hôtel era de primera clase, habrían puesto el papel en su sitio o lo habrían dejado encima de la mesa.

Max se colocó frente a la pared. ¿Qué era lo que faltaba?

Intentó recordar la pared tal y como la había dejado.

Oyó a su padre gritar los nombres en el teléfono en mitad de la noche.

«Wallentin. Borgenstierna.»

De todos los papeles, alguien se había llevado justo ese.

Ahora, no solo tenía prisa por encontrar a Pashie, también le acuciaban las prisas por regresar al hospital de Estocolmo donde estaba internado el hombre. Antes de que se llevase su secreto a la tumba.

Sarah firmó a toda prisa el recibo del taxi, cerró la puerta de un portazo y caminó con pasos largos hacia la entrada del hospital Södersjukhuset.

Con la información que acababa de recibir sintió que era más urgente que nunca ponerse en contacto con Carl Borgenstierna.

Una de las personas con las que había contactado para pedir información sobre el bombardeo de 1944 acababa de hablar con ella y le había contado algo que hizo que su corazón se detuviera durante unos instantes.

Adelantó a las personas de la entrada principal, no deseaba encontrarse con las miradas de los que se hallaban detrás del mostrador de información, ni con la de alguno de los guardias de seguridad. No sabía por qué, pues no estaba haciendo nada ilegal. Sin embargo, una sensación de ansiedad se propagó por todo su cuerpo: la de ser vigilada.

Al llegar a los ascensores pulsó varias veces el botón.

Hacía tiempo que debería haber venido aquí, como Max le había pedido que hiciera.

Las puertas del ascensor se abrieron y Sarah se dirigió a la recepción. Una

enfermera con gafas de montura roja levantó la mirada de un historial y la miró.

—Busco a Carl Borgenstierna —dijo Sarah.

—Veamos. —La mujer tecleó delante de ella—. ¿Es usted familiar o amiga suya?

—Somos viejos amigos. —Sarah se sorprendió de lo rápido que respondió—. Compañeros de trabajo.

Lo cual de alguna manera era cierto. Después de todo, Borgenstierna era uno de sus patrocinadores más importantes.

—Lo siento, pero Carl Borgenstierna ya no está con nosotros.

—¿No está aquí?

La enfermera se rascó el cuello con las uñas pintadas de rojo.

—En realidad, creo que debería hablar con sus parientes —dijo ella.

—¿Por qué? —preguntó Sarah, demasiado alto—. ¿Ha muerto?

La enfermera negó con la cabeza.

—No puedo compartir la información del historial con cualquiera, ni con sus compañeros de trabajo.

Sarah levantó una mano.

—Lo entiendo, pero realmente necesito hablar con él. Es un asunto urgente.

—Hizo una pausa, decidió contar lo que había presionado su subconsciente y perturbado su sueño—. Tiene que ver con una persona relacionada con él, la situación es urgente. Necesito saber cómo puedo ponerme en contacto con él. ¿Está muerto?

—No, al menos que yo sepa. Aquí no ha muerto.

Sarah suspiró. Gracias a Dios. Intentó esbozar una sonrisa a la enfermera, maravillada de la frialdad y desafecto con que había hablado de la muerte.

La enfermera carraspeó.

—Aquí no podemos hacer nada más por Carl Borgenstierna.

David se movió por el foro virtual. Se podía confiar en el criterio de algunos usuarios, mientras que otros eran simples seguidores. Se masajeó las lumbares. Se había prometido que nunca más jugaría a los caballos, que lo haría todo por la familia. Y ahora se encontraba ahí sentado, inclinado sobre el ordenador un lunes por la tarde, y repasaba los consejos que se daban para la siguiente carrera.

El ordenador tintineó. Había recibido un correo en su dirección del trabajo. ¿Quién podría ser ahora?

Entró en el programa de correo electrónico. El dolor de espalda empeoró al ver el correo de Frank Ståhl.

«He estado llamándote durante todo el día, pero no has respondido. Es de suma importancia que me ponga en contacto contigo.»

Frank lo había llamado antes al móvil, pero David había cortado la llamada. ¿Era demasiado pedir tener un respiro, una tarde por lo menos?

—Aquí. De nada.

David se sobresaltó. Al levantar la vista, Gabbi se hallaba delante de él con Teodor.

—Caspar y Vilma están intentando ver la televisión, pero Teodor grita todo el tiempo —dijo Gabbi mientras David tomaba en brazos a su hijo menor.

El pequeño cuerpo entre sus brazos hizo que el dolor de espalda remitiera. Salió del correo del trabajo y colocó a Teodor frente a la pantalla.

—¿Quieres ver lo que hace papá?

Hizo clic y apareció el buscador, y Teodor señaló con su manita la pantalla.

—Caballo —dijo.

—Sí, en efecto. Ese es un caballo trotón. Puede correr rapidísimo.

Teodor pulsó algunas teclas y el buscador se apagó.

David balanceó las piernas arriba y abajo.

—Ahora eres un vaquero —dijo, y abrió el buscador de nuevo.

El ordenador volvió a tintinear. Un correo en su dirección de correo privada. ¿Conocía Frank Ståhl esa cuenta?

Entró en el programa de correo y la pequeña paz que sintió con Teodor sobre sus rodillas desapareció al instante. ¿Estaba realmente obligado a leer el mensaje? Sabía que no podía evitarlo. Debía ocuparse de ello. Por el bien de su vida, por el bien de la vida de sus hijos.

El correo provenía de Ray.

El título rezaba: «Un último trabajo».

Caspar y Vilma estaban sentados cada uno a un lado de Gabbi en el sofá. Sus cuerpos se volvían más pesados, pero la atención seguía fija en el televisor y *El rey león*. Gabbi no sentía nada mientras veía las imágenes que pasaban vacilantes, ni escuchaba las canciones que cantaban.

En la habitación contigua había un hombre que apenas reaccionó cuando le pasó a Teodor, un hombre que no podía apartar la vista del ordenador y sus malditos caballos.

«No aguanto una semana más. Ni un día más.»

Los pensamientos volaron hasta Tyresö, hasta la elegante casa frente al mar, hasta la mujer independiente, que podía hacer lo que quisiera cuando quisiera.

Echaba de menos sus manos.

—¿David?

No obtuvo respuesta alguna.

—¿David? —volvió a gritar, ahora más alto.

—Sí, ¿qué pasa?

—Acabo de recibir un mensaje de mi madre. Vuelve a encontrarse mal.

Mañana necesitaré ir a verla y pasar la noche allí.

La sensación de estrangularla con solo una mano resultaba excitante. Casi erótica. Estaba debilitada, y ahora que la había obligado a ingerir el resto de vodka podía resistirse aún menos. Las venas de su garganta se hincharon cuando la sangre no encontró dónde ir. La garganta y las vías respiratorias se contrajeron en convulsos intentos de introducir aire en sus pulmones.

Lazarev soltó el cuello de Pashie. Ella tosió, los pulmones inspiraron aire en medio del pánico.

—Ya no te necesito —dijo—. Sé dónde vive Paul Olsen. He estado allí y ahora sé quién lo ha enviado aquí. La supervivencia ya no es algo que puedas elegir. Ahora, tu elección está entre una muerte rápida o lenta.

Con la mano izquierda sacó la hoja de papel de la pared del Grand Hôtel. Con la derecha sacó su Makarov. Sostuvo el papel delante de ella y le colocó la pistola en la sien.

—Por última vez. ¿Qué relación tienes con Carl Borgenstierna?

Pashie movió la cabeza de un lado a otro. Tenía los ojos cerrados.

«Se ha quedado sin fuerzas —pensó Lazarev—. La elección está tomada; quiere una muerte larga y dolorosa, y eso es justo lo que va a recibir.»

Volvió a guardarse el papel en el bolsillo. La pistola en su cartuchera.

Abrió la cerradura que la sujetaba a las cadenas de la pared y tiró de ella. Apenas pesaba. La arrastró por el suelo de hormigón, hacia la salida que

conducía al patio interior. No lo había utilizado desde hacía muchos años, pero sabía qué había allí, eso que sería su destino final.

Cuando salieron al frío fue como si el cuerpo de Pashie comprendiera qué estaba sucediendo y adónde se dirigía. Comenzó a patalear como si recuperara sus fuerzas, como un pez que dejan caer por encima de la borda de un pesquero.

—¡No! —gritó ella.

Lazarev le tapó la boca con una mano y ella lo mordió con fuerza. La soltó y ella cayó sobre el asfalto mojado. Él le propinó una patada en la barriga y ella se enrolló como una pelota.

Una lluvia fina y fría caía sobre ellos.

El compartimento que se encontraba encima del foso de agua estaba abierto al patio y al cielo, y tenía paredes de madera podrida. Lazarev colocó las cadenas y el candado en las argollas de la pared posterior. A continuación, la sujetó y la arrastró hasta allí. Bajó el cuerpo al turbio y verdoso foso de bacterias del foso de agua de forma que el lodo la cubrió hasta la cintura. Después estiró los brazos de ella hacia los lados y los ató a las cadenas.

Pashie levantó el rostro hacia el cielo. Las gotas de lluvia cubrieron su cara y brillaron bajo la luz de la luna.

«Primero decían —pensó Lazarev— que castigábamos a los herejes ideológicos mucho más duro que a los herejes cristianos. Era completamente lógico. Resultaba más difícil ser comprensivo con las personas que no entendían a razones que a los pobres débiles en la fe. La verdad de la doctrina soviética estaba científicamente probada.»

«Zorra tártara, este es el final para aquellos que no escuchan a la razón. No pidas compasión. Pues para aquellos que traicionan a la madre Rusia, no existe compasión alguna.»

—¿Estás bien? —dijo Iliá—. ¿Listo para marchar?

Después del robo en la habitación del hotel habían concluido que ahora el lugar más seguro era el coche. Habían dejado el hotel y habían metido las cosas de Max en el portaequipajes.

—Estoy listo —respondió Max.

Condujeron hacia el centro marino en el cabo del Báltico. El tráfico era denso, habían coincidido con la hora punta. El atardecer se cernía lentamente sobre San Petersburgo y con él llegaba la niebla habitual.

Mientras Iliá conducía, Max exploraba los alrededores en busca del Mercedes negro. Había unos cuantos coches negros en la carretera, imposible distinguir el que buscaban. Parecía como si todos condujeran deprisa, no solo el coche en el que ellos viajaban, sino todos los que pasaban delante de la mirada inquisitiva de Max.

Y de repente, Max supo de qué conocía el rostro de la fotografía.

Jakob Anger no conducía un Mercedes negro aquel seis de junio de 1982. Conducía un Volvo 140 blanco y llevó a Max y a su madre a la peluquería, que se encontraba en el nuevo centro comercial de Elmsta. Él continuó hasta el garaje de Norrtälje para luego realizar un encargo en Estocolmo. Nadie sabía qué tenía que hacer en la ciudad. Y nunca lo sabrían.

Max odiaba el olor de la peluquería. El champú, el café recién tostado en la cafetera, que siempre parecía borbotear nuevo café negro, el olor a cabello

recién lavado y el olor a cabello chamuscado por el secador de pelo. Su madre tenía que hacer unos encargos esa tarde y dejó a Greta, una empleada ocasional, a cargo de Max y de la peluquería.

Max se negó a quedarse en la peluquería con una mujer a la que no conocía. Llegaron al compromiso de que él podría sentarse a una de las mesas del café de al lado con un montón de *Buster* y el suplemento deportivo del *Dagens Nyheter*.

Mientras su madre estaba fuera, apareció una extraña visita por la peluquería, un hombre de mediana edad que tenía que ver a Greta. Era grande, iba bien vestido con un polo azul marino y pantalones grises, y hablaba con un acento raro. El hombre le dio flores y un paquete cerrado a Greta. Entraron en la habitación que se encontraba en el interior de la peluquería, donde había una pequeña cocina y un cuarto de baño, y cerraron la puerta tras de sí.

Max se esforzó por no pensar en lo que sucedía detrás de la puerta y se concentró en la estadística de la NHL del suplemento deportivo.

Al cabo de un rato salieron los dos. El hombre se sentó en el asiento de cuero frente al espejo. Greta le arregló un poco el pelo, que era espeso y grueso. Durante todo el tiempo se mantuvieron en completo silencio. El hombre se marchó poco después.

La espera a que regresara su madre resultó interminable. La peluquería cerró, pero Greta no podía dejar solo a Max y él se sentía terriblemente abandonado. ¿Por qué no había regresado? ¿Se había olvidado de su hijo?

Finalmente, su madre regresó. Cuando llegó, sin embargo, estaba cambiada. El cuerpo y la ropa eran los mismos, pero en su rostro Max vio que ella se había perdido para siempre. Fue como si el cáncer que luego acabaría con su vida hubiera empezado a crecer en su interior ese día de junio, cuando Max tenía trece años.

Ella lo abrazó con fuerza, pero Max no fue capaz de devolver el abrazo. Le

contó a Max qué había pasado, lo que él ya sabía. Su padre había llevado el coche al garaje. Cuando salió de allí, los frenos dejaron de funcionar. Iba a mucha velocidad. Murió en el acto.

Nunca se abrió una causa procesal. Constataron que el coche era viejo y que todo debía de tratarse de un accidente, pero Max nunca lo creyó. Por la mañana, los frenos no habían dado ningún problema y el mecánico había desaparecido sin dejar rastro. Pero ¿por qué querría alguien matar a su padre?

Max sintió un escalofrío allí, sentado en el coche; las ganas de tomarse una *benzo* eran más fuertes que nunca. ¿Debería contarle a Iliá lo que acababa de recordar? Miró a Iliá, que con expresión severa adelantaba un camión y logró evitar por los pelos un bache en la carretera. ¿Iliá le creería? ¿O pensaría que eso era lo que pasaba por haber dejado de meterse sus pastillas azules?

Iliá giró en una salida que solo indicaba la cifra 23. Cuando el asfalto se convirtió en gravilla, la oscuridad se había cernido sobre ellos. A través de la ventanilla del coche, Max sintió cómo aumentaba la fuerza del viento, un viento del este que creció hasta convertirse en un vendaval, tal vez incluso una tormenta. A su derecha se encontraba el tronante mar Báltico y sus olas rompiendo contra la playa. Los faros encendidos iluminaban durante un segundo los alrededores y al segundo siguiente lo dejaban todo a oscuras.

A la izquierda se encontraba una extensa zona industrial, apenas iluminada por unas pocas farolas. Una silueta gris del tejado de un edificio contra el cielo oscuro. Aquí se alzaban las chimeneas de ladrillo por encima de los tejados, inclinadas en diferentes direcciones, y desde sus bocas salía un humo blanquecino hacia el cielo.

El Campo de Colonias, pensó Max. Como un camaleón disfrazado de

almacenes y hangares. Una bestia que podía morir para después renacer, dependiendo de dónde soplara el viento.

Iliá apagó las luces del coche, redujo la velocidad y aparcó a un lado del camino.

—¿Ves la luz de las ventanas pequeñas justo debajo del tejado? ¿El edificio que hay justo enfrente?

Señaló hacia un hangar que se encontraba al lado del gran centro marino.

Max asintió.

—Fue allí donde los vi entrar.

Permanecieron sentados en silencio y esperaron. Max estaba sumido en los pensamientos sobre lo que había descubierto el último día: Ganso, el Carnicero de Now Zad, el barranco de Shutul, el *Concierto de piano opus 23*. El *collage* que colocó en la pared de la habitación del hotel: las hojas de papel estaban guardadas en una bolsa en el portaequipajes. Todas menos una.

«¿En dónde te he metido, Pashie?»

Pashie le habló una vez sobre cómo Moscú decidió que era hora de explotar las riquezas naturales del mar de Barents y los pantanos de Siberia. Se desplegó al ejército para trasladar en masa a un millón de personas hasta una isla en medio de una gigantesca zona pantanosa en el norte de Rusia: hombres, mujeres, padres, madres y abuelos, una nación entera de la propia gente del imperio.

Todos murieron. Un millón de almas. *Za tyto?* ¿Por qué?

En primavera, cuando la zona de pantanos y ciénagas comenzó a deshelarse, aparecieron cuerpos flotando por todas partes. Las tribus nómadas locales aún hoy día descubren fosas comunes tras el desprendimiento de tierras en primavera. En general, los cuerpos no se habían enterrado, y estos aún cubrían las tierras de las islas del mar de Barents. Como las temperaturas rara vez superaban el punto de congelación, permanecían allí, conservados en perfectas

condiciones, manifestaciones heladas de uno de los peores crímenes que la raza humana había sufrido.

Se encontraban allí esperando una explicación. *Za tyto?*

Las explicaciones que a veces se presentaban tenían algo que ver con la comunidad. Las ganas de vivir y los deseos de los individuos tenían poco valor para Stalin. Deseaba privar a la humanidad de sus valores de forma sistemática. Se decía que los rusos preferían ir a la cárcel que a un campo de concentración. Era el aislamiento de los campos lo que acababa con las esperanzas de la gente de la forma más efectiva. Allí no había ningún tú ni yo, ninguna muerte, ninguna vida.

Así era el hombre que no deseó intercambiar a su propio hijo por un oficial alemán. El hombre que consideraba a Ganso como su hijo más amado.

Max miró hacia la luz del hangar.

«¿Estás ahí dentro, cabrón?»

Se turnaron en vigilar. Por mucho que Max lo deseara, no podían entrar en tromba, no podrían salvar a Pashie si los mataban. Se vieron obligados a realizar una especie de control de las instalaciones.

Por la mañana, Iliá lo golpeó con el codo.

—Viene alguien —gritó.

Un taxi se acercó y se detuvo delante del hangar. Se abrió la puerta trasera y un hombre joven se bajó del coche. Pagó al taxista, que a continuación se marchó. El hombre sacó su teléfono móvil y realizó una llamada. Sujetaba un sobre en la mano.

—Reconozco a ese tipo —dijo Iliá.

Se abrió una puerta de doble hoja para coches y el hombre comenzó a caminar hacia el edificio del hangar. Un cuerpo joven y esbelto, cabello espeso.

El sobre. ¿Qué contendría?

«Fotografías.» Fue como si una descarga eléctrica le recorriera el cuerpo, Max comprendió quién era el joven. El sobre contenía las fotografías de un prominente profesor ruso y no estaban destinadas a la revista *Nash Sovremennik*.

Estocolmo, enero de 1944

Carl se encontraba sentado en el coche en el cruce entre las calles Eriksdalsgatan y Vickersgatan. Ahora ya se le notaba claramente, pensó de nuevo cuando la vio venir caminando hacia el coche. Y no solo por el cambio de su cintura. Las mejillas se le habían redondeado y sus finos labios se habían vuelto más carnosos.

«¿Qué es lo que realmente crece en mí y me hace tener este aspecto?», había dicho una mañana, sentada frente al espejo.

Su cabello castaño tenía más brillo y un color más vivo. Su nivel de energía y humor sufrían cambios, justo como le había oído describir a Wallentin.

Ver crecer los primeros signos de una nueva vida en la persona que amaba tuvo un efecto revolucionario en Carl. Fue como si todas las demás prioridades en su vida, el trabajo, los amigos, la vida social, de repente retrocedieran un par de pasos. Ahora, algo más ocupaba su mente: el cambio de Tatiana y la vida que portaba.

Los amigos rusos se reunían aquí, en Eriksdal, ahora que la iglesia de Birger Jaslsgatan ya no era segura. Habían contactado con un grupo de teatro que abriría un teatro al aire libre en la zona, junto a la ensenada de Årsta. Tatiana no solo se comprometió a cooperar en un bazar de invierno a beneficio de los refugiados de Rusia y el Báltico, también lo hizo con el

grupo de teatro, que ella sentía como un nuevo comienzo. Cuando naciera el niño y la paz llegara a Europa, Tatiana se dedicaría a su verdadera vocación. Soñaba con poder mostrar el mundo de Chejov a las clases menos favorecidas de Estocolmo que vivían en la zona cercana al teatro al aire libre.

Carl abrió la puerta del copiloto. Era un auténtico invierno sueco, estaban a menos quince grados y había mucha nieve. No le resultaba fácil desenvolverse en las aceras con sus elegantes botas de cuero y tacón alto.

Ella tenía el semblante serio cuando se sentó en el coche.

—Alguien me sigue —dijo.

Carl estaba convencido de que Hedin todavía la tenía vigilada.

—Sí —dijo—. Puede ser que todavía no nos hayan dejado en paz.

—No, no lo entiendes. ¿Conoces a Triin, la mujer estonia de la que te hablé? Ha dicho que en varias ocasiones ha visto a un hombre por esta zona. Oyó que hablaba ruso.

—Estocolmo está lleno de personas que hablan ruso.

Tatiana puso su mano en el hombro de él.

—Tienes que escucharme —dijo—. Lo he visto hoy, he visto cómo me miraba al salir del teatro. Reconozco esa mirada, es la misma que mi marido suele poner.

—Hedin me ha dicho que el apartamento de Norra Bantorget es el mejor lugar para que ellos puedan protegernos —dijo Carl, y arrancó el coche.

Tatiana respiró hondo.

—No creo que las autoridades suecas tengan ni idea de las consecuencias. Hay un plan de fuga para él.

—Imposible. Está encerrado en nuestra prisión más segura.

—Lo liberarán. Lo llaman Ganso, Carl. No solo por su apariencia, sino

porque todo le resbala. Está tan cerca de Stalin que sale indemne de todo lo que hace.

Él negó con la cabeza.

—¿Qué dices?

—Esa fue la conclusión a la que Hedin y los demás llegaron cuando nos detuvieron —dijo Tatiana—. Fueron presa del pánico. De repente, el asunto se había vuelto completamente diferente, una cuestión mucho mayor. Esa fue la razón de que me retuvieran y me interrogaran.

Carl miró más allá de su mirada suplicante, hacia las aceras invernales y los fríos árboles, hacia el parque Blecktorn. Lo que Tatiana contaba resultaba absurdo.

—¿Y qué significa todo eso? —Fue lo único que se le ocurrió decir.

—Tienes que avisarlos. Los soviéticos no dejarán que desaparezca en una cárcel sueca. No sé qué planean, pero sé que Stalin no escatimará medios. El plan de fuga no es solo una amenaza personal contra nosotros, sino una amenaza contra Estocolmo. Quizá contra todo el país.

Martes,

5 de marzo de 1996

Iliá conducía a toda velocidad, pero enseguida se vio obligado, una vez más, a asumir que estaban en hora punta; la versión de la mañana se presentaba, si eso era posible, incluso peor que la de la tarde anterior. Estaban en el atasco detrás de un gran camión que emitía gases, esperando pasar Birzevoi Most, cuando Max intentó llamar a Mishin una vez más, sin éxito.

—No responde.

—No han podido agarrarlo todavía —dijo Iliá—. Aún tenemos tiempo.

—Estamos aquí atrapados.

—Enseguida avanzaremos.

Iliá siempre veía el lado positivo, nunca aceptaba una derrota. Mientras uno viviera podía influir en el resultado, y nadie era mejor para llevar las cosas hacia su campo que Iliá. Pero esta vez no sonaba tan convencido.

Más adelante, Max vio una estación de metro.

—Te llamaré cuando dé con Mishin.

Max cerró la puerta tras de sí sin importarle el grito contenido de Iliá. No quería que corriera solo por las calles, pero ahora no había alternativa. Max tenía que llegar a tiempo hasta Mishin, y no podían dejar el todoterreno abandonado en la calle.

Bajó corriendo las escaleras del metro e ignoró el persistente claxon de Iliá.

Abajo en la estación miró alrededor las largas colas que serpenteaban hacia

las taquillas.

En Rusia, los tornos estaban abiertos de par en par para que pasaras, pero si no introducías la ficha antes de entrar, se disparaba una barrera que te golpeaba directamente en los muslos, sin importar lo rápido que fueras. Max lo había experimentado durante sus años de estudiante en Moscú.

Tomó impulso desde la escalera, corrió hacia la barrera y saltó por encima. La superó con un buen margen y oyó cómo alguien gritaba horrorizado.

Se abrió paso entre la multitud de gente al bajar por las escaleras mecánicas hacia el andén. Algunos lo empujaron. Otros le gritaron al pasar. Un guardia hizo sonar un silbato.

—¡Oye, tú! ¡Detente!

Max saltó por encima de la barandilla y corrió hacia abajo por la superficie resbaladiza entre las escaleras mecánicas.

En el andén había un vagón con las puertas abiertas. Max se lanzó al interior en el preciso instante en que se cerraban. Enseguida estaría en camino hacia Vyborskaya, donde vivía Mishin.

Cuando el tren abandonó la estación, Max comprobó su teléfono, pero no tenía ningún mensaje nuevo. Intentó llamar a Mishin una vez más, pero no recibió respuesta alguna.

Pareció como si el corto trayecto en tren durara una eternidad. Max tamborileó con los dedos en el cristal de la puerta. Tan pronto como se abrió, salió corriendo del vagón hacia la salida.

Conocía la dirección de Mishin, pero no había estado nunca antes allí y no pudo encontrar el apartamento sin preguntar a una pareja mayor. Cuando por fin llegó, el portal estaba abierto. Corrió escaleras arriba y golpeó la puerta del apartamento de Mishin.

—¡Mishin!

Ninguna respuesta. Golpeó la puerta con más fuerza.

—¡Afanasi!

Ninguna respuesta. Max no oía nada en el interior del apartamento. La escalera se encontraba en completo silencio.

«Di que estás ahí dentro.»

Eran las ocho y veinte. ¿Estaría Mishin durmiendo aún? Volvió a golpear la puerta, esta vez con más fuerza.

Se abrió la puerta del apartamento contiguo. Una señora mayor asomó la cabeza. Era, por lo menos, diez años mayor que Mishin y miró a Max con ojos somnolientos.

—¿Sabe usted dónde está su vecino? —preguntó Max.

—¿Qué hora es? —dijo la mujer.

—Las ocho y veinte.

La mujer esbozó una sonrisa. Las arrugas convirtieron sus ojos en dos pequeñas líneas.

—Entonces lo encontrarás abajo, en el río.

«En efecto.» Mishin y las morsas.

El río Neva se encontraba más cerca del centro marítimo y él ahora estaba un tanto alejado de allí. Corrió escaleras abajo mientras llamaba a Iliá.

—¿Dónde estás?

—Sigo atrapado en el tráfico.

—¿Puedes dar media vuelta?

—¿Por qué diablos tendría que dar la vuelta?

—Creo que Mishin está cerca de ti. En un lugar donde los viejos van a darse un baño helado en el río. ¿Sabes dónde está?

—Sí, lo conozco, ¡está en dirección opuesta, joder!

—Explícame cómo llegar y nos vemos allí.

Nestor Lazarev bajó los anegados peldaños de la escalera de madera hacia la parte baja de la orilla del río. No le había pasado inadvertido que el número de seguidores de esta tradición había crecido en los últimos años, después de la *glásnost* y la *perestroika*, cuando la ciencia y la razón fueron reemplazadas por la locura.

Antes de la revolución, los rituales de los baños de hielo el 19 de enero de cada año, el día de la revelación, habían sido un asunto obvio para muchos verdaderos creyentes. Incluso el maldito zar había participado en ellos.

Una herejía de los reaccionarios. Había oído que hasta veinte mil personas de la ciudad se habían dado un baño de hielo el día de la revelación del año anterior. Veinte mil personas que él alegremente metería en un tren a Siberia, en donde podrían chapotear en el agua helada hasta que sus órganos internos dejaran de funcionar.

Lazarev creyó que el profesor había muerto durante la explosión en la universidad, pero al parecer había escapado. Cuando tuviera una oportunidad, hablaría de ello con el rector Levy. Después de que el joven bibliotecario le entregara las fotografías de la biblioteca y le explicara lo que Mishin había buscado en el ordenador de la sala de lectura, todo resultaba evidente. El viejo profesor había trabajado desde el principio para los suecos.

Justo como Lazarev había sospechado siempre.

A los *vores* no les había tomado mucho tiempo localizarlo. Se habían

ofrecido a encargarse de él, pero esto era algo que Lazarev deseaba hacer personalmente.

Abrió la puerta del cobertizo, un vestuario con sauna, y cabeceó hacia los quince hombres que se habían reunido esa mañana. Antes de entrar, echó un vistazo al río. Dos hombres tenían el agua por la cintura y reposaban los brazos sobre el hielo. Sus cabezas estaban cubiertas con ridículos gorros de lana, como los que llevan los niños, y parecían completamente concentrados en una partida de ajedrez.

Lazarev vio al hombre que buscaba algo dentro del río; se sumergía completamente solo en el agua helada.

Lazarev se desvistió y salió del cobertizo sin calentarse antes en la sauna. Dio un par de largos pasos por el hielo con una toalla roja alrededor de la cintura.

El hombre del agujero le daba la espalda. Tenía el cuerpo sumergido en el agua y resoplaba ligeramente, solo su cabeza sobresalía de la superficie. Parecía estar casi en una posición de meditación. Como si lo que estaba pasando fuera realmente esa limpieza que defendían los fanáticos religiosos.

«Para que tengas un año saludable.»

—Joven —dijo Lazarev—. ¿Le importa si compartimos este agujero en el hielo?

Afanasi Mishin apenas se dio la vuelta.

—Claro que no, amigo. Por favor.

Lazarev se deslizó en el agua fría dándole la espalda a diez decímetros de grosor del afilado borde de hielo. Mishin todavía estaba de espaldas a él, pero cuando los pies de Lazarev entraron en contacto con el fondo embarrado del río, Mishin se dio la vuelta.

Sus miradas se encontraron.

Mishin abrió la boca.

—¿Tú?

Max corrió tan rápido como pudo desde la estación de metro Primorskaya hasta la playa del río Neva. La acera estaba resbaladiza y patinó varias veces en su camino hacia la orilla del río, pero sin llegar a perder del todo el equilibrio. Vio el todoterreno de Iliá dirigirse hacia él a toda velocidad.

Iliá frenó al lado de Max y salió del coche. Juntos corrieron escaleras abajo. Cuando llegaron al hielo, Max buscó a Mishin, pero no lo vio por ninguna parte.

Se apresuró hacia un hombre que estaba sentado en un banco poniéndose sus botas y le preguntó si había visto a Mishin.

—¿Afanasi? —dijo el hombre—. Mira en la sauna.

Señaló hacia el cobertizo.

—¿Mishin? —gritó Max a través de la puerta del cobertizo.

En el vestuario, un grupo de tres hombres desnudos miraban a Max.

—¿Han visto a Afanasi Mishin?

Los hombres negaron con la cabeza.

Max cerró la puerta y se apresuró de vuelta.

Abajo, en el agua, un hombre gritó. Se encontraba con el agua hasta la cintura y jugaba al ajedrez con otro hombre. Había algo en el tono de su grito que no dejaba dudas, aunque Max no oyó lo que dijo. De repente, la bulliciosa actividad alrededor del lugar pareció detenerse. Un viento helado barrió a

Max desde el río y más allá del mar. Se parecía al viento norte de su infancia, un viento que podía sellar toda la vida en una cápsula de hielo.

El hombre que jugaba al ajedrez salió reptando del agujero de hielo, como si este de repente estuviera en llamas. Tiró las piezas cuando intentó ponerse de pie. El otro hombre permaneció dentro, con la vista baja hacia el agua negra.

Entonces gritó.

—¡Hombre al agua! ¡Hay un hombre en el agua!

Max descendió a la carrera el último tramo hacia los dos hombres. El otro hombre también intentaba salir del agujero, pero solo se ayudaba con una mano. Con la otra sujetaba algo que había en el agua.

Uniendo fuerzas, Max y el hombre mayor consiguieron sacar el cuerpo del agua. Max le dio la vuelta para poder ver su rostro, pero él ya sabía lo que iba a ver.

Mishin lo miraba fijamente. Max le buscó el pulso. Nada. Le golpeó el pecho. No pasó nada.

«No puedes morir. ¡Venga, vamos!»

Pero ya habían perdido a Afanasi Mishin.

La policía había llegado al lugar y había comenzado a acordonar la zona. Max e Iliá regresaron al coche, no había nada más que hacer. Max marcó el número de Sarah, pero la llamada no se pudo establecer. Probó el número de su casa en Tyresö. En Estocolmo era muy temprano debido a las tres horas de diferencia horaria, faltaba mucho para que saliera el sol.

Finalmente Sarah respondió. Max fue directo al grano y le contó lo que habían descubierto hasta el momento sobre el pasado de Nestor Lazarev y su proximidad a Stalin y su círculo íntimo. Por último, le contó lo que había pasado en la orilla del río Neva.

—Dios mío, ¿es cierto eso? ¿Han asesinado a Afanasi Mishin?

—Llegué demasiado tarde.

—No puedes seguir con eso, Max. Tienes que volver a casa ahora.

—No hasta que termine con todo esto, no ahora cuando por fin hemos localizado la base. Creo que Pashie está allí y encontraré la manera de entrar.

—¡Estás poniendo tu vida en peligro! —exclamó Sarah—. Ni siquiera sabes si Pashie está viva, y en realidad no tienes pruebas de nada, solo indicios.

Max respiró hondo, no tenía fuerzas para discutir sobre eso.

—¿Aún no has podido hablar con Carl Borgenstierna?

Sarah suspiró.

—Carl Borgenstierna ya no está en el hospital y no he conseguido saber

adónde ha ido. Sin embargo, sé algo más sobre lo sucedido durante el bombardeo de 1944. Un espía estaba encarcelado en Estocolmo y lo soltaron tres días después del bombardeo de la ciudad.

—¿Un espía? —dijo Max—. La persona que estuvo en la habitación de mi hotel y vio todos los papeles que tenía en la pared solo se llevó uno: el que contenía los nombres de Wallentin y Borgenstierna.

—Según mi fuente, Borgenstierna estuvo involucrado en las secuelas legales. Se encargó de todas las reclamaciones contra el Estado y las compañías de seguros.

Sarah respiró temblorosa.

—Esto resulta demasiado grande, Max. El espía fue condenado por espionaje industrial. Había robado material secreto del Instituto de Investigación Militar sueco.

—¿Qué clase de material?

—Fue un descubrimiento que cambió las comunicaciones en el campo de batalla. La tecnología que desarrolló el FOA en los años cuarenta sentó la base de una industria completamente nueva. La industria de las telecomunicaciones. Los teléfonos móviles.

«Ella estaba completamente obsesionada con la tecnología.»

«St. Petersburg GSM.»

«Un ataque contra la red de Telia en Suecia.»

«Los teléfonos de Vektor intervenidos.»

La imagen fue tomando forma. Los documentos robados al FOA habían sido el comienzo de todo.

«Dinero-tecnología-política.»

Todo empezaba a encajar.

Sarah siguió hablando en voz baja y tranquilizadora. Le contó que después del bombardeo del 22 de febrero de 1944, la única respuesta de Suecia fue

una protesta diplomática. Dejaron libre a un espía condenado, todo se silenció. Tres días después, el espía fue sacado en secreto del país y se reunió con Stalin en Moscú.

Un error de navegación de la estratégica Flota del Norte, esa fue la conclusión oficial sueca.

«Un tigre sueco.»

—El espía entró en Suecia con un apodo —dijo Sarah—. Su verdadero nombre nunca lo conoció la población.

—Lo llamaban Ganso —dijo Max—. Se pasea por las calles de San Petersburgo bajo el nombre de Nestor Lazarev. Es el presidente del consejo de administración de St. Petersburg GSM, y su guerra personal contra Suecia ha empezado de nuevo.

Charlie Knutsson estaba en la escalera junto al manzano más antiguo de su jardín en Värmdö. Los holmienses no se ocupaban de sus manzanos correctamente. Circulaban muchas ideas contradictorias sobre cómo y cuándo había que podarlos. Algunos aseguraban incluso que no hacía falta podarlos.

Charlie había traído un pedazo de Kivik hasta aquí y le resultaba un verdadero placer observar sus árboles más queridos a principios de verano.

Un coche entró en la explanada de gravilla al otro lado de la casa. ¿Quién podría ser? Hoy no esperaba ninguna visita.

Desde la escalera no pudo distinguir quién había llegado, lo único que veía eran las ramas de los árboles, así que no le quedó más remedio que bajar.

«¿Frank?»

—Hola, Charlie —dijo Frank Ståhl, que llegó caminando pesadamente por el césped húmedo. Vestía una cazadora verde y un par de gruesas botas.

Charlie nunca antes lo había visto de esa manera; cuando quedaban en algún bar de moda en los alrededores de Stureplan, siempre vestía trajes caros, corbatas y zapatos relucientes.

Charlie siempre tenía que esforzarse para conseguir una reunión con él. Ahora era Frank quien venía a él. A su casa en Värmdö, además, lejos del centro de la ciudad.

—Casi he perdido la cuenta de las veces que te he invitado a venir aquí y

no has tenido la oportunidad de hacerlo —dijo Charlie con cierta sorna—. ¿Acaso he olvidado que te había invitado hoy?

Le tendió la mano a Frank y, como de costumbre, Frank la apretó demasiado fuerte.

—¿Puedo ofrecerte algo? ¿Una taza de café, quizá?

—Gracias, pero no, Charlie. Tengo que volver enseguida a la ciudad, pero hay un asunto del que quiero hablar contigo personalmente, cara a cara.

El rostro arrugado de Frank se arrugó aún más.

¿Qué estaba pasando?

—¿Recuerdas nuestra conversación sobre el problema en Telia? —dijo.

Charlie asintió.

—¿Ha ocurrido algo más?

—Ha aparecido un nombre en la investigación. Un nombre que me preocupa muchísimo. Una persona a la que conoces.

¿Quién podría ser? Parecía como si Frank esperase alguna clase de reacción.

—¿Quién?

—David Julin.

—No puedes estar hablando en serio.

A Charlie le costó contener la risa, pero entonces la risa se le atragantó. Recordó la conversación con David, la extraña bronca por haber salvado a su mujer de un apuro en el supermercado. Charlie había sentido que algo no iba bien, pero ¿podía David estar involucrado en esto?

—¿No es él uno de vuestros colaboradores más importantes?

—Eso es lo que me preocupa —dijo Frank—. ¿Has notado algo extraño en él estos últimos días?

Charlie se encogió de hombros, no sabía qué decir. ¿Debería contarle que David le había gritado por teléfono? ¿Que lo había amenazado?

—¿Qué motivos puede tener David Julin para entrar en nuestro sistema? — prosiguió Frank.

¿Dinero?, pensó Charlie. David había ganado más de cien millones de coronas por la venta de su empresa. Había donado una cantidad significativa cuando se fundó Vektor. No podía necesitar dinero, ¿no?

—¿Hay una investigación policial abierta contra David? —preguntó.

—Mantenemos esto dentro de un pequeño círculo de confianza —dijo Frank—. Y tú eres uno de ellos.

Charlie asintió.

—¿Has hablado con él hace poco?

De repente se sintió como si lo interrogaran.

¿Qué hacía Frank ahí realmente? Había alguien con quien quería hablar antes de decirle algo más a Frank Ståhl. Para no hacerle la vida más difícil a ella. ¡Mira que si de verdad estuvieran en apuros! También tenían niños pequeños. Tres. ¿Debería saber Frank lo sucedido en ICA? ¿La conversación con David? Ahora se trataba de jugar con cuidado al juego de la verdad.

—Lo siento, pero no creo que pueda ayudarte. No tengo mucho contacto con David. No comprendo por qué podría cometer un delito contra Telia. Me resulta completamente increíble.

Frank asintió.

—Gracias, Charlie. Llámame si hay algún cambio.

Dio media vuelta y regresó al coche.

Charlie sintió cómo los latidos de su corazón volvían a la normalidad cuando aumentó la distancia con Frank.

A medio camino, Frank, de repente, se dio la vuelta.

—¡Nos vemos mañana! —gritó—. En la fiesta de Vektor.

Cuando Charlie oyó que el coche de Frank se alejaba, tiró los guantes de jardinero y las tijeras de podar y entró en la casa. En el recibidor rebuscó el móvil en el bolsillo de su abrigo y marcó el número de ella.

La llamada fue directamente al buzón de voz.

«Hola, soy Gabbi. Deja un mensaje si tienes alguno.»

—Gabbi, soy Charlie Knutsson. Tenemos que hablar. Estoy preocupado por David.

El doctor se había disculpado, pero todos eran hombres y mujeres realistas, buenos, grandes y sensatos trabajadores. Ellos lo sabían y Carl Borgenstierna lo sabía. Las probabilidades de un paciente de ochenta y cuatro años eran pocas.

De no haber sido por su posición y cuenta de ahorros, ni siquiera habrían intentado el trasplante. Ahora, tras conocer los infructuosos resultados de la operación, Carl se preguntaba por qué siquiera lo habían intentado. ¿Por qué luchar contra la naturaleza? Todos nacían con una cápsula en el cuerpo. Según el famoso cuadro de Carl Larsson, la cápsula se rompía a los cincuenta años y el veneno comenzaba a propagarse por el cuerpo.

¿Por qué intentar comprarse cinco años más? ¿Qué creía que le tenía reservado el futuro a un hombre viejo y estúpido?

«Acepta el hecho. El cuerpo humano está creado para morir.»

Antes de tumbarse en la mesa de operaciones realizó un último esfuerzo. La nueva clase imperial capitalista, los nuevos zares. ¿Cómo podía ser que la esperanza recayera en ellos? Cuando los delegados llegaron a la conferencia anual en la ciudad alpina, nadie había solicitado una reunión con Yeltsin, el presidente en funciones. Todos deseaban encontrarse con Ziugánov, el desafiador, el líder del KPRF, el nuevo partido comunista ruso. El hombre que dirigiría el regreso del poder soviético.

Alguien tenía que hacer algo.

La iniciativa de la reunión provenía de los capitalistas rusos, y todos — norteamericanos, rusos, británicos, FMI, Banco Mundial— se lo habían tomado como si fuera la última solución. ¿Quizá no estaba todo perdido? Un acuerdo sin precedentes en la historia, clasificado como secreto e impío; todo en nombre de la democracia.

Carl lo había planeado durante mucho tiempo; se había jactado de desempeñar un pequeño papel en el gran contexto, a cambio de la respuesta a la pregunta que le había desconcertado durante medio siglo.

«¿Dónde está la bestia?»

¿Había sido su conducta defendible moralmente? Carl encontró fuerzas en lo que Wallentin y él habían acordado hacía mucho tiempo.

«No practicamos la democracia. La protegemos.»

Encontraba la fuerza moral en la promesa que le había hecho a Tatiana.

«Vengarse.»

Le había divertido ver cómo habían cambiado las fuerzas laborales de la asistencia sanitaria, los cuidadores habían reemplazado al personal de rescate. Lo habían trasladado desde el hospital Södersjukhuset a un pequeño lugar regentado por monjas, al este de la ciudad, justo frente a la costa del mar Báltico. La obvia ironía era sorprendente: traerlo a morir aquí, junto a ese mar que había marcado su vida. Era el último enredo del dios sádico que dirigía el mundo, dejarle pasar sus últimos días en la tierra con la vista fija en el horizonte, y Rusia en la lejanía.

Su habitación era como la *suite* de un hotel. Ellos lo llamaban residencia. Carl lo llamaba un lugar donde morir. Desde la ventana todo parecía bonito: el césped, la hilera de árboles... Pero las cuidadoras no tenían tiempo para llevar a los pacientes más allá del recinto del asilo. Así que lo de la línea de costa era en realidad un derroche. Quizá podría verlo todo desde arriba, antes de lo que pensaba, cuando su alma abandonara su cuerpo achacoso y se alejara.

Llamaron a la puerta, pero Carl no se dio la vuelta hacia ella. Sabía quién era. Las monjas habían concertado la reunión matutina para él. Era como si se hubiera transformado en un bebé prematuro, lo único que tenía que hacer era respirar, de todo lo demás se ocupaba otra persona.

Se trataba de una mujer de unos cuarenta años. La empresa para la que trabajaba se llamaba Rigus y estaba especializada en la muerte.

«No todo el mundo tiene la oportunidad de diseñar su propio funeral», había dicho la monja.

Ahora, la mujer de Rigus se encontraba sentada en una silla junto a la cama de Carl, debajo del televisor fijado a la pared y delante de un pequeño escritorio. ¿Cómo dijo que se llamaba? Carl decidió que se llamaba Yvonne.

Yvonne colocó la carpeta blanca junto al correo de Carl, al lado del álbum con el lirio morado que él se había llevado consigo al hospital. Encima del montón de correo había una carta de Vektor, sellada hacía dos semanas, de un joven que había intentado ponerse en contacto con él en varias ocasiones y que incluso lo había visto anestesiado en la sala de reanimación del Södersjukhuset.

Max Anger.

Ahora también Sarah Hansen, la jefa de Vektor, había empezado a buscarlo.

Yvonne preguntó a Carl si tenía algún abogado o si ella debería conseguirle uno. Carl esbozó una media sonrisa. Uno de los actuales problemas de Suecia era que la gente ya no se preocupaba de prepararse antes de una reunión e investigar un poco antes de acudir a ella.

«No solo soy el abogado de la familia. Soy el de la nación.»

A la mujer apenas le dijo:

—No hace falta, gracias, todo está arreglado.

Le preguntó si tenía un seguro de entierro; esa debía de ser la pregunta más

estúpida que jamás le habían hecho. ¿Por qué tendría alguien que tener un seguro de ese tipo?

«No te preocupes —quiso decir—. Me puedo pagar mi propia muerte. No seré una carga para nadie.»

Yvonne le mostró un documento que llamó *el archivo blanco*. Carl miró la primera pregunta. «Trato. Ejemplo: no quiere ser embalsamado.» ¿Embalsamado? ¿Como Lenin en el mausoleo de la Plaza Roja?

«Segunda pregunta: Ropa. Ejemplo: me gustaría llevar mi traje a rayas/mi vestido de verano morado, o mi pijama favorito con ropa interior debajo.»

«Tercera pregunta: Personas a las que avisar. Ejemplo...»

Carl miró a la mujer que quizá se llamaba Yvonne. Ella estaba atenta a la pantalla de su teléfono móvil, quizá le enviaba un mensaje a alguien. Alguien con quien deseaba contactar. Miró el montón de correo encima de la mesa, el álbum y la carta de Max.

«¿Personas a las que avisar?»

Miró la vieja fotografía que tenía al lado.

«Merezco morir por traicionar a la madre Rusia.»

Su voz nunca callaba.

Cuando la vio con vida por última vez, la última hora del día 22 de febrero de 1944, su cuerpo estaba cubierto por una tela blanca. En el lugar de su pierna derecha, la tela estaba plana, desde la cadera hasta abajo de la camilla, la barriga parecía perforada. Carl apenas pudo reconocerla.

Él había sido testigo de la transformación, de su última espiración, tan débil que casi se la pierde, del ligero estertor y, finalmente, de la rigidez que cayó sobre su rostro como un velo. La terrible belleza que surge cuando a uno lo liberan del dolor. Pero el dolor de ella se había instalado en el cuerpo de Carl. Él deseaba volver sus ojos hacia dentro, para no ver nunca nada más. La imagen de ella en ese instante de paz quedó para siempre grabada en el

interior de sus párpados. Una imagen que nunca podría compartir con nadie más.

No fue capaz de alejarse de su lado mientras ella yacía en la camilla, ni siquiera para ir a la otra habitación, a los gritos estridentes que procedían de allí.

«¿Personas a las que avisar?»

Él se había puesto en contacto con alguien. No con Max, pero sí con una persona cercana a él.

¿Le había prestado ella atención a eso? ¿Se había tomado en serio lo que le había dicho? ¿Ahora ya habían juntado todos los hilos, Max y ella? ¿Y eso por fin conduciría a la rehabilitación y la paz? ¿O conduciría a más sufrimientos todavía?

Los ojos de Carl vagaron de la carta de Vektor a la vieja fotografía enmarcada.

¿Si el mal era derrotado y él conseguía su venganza, quizá podría tener paz al final?

Yvonne levantó la vista del teléfono móvil y vio que Carl ya no estaba interesado en el archivo blanco.

—Uy, disculpe, señor Borgenstierna —dijo ella—. ¿Puedo ayudarlo en algo?

«Sí, vete a casa con tu familia —pensó Carl—. Sé perfectamente lo que quiero.»

Entonces se lo explicó.

Nada de entierro. Nada de pijama favorito. Cremación, nada de urna elegante. Sabía exactamente dónde: en el columbario del cementerio Storkyrkogården. Allí, a los pies de un pequeño árbol, se esparcirían sus cenizas. Ninguna señal, ninguna lápida, ninguna mención. Su existencia

quedaría borrada, igual que ellos habían borrado la de ella. Allí. En ese lugar, ella lo estaba esperando.

Después de cincuenta y dos años.

Después de que la mujer hubiera apuntado los deseos de Carl, recogió sus papeles, los guardó en la cartera y se levantó para marcharse. Llevaba el archivo blanco en la mano y lo dejó en el escritorio de Carl.

—Le dejo esto, señor Borgenstierna. A veces, la gente cambia de opinión.

El sol iluminaba la zona del puerto cuando Max e Iliá regresaron al cabo del Báltico. Bajo la claridad, el entorno se volvió, en cierto modo, aún más lúgubre. Aparcaron el todoterreno un par de manzanas más allá e intentaron parecer despreocupados mientras caminaban hacia el hangar.

Durante la noche habían identificado los edificios circundantes que podían funcionar como escondite. Se fijaron en uno que se encontraba en la misma manzana que el hangar, un gimnasio deteriorado y abandonado. Entraron en el edificio a través de una puerta en la parte trasera y se agacharon cuando subieron por las escaleras hacia el piso superior.

Habían saqueado todas las cosas de valor que había en él. El tejado de chapa había desaparecido, y unos bloques de hormigón de acero corrugado se alzaban hacia el cielo nocturno como ramas de un árbol muerto. Todas las ventanas estaban rotas. Faltaban las puertas de entrada de la escalera al piso superior. Había charcos sobre el frío suelo de hormigón. Encima de los umbrales de las puertas, restos de plástico se agitaban al viento.

Max se acercó a una de las ventanas rotas, pegó el hombro contra la pared y echó un vistazo al hangar más abajo. El corazón le latía en el pecho, con golpes tan duros como latigazos contra las costillas y las sienas. No conseguía borrar la imagen de Mishin muerto; se vio obligado a parpadear para observar de nuevo el centro marino abandonado y el hangar adyacente.

«¿Estás ahí dentro, Pashie? ¿Y tú, estás ahí dentro? ¿Tú, que querías tomar

un fotografía de Mishin para una revista literaria?»

Apretó las mandíbulas al pensar en el joven flaco con gafas y una chaqueta de punto demasiado grande.

Max echó un vistazo a Iliá, que no oteaba el hangar, sino que lo miraba fijamente.

—Voy a entrar —dijo Max.

Iliá negó con la cabeza.

—No puedes entrar.

—No espero que me sigas, pero ahora tengo que entrar donde está Pashie.

Max se encaminó hacia la escalera, pero Iliá lo sujetó del brazo con fuerza. Max se dio media vuelta y vio cómo la sangre palpitaba en la vena prominente bajo el ojo izquierdo.

—Quita la mano.

Iliá sacó su Grach de la cartuchera de la cintura.

—También podría dispararte aquí y ahora. Sería más sencillo para mí enviar tu cuerpo a Estocolmo. Así evito tener que entrar ahí a buscarte.

Iliá señaló el hangar con la pistola.

Max se retorció, pero el agarre de Iliá era demasiado fuerte.

—Entonces, ¿aquí se acaba todo?

—Al contrario. Pero debes tranquilizarte y escucharme.

Max percibió fuerza en la mirada de Iliá. La ardiente buena voluntad. Asintió e Iliá guardó la pistola.

—Estas personas ya han demostrado que están dispuestas a todo y son capaces de matar de muchas maneras. Debes contar con que estarán fuertemente armados.

—Entonces, ¿qué hacemos? —preguntó Max.

Las palabras se le amontonaban, tenía la respiración entrecortada. Era como si todas las frecuencias del cuerpo estuvieran dispuestas al nivel más alto.

Iliá arqueó las cejas.

—¿Se te han acabado las pastillas?

Max negó con la cabeza. Le quedaba una.

—¿Cómo te encuentras?

—Estoy enfadado.

Iliá asintió.

—Si quieres vengarte, tienes que escucharme. No podemos entrar por ahí, no de día. Esperaremos aquí, descansaremos hasta que haya oscurecido y después planearemos cómo entrar por otro lugar.

Sarah se recostó pesadamente en la silla; miró por la ventana hacia los árboles que se inclinaban con el viento en la avenida Valhallavägen. Los pensamientos volvían una y otra vez a la conversación telefónica con Max, a lo que le había contado y a lo que ella misma había deducido. Pashie se encontraba eventualmente prisionera en un hangar. Mishin estaba muerto. Un hombre que había sido detenido por espionaje en Estocolmo en 1944 se llamaba Lazarev y era el presidente de St. Petersburg GSM. Borgenstierna ya no se encontraba en el hospital Södersjukhuset.

Sarah no solía estresarse, pero esto la desbordaba. Se quitó las gafas y se apretó el puente de la nariz. Primero el teléfono había dejado de funcionar, después desapareció la información privada, luego Charlie le contó que alguien los espiaba. ¿Qué significaba esto para ellos? ¿Y para la seguridad de Suecia?

Les había tomado dos años fundar Fineki en San Petersburgo. Ahora habían regresado a la casilla de salida. Sarah no sabía cómo podrían seguir adelante.

¿Dónde se encontraba Carl Borgenstierna? ¿Lo estarían atendiendo en su casa? ¿En su domicilio de Gamla Stan? Había una tienda en la planta baja; Sarah había pasado por delante varias veces. Tendría que entrar allí de alguna manera.

Se maldijo una vez más por no haber escuchado a Max desde el principio.

Y luego estaba el SMS que había recibido el día anterior. Sarah se inclinó

hacia el móvil y marcó el mensaje. No sabía cuántas veces lo había leído. Con cada palabra, su cuerpo se acaloraba, desde las nalgas hasta la garganta.

«No aguanto en casa. Tengo que ir a verte mañana por la tarde.»

Estaba preocupada, por el futuro de Vektor, por el futuro de Suecia. El deseo. Demasiados sentimientos encontrados.

De repente, la pantalla del teléfono móvil se apagó.

¿Qué pasaba ahora? Sarah quitó la batería, sacó un imperdible del bolso para sacar su tarjeta SIM, la limpió contra la blusa, sopló, la volvió a colocar en su lugar, lo mismo que la batería. Pero el teléfono seguía sin funcionar.

Miró el despacho. No podía estar sin teléfono móvil. Solo hacía un año y medio que lo tenía, y ahora que de repente había dejado de funcionar, ni siquiera era capaz de organizar su tarde.

Podía llamar a Max desde el teléfono de casa. ¿Y Gabbi? Se habían intercambiado una serie de SMS. Cosas muy privadas. ¿Dónde se encontraban esos mensajes ahora? ¿Adónde iban a parar los SMS? Lo cierto era que no tenía acceso a ellos con el trozo de plástico muerto que tenía en la mano. ¿Podría llamar a Gabbi desde el teléfono de casa? ¿Y si ella no respondía a un número desconocido? No deseaba perderse una noche junto a ella.

¿Telía no había controlado aún esos ataques? ¿Había alguien que solo saboteaba los teléfonos de Vektor? ¿El teléfono móvil se había estropeado para siempre, o solo se había colgado algo del *software*?

Sarah utilizó el teléfono interno del escritorio.

—¿Violet? —dijo—. ¿Puedes llamar al servicio de atención al cliente de Telia, por favor?

Una petición bastante simple, pero Sarah supuso que el servicio de atención al cliente de Telia estaba en apuros en ese momento y que lo que ella pedía significaba una larga y frustrante espera al teléfono.

—¿Ha pasado algo? —preguntó Violet.

—Mi móvil no funciona. No sé qué le pasa. Ha habido muchos problemas, tienen que arreglarlo de alguna manera.

—Llamo a Telia.

—Gracias, Violet. Eres un tesoro.

De repente le llegó un mensaje por el ordenador. Una llamada entrante de Vektor al servicio de atención al cliente.

David Julin dejó lo que tenía entre manos y miró la pantalla de hito en hito. Ahora ocurría lo que Ray había pronosticado, el comienzo de la nueva misión que se había visto obligado a aceptar.

Se puso los auriculares. Tenía la boca seca y bebió un trago de agua.

—Buenas tardes, servicio de atención al cliente de Telia —dijo él—. ¿En qué puedo ayudarle?

—¿Hola? —dijo la mujer al otro lado de la línea—. ¿Es el servicio de atención al cliente?

—Sí, está hablando con el servicio de atención al cliente —dijo David tan tranquilo como pudo.

—¡Qué bien! Pensé que tendría que esperar mucho más.

«Demasiado vehemente. Ahora tranquilízate. No puedes cometer ningún error.»

—¿En qué puedo ayudarla? —dijo David de nuevo.

—Llamo de parte de mi jefa, Sarah Hansen. Estamos teniendo muchos problemas con los teléfonos, y ahora el suyo ha dejado de funcionar por completo.

—¿Desea que le enviemos un teléfono de repuesto?

—Uy, eso sería fantástico. ¿Pueden enviarlo antes de que abandone el trabajo?

—También podemos enviar el teléfono a su casa.

—Eso sería todo un detalle. Se lo notificaré. Se trata del teléfono con el número...

David no necesitó apuntar el número que la mujer le dio. Ya se lo sabía de memoria.

—Ningún problema, lo arreglaremos. Me encargaré de que alguien entregue un teléfono en casa de Sarah Hansen.

Max oyó cómo su padre revolvía cosas abajo, en el despacho del sótano. Pudo imaginarse la mesa repleta de libros, cuadernos y periódicos. Una botella de Bell's Scotch Whisky. Max oyó cómo murmuraba. ¿Ahora hablaba solo? Max se inclinó hacia el teléfono en la mesita de noche de madera azul y se lo acercó al oído.

—Deseo hablar con el abogado —oyó decir a su padre por el teléfono.

—¿Quién es? ¿Sabe qué hora es? —dijo una mujer—. Ha llamado a casa del doctor Wallentin. Aquí no hay ningún abogado.

—Déjeme hablar con el doctor, entonces. Dígale que es Arholma quien llama.

—Lo siento —dijo la mujer—, pero tendrás que aceptar que esta conversación se acaba ahora.

—¡Páseme con su marido, ahora!

Se oyó un chasquido cuando la mujer dejó el auricular a un lado. Max contuvo la respiración. Su padre respiraba pesadamente en su oído.

—¿Con quién hablo? —dijo un hombre con voz oscura y somnolienta.

—Llamo desde Arholma. Ya sabes, esa cueva en el mar dejado de la mano de Dios. Han pasado veinticinco años desde que estuviste aquí.

—¿Cómo me has encontrado? —preguntó el hombre.

—Me tomó algo de tiempo —dijo su padre—. ¿Hola? ¿Sigues ahí?

—Esto es un error —dijo el hombre—. Un *terrible* error.

—Veinticinco años.

—Escúchame —dijo el hombre con una voz que ahora sonaba decidida, despierta del todo—. ¿Me llamas desde casa? —Sonó como si hubiese tapado el auricular con una mano, todo el ruido de fondo desapareció—. Voy a colgar.

—Espera un momento —dijo mi padre.

—No —dijo el hombre—. Esto nunca ha pasado, ¿entiendes? No habrá otra oportunidad.

—¿Hola? ¿Wallentin?

Se escuchó un clic en el auricular. Después, Max solo pudo oír la respiración entrecortada de su padre. Luego colgó el auricular intentando evitar hacer cualquier ruido.

Le sobresaltó un grito repentino que penetró a través de los tablones del suelo. Su padre tiraba cosas abajo en el sótano; enseguida se oyó que la botella de whisky se rompía contra el suelo. Su padre gritó alto.

Cada vez más alto.

Cuando se despertó, Max se sentía helado. Un par de metros a su izquierda se encontraba Iliá sentado, durmiendo con la espalda pegada a la fría pared de hormigón; había abandonado su puesto de guardia. Iliá era una persona fantástica en muchos aspectos, pero no pertenecía al ejército, eso estaba claro.

«Esto es asunto mío, no tuyo, amigo. Debes pensar que te has vendido demasiado barato. A pesar de que creías que te habías pasado cuando dijiste quince mil dólares.»

Max se levantó y se acercó a una ventana rota con vistas al centro marino y al hangar. ¿Habría entrado Lazarev ahí mientras ambos dormían? ¿Quizás llevaba ahí todo el tiempo?

Pronto amanecería, la luz era escasa en el edificio abandonado.

Max encendió la linterna que Iliá había sacado del todoterreno. La pared sobre la que Iliá se apoyaba estaba repleta de grafitis:

«¡Que se joda OMON!»

«HAMBRE»

«¡Muerte a Gorbachov!»

«¡1991-09-14 Última danza de los cosacos!»

«¡Larga vida a Vympel!»

Junto al umbral de la puerta alguien había dibujado una caricatura de uno de los símbolos de la Spetsnaz, un puño cerrado que sujeta un fusil de asalto Kaláshnikov. Este puño alzaba el dedo medio, y el cañón del fusil había sido reemplazado por un pene erguido.

La pared del otro extremo de la habitación estaba decorada con más grafitis, más detallados, como pinturas rupestres, escenas de juego y dolor, con niños que se tomaban las manos, niños que corrían por el bosque, niños que se ocultaban. Pero también había dibujos de armas y carros de combate.

En medio de la pared había pintada una gran imagen. Parecía un ser del bosque, una figura alta similar a una bruja con las piernas cortas y un largo torso. Los brazos se extendían hacia los niños que intentaban escapar de allí corriendo. En sus manos tenía unos largos cuchillos que estaban manchados de sangre. Más allá del sendero por el que corrían los niños había una hoguera de palos y ramas. Debajo de la hoguera, una base de cráneos.

La figura no era de hombre ni de mujer. Tenía el cabello largo, lacio, y ropa sencilla que colgaba del cuerpo casi anoréxico. Detrás crecían troncos de árboles y raíces entrelazadas entre ellas y el bosque. De las copas de los árboles colgaban cruces ortodoxas sobre las llamas del gran fuego.

¿Qué clase de imágenes horrendas eran estas? ¿Qué representaban? ¿Y quién las había pintado?

Max bajó la vista al hangar. Llegaba un solitario coche, un Mercedes negro. La puerta eléctrica se abrió y desde su posición elevada Max pudo ver el patio al otro lado de la verja. Al poco tiempo llegaron más coches, seis en total.

—Iliá —dijo Max—. Tenemos visita.

Iliá se despertó al momento. Se dirigió hacia la otra ventana y se colocó como Max, con la espalda contra la pared y la cabeza a un lado, de forma que podía ver en diagonal a través de la ventana hacia el hangar.

—Al parecer, alguien ha organizado una fiesta.

Los hombres se apearon de sus coches. Se saludaron entre sí, estrecharon manos, se abrazaron, se besaron. Eso duró unos cinco o seis minutos. A continuación dobló la esquina una larga limusina negra y entró en la calle donde se encontraba el hangar. Delante de ella había dos motos y detrás iba un coche de escolta. La limusina era de la marca Zil, cuya categoría haría palidecer a sus equivalentes occidentales como Rolls-Royce y Maybach. La marca de automóviles tenía carriles bautizados en su nombre. Los carriles Zil, por donde circulaban los altos cargos del partido. En un principio, Zil se llamaba Zis, *Zavod imeni Stalina*, pero después de que el liderazgo soviético condenara el culto a Stalin, la compañía cambió Stalin por Lenin y el nombre pasó a ser Zil.

—¿Un invitado de altura? —dijo Iliá.

—Ven —dijo Max, y agitó la mano.

Se dirigió hacia la escalera, iluminó las paredes con la linterna. En la parte superior había una escalera metálica que conducía a las vigas del techo.

—Si pudiéramos subir ahí arriba, veríamos mejor.

Subieron por la escalera y vieron una pequeña plataforma alrededor de una chimenea sobre la que se podían colocar. Cuando consiguieron llegar allí después de balancearse sobre una viga del techo, se refugiaron detrás de la chimenea y observaron lo que sucedía abajo, en el hangar.

Los dos motoristas aparcaron y se colocaron a ambos lados de una vieja puerta metálica. Iban vestidos con unos monos de cuero negro a juego con los cascos. Del coche de escolta descendieron dos hombres. Eran corpulentos,

vestían idénticos trajes grises y relucientes botas de cuero. Desaparecieron de su vista cuando se encaminaron de vuelta hacia la verja. Se abrió una de las puertas de la limusina y primero salió un pie, luego una pierna y, finalmente, la otra pierna. Un hombre desplegó su largo cuerpo y se estiró en toda su longitud en el patio. Todo lo que rodeaba el coche pareció encogerse, incluso la imponente limusina. El hombre vestía un elegante abrigo marrón. Giró la cabeza en ambas direcciones, como si se ajustara el cuello. Su largo cuello, tapado por un polo, parecía pertenecer a un pájaro. La cabeza era desproporcionadamente pequeña en comparación con el resto del cuerpo.

—Ganso ha llegado —dijo Max.

Pashie hizo un nuevo intento de levantar la cabeza. Sentía un frío terrible que no habría podido superar si no hubiera tenido el cuerpo lleno de vodka.

No debería de faltar mucho para que el sol desapareciera detrás de las paredes del edificio. Entonces, la humedad del Báltico la congelaría de nuevo.

A ambos lados, en las paredes del compartimento, vio marcas de arañazos en la superficie de mucosidad amarillenta. ¿Habían colgado a alguien aquí antes que a ella? ¿Y el hambre y la sed habrían llevado a esa persona a arañar con los dientes la mucosidad para meterse algo en el cuerpo?

«¿Era una mujer como yo?»

¿En qué agujero se encontraba prisionera? Eso le recordaba lo que había oído acerca del archipiélago Gulag.

«¿Qué ha sido eso?»

Algo la tocó.

Algo vivía en el agujero lleno de agua en el que se encontraba sumergida, pequeños bichos como larvas, pero también algo más grande. Algo pasó a su lado y rozó su cuerpo, los muslos y las pantorrillas. De repente, el contacto se transformó en un mordisco. Fue presa del pánico y tiró con los brazos hacia arriba, pateó salvajemente a diestro y siniestro con las piernas en el agua. Hiperventiló.

No podía mantenerse en alto mucho tiempo, por mucho que quisiera. La

fuerza de sus brazos disminuía lentamente y no tuvo más remedio que dejar que su cuerpo se hundiera de nuevo en el fango verde amarillento.

Entonces aquello regresó.

No quería ni pensar qué podía ser eso que compartía el agujero con ella. Cuando se reanudó el mordisqueo, ella dejó de defenderse.

«Íbamos a viajar juntos a Tailandia, a Bangkok, donde la gente mete los pies en tanques con peces. ¿Te acuerdas que hablamos de eso? Era una de las muchas cosas que haríamos cuando hubiéramos acabado de arreglar el mundo, cuando hubiéramos acabado con las injusticias y el desarraigo, cuando por fin pudiéramos atrevernos a apostar por nosotros, comenzar de nuevo, construir una plataforma propia de seguridad. Una familia.»

«Max, debes darte prisa para que el sol vuelva a brillar sobre mí.»

La sed se apoderó de ella. Chupó las paredes del box para obtener algo de líquido del rocío. Tenía la lengua hinchada y áspera como el cuero. Su boca parecía papel de lija. La cabeza le latía a causa de la fiebre.

Lazarev había regresado y se paró frente a ella. En cierta manera, ella había conseguido recomponerse al oír que la puerta con el cristal esmerilado se abría y verlo acercarse caminando. Antes había sentido que se entumecía poco a poco. El odio le dio nuevas fuerzas, deseaba ver el día en el que aquel cerdo pagara.

Lazarev había abierto su blusa y había mirado sus pechos. Ella fingió desmayarse para evitar que la sometiera a algo más. La táctica había funcionado, él no mostró mayor interés. Si Lazarev o sus amigos intentaban propasarse con ella, haría cualquier cosa para evitarlo. Movilizaría sus últimas fuerzas para resistirse, para herirlos.

«No me tendréis.»

Solo pertenecía a un hombre.

El viento creciente trajo un sonido de la otra ala del edificio. Oyó puertas

de coches que se abrían y se cerraban. Voces profundas que se saludaban entre sí en ruso.

«Amigos de la organización.»

Pashie sintió de repente que todo su cuerpo temblaba.

Si ahora se dormía, quizá no volviera a despertarse. Las voces de los hombres se oían cada vez más fuerte, se acercaban a ella.

«No me tendréis.»

«Prefiero morir.»

¿Cómo reaccionarían, ahora que estaban todos reunidos, cuando supieran quiénes eran los otros de la organización, cuando confirmaran quién era realmente él?

Nestor Lazarev observó a sus huéspedes. Había escogido cuidadosamente el lugar: estos eran sus antiguos dominios. Nadie conocía la zona mejor que él, fue aquí donde él y sus súbditos habían entrenado a centenares de los mejores hombres del Ejército Rojo, durante el período oscuro de su vida, cuando su identidad era tan secreta como las instalaciones.

El lugar era el vínculo con el hombre al que todavía servían. Eran pocos los que habían estado tan cerca de Stalin y habían sobrevivido. Lazarev no solo había *vivido* cerca, él había *florecido* a su lado.

Al volver a abrir los locales del Campo de Colonias, Lazarev podría distinguir a aquellos que habían renunciado de aquellos que todavía seguían fieles a su fe. No los dejó entrar a su oficina privada, pero de camino señaló dónde se encontraba y se ocupó de que todos vieran la puerta y la pintura que colgaba al lado.

«¿Podéis imaginaros cuánto he tenido que luchar para salvar la puerta de la residencia de Kuntsevo, esa que conducía a su habitación, cómo la he ocultado y la he mantenido en secreto de hombres como Mólotov y Beria durante todos estos años?»

Los estudió detenidamente cuando pasaron. ¿Quiénes reconocían la puerta?

«¿Dónde os encontrabais esa noche, el 1 de marzo de 1953? ¿Recordáis las primeras horas del 2 de marzo cuando el aterrorizado Lozghachov utilizó el teléfono privado del dormitorio para llamar a los doctores? ¿Cuando se constató el derrame cerebral y se llamó a su doble Dadaev?»

«¿Dónde estabais el 5 de marzo, hace exactamente cuarenta y tres años, cuando los ciudadanos del imperio ni comían ni iban al baño porque estaban mudos de tristeza?»

Con solo setenta y ocho años. Lo que podrían haber conseguido juntos si los médicos no hubieran sido unos incompetentes.

Recordó la voz de Levitán en la radio, cada palabra quedó grabada para siempre en su mente: «El Comité Central del Partido Comunista, el Consejo de Ministros y el Presidium del Sóviet Supremo informan con profundo dolor al partido y a todos los trabajadores que el 5 de marzo, a las 10.10 de la noche, ha fallecido el Secretario General del Comité Central del Partido Comunista y Presidente del Consejo de Ministros después de una grave enfermedad. El corazón que pertenecía al colaborador más cercano de Lenin, el sabio líder y profesor del Partido Comunista y del pueblo soviético, ha dejado de latir».

Hubo gente que murió aplastada cuando la multitud apenada adquirió un tamaño descomunal. ¿Cuánta gente murió ese día? Centenares. En las escuelas del imperio, los niños lloraban en los pasillos.

Incluso hoy, el día de su muerte parecía una tragedia peor que la Gran Guerra Patria.

«Él no solo era mi padre. Era el padre de todos.»

«¿Estuvisteis alguna vez al otro lado de esta puerta, con el corazón latiendo desbocado en el pecho, con esa sensación de cosquilleo en la yema de los dedos, con los pulmones tan llenos de aire que os sentíais más fuertes que nunca, más ligeros que nunca, como si pudierais volar?»

Lazarev condujo a los invitados hacia el interior del hangar. No les dijo

nada cuando pasaron delante de los viejos aviones que él había restaurado y expuesto, dos aviones de ataque Ilyushin Shturmovik y un bombardero de largo alcance DB3.

Los condujo a la sala de reuniones, una sencilla habitación separada del hangar por una gruesa pared de cristal. ¿Se habían vuelto demasiado acomodados para reunirse aquí? ¿El olor a gasolina y aceite lubricante los hacía sentirse incómodos? ¿O tenía el efecto contrario y los llenaba de confianza y ánimo, con ganas de guerra?

Tomaron asiento a lo largo de la improvisada mesa de reuniones compuesta de simples mesas de trabajo. Estudiaron los mapas de Rusia y Europa Occidental que Lazarev había colgado.

Todos ellos eran jefes militares atraídos por lo que Lazarev hablaba y deseaba: la restauración de la Unión Soviética como había sido bajo Stalin. Se habían perdido demasiadas cosas tras tantos años de traidores y reformas catastróficas, desde Jruchov y Brézhnev hasta Gorbachov, que finalmente había disuelto la Unión. El crimen de Yeltsin era imperdonable. Él mismo se había dado cuenta y por eso se había alcoholizado a fondo antes de que lo depusieran y lo llevaran a juicio.

El contacto con los hombres comenzó con las preguntas de Tichakov sobre su contribución en la Praga de 1968. Paso a paso se había llegado hasta esta organización y este día. Lazarev había comprendido que él no estaba solo en su desesperación por la decadencia de la nación. Había muchos hombres poderosos y fieles dentro de las fuerzas armadas que no se dejaban detener por el orden político actual o, más bien, por la falta de orden.

El grupo había ayudado a Lazarev a invertir en una licencia de radio. Había conseguido convencerlos de que su poder financiero sería mucho mayor si estaba unificado y que una empresa de servicios en un área de rápido crecimiento podría lavar sus conquistas de guerra como dinero blanco.

El plan era sencillo. Evitando los impuestos, la empresa podría crecer a la velocidad del sonido y, a continuación, saldría a bolsa. Las sumas que entonces la empresa tendría a su disposición serían de otro calibre, harían que sus propias fortunas parecieran calderilla. Una fortuna colectiva así podría marcar la diferencia de verdad. Podrían comprar alta tecnología y armas. Establecer un poder militar lo suficientemente fuerte como para unir la política dispersa.

Ivánovich. Una fuerza unificadora para restaurar la Unión Soviética, la superpotencia.

Lazarev dejó que la ronda comenzara. Los presentes se pusieron al día entre sí de cómo había sido el desarrollo en sus respectivos campos. Los informes fueron de este a oeste, de forma que él sería el último en hablar.

El penúltimo fue Bykov, hijo de la hermana del exministro de Defensa Jazov y un hombre importante de Óblast de Tula. Un agente de su departamento había establecido contacto con un grupo de chechenos que habían conseguido dos robots balísticos móviles de corta distancia del tipo OTR-23 OKA, completos, con sus cabezas nucleares. Expuso el precio que pedían los chechenos y eso levantó una serie de furiosos murmullos en torno a la mesa. Lazarev permanecía sentado en silencio; encontró la mirada de Bykov y asintió.

«La araña rusa nos pertenece. Recuperaremos nuestros robots y llenaremos de plomo la basura chechena.»

Cuando Bykov hubo acabado, todos miraron expectantes a Lazarev. Este esperó un instante, hasta estar seguro de que tenía la atención de todos. A continuación se puso en pie.

—Os felicito a todos por vuestros esfuerzos —comenzó—. Hoy arrancamos hacia el objetivo final. Esta charada de elección presidencial es una distracción perfecta. Dejemos que las potencias occidentales sean

condescendientes con su política monetaria y que la población se concentre en las mentiras fabricadas sobre el voto libre. Ahora hemos asegurado nuestras posiciones y el verdadero poder sobre la nación. Estamos preparados para tomar el control del futuro.

—Pero ¿eso es así en realidad? —dijo Kolymin, de Kurgan, al sur.

Kolymin era reflexivo e inteligente. Fue a él a quien se le ocurrió que la organización podía utilizar a los viejos jubilados soviéticos por su condición exenta de impuestos para resolver el problema de los aranceles de importación de teléfonos móviles. Intelectualmente era fuerte, aunque también escéptico.

—¿No habéis oído que todos los últimos informes afirman que Occidente vuelve a apoyar a Yeltsin sin reservas? —prosiguió Kolymin—. ¿No habéis oído el apoyo del Banco Mundial y el escandaloso plan de financiación de su campaña electoral? ¿Sobre eso que comenzó con la iniciativa de los oligarcas en Davos y que ahora tiene un impulso enorme? Muchas de las personas con quienes hablo están preocupadas por que el traidor Borís Nikolálevich Yeltsin pueda acabar ganando por tener a los medios y la cultura popular detrás, y con la CIA infiltrada dirigiendo el proceso electoral.

—¿Cuál crees que es el camino más corto para restablecer el poder totalitario en el país? —preguntó Lazarev—. ¿Pasar por el partido comunista roto, sin compromisos, que dirige el blando de Ziugánov? ¿Crees que eso conduciría a algo parecido a la gran potencia que tanto tú como yo queremos que vuelva a ser Rusia? ¿Crees que lograrás verlo en vida?

Kolymin lo miró fijamente.

—¿Queremos que Yeltsin gane las elecciones?

—El pacto que Yeltsin firmó en Davos con su propia sangre intoxicada de alcohol. Él es apenas un instrumento y lo sabe. Su sucesor ya está designado.

El silencio se propagó alrededor de la mesa. Los que no estaban informados

de este asunto buscaron la identidad del sucesor entre los reunidos en torno a la mesa.

—No se encuentra hoy aquí —dijo Lazarev—, pero se encuentra en nuestra ciudad.

Llegó un gesto de confirmación de Tichakov.

Lazarev rodeó la mesa hacia el otro extremo de la habitación y se colocó delante de los mapas de la pared. El largo dedo índice señaló esa región que era la más interesante.

—Estas regiones tienen juntas el mismo PNB diario que toda Rusia. Todas están indefensas, más o menos, frente a negociaciones con la OTAN.

—Pero nosotros solo hemos empezado a reconstruir la base del poder militar dentro de las fronteras de la Unión —apuntó Kolymin.

—No podemos esperar hasta que las ratas del Kremlin y el llamado Partido Comunista sean capaces de averiguar cómo recuperar el control del país más grande del mundo a través de reformas —dijo Lazarev con nueva energía en la voz—. ¿Un buen bolchevique actuaría así? Los más devotos y persistentes, muchos de ellos formados bajo mi supervisión, son agentes internacionales, hombres que se han ahorrado la situación de la Rusia de hoy.

—¿Qué sucede alrededor del mar Báltico? —preguntó Bykov.

—Hemos conseguido infiltrar el sistema de telecomunicación de Suecia y Finlandia. Una célula durmiente en Estocolmo ha sido activada. Es uno de nuestros mejores agentes y hace progresos excepcionales con una serie de experimentos innovadores. Puedo admitir que Kolymin tiene razón en un aspecto. No tenemos la misma capacidad de invasión que teníamos en el pasado. Pero la guerra ya no es igual, y nosotros también tenemos que cambiar. Podemos tomar el control a través de la nueva tecnología de la información.

—Y nadie domina esa área mejor que nosotros —añadió Tichakov.

Tichakov representaba los intereses de la organización en Tomsk. Era un

tipo con agallas. Él era quien se encargaba de la actividad *lobbística*, tanto con el alcalde Sobchak como con los oligarcas. Él había allanado el camino para el joven de la alcaldía que había seducido a los oligarcas por su capacidad para conseguir que se hicieran las cosas y su buen sentido comercial. El exagente de la KGB no mostró su verdadera lealtad hasta que se sentó en el Kremlin. Y entonces, los oligarcas que lo pusieron allí tuvieron que comerse sus palabras y sus medallas de oro y maldecir el día en el que, sin saberlo, habían invitado a los generales negros a regresar al poder.

—Ya no se invade con tanques. Ahora se ataca la aorta que alimenta el sistema de esos países con sangre y oxígeno, dinero e información. Y empezamos con Suecia.

Sorpresa y conmoción asomaron en algunos rostros. Euforia en otros. Ninguno de ellos se había esperado esto. Lazarev pudo ver cómo la fascinación gradualmente reemplazaba a la sorpresa alrededor de la mesa.

«Suecia, el objetivo impensable.»

—Supongo que conocéis la tecnología GSM y el sistema de rápido crecimiento de los ordenadores personales conectados llamado internet, ¿no? —Algunos asintieron alrededor de la mesa—. Nosotros podemos entrar en esos sistemas centrales y controlarlos de una forma que no se puede rastrear. Pero ya no es como antes, cuando solo nos sentábamos a escuchar lo que la gente hablaba por teléfono. Ahora podemos controlar el flujo de información, y un país como Suecia, que lidera este desarrollo en el mundo, transfiere cada vez más funciones importantes de la sociedad al sistema que nosotros podemos controlar.

El murmullo creció en la sala. Lazarev se llenó de orgullo.

«He planeado esto durante muchos años. Lo juré junto a tu tumba.»

—Podemos obtener los archivos del Gobierno, de los hospitales, de las cárceles. Podemos interrumpir y cancelar las señales que dirigen tanto los

aeropuertos como la radio, la televisión y la telefonía. Podemos interferir y dirigir pagos a bancos, fondos de pensiones, la Seguridad Social. Hace poco hicimos una prueba en la que dejamos trescientos teléfonos móviles fuera de combate.

Llegados a este punto, hasta los más escépticos parecían contentos.

—Pero eso no es todo —dijo Lazarev—. La tecnología GSM tiene posibilidades fantásticas en lo que respecta a controles a distancia de aplicaciones técnicas, como marcapasos, rampas de misiles y explosivos. Y si se controlan los repetidores de telefonía, se pueden armar con cargas atómicas y gases. GSM es, queridos amigos, el disparador perfecto.

Lazarev dejó que asimularan lo que acababa de decir. Infinidad de posibilidades. Un mundo interconectado. Control remoto de los cerebros y corazones del país desde el interior de Rusia. Holocausto pulsando un botón a distancia. Sabía que los generales allí reunidos lo comprenderían.

Había llegado el momento. Lazarev alzó una mano para acallar los murmullos.

—La revolución mundial todavía está al alcance. Los últimos años de decadencia han hecho que hayamos perdido mucho terreno. Para lograr el éxito en el objetivo final tenemos que volver a ser lo que una vez fuimos, los guerreros de la doctrina. Empiezo por mí mismo. Me ha llegado la hora de resucitar.

Los hombres se miraron entre sí. Las miradas vagaron.

«Algunos de vosotros lo sabéis, otros lo sospecháis. Algunos no habéis entendido nada.»

—Yo, como Nestor Lazarev, he actuado en secreto para restaurar *su* gloria. Nací de padres rusos en la Ucrania de la hambruna. Ni siquiera una sola vez oí a mis padres cuestionar la visión de nuestro líder sobre un reino mayor que todos los demás, un reino digno de la superioridad del pueblo ruso. He sido

educado en el sacrificio. Hay que poner a un lado todos los deseos egoístas por el colectivo, por la vida eterna después de la abolición de la muerte, por la Utopía. Y él me tomó como hijo suyo. Mi nombre auténtico es Viktor Gusin.

—¿Ganso? —se oyó susurrar a Kolymin.

—El hijo de Koba —dijo Bykov.

Los hombres se miraron fijamente.

—¿Estáis listos para luchar como se luchó en el principio? —dijo Lazarev—. ¿Estáis dispuestos a renunciar a vuestras comodidades y luchar como soldados por las calles de la ciudad como hicieron nuestros padres?

—A sus órdenes, coronel general —dijo Bykov, y los otros generales alrededor de la mesa asintieron con fuerza.

Lazarev levantó una mano y sintió cómo el calor se propagaba por su cuerpo. Tomó su vaso y lo alzó para brindar.

—Por él, cuyo corazón dejó de latir este día, hace cuarenta y tres años. Larga vida a Stalin.

—Larga vida a Stalin.

El frío viento que penetraba por las estrechas callejuelas de Gamla Stan olía a canela. Sarah pensaba que mientras fuera invierno había algo en Gamla Stan que hacía que pareciera que seguían en Navidad, a pesar de que el mes de marzo ya estaba aquí. Se subió la bufanda para que le cubriera bien la garganta. El viento del norte, pensó, ese viento que era tan especial en Estocolmo. El viento con el que Max parecía tener una relación muy especial por haber crecido en Arholma. Los meteorólogos de la televisión hablaban de *frío ruso*, el frío viento del norte traía frío siberiano. Realmente, eso era lo que parecía cuando ella cerró la puerta del taxi.

Caminó por la costanilla de Skottgränd hasta la calle Österlångatan, giró a la izquierda y luego continuó hacia la plaza Köpmantorget. Echó un vistazo a la estatua de Sankt Göran y el dragón, después continuó por la calle Köpmangatan hasta el cruce con la calle Själagårdsgatan.

Allí, en la esquina, en la planta baja de la casa propiedad de la familia Borgenstierna, se encontraba la tienda que vendía artículos náuticos y antigüedades. Miró el interior a través del escaparate. El establecimiento estaba cerrado como siempre que pasaba por allí. En el escaparate colgaban viejos carteles de Estocolmo de los años treinta y cuarenta. El cartel de un musical en el Oscarsteatern titulado *Barco teatro*: una mujer negra llevaba un cesto en la cabeza, una representación azul oscuro del río Mississippi y un

barco a vapor que expulsaba humo blanco por la chimenea. Un estreno en la Ópera de Estocolmo titulado *Zorina*.

En el techo se veían unos lirios morados sobre un fondo de color *nougat* pintados a mano. Más allá, en el interior, había un hombre con un mono azul subido a una escalera que trabajaba en un cuadro eléctrico. Llamó a la puerta. El hombre se volvió hacia ella y negó con la cabeza. Ella volvió a tocar y lo llamó con la mano. Este se bajó de la escalera y abrió la puerta.

—Está cerrado —dijo.

—Lo entiendo. Pero le he prometido a un amigo que le ayudaría a encontrar un artículo que lleva buscando desde hace muchos años. ¿Le importa si entro y echo un rápido vistazo? Solo me tomará cinco minutos.

El hombre se encogió de hombros.

—Acabaré en cinco minutos y luego me iré.

El hombre regresó al cuadro eléctrico y Sarah entró en la tienda. Pasó de largo los cuadros de Harald Lindberg y Roland Svensson. Motivos del archipiélago y retratos. Se detuvo delante de un gran catalejo recubierto de latón colocado en un trípode y pasó el dedo por el polvo que cubría su parte superior. Aquí no había estado nadie en mucho tiempo.

En una esquina había una puerta entornada. En su interior brillaba una luz amarillenta. El hombre estaba de espaldas y Sarah dio un par de rápidos pasos hacia la puerta, la abrió y entró. La débil luz amarilla procedía de una vieja lámpara de mesa. Encima de un escritorio había cuatro marcos con fotografías. Eran fotografías de una misma mujer.

Al principio, Sarah pensó que esa mujer parecía una actriz de alguna de las representaciones de los carteles del escaparate. Pero cuando miró más de cerca vio que se trataba de fotos privadas. Borgenstierna nunca se había casado, nunca había creado una familia. ¿Quién era la mujer? En la pared junto

a la mesa había un interruptor. Cuando Sarah lo accionó, la habitación se iluminó y lo que apareció la hizo estremecerse.

Toda la pared que había detrás de la mesa estaba recubierta de fotografías de la misma mujer. Su cabello oscuro rizado le llegaba hasta los hombros. Las imágenes de la pared eran como un *collage*, pero lo que resultaba extraño era que todas eran la misma fotografía, ampliada en centenares de copias. La mujer hacía una graciosa reverencia, con la barbilla levantada y una sonrisa radiante en sus labios, los brazos a los lados sujetando el vestido ondulado. En una posición de saludo bien ensayada, como si ella diera la bienvenida a todos los que habían acudido a su representación.

Sarah apartó la mirada de la mujer. En la pared izquierda había carteles de titulares y recortes de periódicos. Todos eran de los años cuarenta. Dejó que la mirada vagara por ellos.

«Bombardeo en Helsinki.» «Ataque contra Estocolmo.» «El Gobierno en reunión de crisis después de que el embajador soviético haya sido llamado a Moscú.» «El primer ministro reconoce la existencia de la Oficina de Información; los servicios de inteligencia norteamericanos preparan a la resistencia sueca ante una eventual ocupación soviética.» «Error de navegación de la Flota Norte rusa. Ninguna víctima.»

Cuando se dio la vuelta hacia la puerta vio un álbum de fotografías abierto sobre una silla. Se acercó a él contra su voluntad. Fotografías del archipiélago. Un hombre tiraba de una barca hacia la playa. El mismo hombre, alto y vestido con ropa de caza, sujetaba el ave marina que había cazado.

Sarah pasó la hoja. Y se quedó sin aliento.

La fotografía representaba a un hombre joven que ella conocía en su vida adulta.

—No puedes estar aquí dentro.

Sarah dio un respingo y se dio media vuelta.

El electricista la fulminó con la mirada.

—Ya han pasado los cinco minutos. Tienes que irte.

—De acuerdo —respondió Sarah—. Disculpa.

Pasó junto al hombre apresurada, sintió que su mirada la seguía hasta la salida. Abrió la puerta y respiró hondo cuando el viento golpeó su rostro.

Sarah todavía sentía temblores cuando llegó a casa y cerró la puerta de la calle tras de sí. ¿Quién era la mujer que cubría las paredes de la tienda de antigüedades? Sarah se sentía disgustada por lo que había pasado, por su comportamiento, por haber invadido una habitación en la que no pintaba nada.

La habitación rezumaba un gran pesar.

Pero las otras fotografías resultaban aún más impactantes. Trató de ordenar todo lo que le daba vueltas en la cabeza.

Se podía entender que Carl Borgenstierna hubiera donado todo el dinero cuando iban a contratar a Max. Él era uno de los patrocinadores de la institución, y la actividad de Vektor estaba en línea con el propósito de la Fundación Mar Báltico. El reclutamiento de Max era importante para el desarrollo de la actividad.

Pero ¿por qué tenía fotografías de cuando Max era niño? Y el hombre adulto de las fotografías tenía que ser Jakob Anger, ¿el padre de Max?

Las preguntas resonaban como una alarma en su cabeza.

Fue a la cocina. Se detuvo.

De repente, lo vio todo claro. Las fotografías de la mujer, los titulares de los años cuarenta, las fotografías de Jakob y Max Anger.

¿Podía ser cierto?

Sarah se acercó al teléfono y marcó el número del nuevo móvil ruso de Max. «Responde, Max.» Fue transferida al buzón de voz. Sarah colgó el

auricular, volvió a intentarlo. «¡Responde!» Una vez más acabó en el buzón de voz.

—Max, soy Sarah. Estuve en casa de Carl Borgenstierna en Gamla Stan. Allí hay una habitación empapelada con fotografías de una mujer de los años cuarenta. La misma mujer que creo que viste tú en foto en el hospital. También había fotografías de tu padre. Y... tuyas. Creo que tienes razón. Creo que la mujer y Borgenstierna tienen una conexión con tu familia.

Un pitido la interrumpió. ¿Le había contado todo? No dijo claramente lo que pensaba, pero quizá fuera lo mejor. Lo mejor era que Max sacara sus propias conclusiones.

Los hombres salieron de nuevo. Los contó, catorce personas. Las dos motocicletas fueron las primeras en irse. La limusina Zil y el Mercedes negro que cerraba el cortejo se quedaron.

—¿Qué ha sido eso? —dijo Iliá—. ¿Una reunión del consejo de dirección?

Max negó con la cabeza. Nestor Lazarev había llegado como un zar con su propia guardia real. Difícilmente se trataba de una reunión de viejos amigos íntimos, en tal caso no habría necesitado esa clase de medidas de seguridad. Si era cierto que la zona fue una vez una instalación ultrasecreta de la GRU, entonces lo más seguro es que fuera el terreno de Lazarev.

Pero ¿quiénes eran sus huéspedes? Max supuso que estaban relacionados con la enigmática fundación que controlaba: St. Petersburg GSM.

Ivánovich.

—¿Por qué llamas Ivánovich a una fundación? —preguntó Max.

—¿Por qué llamas Ericsson a una empresa de telefonía?

—Porque resulta que el inventor que creó la empresa se llamaba así.

Iliá esbozó una sonrisa.

—Quizá haya un inventor que se llama Ivánovich o Iván.

—Venga ya —dijo Max—. ¿Qué quieren estos hombres?

—Eran militares, sin lugar a dudas. Halcones, seguro; oficiales de alto rango. Retirados o en activo.

—¿Fanáticos disidentes? —dijo Max—. ¿Que están creando una milicia

propia?

—Llegaron al anochecer —apuntó Iliá—. Así que seguro que son unos tipos turbios. Pero ¿por qué se reúnen justo ahora? ¿Esta noche?

Max miró el reloj.

—Cinco de marzo —dijo.

Entonces lo recordó. Por supuesto, eso era lo que destacaba.

—Es el día de la muerte de Stalin.

Todo conducía al mismo hombre: Stalin. Todos los detalles eran simbólicos, como que el mismo Lazarev llegara en un Zil.

—Una secta estalinista.

—Que se reúne para planear un futuro más brillante para todos nosotros —dijo Iliá.

Ivánovich significa ‘hijo de Iván’. Ivánovich era uno de los muchos apodos de Stalin, además de Koba, que Stalin utilizó durante sus años revolucionarios.

En las últimas encuestas realizadas entre los rusos sobre quién había sido el dirigente del país más importante de todos los tiempo, alrededor del veinte por ciento votó por Iósif Stalin, a pesar de conocer el reinado de terror y los muchos millones de personas que fueron asesinadas. Durante la época de Stalin, una retrasada sociedad feudal se transformó en una superpotencia industrial y militar mundial. Bajo el mandato de Stalin se derrotó el fascismo en la Segunda Guerra Mundial, que los rusos llamaban la Gran Guerra Patriótica. A su alrededor se instauró un culto a la persona. Stalin no solo era el jefe del Gobierno y el padre de la patria, se convirtió casi en un dios.

Lo llamaban Sol, pues nada podía vivir sin él. Y todos los que se acercaban demasiado podían morir abrasados.

Existía un culto a Stalin en todo el mundo. Solo en el Reino Unido había dos grandes grupos bien conocidos por la prensa y las autoridades.

Ivánovich, a diferencia de otros muchos grupos de fanáticos, parecía tener proximidad directa con el hombre mismo, y una proximidad directa con todos sus crímenes. Si Pashie había llegado a la verdad sobre esos hombres, no habría guardado una distancia prudencial con ellos. Lo que más deseaba ella era exponer públicamente a gente como esa. Habría deseado llevarlos ante el Tribunal Penal Internacional de La Haya como hicieron con los viejos nazis.

El edificio alto que se encontraba detrás del hangar antes se llamaba Centro Estatal de Investigación de Biología Marina. Max no podía dejar de imaginar qué clase de experimentos se realizarían allí.

Pensar en los graves crímenes contra la humanidad que esos hombres y sus iguales habían cometido lo llenaba de una rabia nueva. El pulso se le desbocó. Ahora no debía permitir que sus pensamientos vagaran.

No podía ponerse a pensar en qué le habían hecho a Pashie.

—Tengo que entrar, Iliá. Cuando miramos los mapas con Mishin dijiste algo sobre un hospital que antes se encontraba en la zona. Un hospital y un centro de investigación que se encontraban en la misma zona. ¿En qué estabas pensando?

—No sé si es una buena idea —dijo Iliá, y frunció la frente—. ¿Tienes claustrofobia?

—No, no tengo.

En el pelotón anfíbio, Max había dirigido cursos en los que se buceaba en túneles submarinos con botellas de oxígeno.

Iliá se dirigió hacia el hueco de la escalera y se colocó junto a una ventana que daba al otro lado, lejos del hangar.

—Allí, en algún lugar, debió de estar el hospital. Y allí estaba el Centro Estatal de Investigación de Biología Marina.

Señaló en dirección al hangar.

—Todos los grandes edificios soviéticos como hospitales, y seguro que

también los centros de investigación, se calentaban a través de un sistema subterráneo de túneles de vapor. Cuando derribaron el hospital dejaron los túneles bajo tierra. Tenemos que encontrar un túnel que iba desde el hospital al Centro de Biología Marina. Ese será tu camino de entrada.

Había una serie de cosas sobre las que Max normalmente se habría interesado, pero comprendió que ahora no tendrían respuesta. «¿Estaban los túneles activos o inactivos? ¿Cuál era la temperatura? ¿La humedad?» Había distintas clases de túneles de vapor. Unos eran lo suficientemente anchos y altos para que un adulto pudiera caminar por ellos. Otros estaban contruidos de forma que solo el vapor pudiera pasar por ellos. Si uno quería atravesar uno de estos, tenía que arrastrarse a cuatro patas, hacerse tan pequeño como fuera posible y prepararse para avanzar reptando como una serpiente. A veces había vida en los túneles. Criminales que se escondían de la justicia. Gente sin hogar. Drogadictos. Ratas.

No había garantía alguna de que el plan de Iliá funcionara, pero ese era el único plan que tenían.

Todas las preguntas que le daban vueltas en la cabeza esperaban su respuesta allí, dentro del hangar.

Con Pashie y Ganso.

Sacó el teléfono móvil que había puesto en silencio. Tenía dos llamadas perdidas de Sarah. Marcó el número del buzón de voz y escuchó el mensaje de Sarah.

Lazarev regresó solo a la habitación después de haberse despedido de los hombres en el patio. La reunión había transcurrido justo como él esperaba.

Los dos *vores* entraron en la habitación sin mirarlo. Colocaron dos fuentes en la mesa, después fueron hasta un armario y sacaron platos y cubiertos.

Miró su reloj. La coordinación era perfecta. Los *vores* habían recibido instrucciones claras. Desde que los mataron hasta que los cocinaron y sirvieron. Los había instruido para que entraran en la habitación cuando él estuviera solo y preparado para el instante que anhelaba.

«Este es el día de la muerte. Tu alma es mi guía.»

El hombre de los tatuajes y el hombre de Siberia comenzaron a servir la carne.

«Que la fuerza de la juventud crezca en mi interior con este sacrificio.»

Lazarev se imaginó que los hombres de la organización todavía permanecían sentados a su alrededor, como fantasmas. Que lo observaban con la boca abierta y miradas ojerosas.

«¿Dónde os encontrabais en los años treinta, cuando yo era un niño en Ucrania y el sacrificio extraordinario era uno de los requisitos para sobrevivir cada día?, ¿cuando soportamos Holodomor, el peor conflicto humano, cuando la voluntad de las personas y las convicciones ideológicas se pusieron a prueba de verdad? Decidme, ¿dónde os encontrabais cuando mi madre preparaba la carne de mi hermana muerta para que yo sobreviviera?»

Se llevó el tenedor a la boca.

La carne joven era la mejor.

«Eran tus hijos, Margarita. Y ese hecho fue su sentencia de muerte.»

Con cada bocado aumentaba su hambre. Comió con tal frenesí que tuvo que secarse con la servilleta la saliva que le corría por la comisura de la boca. Cada vez que tragaba sentía que las fibras de su cuerpo se volvían más fuertes.

Él había sobrevivido a la gran hambruna gracias a que su madre hizo el mayor de los sacrificios. Solo unos años después, él fue descubierto por Mólotov y poco a poco lo introdujeron en el círculo interno del Kremlin.

Si su madre no hubiera sacrificado a su hermana, si él no hubiera comido esos trozos de carne, hoy no sería el que era. Y ahora quería honrar ese recuerdo.

Los hombres de la organización habían dicho que estaban dispuestos a sacrificarse. Pronto sabría si eran tan hombres de verdad como para defender su palabra.

—¿Quizá deberías llevarte esto?

Iliá sacó una Grach, idéntica a la que Max había sujetado hacía un par de días.

Su peso resultaba agradable en la mano. Max deseó sentir el retroceso en su hombro cuando la utilizara. Había preferido no contarle a Iliá lo que Sarah le había grabado en el buzón de voz. Lo dejaría reposar. Era algo que tendría que analizar después. «Más tarde.»

—No podremos comunicarnos cuando esté dentro de la red de túneles — dijo—. El teléfono móvil no funcionará. Cuando salga por el otro extremo te enviaré un SMS. Tú quédate aquí vigilando. Cuando recibas mi mensaje, conduce hasta la verja con el todoterreno tan rápido y silencioso como puedas.

Iliá asintió e hizo una rápida reverencia.

—Si ves algo, tienes que comunicármelo. Lo más probable es que ambos estemos bajo presión, así que tenemos que decidir una manera corta de comunicarnos ante los posibles escenarios que podamos encontrarnos. No tenemos tiempo para enviarnos largos mensajes.

Max escribió un código con tres posibles situaciones de su parte y tres por parte de Iliá. La regla de tres, nunca más de tres.

Caminaron sin hacer ruido por la parte trasera del edificio. Iliá miró el mar. Después dirigió la vista hacia las principales entradas a la autopista.

—Debería estar aquí, en alguna parte.

Buscaron un rastro en el suelo, donde la nieve se hubiera derretido a causa del calor subterráneo. Max vio un cambio de color en la nieve junto a un bordillo roto de la acera. En medio de la calzada, la dura superficie se había transformado en nieve derretida y fango.

Cabeceó hacia Iliá, que cruzó a su lado. Patearon el suelo y apartaron la nieve y la gravilla con las manos. Ahí debajo encontraron una tapadera de hierro fundido.

Iliá metió los dedos en el agujero de la tapa e intentó abrirla.

—Está demasiado dura —dijo—. Necesitaremos una barra de hierro o algo parecido.

—Había unas barras de hierro en el tejado —dijo Max.

Corrió de vuelta al interior del edificio mientras Iliá intentaba quitar tanto hielo y nieve de la tapadera como fuera posible. Max regresó enseguida y con la ayuda de la barra de hierro consiguieron abrir la tapa.

—¿Recuerdas las señales? —preguntó Max.

—Sí, claro. Buena suerte.

Max se introdujo en el agujero. El túnel era más bajo de lo que él había esperado y se vio obligado a arrastrarse. Miró arriba una última vez, a Iliá, asintió, e Iliá volvió a colocar la tapadera en su sitio.

El sonido de la pesada tapa de hierro envió un eco a través del túnel. Fue como si el aire desapareciera por completo. Max estaba solo en un espacio estrecho y oscuro como el carbón. Encendió la linterna, pero apenas iluminaba cinco metros por delante de él. Solo podía orientarse con la ayuda de su capacidad de orientación, que había entrenado navegando alrededor del archipiélago de Estocolmo durante noches interminables. La sensación del cuerpo y el recuerdo de los mapas eran todo lo que tenía para basar en algo su rumbo.

Se tumbó bocabajo. A medida que avanzaba, el techo parecía aún más bajo.

Eso significaba que si necesitaba dar media vuelta tendría que hacerlo arrastrándose marcha atrás. Pensó en Hein Espen, el amigo noruego que perdió el control en un túnel, en las instalaciones de la base naval de Haakonsværn. El pánico se apoderó de él y nunca volvió a ser el mismo después de ese episodio.

Max había superado sus propios miedos y había aprendido a controlar el pánico cuando un túnel se volvía tan estrecho que los hombros no pasaban, cuando uno se veía obligado a doblar los hombros hacia la barbilla tanto como podía, romper su propia clavícula si era necesario para, como un oficial dijo una vez, «salir como cuando llegaste al mundo».

A medio camino del techo, en el lado derecho, había un puñado de cables eléctricos. En el lado izquierdo estaban los tubos de vapor, tenían más o menos dos decímetros y medio de diámetro. La temperatura era soportable, aunque Max supuso que se debía a que acababan de abrir la tapa y habían dejado entrar aire frío en el túnel.

Dirigió la linterna hacia el tubo de vapor superior y escupió en él. Cuando la saliva alcanzó el metal caliente chisporroteó ligeramente. Pronto haría mucho calor aquí dentro.

Max avanzó arrastrándose en la oscuridad. Después de un rato, o una eternidad, resultaba difícil de determinar ahí abajo, vio lo que parecía ser una curva brusca. Avanzó con los codos y los dedos de los pies para mantener la linterna delante de él. Con cada intento apenas avanzaba un par de centímetros. El cuerpo se le calentó enseguida y comenzó a sudar. Se detuvo, se quitó la chaqueta y la dejó tras de sí.

Se trataba de un giro de noventa grados. Aquí el túnel era algo más ancho, y la altura al techo, mayor. Max se puso en cuclillas. Los tubos cruzaban todo el túnel, de un lado a otro. El espacio entre el tubo inferior y el suelo era de unos dos decímetros. Era imposible. ¿Podía apartar el tubo de una patada? Entonces

quizá el túnel se llenaría de vapor y lo cocería como a una verdura. La única alternativa era trepar por encima de las tuberías.

Max se movió tan cerca del techo como pudo. El sudor comenzó a correrle por la frente, por los ojos y la boca. Sintió el sabor a sal en la lengua. El calor irradiaba a través de la ropa, contra la piel.

Levantó la pierna izquierda por encima de la tubería y la estiró, como una patada baja. A medio camino. Ahora tenía un pie en el aire, con la tubería entre las piernas y el sudor que chisporroteaba contra el metal. El calor ardiente se encontraba a milímetros del escroto, si tropezaba ahora la tubería lo achicharraría. Apoyó con cuidado el peso corporal sobre el otro lado. La tubería rozó el pantalón y se propagó un olor a tela chamuscada. Alzó el pie derecho al mismo tiempo que dejaba que el tronco cayera al otro lado y se apoyó con fuerza en el hombro izquierdo, intentó relajar su cuerpo al máximo mientras rodó.

Había llegado al otro lado.

Al doblar la esquina, el túnel se volvió más grande y pudo aumentar la velocidad.

De repente oyó un ruido.

Se detuvo y apagó la linterna. Escuchó en el calor de la oscuridad del túnel. ¿De dónde procedía el sonido? Un segundo sonaba delante de él, al siguiente detrás.

¿Qué clase de sonido era? ¿Ratas?

Lazarev trató de apartar de su mente las dudas que lo asaltaban. Había recibido la información detallada de la base de datos de Telia, un extracto del tráfico de conversaciones y abonados de Estocolmo que pertenecían a Vektor. Había dos números a nombre de Sarah Hansen. Uno de los teléfonos parecía haber estado en San Petersburgo durante un largo período de tiempo. El teléfono de Pashie, con toda seguridad.

Estaba claro que esta mujer, Sarah Hansen, al parecer de ascendencia polaca, era la jefa de la organización llamada Vektor. Era ella la que ponía a los demás a trabajar.

Pero ella no era el problema.

No había ningún Paul Olsen. Desde un principio, Lazarev había sospechado que el nombre era falso. Sin embargo, el nombre que aparecía en el extracto en lugar de Paul Olsen resultaba más que chocante.

«Max Anger».

Entre las pertenencias de Margarita había encontrado un papel con un número y un nombre: «Max». Eso no podía ser una coincidencia. Era, por lo tanto, Max Anger el que se escondía en algún lugar de la ciudad bajo el nombre de Paul Olsen.

Aquel día de junio de hacía trece años. La peluquería del centro comercial de Elmsta. El fuerte sol, la joven peluquera que trabajaba para él y llegó con la información de que Jakob Anger ese día estaría solo.

El mecánico borracho, que hizo todo lo que le dijeron antes de que lo llevaran a la parte trasera del garaje y le metieran una bala en la nuca.

¿Ese día no significaba un ajuste definitivo?

¿Había un Anger más? «¿Un hijo?»

Recordaba a un niño sentado a la mesa de un café junto a la peluquería. Su mirada era oscura cuando levantó la vista de su revista.

El sarpullido en la nuca le picaba más que nunca.

«¿Es este tu plan diabólico para vengarte de mí, Borgenstierna?»

Cogió el papel del Grand Hôtel del cajón del escritorio. Lo sujetó entre sus manos, volvió a leerlo. ¿Durante cuánto tiempo Wallentin y Borgenstierna habían planeado vengarse de él? ¿Aquí, en su propio callejón trasero?

¿Habían descubierto dónde se encontraba? ¿Venía ahora Max Anger de camino hacia aquí?

Lazarev se puso de pie y movió los hombros para aliviar la rigidez. Se dirigió a su despacho, a la fotografía de la estantería. El marco estaba vuelto hacia la pared de la habitación, como lo había dejado desde que Rousseau viniera a visitarlo. Era en la parte posterior donde Lazarev había escrito el nombre de ella, la fecha de nacimiento y la de defunción.

«¿Así que todavía vives, Carl Borgenstierna? —pensó—. Entonces, ¿eres tú quien está detrás de Vektor en Estocolmo, la facultad de la Universidad de San Petersburgo, Pashie y Max Anger?»

«¿Esta es tu manera de vengarla?»

«Tienes que asumir la responsabilidad en el papel que desempeñaste. Yo me encargué de matarla, pero tú la borraste de la historia. Probablemente se trató de un ultimátum del Gobierno sueco. ¿Te amenazaron con matarte si alguna vez contabas la verdad sobre el 22 de febrero de 1944? Y no solo a ti.»

«Al niño también.»

«El niño que finalmente encontramos.»

«Nunca dejé que cesara el espionaje contra ti y Wallentin; fue así como me enteré de la existencia de Jakob Anger en la costa.»

«¿Por qué ella, de entre todas las mujeres, Carl?»

«Ella era de nuestra propiedad.»

Lazarev apretó el puño y vio el nombre de Wallentin y Borgenstierna en una bola de papel desaparecer por última vez en su vida.

La chica del patio interior, Pashie, era igual que Tatiana, una traidora que se había enamorado del enemigo. Ahora, ya nada podía salvarla. Lazarev había estado allí fuera antes de que llegaran los invitados. Ella había dejado de aullar, ni siquiera se había resistido cuando Lazarev le quitó la blusa. Parecía un hada en un paisaje invernal, con el cuerpo pálido y resplandeciente bajo la lluvia.

«Tu sirena del mar Báltico, Max Anger. Ahora se aproxima el último ajuste. Ven y busca tu venganza. Nadie chupará sus pezones congelados. Pronto le será chupada la vida.»

Max iluminó la esfera del reloj. Había pasado demasiado tiempo en el túnel. Había avanzado tan en silencio y con tanto cuidado como pudo después de que apareciese aquel sonido. Ahora tenía más espacio en el túnel y podía avanzar en una cómoda posición en cuclillas. Debía de encontrarse cerca del hangar. Con la ayuda de la linterna buscó una conexión en la tubería hacia cualquier lado, una tapadera o una puerta.

El sonido parecía acercarse sin parar, rebotaba contra la cañería. Max se dio media vuelta y dirigió el haz de luz hacia atrás. Allí no había nada.

El sonido aumentaba mientras avanzaba. Un sonido hormigueante, persistente. Enseguida lo percibió con más claridad, rápidos impactos contra el suelo del túnel, como un discreto redoble. Miles de pasitos. El tamborileo era acompañado de un gemido. De repente, oyó gritos por todas partes, delante, detrás, arriba, abajo.

Max aumentó el ritmo para acercarse al sonido antes de que este llegara a él. Sudaba copiosamente, y el corazón le latía con tanta fuerza que le dolía el pecho.

Cuando el brillo de la linterna por fin alcanzó su objetivo, lo primero que Max creyó ver fue un gran hormiguero. Pero los animales que se arrastraban por una parte elevada del suelo del túnel no eran hormigas; eran ratas negras de toda clase, desde unas pequeñas parecidas a hámsteres hasta verdaderas bestias.

El hedor hizo que se le revolviere el estómago.

Max comprendió que tenía que abrirse paso entre las ratas y sacó la pistola. Golpeó con la culata la cañería de vapor y un eco sordo se propagó por el túnel. Muchas ratas salieron huyendo al momento debido al ruido inesperado. Algunas de las más grandes permanecieron allí. Max se acercó despacio y con cuidado. Golpeó la cañería de nuevo, gritó, y varias de las ratas se alejaron.

Iluminó a una de las ratas más grandes que todavía estaba parada encima. Tenía los dientes incrustados en carne y sangre alrededor de la boca.

Max se acercó.

«¡Largaos!»

Algunas de las ratas seguían paradas y chupaban y mordían un cuerpo. Max pasó la linterna por el cuerpo y las ratas huyeron.

Fue como si su cabeza estuviera a punto de explotar. Iluminó con la linterna el cuerpo y el rostro. Se trataba de una mujer. Sus ojos estaban abiertos y miraban fijamente el techo del túnel de vapor. Estaba completamente desnuda. Tenía grandes cardenales en el cuello. Su cuerpo estaba cubierto de sangre; la piel, agujereada y rasgada; grandes trozos de piel habían sido arrancados y habían dejado a la vista la suave carne del pecho y el estómago.

«Debería haberte llevado a ti y a tus hijos al aeropuerto. Te fallé.»

Max se arrodilló junto a Margarita Yushkova y dejó caer la linterna al suelo.

Al momento siguiente alguien lo derribó.

Se dio una larga ducha caliente. Sarah dejó que el agua enjuagara el estrés de los últimos días y lo que había visto en la tienda de Borgenstierna.

Se hidrató con aceite corporal para suavizar la piel, como le gustaba a Gabbi. Salió del cuarto de baño, se puso el kimono y cerró la ventana que había abierto para ventilar el humo del cigarrillo.

El cuerpo de Sarah seguía caliente después de la ducha. Pasó un buen rato regulando el atenuador de luz para que el ambiente quedara perfecto, ni demasiada luz, ni demasiada oscuridad. Deseaba estar relajada, pero al mismo tiempo poder verlo todo, las tonalidades, los cambios, las palabras que no se pronunciaban. Llenó el cargador de CD del cuarto de estar con ocho discos que las llevarían por diferentes estadios durante la noche. Esta ocasión tenía que ser perfecta, no deseaba dejar nada al azar. No quería que nada las interrumpiese, que no hubiera instantes de silencio embarazoso o de inseguridades.

¿Qué clase de música le gustaba a Gabbi? ¿Acaso le gustaba la música? Se había casado joven y había tenido hijos pronto. No escogería nada demasiado profundo ni demasiado sofisticado. Era una chica alegre. Le pegaba más Billy Joel que Roxy Music.

Sus pensamientos volaban descontrolados. Sarah nunca se había sentido así con nadie.

Encendió la vela del alféizar, un bloque de cera blanca con aroma a vainilla

que algún cliente le había comprado en Londres, y que resultaba perfecta para ocultar los rastros de humo del tabaco. Fue a la cocina y sacó una botella de vino rosado que había puesto en el congelador. ¿El vino rosado se decantaba? ¿No era en realidad un vino de verano? Sarah pensó que a Gabbi le gustaría. Abrió la botella y olió su aroma. Sirvió dos copas, se llevó una a los labios y le dio un sorbo.

«Dios mío.» Llevaba todo el día preparándose para esta noche. Como una quinceañera. Miró el reflejo de su rostro en la oscura puerta de cristal del horno Bosch. «¿Estás lista para esto, Sarah Hansen? ¿Podremos contener estos extraños sentimientos?»

Tomó otro trago, en esta ocasión algo mayor. Le sentó bien, se tranquilizó. Sin embargo, estaba extrañamente acalorada. Se abrió el kimono y se quedó casi desnuda en la cocina. Si ahora la vieran los niños... Por suerte, esta noche dormirían fuera de casa.

Volvió a cerrarse el kimono y al dejar la copa sobre la mesa de la cocina vio que un coche se detenía en el camino de acceso a la casa. No se trataba del Saab de Gabbi. Aparcó a unos cincuenta metros de la casa. Era un Volkswagen azul con los cristales tintados.

Su calle no era un camino de paso y ella vivía al final. No logró ver a nadie a través de los cristales tintados. En un lado, el coche tenía una pegatina con un logotipo. ¿Un vehículo de empresa? ¿Alguien que se había equivocado de camino? ¿Alguien que no sabía muy bien adónde iba?

Finalmente, un hombre se apeó del vehículo. Vestía un mono gris y tenía aspecto de chico de los recados. Miró en todas direcciones antes de encaminarse hacia la casa de Sarah. Llevaba una caja en sus manos.

Un momento después llamó al timbre. Sarah se vio a sí misma en el espejo del recibidor. Llevaba el kimono correctamente puesto y le cubría todo el

cuerpo. De todas formas, poco importaba, ya que aquel chico no pasaría del umbral.

Sarah abrió la puerta. El chico de los recados tenía el cabello largo hasta los hombros, peinado hacia atrás, y gafas octogonales. En el bolsillo del pecho del mono lucía el mismo logotipo que había visto en el lateral del coche, SwitchCom.

—¿Sarah Hansen? —preguntó el hombre.

—Sí, soy yo. ¿Y tú quién eres?

—Trabajo para una empresa de servicios que se encarga de reparar y reemplazar teléfonos para Telia. Usted ha solicitado que le entregáramos un teléfono nuevo, ¿verdad?

—Sí, claro, es cierto —dijo Sarah—. Me has sorprendido un poco porque casi lo había olvidado.

—¿Puede firmar aquí? —pidió el hombre.

Le tendió un formulario que Sarah firmó y le entregó la caja.

Sarah la miró, era azul y blanca y tenía un Nokia 1610 en su interior.

—Por desgracia, la tarjeta SIM no se activará hasta mañana, técnicamente será después de medianoche. Tenemos que introducir una fecha en el ordenador y hemos elegido la fecha de mañana para esta tarjeta.

Hablaba demasiado rápido. Si Sarah se lo hubiera encontrado en una discoteca, habría buscado rastros de anfetamina en sus pupilas. ¿Estaba nervioso? ¿Era porque ella estaba casi desnuda delante de él?

—No importa —dijo Sarah—. Esta noche estoy ocupada con otras cosas, pero me alegro de que esté operativo mañana temprano. ¿Necesito saber algo más?

—No —dijo el hombre—. Ya hemos acabado. Mañana solo deberá abrir el paquete y poner en funcionamiento su nuevo teléfono.

Gabbi Julin redujo la velocidad, se dio cuenta de que conducía demasiado deprisa. Ya casi había llegado y las carreteras cercanas a la casa de Tyresö eran estrechas y serpenteantes. Había dejado una casa vacía tras de sí. Los niños estaban con la feliz familia de vecinos, que tenían un abuelo o una abuela, o lo que demonios fuera, que vivía en el desván y los hacían felices a todos.

Cuando David regresara a casa se daría un atracón de rumores y especulaciones sobre todas las carreras del día siguiente en Solvalla. No le importaría nada que ella no estuviera sentada en el sofá frente al televisor, viendo alguna comedia romántica que ya había visto antes. Ni siquiera la echaría de menos en la cama.

Cuando llegó a la entrada de la casa de Sarah vio a un hombre vestido con mono que abría la puerta de un coche aparcado a cierta distancia de la vivienda. Al pasar a su lado, él le lanzó una mirada. Vio en el retrovisor que se quedaba parado y la seguía con la mirada.

«¡Dios mío! ¿Acaso era David?»

El corazón le latía desbocado en el pecho. No podía ser David. El cerebro le tenía que haber jugado una mala pasada, quizá estaba demasiado preocupada por su escapada secreta.

Aparcó el coche en el camino de acceso a la casa, agarró la bolsa y se apresuró hacia la puerta. Lanzó una última mirada hacia el coche que ahora se alejaba de allí.

«Espabila, joder. Reacompite.»

Miró por la ventana de la cocina. Allí estaba Sarah, su Afrodita particular, con una copa de vino en la mano.

Llamó a la puerta y al instante Sarah abrió.

Gabbi cerró tras de sí y dejó caer el bolso en el suelo. Miró a Sarah, incapaz de contener todo lo que llevaba dentro.

—Creo que me estoy volviendo loca.

Sarah la abrazó, abrió el kimono, dejó que Gabbi sintiera la suavidad de su cuerpo. El calor que emanaba de él.

—No te preocupes. Estás conmigo. Aquí no te puede pasar nada malo.

El gatillo perfecto. En el pasado había grandes paneles, mesas de control con centenares de botones y mandos, pantallas con gráficos verdes y rojos, infinidad de personas en la habitación. Un lenguaje propio de códigos y comandos. Ahora estaba solo él y el teléfono móvil. Así de sencillo. Genial.

Acababa de finalizar la conversación con Estocolmo. Hablaron acerca de la información que perturbaba a Lazarev. Sarah Hansen y Max Anger. El hombre le había contado que todo estaba preparado. Lo que faltaba lo podía llevar a cabo él mismo por teléfono.

Eso demostraría si Paul Olsen era realmente Max Anger. Recibiría su merecido. Pero comenzarían con Sarah Hansen.

Le parecía muy apropiado que una mujer polaca fuera la que recibiera el primer golpe. Al igual que el resto de su gente, ella había olvidado que la Unión Soviética los había salvado de los nazis, esos imperialistas que atribuían a las personas de origen eslavo un valor marginal solo un poco más alto que los judíos.

Lazarev abrió la aplicación de su teléfono. Introdujo el código de seguridad. Pulsó el botón.

Entonces, de repente, oyó un extraño eco, que sonaba como si procediera del radiador. Se repitió varias veces, como golpes en las cañerías y movimientos a sus pies.

Debajo del edificio.

Miró la pantalla del televisor para decidir qué cámara de vigilancia escoger. Fuera de su despacho todo estaba como de costumbre, el pasillo en completa calma. ¿Alguno de los participantes a la reunión se había quedado en el hangar? ¿Se había quedado alguien en la sala de conferencias? Había ordenado vigilar el hangar a los *vores*. ¿Habían fracasado una vez más?

«No.» Había visto fuego en los ojos del siberiano. Si la mujer había sobrevivido a la violación, seguro que encontró su final tal y como Lazarev había ordenado.

Ser humano contra animal.

Ese era el sonido que oía.

El ruido de abajo aumentó. Fuertes golpes en las cañerías. Un eco resonó en el radiador detrás del escritorio.

De repente, el grito de un hombre llenó el edificio.

Lazarev se guardó el teléfono en el bolsillo y abandonó su despacho.

La linterna había acabado en el suelo un tanto alejada de ellos. Max yacía de espaldas bajo un hombre con el que luchaba en la oscuridad total. Este pretendía golpearlo en el rostro, pero Max mantenía su cuerpo en completo movimiento. Los puños golpeaban con fuerza el suelo de hormigón y Max comprendió el dolor que debía sentir.

El hombre presionó su cabeza contra Max. El hedor a tabaco y sudor provocó que Max sintiera náuseas. ¿Tal vez el atacante pensaba que Max era más grande y más fuerte? Intentaba superar a Max. ¿Qué había ahí, al otro lado? ¿Un arma?

Max alargó su cuerpo hacia su Grach, pero con el hombre encima de él no pudo alcanzarla. En sus intentos de superar a Max, el hombre se golpeó la espalda y los brazos contra el techo del túnel. La cañería volvió a chisporrotear cuando atravesó su ropa y llegó a su piel. El hombre gritó y el hedor a quemado se propagó por el túnel.

Max presionó al hombre contra la cañería de vapor y este chilló aún más. Consiguió liberarse del agarre de Max con un fuerte tirón y comenzó a arrastrarse alejándose de Max.

Max se dio la vuelta en dirección opuesta para recuperar la linterna y, con ella en la mano, iluminó el cuerpo que se alejaba de él. El hombre se movía inestable y dando sacudidas. Max dirigió la luz hacia la cabeza del hombre. Tenía una serie de heridas abiertas, el lado derecho del rostro estaba cubierto

de sangre y la oreja medio quemada. Una gran herida abierta cubría su hombro izquierdo y la cazadora de cuero colgaba hecha trizas a lo largo del brazo. La espalda parecía chamuscada, las marcas de quemaduras le llegaban al cuello, pero, sin embargo, se podían ver sus tatuajes.

Max sacó la Grach y apuntó al *vor*.

—Quédate donde estás —ordenó Max.

El hombre no respondió. Buscó una vía de escape.

Max tensó el percutor, pero el hombre apenas rio.

—¿Sabes siquiera dónde estás? —dijo.

El dedo índice acariciaba el gatillo con más fuerza cada vez. La más mínima presión y el hombre caería muerto.

—¿Dónde está ella? ¿La otra mujer?

—¿Estará también en el cielo? —El hombre rio de nuevo—. Ni siquiera las ratas desean su cuerpo.

Max tragó saliva. Parpadeó. Acarició el gatillo. «Miente, intenta sacarme de mis casillas. Mantén la cabeza fría. Él conoce el camino al hangar. Sabe dónde está Pashie. Si muere, no te será de ayuda alguna.»

El hombre empezó a gatear de nuevo, aumentó el ritmo con una marcha parecida a la de un chimpancé. ¿No iban en dirección contraria, de vuelta hacia donde Max había empezado? ¿Tendría el *vor* un arma allí?

—¡Detente! —exclamó Max.

Pero el hombre siguió adelante.

Max intentó imitar la forma de andar del *vor*, con las palmas de las manos en el suelo y andares encorvados. Se acercaba cada vez más a él. El hombre dirigió una mirada hacia atrás y comprendió que Max se le acercaba. Cuando tropezó, Max soltó la linterna y se abalanzó tras él, consiguió atraparlo justo antes de que llegara a la esquina de noventa grados. Le aplicó una llave bajo el brazo y sobre el cuello.

—Muéstrame dónde la tienes, después podrás irte.

—Prefiero morir aquí con las ratas que dejarme atrapar por el hombre que hay arriba. Tu pequeña ya no te servirá de nada. Murió anoche.

Todo se oscureció. Max empujó al hombre hacia delante, contra la cañería al rojo vivo que iba por el pasillo.

Retumbó cuando el *vor* chocó contra la cañería. El metal a doscientos grados atravesó su cuello desnudo. El olor a quemado golpeó a Max, pero apretó al *vor* con más fuerza contra la cañería.

«¿No era esto lo que pedías? ¿Poder morir entre las ratas?»

El *vor* emitió algunos gritos débiles, pero el sonido de su voz se ahogó entre el vibrante hervor de su sangre sobre la cañería.

Max había dejado atrás el cuerpo de Margarita Yushkova. Buscó con la linterna una trampilla o una puerta que pudiera conducirlo al hangar. Al cabo de un rato encontró una portezuela en el lado derecho del túnel. Al parecer, el *vor* no había llevado el cuerpo de Margarita demasiado lejos.

Max abrió la puerta, que no tenía el cerrojo echado, e iluminó el lugar con la linterna. El hedor lo golpeó y tragó saliva. Parecía un viejo taller de carpintería transformado en almacén.

El tubo de plástico se encontraba en el suelo. Junto a él una bolsa con migas de pan. Había una botella de vodka vacía entre las patas de una silla. Estanterías metálicas montadas en la pared cubrían las paredes. Cuando dejó que la luz de la linterna se deslizara por el suelo, vio manchas de sangre que condujeron sus pensamientos al cuarto de baño de Pashie.

Un poco más allá había una puerta. Bajo ella se veía el resquicio de luz de un pasillo iluminado.

Max sacó el teléfono móvil. Seguía sin señal. Accionó la manija y salió a un pasillo del sótano. Ahí vio una escalera de metal y, al lado, una puerta de cristal esmerilado. Max pegó la oreja al cristal; sintió el frío del exterior, pero no oyó ningún sonido a excepción del viento. La puerta tenía que conducir al exterior, lo cual resultaba extraño, ya que todavía se encontraba bajo el suelo. ¿Sería un patio inferior? Volvió a mirar el móvil. Aún no había señal. Esta difícilmente sería una vía de escape.

Empezó a subir las escaleras. Cuando se encontraba a medio camino, sintió la vibración en su bolsillo. Iliá había enviado un mensaje. Un uno. Todo iba según lo planeado. Max respondió con un dos.

«Estoy dentro, pero he encontrado resistencia.»

Siguió subiendo las escaleras hasta un gran recibidor con puertas cerradas a derecha e izquierda. Justo delante, un pasillo conducía al hangar.

La puerta de la derecha era de metal y parecía dar al exterior. La izquierda era antigua y bonita, de alguna clase de madera noble, con un reluciente picaporte redondo de latón. Al ver el gran cuadro que colgaba de la pared, Max lo comprendió. Se trataba de un cuadro muy famoso en el que se veía a Stalin en lo alto del descansillo de una escalera; daba la bienvenida a una muchedumbre que representaba a los diversos pueblos de la nación rusa.

Encima de la puerta había una cámara de vigilancia que seguía a Max como la cabeza de una serpiente.

Antes de que este consiguiera reaccionar se oyó un clic y las lámparas del edificio se apagaron.

Todo quedó a oscuras.

Max sacó el teléfono y envió un mensaje a Iliá. Un tres.

«Confrontación.»

No podía regresar al sótano, eso sería como correr hacia un callejón sin salida. En cambio, corrió hacia la puerta de metal. La abrió y una ráfaga de viento frío le golpeó el rostro. Cuando salió al patio, volvió a oír el mismo chasquido y todo se iluminó como en un estadio de fútbol.

Una potente luz apuntaba a sus ojos. Se sentía como una diana viva y ciega. ¿Qué vendría primero? ¿El sonido de los disparos o el cálido dolor de la bala? De repente lo tuvo todo claro. La muerte siempre había caminado a su lado, y ahora él estaba dispuesto a morir si ese era su destino.

Justo frente a él, en medio del patio, apareció una gran figura sujetando una

pistola con ambas manos que apuntaba a la cabeza de Max.

Era el otro *vor* que había visto delante de la casa de Margarita.

—Suelta el arma —ordenó el hombre, y dio un par de pasos hacia él.

Max hizo lo que le dijo y dejó caer la Grach delante de sus pies.

—Y la linterna.

Max también dejó caer la linterna al suelo. El hombre avanzó un par de pasos más, y Max vio que esbozaba una mueca.

—¿Cómo diablos has entrado aquí?

Max apenas negó con la cabeza.

La culata de la pistola aterrizó en la comisura de sus labios. La fuerza del golpe le lanzó la cabeza hacia atrás y retrocedió unos pasos para mantener el equilibrio.

—¿Dónde está Liosha? —inquirió el hombre.

Max supuso que Liosha era su compañero tatuado, pero optó por no responder ahora tampoco.

—De rodillas. Las manos en la cabeza.

Max obedeció. Desde su posición en el suelo alzó la vista hacia el imponente ruso que todavía sujetaba con fuerza la pistola con ambas manos.

No era un pistolero experto.

—Te he preguntado dónde está Liosha.

Como Max seguía sin responder, el hombre lanzó una patada a su barbilla; lo alcanzó con una bota reforzada con remaches de acero. Max cayó hacia atrás y escupió sangre. El hombre se movió y quedó encima con la pistola apuntando a su cabeza.

«No necesitas apuntarme a la cabeza. Un disparo en el torso es suficiente para reducirme. La cabeza es una superficie pequeña para un tirador inexperto.»

—Te lo pregunto por última vez: ¿dónde está Liosha?

Max miró alrededor.

—¿Quién es Liosha?

El hombre dudó.

—¿Cómo has entrado? —preguntó de nuevo.

Max volvió a mirar alrededor, a unos metros de distancia había algo que podría utilizar.

El hombre dirigió una nueva patada contra Max. Esa era la oportunidad que Max había esperado. El remache de acero golpeó un punto blando justo debajo de las costillas y el dolor envolvió el riñón, pero era un dolor que podía aguantar.

Max tosió, sintió sabor a sangre en la boca.

Al mismo tiempo que el golpe lo alcanzaba, Max acertó a agarrar la corva del *vor* con el brazo izquierdo. Al utilizar la fuerza de la patada y rodar a un lado consiguió derribar al ruso imponente.

Cuando los dos yacían en el suelo, Max se alargó hacia el objeto que había visto: un recipiente de cerámica. Lo alzó y lo golpeó con fuerza contra el suelo, después tomó un trozo y lo clavó justo encima del borde de la bota del *vor*.

El hombre retrocedió a causa del dolor, rodó una vuelta alejándose de Max e intentó agarrar el trozo clavado.

Max se lanzó hacia la limusina y se protegió detrás de ella. El *vor* realizó un disparo que rebotó en la pared de ladrillo detrás de Max.

Max percibió un movimiento con el rabillo del ojo y alzó la vista hacia la valla. Alguien saltaba por encima de ella.

Iliá.

Se oyeron nuevos disparos. Una bala hirió la pierna del *vor*. No fue un disparo mortal, pero no estaba mal teniendo en cuenta que Iliá había disparado sentado en la valla.

Entonces todo volvió a oscurecerse.

Max corrió por el patio, recogió enseguida la Grach del suelo y regresó a su sitio detrás de la limusina. El *vor* se movió en dirección contraria, abrió y cerró la puerta de metal.

—¿Estás bien? —preguntó Iliá.

—Sí, estoy detrás de la limusina.

Iliá saltó la valla. Se oyó un ruido sordo cuando su pesado cuerpo alcanzó el suelo. Encendió la linterna, dirigió el haz de luz hacia la limusina.

—Te has peleado —dijo Iliá.

—Viejos amigos tuyos.

—No lo he matado, ¿verdad?

—No, consiguió entrar. Pero su amigo está muerto. Abajo, en el túnel.

Iliá asintió. Uno menos por quien preocuparse.

—Hora de acabar con todo esto —dijo Max.

—Alguien juega con la iluminación.

—Probablemente, Ganso en persona. Tiene un sistema de cámaras de vigilancia. Seguramente puede controlar toda la zona.

Bajo la débil luz de la luna, el hangar parecía mucho más grande por fuera. En algún lugar, del interior se encontraba Pashie, Ganso y la respuesta a todas sus preguntas.

—Voy a entrar por esa puerta de metal —dijo Max.

Iliá esbozó una sonrisa.

—Supongo que es demasiado tarde para renegociar mis condiciones, ¿verdad?

Regresaron al interior del edificio, seguros de que Ganso vigilaba cada paso que daban. No es esto lo que habían planeado, pensó Max, pero a pesar de ello no albergaba dudas. Estaba obligado a hacerlo. Estaba obligado a encontrar a Pashie. Y estaba obligado a mirar a Ganso a los ojos.

Iliá iluminaba el camino una decena de metros por delante de sus pies. Max caminaba por delante hacia la puerta oscura de madera noble, la que había junto al conocido cuadro de Stalin. La manija de latón brilló bajo la luz de la linterna. Max levantó la vista hacia la cámara de vigilancia; esperaba que los siguiera cuando se aproximaran a la puerta, pero esta no se movió.

Max cabeceó hacia Iliá, que sujetó la manija de latón e intentó abrir la puerta. Estaba cerrada con llave. Iliá presionó contra ella con todas las fuerzas de su musculoso cuerpo, pero no cedió ni un centímetro.

—Déjame —dijo Max.

Cuando Iliá se apartó de en medio, Max apuntó con la pistola a la cerradura de la puerta y disparó. Dos tiros. Resonó en todo el edificio, pero no importaba, el elemento sorpresa ya no era válido. Max pateó la puerta una vez, dos veces. La madera era muy dura y muy resistente, pero a la tercera patada se abrió.

Iliá se detuvo junto a la puerta y echó un vistazo atrás. Max ocupó enseguida la habitación. Un escritorio a un extremo, una estantería al otro.

Ni rastro de Pashie.

Max se dirigió al escritorio y echó un vistazo allí: un monitor de televisión y un par de teléfonos móviles nuevos. Se dio media vuelta y vio una armadura de samurái en una esquina, junto a la librería.

Tenía que haber más habitaciones.

Fuera en el hangar se percibieron movimientos e Iliá lo llamó con la mano. Sin embargo, Max acababa de descubrir algo en la librería que había despertado su interés. Levantó un dedo, «dame un segundo», y se apresuró hacia allí. Se trataba del marco de una fotografía que daba la espalda a la habitación. Había algo escrito en él.

Tomó el marco y leyó el texto.

«Tatiana Sedova.»

«Nacida el 7 de noviembre de 1919 en Bairak, Ucrania.»

«Muerta el 22 de febrero de 1944 en Estocolmo, Suecia.»

Un estremecimiento le recorrió el cuerpo desde la rabadilla hasta la nuca.

¿El 22 de febrero de 1944 en Estocolmo?

Max oyó la voz de su madre.

«No remuevas el pasado.»

Ya era demasiado tarde.

La mano le temblaba mientras le dio la vuelta al marco. Se trataba de la fotografía de una boda soviética. Se podía creer que se había tomado en una iglesia, todo lo que rodeaba a los novios recordaba un rito religioso. En una esquina de la imagen se veían hileras de personas en bancos y, detrás de la pareja, había un gran arreglo floral. En las manos y el cabello de la novia había más flores de la misma variedad. Una figura que recordaba a un sacerdote se encontraba frente a ellos e irradiaba amor patriarcal. Con los brazos abiertos les daba la bienvenida a la luz.

Max parpadeó. Reconoció todas las figuras de todos los protagonistas de la fotografía: al oficiante, al novio y a la novia.

No había equívoco alguno sobre el hombre que dirigía la ceremonia. Esa figura corpulenta, cabello espeso cortado tipo cepillo y bigote, sonrisa segura y confiada, su pose autoritaria... La imagen del dictador de la Unión Soviética, Iósif Stalin, se conocía en el mundo entero.

El novio era Nestor Lazarev, conocido como Viktor Gusin en su juventud. Junto a su amo parecía la torre de un faro. Tenía el cuerpo enorme, el cuello largo, delgado y la cabeza pequeña. Una amplia sonrisa asomaba en su rostro.

«El hijo más amado de Iósif Stalin.»

Sin embargo, fue la novia quien le cortó el aliento a Max. El mensaje de Sarah en el móvil. Una habitación entera en Gamla Stan empapelada con sus fotografías. Una habitación en la casa de Carl Borgenstierna.

Solo había visto una vez antes la imagen de Tatiana Sedova, pero estaba seguro de que se trataba de la misma mujer. La mujer cuya imagen también había visto Sarah.

Él la había descubierto en una fotografía descolorida que se encontraba en una mesilla de noche, junto a una cama de hospital de Estocolmo.

La cama de hospital de Carl Borgenstierna.

Recordó las palabras de Sarah.

«También había fotografías de tu padre. Y... de ti. Creo que tienes razón. Creo que la mujer y Borgenstierna tienen una conexión con tu familia.»

¿Su madre le había pedido que no rebuscara en el pasado porque había presentido adónde conduciría todo?

Y ahora él había llegado hasta allí, hasta los peores hombres de la historia.

Max se guardó la fotografía dentro del pantalón y se pasó el jersey por encima.

Las autoridades suecas habían silenciado la verdad sobre el 22 de febrero de 1944. Era mentira que nadie hubiera fallecido.

Todavía no sabía cómo se relacionaba todo, pero Tatiana había muerto

aquella noche. En Estocolmo.

Iliá se inclinó hacia Max y dijo en voz baja:

—El tipo al que disparé está ahí dentro.

Cabeceó hacia el hangar.

Caminaron uno al lado del otro con las pistolas desenfundadas en la gran sala abierta. El viento se colaba a través de los resquicios del techo y la débil luz de la luna se filtraba a través de las pequeñas ventanas del tejado por encima de ellos. Bajo la tenue luz, Max pudo distinguir los contornos de tres viejos aviones. Tropezó con un cubo de metal junto a uno de los aviones y un paño cayó al suelo.

Max se agachó para recogerlo. Era azul y rojo, la tela de una camiseta. De tamaño infantil.

New York Rangers.

Había pertenecido al hijo de Margarita.

«Tenía que haberlos acompañado al aeropuerto.»

Percibió una tenue luz al fondo del hangar. Una pared de cristal. Al otro lado del cristal había algo que parecía una sala de reuniones para los trabajadores, un lugar para comer el almuerzo traído de casa. Sencillas sillas y mesas de madera. Había un hombre sentado a una de las mesas. Su ancha y larga espalda estaba vuelta contra el hangar. Tenía el cuello oculto bajo el polo, una cabeza pequeña y espeso cabello blanco.

Delante de la pared de cristal había un Mercedes negro. La puerta del

conductor estaba abierta, pero no se veía a nadie en su interior.

Max e Iliá se separaron. Cada uno tomó un flanco. Iliá se protegió detrás de un carrito de herramientas. Max detrás del cuerpo de un avión.

—¿Ves algo? —preguntó Max.

—Solo al que está detrás del cristal.

—¿Y al que disparaste? —preguntó Max—. ¿Llegaste a darle?

—No lo sé. Pero seguramente esté en el coche. Un buen lugar para protegerse si uno no tiene mucha movilidad.

Max indicó a Iliá que se moviera hacia el coche y la sala de reuniones. Miró al hombre una vez más. Estaba allí sentado, completamente inmóvil y miraba algo que tenía en las manos, como si leyera un libro, al parecer completamente indiferente a lo que acontecía en el hangar.

Max se movió hacia el objetivo, pero después de unos pasos oyó algo que lo hizo detenerse. El sonido de un goteo. Miró hacia Iliá. Delante de los pies de Iliá había un charco de sangre.

La sangre goteaba del techo.

—¡Iliá! —grito Max, y corrió hacia él.

Encima de Iliá, sentado a horcajadas sobre una viga de hierro, estaba el *vor* de la larga cabellera negra. En una mano sujetaba un largo cuchillo, con la otra apuntaba a Iliá con su Makarov. Esbozó una sonrisa cuando Iliá lo descubrió. A continuación saltó.

Sonaron varios disparos mientras el hombre caía por el aire. La pierna del *vor* alcanzó en el cuello a Max, que cayó al suelo y perdió la Grach.

Iliá se desplomó también por el suelo, sangrando copiosamente por el hombro. Encima de Max estaba el *vor*, a quien las balas habían alcanzado y cuyo lado derecho le colgaba inerte. El lado izquierdo se esforzaba frenéticamente por mantenerse erguido. Todavía conservaba la sonrisa en los labios.

El *vor* había perdido la pistola en la caída y avanzó un par de pasos hacia Max, con el cuchillo alzado. Se tambaleó hacia delante y su sonrisa se tornó más amplia.

Max se puso de pie, recogió su pistola del suelo, se dirigió al *vor* y le pateó con fuerza la rodilla. El hombre cayó delante de él.

Max apuntó al hombre en la frente. Por fin desapareció la sonrisa.

—¿Iliá? —dijo Max sin apartar la vista de la cabeza del *vor*.

Al principio Iliá no respondió, pero después llegó un débil «sí», apenas más alto que un susurro.

—Te llevaré a un hospital, Iliá. Aguanta, ¿me oyes?

Entonces, el hombre detrás del cristal se movió. Viktor Gusin, *Ganso*, se puso en pie desplegando su impresionante altura y miró hacia el hangar.

Sacó su teléfono móvil y se lo llevó al oído.

¿Estaba pidiendo refuerzos?

El teléfono de Max vibró en el bolsillo. Lanzó una rápida mirada al *vor* en el suelo, que no se había movido y moría lentamente. Con la mano izquierda, Max pescó su teléfono ruso del bolsillo.

Miró la pantalla. Era el número de Margarita.

Max presionó el teléfono verde.

—¿Max? —oyó la voz de un hombre—. ¿Max Anger?

Max miró fijamente a Gusin a través del cristal. Podía oír su respiración, cómo esperaba a que Max dijera algo.

Pero en lugar de responder, Max apuntó a Gusin, acarició el gatillo y disparó.

David miró alrededor. ¿Lo haría en el interior o en el jardín? ¿En los columpios? No, los columpios eran demasiado bajos. La cocina podría estar bien. Allí habían pasado algunos de sus peores momentos juntos.

Un último trabajo. Fue así como Ray lo llamó. Pero no se podía confiar en él. Nunca habría un último trabajo.

David, con la ayuda de una escalera, desenganchó la araña de cristal del techo de la cocina y la colocó con cuidado en el sofá del cuarto de estar. Valía una pequeña fortuna.

No lo había entendido y ahora ya era demasiado tarde; eso que Ray llamaba «último trabajo» significaba un paso más allá de la frontera de la cual no se puede regresar.

La sogá era tan gruesa como sus muñecas. Se quitó su reloj Breitling y lo dejó en el sofá junto a la araña de cristal. Había comprado la sogá en una subasta hacía algunos años. Según el subastador, en un tiempo decoró la borda de la motora de un crucero de lujo que pertenecía al fundador de la cervecería Heineken en Ámsterdam. El objeto había despertado su codicia entonces, en la época que tenía dinero en abundancia y adoraba codearse con hombres de éxito en subastas de alto nivel.

David ya no recordaba para qué iban a utilizar la sogá. Él había propuesto que un cuarto de la casa tuviera un estilo marinero.

No resultaba fácil hacer un nudo con una sogá tan gruesa, pero David

siempre había sido un hombre testarudo.

Una vez que hubo acabado, aseguró la cuerda al gancho de la cocina.

Esto continuaría si no le ponía fin. Ray nunca dejaría de presionarlo y no había manera de escapar. Siempre tendría que ir dándose la vuelta por la calle, vigilando por encima del hombro, siempre preocupado por la seguridad de los niños.

Ray y sus cómplices quizá lo dejarían tranquilo por un tiempo, lo envolverían en una falsa sensación de seguridad y, entonces, de repente, un día habría un hombre a la entrada de su casa, Ray o alguien como él, y le recordaría que lo que había hecho como «el último trabajo» los había convertido en hermanos de sangre, en uno de ellos para siempre, «¿no es cierto, David?».

Quitarle la vida a otra persona era la frontera que había traspasado. No importaba que lo hubieran engañado. Ella moriría por su culpa. De esa manera, su propia vida perdía sentido, David Julin ya no existía.

Él había creado el error en el teléfono de Sarah para que necesitara uno nuevo. Había cortado la línea del servicio de atención al cliente para que todas las llamadas de algunos números de Vektor se conectaran directamente a él. Había dotado el nuevo teléfono con el equipo extra de Ray.

Ray le había dicho cuándo, cómo y dónde debía entregar el paquete y David había hecho exactamente lo que le había pedido. Sin detenerse ni una sola vez a pensar o a dar media vuelta.

Miró las sillas que tenía a su alcance, era así como lo hacían en las películas. Quizá usaría una de esas ultramodernas sillas de madera que tanto le gustaban a Gabbi, ella insistía en que estuvieran alrededor de la mesa de la cocina. No, sería mejor utilizar la vieja silla del ordenador, pues tenía ruedas. Pero de camino al ordenador comprendió que debía usar algo más alto que una silla y decidió, sencillamente, utilizar la escalera.

Todo había cambiado al ver a Gabbi allí, en Tyresö. Fue allí y entonces cuando tomó su decisión. Él había esperado una sensación diferente, una sensación de libertad y resignación, pero todo resultaba más complicado de lo que había imaginado.

Aquella especial pintura amarilla. El color del Saab 900 Cabriolet, el coche que tanto deseaba tener cuando se casaron. Él le había ofrecido a ella coches más lujosos, pero no, ella siempre había soñado con el descapotable amarillo. Gabbi de Filipstad. Tenía que resultar impactante, aunque no esnob.

Ella lo adelantó, conduciendo ajena a lo que sucedía por completo. A continuación, lo miró como si él fuera otra persona. Se quedó ahí parado, petrificado.

«¿Sigues todavía allí?»

Desplegó una lona debajo de la soga y el gancho del techo. ¿Qué clase de asunto unía a Gabbi con la jefa de un laboratorio de ideas que había despertado la ira de los rusos? Le había tomado un asombroso largo período de tiempo comprenderlo. No se trataba de un club de libros. Tampoco de una conspiración contra él. Gabbi no trabajaba como espía en sus horas libres.

«Ella me mintió y mintió a los niños cuando dijo que su madre estaba enferma.»

Se quitó el cinturón de piel de cocodrilo. Lo había comprado en una cara tienda de Miami durante su viaje de novios. Caspar lo adoraba y había dicho que lo quería.

Le habían llamado los que realizaban la investigación interna de Telia y habían dejado un mensaje. Querían que acudiera a la oficina tan pronto como fuera posible. Dijeron que habían intentado contactar con él en varias ocasiones y que si no se ponía en contacto con ellos inmediatamente, entregarían el caso a la policía.

¿Policía? Sería interrogado y condenado en un juicio. Tendría que contar

ante todo el mundo, ante el sector IT y los reporteros de *Dagens Industri*, lo bajo que había caído, lo rápido que se puede pasar de ser Emprendedor del Año a estar preso. Teniendo en cuenta lo que pasaría en Tyresö, tal vez hasta los reporteros de la prensa diaria y los tabloides aparecerían y seguirían el juicio. Millonario condenado por asesinato. Visualizó los titulares frente a él.

«Ya no puedo seguir ocultándome.»

Subió un peldaño de la escalera y continuó hasta arriba. La cocina parecía diferente desde allí arriba.

En la ventana del cuarto de estar de Tyresö había pequeñas velas blancas encendidas que difundían una luz conmovedora. Había dos copas de vino rosado servidas. El estéreo reproducía música pop de los ochenta. Ella solo llevaba puesto un kimono.

«Soy un estúpido ludópata que lo ha perdido todo.»

«No quería perderte a ti, a los niños, a nuestra familia.»

«No quería perderme a mí mismo.»

«No quería destruirnos.»

Sujetó la soga con ambas manos, colocó el gran nudo a la izquierda de la barbilla, debajo de la mandíbula. Era ahí donde tenía que estar para que pudiera romper la columna vertebral y las vértebras cervicales.

«Un último trabajo.»

Nunca podría mirar a los niños a los ojos.

La presión sanguínea caería directamente. No sentiría nada más.

«Perdóname.»

Las balas no traspasaron el cristal, apenas dejaron unas pequeñas marcas en él. Max respiró hondo y el corazón le latió desbocado. La mano que sujetaba la pistola le tembló.

Viktor Gusin no había parpadeado. El anciano estaba inmóvil al otro lado del cristal. Apartó despacio el teléfono del oído y lo metió en el bolsillo.

Max se acercó al cristal. Contó las balas que le quedaban en el cargador. Ahora había disparado tres balas, más las dos anteriores. Le quedaban tres. No se sintió preocupado mientras se acercaba a Gusin. Fuera lo que fuera lo que tuviera allí, al otro lado, no podría matarlo a través del cristal antibalas.

A medida que se acercaba pudo ver algo más de la habitación. En el centro había una gran mesa compuesta de otras más pequeñas. Alrededor de ella había unas sillas sencillas. En las paredes colgaban mapas de la antigua Unión Soviética repletos de marcas: estrellas, cruces, líneas. Vio un mapa del noroeste de Rusia. Encima se encontraba la conocida figura de un cosmonauta que flotaba ingrávido en el espacio. St. Petersburg GSM. El mapa indicaba la situación de las antenas. Debajo había un trébol de tres hojas negras con fondo amarillo, el símbolo internacional de la radiactividad.

«¿Qué planeáis aquí? ¿Dotar las antenas con armas atómicas que se puedan disparar a distancia? ¿Un imperio internacional del terror?»

Se encontraba delante del anciano. Apenas un cristal los separaba, los protegía al uno del otro. Ganso, como habían llamado a Lazarev desde la

infancia, era una cabeza más alto que Max; su rostro, de ochenta años por lo menos. A pesar de los claros signos de envejecimiento, el pelo cano, las arrugas a lo largo de sus mejillas y ojos, no había duda de que se trataba del mismo hombre.

«Yo nunca olvido una cara.»

Junio, el día de la bandera sueca.

«Nunca creí que fuera un accidente.»

Algo la despertó. Gabbi dormía profundamente a su lado en la cama, no tenía problemas para conciliar el sueño. ¿Por qué se había despertado? Había ocurrido lo mismo la última vez que Gabbi se quedó a pasar la noche. Sarah no estaba acostumbrada a compartir la cama. Seguro que habituarse a ello le llevaría tiempo.

Miró el despertador que había junto a la cama. La una y diez de la noche. Algo más tarde en San Petersburgo. ¿Cómo le iría a Max? ¿Habría encontrado a Pashie con vida? ¿Se habría salvado él mismo?

«No pienses en esas cosas.»

¿Habría relacionado lo encontrado allí con los hechos de 1944 y el origen y destino de su familia? ¿Con lo que ocurría en Estocolmo justo ahora?

No era solo la falta de costumbre de tener a una mujer a su lado lo que la había despertado, pensó Sarah. Era la preocupación con la que cargaba desde que Max se había marchado a San Petersburgo. Esta se había hecho más patente después de la conversación que mantuvo con Charlie K y de darse cuenta de la conexión que existía entre Vektor y los ataques a Telia.

Sarah comprendió que no podría volver a dormirse y se deslizó de la cama con cuidado para no despertar a Gabbi. En el recibidor vio el paquete encima de la mesa. Casi lo había olvidado. Recordó el extraño encuentro con el hombre en la puerta, y cómo se sintió incómoda en su desnudez.

Y Gabbi, que se había comportado de forma tan extraña al llegar.

«Todo el mundo está patas arribas.»

La una y diez. El hombre había dicho que la tarjeta SIM se activaría a medianoche. Era una de esas tarjetas duplicadas y, con suerte, su información estaría almacenada en ella. ¿Tendría ahora algún mensaje de Max en el teléfono?

¿Habría oído él su mensaje?

Recogió el paquete de la mesa. Era pesado para ser un teléfono. Se sentó en el banco del recibidor con el paquete sobre las rodillas. Estaba cerrado con un precinto fuerte y duro. Utilizó su larga y afilada uña del pulgar, la empujó entre la caja y la tapa y cortó la cinta. Cuando por fin consiguió abrir la caja no llegó a comprender del todo lo que vio. Había algo acoplado al teléfono. Esa era la razón de que el paquete pesara tanto.

«Dios mío.»

Un tubo de metal estaba adosado al teléfono, y en él se veía un monitor rojo. El monitor rojo parpadeaba y envió una señal de estremecimiento por todo su cuerpo.

Dejó con cuidado la caja sobre la mesa. Después corrió a la cocina, tomó el teléfono fijo y llamó al 112.

Cuando atendieron la llamada, sintió cómo la voz casi la abandonaba. Durante los pocos segundos que tardaron en responder, ella vio un *collage* de imágenes en su interior. Las lágrimas empañaron sus ojos.

—Hay una bomba en mi casa.

¿Cómo de duro puede ser un cristal? Max miró el Mercedes que estaba a su espalda. A través de la puerta abierta vio que las llaves estaban puestas. Dio media vuelta y se dirigió al coche dejando atrás a Ganso.

El motor del Mercedes arrancó en cuanto Max giró la llave. A través de la ventanilla vio cómo Viktor Gusin se movía hacia el fondo de la habitación.

Gusin estaba con la espalda pegada a la pared de los mapas de su reino imaginario. Sujetaba un teléfono en la mano y tecleó algo.

Max apagó las luces del coche y el hangar quedó casi a oscuras, excepto por el pálido brillo de la luna y el afilado resplandor de los tubos fluorescentes al otro lado del cristal.

Se puso el cinturón de seguridad.

«Los frenos dejaron de funcionar. La policía nunca encontró al mecánico.»

Apretó el pedal del acelerador hasta el fondo y el motor turbo rugió. El pecho le palpitaba. El brazo le temblaba cuando lo levantó para protegerse los ojos del choque contra el cristal.

«Abandona la casa inmediatamente. Llévate solo lo más imprescindible. Asegúrate de que no haya nadie cerca de la casa.»

Sarah salió corriendo de la cocina y cogió la bolsa gris de tela del servicio militar que se encontraba tirada debajo del banco del recibidor. Continuó hacia el cuarto de estar y la repisa de la chimenea. Después fue al dormitorio de los niños para recoger el osito de peluche favorito de su hija y el muñeco Buzz Lightyear de su hijo. ¿Qué más? «¿Cuáles son las cosas más importantes que tengo en mi vida?» Se apresuró de vuelta a la cocina, abrió la nevera y sacó un paquete de queso fresco. Al salir recogió la funda de las gafas de la mesa de la cocina.

«Un par de bragas limpias y un poco de maquillaje.»

Dejó la bolsa en el recibidor y corrió hacia el dormitorio. Abrió la cómoda, sin prestar atención a la persona que dormía en su cama.

«Mierda.»

Con las bragas en la mano se sentó en el lado de Gabbi y posó una mano sobre su cálida cadera.

—Despierta, Gabbi.

Gabbi no reaccionó. La habitación se balanceaba y se vio obligada a apoyarse contra la cama.

Zarandeo a Gabbi, cada vez con más fuerza.

—¡Tienes que despertarte ya, hay una bomba en casa!

La desesperación en la voz de Sarah hizo que Gabbi, por fin, reaccionara.

Abrió los ojos, miró a Sarah horrorizada. Se levantó enseguida de la cama y se vistió.

El hombre que había respondido al teléfono se había mostrado serio cuando ella describió el objeto de la caja. Un grupo de artificieros estaba en camino. Sarah había hecho un resumen incoherente de lo que había sucedido a primera hora de la noche. La apariencia del hombre que le había llevado el teléfono de repuesto, con su media melena peinada hacia atrás y gafas octogonales. Lo que ponía en su mono y en el Passat azul: SwitchCom.

Gabbi se colocó el abrigo sobre los hombros y salió por la puerta principal sin haberse acabado de calzar. Los talones, desnudos en el frío, sobresalían de sus zapatos.

Sarah manoseó las llaves. ¿Necesitaba realmente cerrar con llave?

—¡Mi bolso! —exclamó Gabbi al ver la bolsa de Sarah—. No puedo volver a casa sin mi bolso.

Sarah no pudo asimilar sus palabras. ¿No deberían oírse ya las sirenas?

«Vamos de inmediato», había dicho el hombre. Ella negó con la cabeza, se negó a abrir la puerta de nuevo. Sarah tiró del brazo de Gabbi y empezaron a alejarse de la casa.

De repente, una onda expansiva las tiró al suelo; llamas rojas se elevaron hacia el cielo nocturno cubierto de estrellas y Sarah gritó a causa del calor. Sintió como si le ardieran la espalda y el cuello.

Estaba rodeado de plástico blanco. Algo presionaba su rostro. Max consiguió quitarse el cinturón de seguridad y apartó el airbag. Tomó la pistola, intentó abrir la puerta del coche, pero no pudo. La ventanilla estaba rota y salió a través del agujero emitiendo un atormentado gemido.

Se cortó con los fragmentos de cristal que había por todas partes: en el suelo, en la mesa, en el pelo. Le dolía el cuello. Le dio una patada a una silla y se tambaleó hacia el capó. La parte delantera, una vez larga y elegante, se encontraba aplastada, como una lata de refresco espachurrada.

El hombre que se había dado a conocer como Nestor Lazarev se había fusionado con el coche. Estaba doblado. El parachoques lo había clavado contra la pared.

Pero vivía. Los ojos siguieron los movimientos de Max con una mirada penetrante y la boca medio abierta. Un hilo de saliva y sangre le corría por la comisura de sus labios.

—¿Dónde está ella? —dijo Max—. ¿Dónde está Pashie?

—¿Tú? —gritó el hombre—. Es increíble.

Max le quitó el seguro a la Grach.

—¿Qué planeabais en vuestro cuarto de guerra, Viktor Gusin? ¿Porque ese es tu verdadero nombre, verdad? ¿Quiénes son los amigos con los que te reúnes aquí?

Gusin rio entre dientes.

Max miró los mapas de la pared detrás de él. Estaciones de radares, antenas de telefonía. Noroeste de Rusia, Finlandia y Suecia.

—Tu fuerza de voluntad —dijo Ganso— es extraordinaria. Reconozco ese fulgor en tus ojos. Ese fuego puede acabar con todo lo que se interponga en su camino. No hay mayor fuerza en el mundo que un hombre con esa voluntad. Una voluntad de acero.

—¿Dónde está Pashie?

—Olvida a la puta tártara. Ella ha desaparecido. Como también desapareció Jakob Anger. Si quieres, ahora puedes encontrar algo infinitamente más valioso.

Max alzó la pistola. Los temblores regresaron a su mano.

—¿Dónde está Pashie?

—Tenías que haber oído cómo gritaban nuestros nombres y cómo planearon un futuro como él imaginaba, en el que todo el mundo estaría a nuestros pies.

Tosió.

—Hemos nombrado a un sucesor, Max. No importa que ese borracho sea reelegido. Nuestro sucesor está preparado en la sombra. Nosotros lo dirigiremos. *Tú* puedes dirigirlo con nosotros. Esa es parte de tu herencia.

Max miró alrededor. Un poco más allá del coche se encontraba el teléfono móvil que Gusin había tenido entre sus manos cuando Max lo atropelló. Parecía una mezcla entre un teléfono móvil y un *walkie-talkie*. Un teléfono satélite militar.

—¿A quién intentaste llamar? —dijo Max—. ¿Intentaste contactar con tus soldados Spetsnaz? Ahora ya es demasiado tarde.

Viktor Gusin sujetó la muñeca de Max con una fuerza inesperada y tiró de Max hacia él. Max le puso el cañón de la Grach en la cabeza.

—Tú eres el niño que estaba sentado delante de la peluquería.

Max sintió el aliento putrefacto de Gusin. La mano volvió a temblarle.

—La fuerza se saltó una generación. Al igual que Yákov y Vasili, Jakob Anger era un perdedor.

—¿De qué coño estás hablando?

—No tiene por qué ser así, Max. Existe una alternativa para ti.

Max descubrió que el brazo se le había caído algo. Volvió a levantarlo hasta la cabeza de Gusin.

—¿Quién era Tatiana Sedova? ¿Cómo murió?

—Como una traidora —respondió Gusin.

Max apretó el cañón de la Grach contra la frente del anciano, entre los dos ojos.

—Era tu esposa.

Gusin negó con la cabeza.

—Deduzco que has estado en mi oficina.

Empezó a reírse. La sangre salpicó a Max en la cara. Asqueado, se la secó con una mano.

—¿No has revisado todo con Borgenstierna? Es él quien te ha enviado, ¿no?

—¿Sobre qué debería haber hablado con Borgenstierna?

—Sobre el verano de 1943. Sobre el viaje a la residencia de Kuntsevo, a las afueras de Moscú, y la puerta oscura por la que ella entró. Las pesadillas que la atormentaron cada noche a partir de entonces.

Ganso se frotó la barbilla con el hombro y se secó la sangre.

—Así que todavía no lo has comprendido. Todavía desconoces la verdad, Max Anger.

A Max le resultaba difícil respirar. Las palabras de Ganso lo envenenaban, hacían que el suelo se tambaleara bajo sus pies.

«Mientes. Como has hecho toda tu vida. Mientes para salvarte.»

—¿Por qué mataste a mi padre?

Gusin volvió a sonreír, una sonrisa que carecía por completo de calor

humano.

—Cumplí una orden.

—¿De quién?

Max amartilló su Grach.

—Escucha lo que te digo —suplicó Viktor Gusin—: tú estás destinado a cosas más grandes.

—¿*Quién* dio la orden? —insistió Max.

—Su padre —dijo Gusin.

Volvió a tirar del brazo de Max.

—Hay una alternativa, Max.

Por un instante fue como si todo flotase en la habitación. Las palabras de Ganso enviaron sus pensamientos hacia un lugar en el que él nunca había querido pensar. Se liberó del agarre de Gusin.

—Solo hay una alternativa para ti —dijo—. Una sola.

Acarició el gatillo sin apartar la mirada del rostro de Viktor Gusin y el sonido del disparo resonó en la habitación.

Una fuerte ráfaga de viento hizo que la ventana vibrara. El viento silbaba fuera y, en armonía con él, aulló Sharik, que estaba tendida en el suelo con la cadera enferma pegada al radiador caliente.

—Hace viento de tormenta, ¿te das cuenta, amiga? —dijo Gachov—. Durante nuestra vida hemos pasado muchas de estas. No podemos quejarnos.

Se oyó una fuerte explosión y Sharik levantó el hocico del suelo.

Hacía tiempo que Gachov había abandonado la esperanza de poder dormir un poco esa noche. A pesar de que se acercaba la hora del lobo, estaba sentado en su sillón favorito con los pies en el reposapiés remendado mientras leía.

El televisor estaba encendido, aunque ni él ni el perro prestaban atención a lo que aparecía en la pantalla. Gachov aguzó el oído esperando otras nuevas explosiones, pero solo oyó las olas rompiendo contra el rompeolas y el muelle, un sonido absorbente seguido de un golpe sordo y después un repiqueteo de agua que se extendía por el hormigón del puerto deportivo.

Los recuerdos de aquel paseo matutino aún estaban presentes. Desde entonces habían evitado el paseo marítimo y habían buscado caminos alternativos alrededor del cabo del Báltico para las necesidades matutinas de Sharik.

Desde esa mañana, a Gachov le había torturado la mala conciencia. Aunque Mishin se lo había recomendado encarecidamente, Gachov se había planteado

la misma pregunta una y otra vez: ¿debería llamar a la policía? Durante las noches que habían pasado desde esa terrible mañana, Gachov había oído toda clase de extraños ruidos procedentes de la zona que rodeaba el antiguo centro marino.

Se había quedado parado en medio de la noche y había mirado el gigante de hormigón sin ventanas y repleto de grafitis y se había preguntado qué era lo que había cobrado vida. Oyó voces, gritos, un canto fúnebre..., sonidos que seguían atormentándolo en sueños. Ahora habían pasado tantos días que se preguntaba si no era a causa del miedo por lo que se figuraba tantas cosas. Como la explosión de hacía unos momentos.

Sonó lo que parecían disparos de pistola.

Entonces oyó un disparo más. Y otro.

Mishin le había preguntado a Gachov sobre la zona y los distintos edificios. Le contó que intentaba localizar algo, algo que en alguna ocasión eventualmente había estado en la zona del puerto. Que pertenecía a un tiempo pasado, a una rama del ejército de la que nadie sabía nada.

Eso no había tranquilizado los nervios de Gachov. Pero Mishin era un hombre inteligente y un buen amigo, así que si necesitaba ayuda, era obvio que se la prestaría.

Sharik se levantó. Sus aullidos se transformaron en ladridos. Abandonó su cálido lugar junto al radiador, se colocó con las patas delanteras sobre la ventana y oteó la noche oscura.

Debería haber llamado a la policía hacía tiempo. Una vecina había hablado de clubes nocturnos ilegales, casas de putas y violencia en la zona. Ella había llamado a la policía para expresar su preocupación, pero la policía ni siquiera se había dignado a pasar por allí.

Pero esto era demasiado. Canibalismo. Disparos en la noche. La probabilidad de que militares secretos operaran en la zona. De repente,

Gachov sintió que vivía en una zona de guerra. Se dirigió a la ventana y acarició el lomo de la san huberto.

—¿Qué ves ahí fuera, Sharik?

Volvió a ventar, esta vez con tal fuerza que la ventana vibró y el frío traspasó el cristal y le golpeó el rostro.

«Bang. Bang. Bang.»

Varios disparos.

«Ya es suficiente.» Gachov dio unos pasos rápidos hacia el recibidor, marcó el número de la policía y esperó.

Cuando un hombre respondió, Gachov expuso apresurado su caso.

Pasó un rato antes de que el hombre dijera algo.

—¿De dónde ha dicho que procedían los disparos exactamente?

—Creo que procedían del antiguo centro soviético de investigación marina del cabo del Báltico.

—¿El cabo del Báltico? —dijo el hombre—. Le voy a transferir, señor Gachov. Podrá hablar con el inspector de policía Papanov.

Reinó el silencio durante varios minutos, a continuación un hombre con la voz tranquila y controlada dijo:

—Cuénteme exactamente qué ha visto y oído.

Gachov hizo como le dijo el hombre.

—¿Y cómo se llama usted?

—Sergei Gachov.

—¿Y su dirección?

Gachov le dio la dirección.

—¿Está solo en casa?

—Tengo aquí a Sharik, es una vieja san huberto. ¿Por qué?

De repente, la conversación con el policía le resultó de lo más extraña. Parecía no sentir la más mínima preocupación o estrés sobre lo que Gachov le

había contado. Era como si hubiera otra cosa que le preocupara más. «¿Está solo en casa?» ¿Por qué era relevante esa pregunta?

—Quédese ahí, Gachov. Pasaré a verlo dentro de un momento.

Max dejó a Lazarev en la sala de mando y salió al hangar. Iliá había palidecido aún más, pero Max todavía podía sentir su pulso. Se quitó la camisa y la ató alrededor del hombro destrozado por el disparo para detener la hemorragia tanto como fuera posible. Iliá había recibido tres disparos por lo menos y, si Max no conseguía llevarlo enseguida a un hospital, sería el final. Pero antes tenía que encontrar a Pashie.

El cuerpo de Iliá colgaba como un fardo mientras Max lo sacaba del hangar, afuera, al patio, cruzando las verjas hasta alcanzar la calle.

A Max le pareció oír un sonido lejano, pero que se acercaba. ¿Era el viento el causante de ese pitido? No, era otra cosa.

Colocó a Iliá en el asiento del copiloto, con el hombro herido y sangrante en posición vertical.

—Aguanta un poco —dijo, pero Iliá no reaccionó—. Estaré de vuelta en solo un par de minutos. Después te llevaré a un hospital.

Max cruzó el patio y entró en el hangar tan rápido como pudo. En la cabeza resonaba la misma pregunta una y otra vez.

«Pashie, ¿dónde estás?»

Corrió escaleras abajo hacia el sótano. Solo había un sitio en el que no había mirado. Empujó la puerta de cristal esmerilado hacia un desierto patio interior. El suelo estaba cubierto de barro y aguanieve. Una fría lluvia caía del cielo y el viento arañaba el tejado.

En el extremo opuesto del patio interior había un compartimento y al acercarse oyó algo en su interior.

El sonido de un arañazo. El sonido de un jadeo.

Max aceleró el paso y corrió hacia el box. Sonaron movimientos salvajes y golpes desesperados y después reinó un completo silencio.

Cuando Max entró en aquella especie de box, sus piernas apenas pudieron sostenerlo. «Pashie.» Ella colgaba allí, medio sumergida en un agua sucia, al parecer inánime, atada con cadenas y con el torso desnudo. Las cadenas se movían levemente, chirriaban a pesar de que el cuerpo colgaba de los soportes sin fuerza alguna.

Él se lanzó hacia ella. Intentó arrancar los soportes que aprisionaban sus manos, pero estaban hechos de acero. Las manos de Pashie carecían de uñas. Las marcas de rasguños habían creado un patrón de hendiduras y rayas a lo largo y ancho del limo y las paredes del box. La cabeza colgaba sobre el pecho.

—Pashie, ¿me oyes?

Él alzó la cabeza.

No podía ser cierto. No después de todo lo que había pasado. Pegó dos dedos al cuello de ella. Al principio no sintió nada, luego percibió un débil pulso. Posó sus labios sobre los de ella. Estaba fría como el hielo. Pero entonces llegó una ráfaga de calidez.

«Todavía está viva.»

Max le levantó los párpados. Solo vio el blanco de sus ojos.

Alzó su Grach. Le quedaban dos balas, pero eso era todo lo que necesitaba.

Cuando el otro soporte de metal cedió, él estaba allí para detener su caída. Sacó el cuerpo de la mujer del agujero y cargó con ella hasta el patio interior. Parecía como si le hubieran absorbido todo su volumen. Los brazos y las piernas colgaban sin vida propia.

La colocó con cuidado en el suelo e intentó calentarla con su propio cuerpo.
—Estoy aquí, Pashie, estoy aquí —dijo, y acarició sus mejillas.

Entonces oyó aquel sonido de nuevo: ahora se sentía más cerca y ya no había dudas sobre su procedencia. Eran las sirenas de uno o varios coches de policía. No se atrevió a confiar en que vinieran en su ayuda.

Dos jóvenes aspirantes a policía caminaban despacio por el hangar. Vieron rastros de un cuerpo ensangrentado que alguien había sacado a rastras del local. Detrás de uno de los viejos aviones había un hombre muerto con el pelo largo y negro y una barba poblada. Estaban en mitad de un charco de sangre.

Uno de ellos levantó la vista y señaló un Mercedes negro que habían conducido a través de una pared de cristal y después habían estrellado contra la pared del fondo. En la habitación parpadeaba la luz de unos fluorescentes estropeados. En el capó del coche se vislumbraba el rostro de un anciano con un disparo en la frente.

Cuando el aspirante a policía se dirigió hacia el coche, su colega lo detuvo.

—Esperemos a Papanov —dijo—. ¿Recuerdas las instrucciones de la radio?

Se detuvieron y, en silencio, trataron de averiguar qué había pasado en el hangar.

Papanov llegó como de costumbre caminando solo por el pasillo oscuro situado detrás de ellos, con una linterna en la mano.

—Quedaos donde estáis —dijo.

Primero se dirigió hacia la puerta oscura que ambos habían pasado de camino al hangar. Salió enseguida de la habitación y corrió por las escaleras de metal hacia el sótano. Tan rápido como desapareció hacia abajo regresó a la habitación.

Se acercó a los dos aspirantes.

—Alguien ha visto a unos ladrones que corrían por el paseo marítimo. Corred tras ellos, yo me encargaré de esto.

—¿Ladrones? —dijo uno de los jóvenes policías.

—Sí, ¿no habéis oído lo que he dicho? ¿A qué esperáis?

Cuando ambos desaparecieron del edificio, Papanov sacó su teléfono móvil. Llamó a la oficina del alcalde y habló con su jefe.

—Es lo que me temía. Ganso ha muerto.

El hombre de confianza del alcalde recitó las instrucciones para Papanov en un tono rápido, efectivo, sin sentimientos.

—Entendido, jefe —dijo Papanov, y finalizó la conversación.

Las órdenes habían sido claras y Papanov regresó a su coche patrulla aparcado en la calle; sacó dos grandes bolsas de plástico. Pasó sobre los trozos de cristal y entró en la habitación donde se encontraban el Mercedes y Ganso. Quitó rápidamente, pero con cuidado, los mapas de las paredes y los guardó en una de las bolsas de plástico. A continuación, se apresuró hacia la oficina de Ganso y recogió las cosas que el jefe le había indicado. Cuando hubo acabado, colocó las bolsas en el maletero del coche patrulla y comprobó que quedara bien cerrado.

Tenía todo lo que el jefe había mencionado, excepto dos cosas: la fotografía de la estantería y el teléfono satélite de Ganso.

Papanov sospechó que nunca más tendría que limpiar este lugar después de que alguien comiera cuerpos humanos. No echaría de menos esa parte.

Se sentó en el coche y abrió la guantera. Sacó el silenciador de la pistola y lo enroscó. Miró la anotación que había hecho en la comisaria.

«Gachov. Un hombre solo con perro.»

Memorizó la dirección.

Después guardó la pistola silenciosa en el interior de la chaqueta y se

encaminó hacia esa dirección.

Por fin se abrió la puerta de la unidad de cuidados intensivos del hospital Americano. Un hombre de mediana edad con el cabello rubio y rizado caminaba despacio hacia Max y se presentó como el doctor Cleaver.

—Sus amigos se encuentran en muy mal estado —dijo.

—¿Sobrevivirán?

—Hay razones para albergar un optimismo moderado, pero es demasiado pronto para estar seguros. La mujer tiene graves heridas en la boca con múltiples infecciones. Y ha sufrido una hipotermia durante un largo período de tiempo. Una mujer fuerte.

«Sí, lo es.»

—¿E Iliá?

—Le han disparado cuatro veces y ha perdido mucha sangre. Es un milagro que no le hayan alcanzado ningún órgano vital. Ha tenido suerte, pero su estado aún no es estable.

Una mujer fuerte y un hombre con suerte. Se trataba de un resumen más positivo de lo que había esperado.

—La mujer tiene un buen seguro de su empresa en Estocolmo. Se puede quedar aquí o se la puede trasladar a cualquier hospital. El hombre, en cambio, al parecer carece de seguro.

Max le dijo al médico lo que deseaba hacer con Pashie. Revisaron los pasos necesarios para llevar a cabo el plan. Max tuvo que rellenar una serie

de formularios y dejar una copia de su pasaporte y su dirección en Estocolmo, así como los datos de Vektor y la compañía de seguros para la gestión de los costes.

—¿E Iliá? —preguntó el médico cuando estuvieron listos—. ¿Qué hacemos con él?

—Deseo pagar los gastos de Iliá al contado y por anticipado.

—¿Al contado y por anticipado? Con cuatro disparos, la mayoría de los hospitales llamarían a la policía.

—No llame a la policía —dijo Max—. Le daré quince mil dólares ahora.

—Lo siento, señor Anger, pero eso ni siquiera cubre...

—Y seguirá recibiendo los pagos desde Estocolmo hasta que esté listo para abandonar el hospital. Añada esos gastos a los otros.

El médico asintió. Las soluciones inusuales no le eran ajenas, con tantos extranjeros viviendo en San Petersburgo. Lo que Max proponía era lo mejor para todos; de lo contrario, tendría que entregar a Iliá a las autoridades rusas, y estas, con toda seguridad, lo arrojarían a una alcantarilla.

—¿Pashie se recuperará por completo?

—Con su plan recibirá los mejores cuidados posibles.

Max asintió.

—¿Piensa acompañarla en el traslado?

—No, la veré allí.

Mientras salía del hospital por la entrada principal, Max tomó el teléfono móvil y marcó el número de Sarah. Entonces pensó en lo que esta le había advertido y que los teléfonos móviles de Vektor podrían estar intervenidos. Cortó la llamada y, en cambio, telefoneó a su casa. Nada. Ni siquiera obtuvo señal de llamada.

Max negó con la cabeza y llamó a la oficina. Oyó cómo se conectaba la llamada.

—Vektor, soy Charlie Knutsson.

Max se sobresaltó. El presidente del consejo de administración hasta entonces nunca había respondido a ese número.

Él sabía la confianza que había entre Sarah y Charlie, todo lo que le contaba a Sarah se lo podía contar a Charlie.

—Soy Max. He encontrado a Pashie. Está viva.

—Oh, gracias a Dios. Por fin buenas noticias.

La voz de Charlie era tensa.

—¿Qué pasa? —dijo Max—. ¿Qué ha ocurrido?

—Tengo horribles noticias, Max. Ha explotado una bomba en casa de Sarah. No sabemos qué ha pasado, ni qué ha ocurrido con ella.

Una bomba más. De un solo golpe desapareció, como por arte de magia, el alivio que sintió después de llegar al hospital.

Esto todavía no había acabado.

Recordó que en el hangar Gusin estuvo tecleando algo en el teléfono. ¿Fue él quien detonó la bomba con su teléfono desde la habitación donde Max había estado con él? ¿Fue esa la razón de querer ganar tiempo con su conversación de mierda?

«Cerdo. Tuviste que llevarte a otra persona más contigo a la muerte. Como si no hubieras matado a gente de sobra.»

—¿Max? —dijo Charlie.

—¿Sí?

—La policía está informada y estamos intentando...

Max dejó de escuchar. Cogió el teléfono satélite que Gusin había sujetado durante sus últimos momentos de vida en el hangar. Max accedió al menú y revisó el número de la última llamada. La última llamada que Gusin intentó hacer fue a un usuario que no tenía nombre de persona, sino de país.

«Suecia.»

—Charlie, tengo que colgar.

Finalizó la conversación.

Llamó a Suecia con el teléfono satélite y un hombre respondió con su nombre. Al oír ese nombre, Max acarició el teléfono.

Después de un par de segundos de silencio, el hombre dijo con creciente preocupación en su voz:

—¿Lazarev? ¿Hola, Lazarev? ¿Lazarev?

—¿Carl? —dijo la enfermera—. ¿No puede dormir? ¿Quiere que encienda la radio?

Borgenstierna agitó la mano. «Pon la radio tú; de todas formas no me voy a dormir», quiso decir, pero ninguna palabra llegó a sus labios. La enfermera cerró la puerta tras de sí y las noticias comenzaron.

El programa abrió con una encuesta de opinión sobre las próximas elecciones rusas. Al parecer había un empate. ¿Por qué se negaban a seguir avanzando? ¿Qué se necesitaba para limpiar las malditas fuerzas que seguían devolviendo el país a la mierda?

El enemigo no se detenía jamás. Nunca perdonaba. Nunca olvidaba. Todavía seguía ahí fuera. Y esa lucha que Carl y los demás llevaban tras las bambalinas, en los pasillos del poder, tenía que continuar. Incluso después de su muerte. Hasta que Rusia fuera un país libre, un país europeo, un país que deseara vivir en paz con el resto del mundo.

Lo peor de todo era la desconfianza hacia él. Esa espina lo había torturado durante cuarenta años, hasta hoy, cuando no veía ninguna otra elección que disolver la junta directiva de la Fundación Mar Báltico. No le creyeron, ni los miembros del Gobierno ni los servicios de seguridad de entonces, ni tampoco los más importantes hombres de negocios actuales. Se negaron a escuchar sus advertencias y se burlaron de él. Hedin y los demás de la Oficina de Investigación nunca creyeron de verdad en él, ni en ella, ni que su relación

amorosa fuera verdadera. Resultaba igual de probable que el propio Carl fuera un espía ruso. Carl no sabía qué pensaban Ståhl, Lennström y los demás de él. ¿Tal vez solo lo consideraban un hombre mayor, atrapado en su miedo a los rusos de los días oscuros de la Guerra Fría, perdido en teorías de la conspiración?

En la radio dieron paso a otras noticias, también de Rusia. El presidente de la mayor compañía de telefonía del noroeste de Rusia había aparecido muerto en lo que se describía como un extraño accidente. En un hangar de una zona abandonada a las afueras de San Petersburgo, donde el prominente líder empresarial tenía su colección privada de aviones de combate de la Segunda Guerra Mundial, unos ladrones de coches habían conseguido robar el suyo y estrellarlo en el hangar, lo que había provocado que el presidente muriera en el acto.

El presidente, Nestor Lazarev, tenía ochenta y un años.

«¿Lazarev?»

Ese fue el nombre con el que los oligarcas lo bautizaron en Davos.

«La fundación es una tapadera para los generales negros. El hombre que buscas está entre ellos. Lazarev es Ganso.»

«¿Muerto?»

El corazón de Borgenstierna dejó de latir durante un instante, sintió la cabeza ligera. Le costaba introducir aire en sus pulmones y le ardía la garganta.

Se ladeó hacia el timbre de alarma.

Su entorno comenzó a dar vueltas, como el agua que se escapa a través del desagüe de la bañera.

Desde algún lugar lejano oyó que alguien gritaba:

«¡Señor Borgenstierna! ¡Señor Borgenstierna!».

Estocolmo, febrero de 1944

Carl estaba junto a la cocina y preparaba la cena. Se acercó a una de las ventanas, miró abajo, a la calle, y esperó ver a Tatiana. Ella estaba en el teatro y todo apuntaba a que esa noche llegaría tarde. El anhelo que sentía por reunirse con ella le abrasaba el cuerpo. No quedaba mucho para que llegara el momento de dar a luz.

Carl había elegido el apartamento para ambos con el mayor esmero. Se encontraba junto al parque de Tegnérunden, próximo a la central de la organización sindical LO, y al cuartel general del partido político que gobernaba Suecia. La proximidad de esos dos pilares de la sociedad sueca les hacía sentirse seguros. Ella estaba a salvo. De su marido.

Carl había tratado de convencer a Hedin de que la Unión Soviética se vengaría por haber detenido a Viktor Gusin, pero Hedin se había negado a creerlo. ¿Por qué harían algo los rusos contra Suecia si ni siquiera había participado en la guerra?

Carl miró hacia el interior de la cocina cuando de repente oyó un zumbido sordo por encima de él que creció hasta transformarse en ruido de motores. Después llegó el fatal silencio.

Se vio obligado a agarrarse al alféizar de la ventana cuando llegó la primera explosión. Todo el apartamento tembló. Las macetas y los candelabros cayeron al suelo. Miró por la ventana y vio cómo volaban los

cristales de las ventanas al otro lado de la calle, cómo la gente se quedaba en los agujeros que habían dejado los cristales y miraba sin poder hacer nada.

Entonces, todo se volvió oscuro. La electricidad desapareció.

Y las bombas siguieron cayendo.

Los motores se apagaban cuando los aviones se acercaban a sus objetivos. Se deslizaban como gigantes dragones de metal, silenciosos e invisibles en la noche invernal. Carl se puso su abrigo y salió corriendo. El aire era tan frío que le helaba la garganta. Sus pies iban pisando la mezcla de los cristales de hielo y los cristales rotos de las ventanas esparcidos por el suelo.

Su cabeza iba a mil revoluciones por segundo. Tenía que encontrar a Tatiana. Ella había predicho que esto pasaría, que se vengarían de ella y liberarían a su marido. Pero ¿bombardear Estocolmo?

El rugido volvió cuando los motores se pusieron en marcha de nuevo. Volaban a gran altura. Carl supuso que habían virado al sur de la ciudad y ahora regresaban. Pasó corriendo por la estación Central y cruzó Gamla Stan, en dirección hacia el sonido atronador que se oía en las alturas.

Giró a la derecha, en la plaza de Södermalmstorget, y entró en la calle Hornsgatan, pero se detuvo en seco al ver el agujero en la calle. Un hombre estaba parado junto al agujero y gritaba desesperado. Carl se acercó con cuidado, reconoció el olor a grasa quemada. Llegó al cráter que se había formado en medio de la calle y miró abajo. Allí vio un caballo que se revolcaba en la nieve y la gravilla e intentaba apagar el fuego que arrasaba su lomo con salvajes y desesperados tirones.

El hombre que gritaba sacó un revólver y apuntó al caballo. Carl apartó la vista y miró hacia el cielo. Se veían más bombarderos allí arriba. Al darse cuenta de cuál debía de ser su próximo objetivo emprendió de nuevo la

carrera. Apenas reaccionó a los disparos del revólver. Cuando el cielo volvió a guardar silencio se lanzó al suelo. Todo tembló y llovieron cristales rotos de las casas que lo rodeaban.

Finalmente, la calma regresó y Carl pudo ponerse en pie y seguir corriendo.

Cuando por fin llegó a la ladera del parque de Eriksdal, se detuvo. Su corazón latía desbocado y el pulso retumbaba en sus sienas.

El terreno se había convertido en un gigantesco cráter, como si en medio del parque hubiera impactado un meteorito. Las hileras de bancos se habían transformado en yesca. Todo ardía. ¿Dónde estaba Tatiana?

Después de lo que le pareció una eternidad, Carl vio lo que quedaba del teatro.

Se lanzó colina abajo, tropezó, cayó rodando y se levantó una vez más. Se hundió en la nieve, se arrastró y continuó. Agotado, se abalanzó hacia la puerta que colgaba apenas de una bisagra. Sujetó el picaporte, tiró de la puerta y gritó su nombre.

«¡Tatiana!»

Entonces la vio. Estaba tendida en el suelo bajo una viga caída del techo. Lo habían hecho, se habían vengado de la mujer que amaba. Sabía que era solo cuestión de tiempo que el hombre que había destrozado su vida fuera puesto en libertad.

Levantó el cuerpo de Tatiana con un grito. Su cuerpo estaba flácido, pero no quiso pensar en ello.

Comenzó a caminar hacia el hospital Södersjukhuset. Debía hablar con Wallentin. Wallentin debía salvarla.

Miércoles,

6 de marzo de 1996

Fue un despertar horrible. Había soñado con David, después Sarah la había sacado de la cama y había gritado algo sobre una bomba. La explosión que siguió las tiró al suelo. Sirenas. Caos. Hombres que les ponían mantas y hacían preguntas.

Gabbi había rechazado todas las propuestas de protección y tratamiento. No deseaba acabar en un montón de registros. No deseaba que se pusieran en contacto con su marido para pedirle que fuera a recogerla. La situación era diferente para Sarah. La amenaza iba dirigida contra ella.

Gabbi se había sentado detrás del volante del Saab. Todavía no había amanecido, y no podía regresar a casa en mitad de la noche. Ninguna excusa le parecía verosímil.

Había dado vueltas con el coche buscando algún lugar donde matar el tiempo. El único local abierto era el McDonald's del Tyresö Centrum. Pidió un café y se sentó allí; miró fijamente por la ventana e intentó no hacer caso de las miradas y gritos de los jóvenes borrachos que entraron dando traspies tras una noche de juerga en la ciudad. ¿Qué hacía allí, una madre de tres hijos, una mujer en la plenitud de su vida? ¿Qué hacía una mujer a la que alguien quería matar?

No era esa la vida que había imaginado.

Las horas pasaban lentamente. Encendió el teléfono móvil y vio que tenía una llamada perdida. No era de David.

Llamó al buzón de voz, reconoció la voz al instante, aun cuando tenía un tono diferente, mucho más serio. No había duda. Era él, el caballero caritativo, el que la había salvado en la caja de ICA.

«Gabbi, soy Charlie Knutsson. Tenemos que hablar. Estoy preocupado por David.»

Volvió a visualizar al hombre junto al coche. Ese que le resultó tan parecido a David.

No podía llamar a Charlie a esas horas.

El tiempo pasaba despacio, pero después de beberse su cuarta taza de café y de que el reloj marcara las seis, decidió sentarse en el coche y conducir hacia su casa. Llegaría a las seis y media, antes de que nadie se hubiera levantado. Los niños estaban pasando la noche fuera y David se hallaba solo en casa. Tal vez, todavía estaría sentado delante del ordenador con sus auriculares puestos, ¿preparándose para las carreras de hoy en Solvalla?

Aunque también podría estar en la cama durmiendo. A ella no le importaba compartir con él la cama durante un par de horas. O podría preparar un gran desayuno y sorprenderlo. Eso siempre funcionaba. No creía que pudiera dormirse.

En el sueño, David había estado dentro de ella, fuerte, duro y lleno de pasión, como hacía tiempo, antes de los niños, antes de la empresa, antes de la casa. Antes del dinero.

La ciudad seguía dormida. Apenas había coches circulando, y no tardó mucho en llegar a casa.

Al girar vio que la casa vecina se encontraba a oscuras. No parecía que nadie se hubiera levantado, lo cual era perfecto. Sabía lo mucho que disfrutaban las vecinas del barrio hablando mal de los demás. La joven pareja de nuevos ricos con un montón de dinero que no sabían manejar estaba condenada al fracaso.

Lo último que quería era darles la razón.

Mientras se acercaba a su casa vio que un hombre entraba en un coche y se alejaba de allí conduciendo a gran velocidad.

¿Qué diablos era eso?

¿Quién había estado en su casa?

Gabbi aparcó en la entrada y se apresuró a salir del coche. Después de teclear el código de la puerta, el sonido de la cerradura pareció resonar tan alto entre las paredes de la casa que Gabbi temió despertar a todos los vecinos de la silenciosa calle.

Miró por encima del techo del coche. ¿El vehículo azul se había detenido o había dado la vuelta? No vio ni rastro de él.

¿Qué era lo que se vislumbraba detrás de las persianas de la ventana de la cocina? ¿Una sombra alargada?

Un extraño olor la golpeó al abrir la puerta. La casa estaba en completo silencio a no ser por un goteo en la cocina. ¿El grifo de la pila? No, sonaba como gotas que caían sobre un plástico.

—¿Hola? —dijo en silencio a la oscuridad—. ¿David?

Desde el recibidor podía ver directamente el cuarto de estar. La gran araña de cristal de la cocina se encontraba encima del sofá. A su lado estaba el reloj de David.

Giró a la derecha, hacia la cocina.

«¡David!»

Gabbi corrió hacia la escalera que estaba caída en el suelo, intentó levantarla y equilibrarla, pero resbaló sobre el plástico mojado que cubría el suelo de la cocina y se cayó, seguida de la escalera. Sintió cómo el plástico húmedo y resbaladizo empapaba su ropa.

«¡No, David, por favor, David, no!»

Intentó levantar la maldita escalera y colocarla en su sitio. Sujetó a David

por las piernas y alrededor de su cintura. Mientras ella se balanceaba sobre el último peldaño intentó alzarlo con todas sus fuerzas para que la soga del cuello no tuviera que aguantar el peso del cuerpo.

Pero él era demasiado pesado.

Y ella llegaba demasiado tarde.

Ray aparcó el Passat en el parque Lill-Jansskogen, junto a Fikartorpet. Estaba apoyado en el coche y sujetaba un papel de carta en una mano y un encendedor en la otra. Las llamas azules y los destellos chispeantes desaparecieron en el aire nocturno húmedo y oscuro.

Se había sentido muy vivo los últimos meses, desde que Gusin se puso en contacto con él y le dijo que había llegado la hora. Ray se había estremecido al oír su voz. Comprendió lo mucho que había echado de menos al hombre que cambió su vida para siempre al acoger a un niño pobre de las calles de San Petersburgo, dándole nueva fe en sí mismo y en la patria y educándolo en el Campo de Colonias. Lo decidió mientras viajaban juntos por Afganistán: lo haría todo por este hombre.

Y tuvo que hacerlo. Después de la guerra lo enviaron a Suecia. «Por la patria», dijo Gusin. Rodion Avian Yumatov se convirtió en Ray, un inmigrante de Lituania bien adaptado, con el nombre inventado de Karvelis. El soldado *spetsnaz* hibernó, buscó trabajos temporales, se ocupó de entrenar por su cuenta, pero la vida se tornó gris. Hasta el día, hacía dos meses, en que Gusin lo llamó y le dijo que había llegado la hora. La patria lo necesitaba de nuevo.

Ray siguió las vivaces chispas con la mirada y llamó a su persona de contacto sueca.

—Tenías razón —dijo—. Presionamos demasiado a David Julin. Cuando llegué, ya se había quitado la vida.

El hombre respiró hondo unas cuantas veces.

—¿Estás completamente seguro?

—Lo he visto con mis propios ojos.

—Qué buena noticia, Ray.

—Dejó una carta en la que contaba todo lo que había hecho respecto a los archivos y correos electrónicos en el ordenador. También había escrito sobre el contacto que mantenía conmigo y nombraba a un par de personas más implicadas, entre otras un amigo tuyo, ante quien quería explicarse.

—Pero, Dios mío, ¿qué hiciste con todo eso?

—El destino se ha puesto de nuestra parte. Su mujer regresó inesperadamente a casa, pero me dio tiempo a formatear el disco duro y llevarme la carta.

Ray agitó el papel que ardía en su mano, el fuego le estaba quemando las yemas de los dedos.

—Todo está borrado.

Pudo oír el alivio a través del auricular.

—Buen trabajo. Ahora pasaremos a la última fase. Como ya te dije en otra ocasión, puede que ahora la policía esté al tanto. Sarah Hansen ha sobrevivido a la explosión.

—Tendrás que ocuparte de tu amigo —dijo Ray—. Yo desataré el caos en Estocolmo. La puta tártara, su héroe sueco y su jefe sentirán las llamas del infierno que se merecen.

Desde el sillón azul cielo, la oficina tenía el mismo aspecto de siempre. Pero no era Sarah la que cerraba la puerta tras él, era Charlie K.

Charlie se sentó al escritorio y Max se dejó caer en el sillón frente a él. Le dolía todo el cuerpo, pero todavía no podía descansar. Había acudido directamente a Vektor desde el aeropuerto de Arlanda.

—Me alegro de verte en relativo buen estado —comenzó Charlie—. Apenas puedo imaginar el infierno por el que has pasado.

—Puedo aguantarlo. Pero ¿cómo está Sarah? ¿Sabéis qué ha pasado?

Charlie cambió de posición en la silla, incómodo.

—Gracias a Dios, consiguió salir antes de que la bomba explotara. Logró escapar y solo tiene pequeñas heridas. Ahora está descansando junto a Lisa y Björn.

Max cerró los ojos. Se permitió sentirse agradecido por un momento. Después miró a Charlie.

—¿Tiene protección policial?

Charlie asintió.

—Creen que la detonación se produjo a través de control remoto. Durante un tiempo, la red ha estado expuesta a una serie de ataques. Ataques que, en un principio, parecían dirigidos contra el sistema de Telia, pero que después se centraron cada vez más en Vektor y, finalmente, en Sarah. Al parecer, los móviles de Vektor han estado intervenidos durante mucho tiempo.

Ganso toqueteando el teléfono satélite que sujetaba entre sus manos, al otro lado de la pared de cristal. Los mapas en la pared del hangar. Mapas de Suecia y Finlandia. Había sido una verdadera suerte que Sarah sobreviviera.

—¿Qué sabe la policía?

—Hasta ahora, no se trataba de un caso policial.

Las amenazas contra la seguridad de la nación rara vez se convertían en casos policiales.

—¿Cómo sabías *tú* que no era un caso policial?

—Me enteré de la intromisión en los registros de llamadas de Vektor a través de un viejo conocido mío. Frank Ståhl, un alto cargo de Telia.

«Frank.» Era la segunda vez en poco tiempo que había oído ese nombre.

—¿En ningún momento se te ocurrió poner una denuncia ante la policía?

—Frank me convenció de no hacerlo. Su empresa y él mismo son unos socios importantes para nosotros. Pensé que tendría buenas razones.

Charlie siempre había sido pragmático. Solo cabía esperar que nadie tuviera que morir, porque la gente como él siempre daba prioridad a los ingresos de los patrocinadores.

—Pero la policía fue a Tyresö, ¿no? ¿Qué han dicho?

—Sospechan que David Julin, alguien relacionado tanto conmigo como con Sarah, entró en los servidores de Telia. Él es una persona con mucho éxito en el mundo de las telecomunicaciones. Todo resulta tan irreal..., puede ser que tuviera problemas financieros y se dejara utilizar, como una pequeña pieza del gran engranaje. No es un loco solitario el que está detrás de esto.

«Se llaman Ivánovich y le han declarado la guerra a Suecia.»

¿Podía Max contárselo a Charlie? ¿Qué consecuencias tendría?

Charlie suspiró.

—David se quitó la vida y borró su disco duro. A través de servidores en Palo Alto se ha conseguido entrar en su cuenta de Hotmail. Allí había correos

del hombre que en realidad se cree que está detrás de esto. Me los mostraron confiando en que yo pudiera ayudarles a identificarlo.

—¿Quién era?

—No lo sé. Ninguno de nosotros lo conoce. Se hace llamar Ray, es piloto de helicóptero. Experto en la lucha marcial *sistema*. Estatura mediana, cabello rapado en los lados, ligero labio leporino, indumentaria aseada. La policía quiere que te pongas en contacto con ellos. Aquí está el número. Sofia Karlsson, de la Secreta, es la persona de contacto.

Charlie le tendió sobre la mesa el póliz en el que había escrito el nombre.

—¿La Secreta? —dijo Max—. Entonces, ¿el sospechoso es un agente ruso?

—Probablemente un agente del GRU que llevaba en Suecia un largo tiempo.

Max se guardó el papel en el bolsillo interior y se puso en pie: ahora empezaba a comprender cómo estaban las cosas. Sin embargo, no podía contárselo todo a Charlie. Podría ponerlo en peligro. Demasiadas personas habían acabado mal ya.

—Es muy importante que ese agente no sienta que la policía le sigue la pista, todavía intercepta nuestros teléfonos —dijo—. ¿Te puedes encargar de que Sarah y la policía entiendan eso?

Charlie asintió.

—Si no, nunca lo encontrarán.

—Sofia Karlsson, de la Secreta, cree que quizá intente buscarte, Max.

«En casa.» Max estaba sentado en la oscuridad y repasaba la conversación con Charlie K. Había muchas cosas sobre las que Sarah y él debían hablar, pero eso podía esperar. Miró el contestador automático y vio la señal que indicaba que tenía un nuevo mensaje.

Quizá fuera un mensaje de Sofia Karlsson, de la Secreta.

Las botas altas y blancas que Pashie había comprado en NK por una cantidad que a ella le pareció escandalosa todavía la estaban esperando.

Había sentido la delgadez de su mano al sujetársela en el hospital. El calor había regresado a su cuerpo, que ahora sostenía una aguerrida batalla contra las infecciones. Los médicos habían dicho que era una mujer fuerte. Tenía que serlo. Tenía que regresar aquí.

Sin embargo, esto no había acabado todavía.

Un agente del GRU andaba suelto, un soldado *spetsnaz*. Max intentó ponerse en la piel del hombre. Seguramente le había llegado la noticia de la muerte de Lazarev en San Petersburgo. Como agente tenía dos alternativas: entrar en la clandestinidad y regresar a su estado de hibernación, o intentar finalizar lo que fuera que su jefe le había ordenado hacer. Lo más probable era que actuara por su cuenta en Estocolmo.

No había duda de que algún otro de los que se reunieron el día de la muerte de Stalin se convertiría en jefe de la organización. Ningún hombre era más

importante que la organización. Ni Stalin ni Gusin. Su lucha continuaría. Las consecuencias para Max, Vektor y Suecia pronto se verían.

Max había sido entrenado para comprender cómo actuaban y pensaban las personas como los agentes del GRU en esta clase de situaciones. Los agentes estaban preparados para el combate. Max estaba acorralado y se arriesgaba a que se descubriera su identidad. No podría relajarse ni un segundo, vigilaría todo lo que se moviera.

Escucharía todo lo que se dijera.

Un hombre sueco solitario y un agente ruso. No importaba lo brillantes que fueran, ellos no habrían podido conseguir campar a sus anchas sin ayuda en los servidores de Telia, líder mundial en telefonía móvil, apoyada por toda la pericia mundial.

Se necesitaba más que eso para conseguir entrar y mantenerlo en secreto, para mantener alejada a la policía y a los demás.

Max recordó la voz que respondió cuando llamó desde el teléfono satélite de Ganso en San Petersburgo y el nombre que dio. Y pensó en lo que Charlie le había contado.

Todo había llegado tan lejos que habían volado la casa de Sarah por los aires.

Nada era peor que una guerra. Pero había cosas que Max sentía que estaba obligado a defender y luchar por ellas. Siempre, en cualquier situación, a cualquier precio.

Si su teoría era cierta, había un traidor entre ellos.

La rabia se propagó como un fuego. Sus mejillas se acaloraron y los músculos se tensaron.

Volvió a mirar el póliz amarillo que le había dado Charlie, con el número de la policía.

«No tenéis ni idea de a quién os enfrentáis.»

Max había dejado la pistola en el hangar, a las afueras de San Petersburgo. Aquí no tenía arma de fuego alguna, ninguna protección, ningún ayudante. Estaba más solo y expuesto en Estocolmo que en San Petersburgo.

Tendría que actuar de alguna manera para que Pashie y Sarah no fueran objeto de más amenazas. Por su propia supervivencia. Ahora comprendió cómo estaban las cosas, y que no podía dejar esto en manos de la policía.

Pero ¿cómo podía hacer justicia y, al mismo tiempo, actuar dentro de la ley?

Entró en el dormitorio y sacó una caja que guardaba debajo de la cama. Ahí estaba, el regalo que le había hecho su padre, que tanto le había costado aceptar, pero del que, sin embargo, no pudo deshacerse. Sacó el mazo de caza y lo sostuvo en la mano. Era pesado pero bien equilibrado. Lo guardó en la manga de la chaqueta y empujó la caja debajo de la cama.

Cuando se puso en pie, vio el maniquí que estaba en el lado de la cama de Pashie, con su sombrero amarillo en la cabeza. Era como si lo mirase buscando su mirada. Se acercó, alzó el sombrero y observó la fría cabeza y el inmóvil rostro de plástico.

El plan estaba claro. Ahora sabía exactamente qué debía hacer.

Abrió el armario y sacó su mochila militar verde. A continuación fue al armario de la limpieza, donde también tenía una serie de herramientas. Puso las tenazas en la mochila junto a unos rollos de vendas y cuerdas.

Cuando estuvo listo, cogió las llaves del coche del gancho del recibidor.

Por último, activó el contestador.

Era el mensaje que llevaba semanas esperando.

«Soy Carl Borgenstierna.»

Max había pasado varias horas en el hospital Södersjukhuset. Había estudiado el plano con las salidas de emergencia y las laterales, controlado los cambios de turno y los transportes de mercancías, comprobado el sistema de seguridad y el nivel de vigilancia. El resultado fue satisfactorio, tal y como había esperado: la seguridad era un desastre.

Robó sin ningún problema una silla de ruedas que aparcó debajo de una escalera, donde podría acceder fácilmente a ella. Se encontraba cerca del andén de carga para los alimentos. Este y la puerta carecían de toda vigilancia, y la cerradura se abría fácilmente con una tarjeta de identificación que Max tomó de una bandeja mientras una enfermera se servía café.

Salió en coche de la zona del hospital, siguió la avenida Ringvägen hacia Skantull y condujo hacia la entrada a la E4.

Recordó lo que Mishin le dijo en el cementerio; según los opositores a la democracia, la democracia era la religión de los egoístas. Los opositores querían crear un mundo que no perteneciera a nadie, o como ellos decían: un mundo que le pertenecía a *uno*.

Era la personificación de ese *uno* lo que se había encontrado en el hangar de las afueras de San Petersburgo: Viktor Gusin.

Max había avanzado mucho en su búsqueda de la verdad, pero le faltaban algunas piezas del puzle. Quedaban por hacer un par de cosas antes de que

Pashie estuviera a salvo. Después se ocuparía de lo que aún no comprendía. Cuando Pashie estuviera segura, se dirigiría a Borgenstierna.

Mientras Max se acercaba a los apartados suburbios del sur, encendió por primera vez su teléfono móvil sueco. Este se conectó a la línea de Telia.

Marcó el número de Sarah.

—He oído lo sucedido, ¿cómo estás?

—Cómo me alegro de oír tu voz, Max. Estoy llena de cardenales, conmocionada y algo destrozada, pero ya hablaremos de eso luego. ¿Cómo está Pashie?

—Está a salvo. Lo peor ya pasó. El seguro médico de Vektor cubrió el transporte urgente a Suecia con un helicóptero ambulancia. Está internada en el hospital Södersjukhuset. Ala 56.

—Dios mío, Max, es increíble que todo llegara tan lejos.

—Tiene una habitación para ella sola, una habitación de las llamadas de alto riesgo, con esclusa de aire. Se pasa todo el tiempo durmiendo. Tiene la cara vendada.

—¿Estás con ella? —preguntó Sarah.

—Todo lo que puedo, pero esta noche he prometido ir a la fiesta de Vektor. Pasaré un rato, temprano; después volveré a ver a Pashie, estaré ahí a las ocho como muy tarde.

—¿Has podido comunicarte con ella?

—No, cuando la dejé todavía no se había despertado y la cuestión es si podrá hablar. Tiene la garganta destrozada e infectada. Pero le he dejado un cuaderno y un bolígrafo. Con un saludo de mi parte. Y me han llamado hace un rato y me han dicho que se ha despertado y había escrito algo.

—¿Qué?

—Algo que encontré, que yo no esperaba.

—¿Qué crees que es? —preguntó Sarah.

—Creo que ha averiguado quién es el responsable de Ivánovich en Suecia. Si lo ha escrito en el cuaderno, podemos llevarlos a todos a juicio.

—Esperemos que así sea —dijo Sarah—. Cuídate y saluda a Pashie de mi parte.

Max acabó la conversación, dio media vuelta en una gasolinera, justo a la entrada de Södertälje, apagó el móvil y lo tiró en una de las papeleras.

De regreso al Södersjukhuset, Max llevó la silla de ruedas al andén de carga y después salió a la calle. Se apresuró a alejarse del edificio principal del hospital y siguió hasta el estacionamiento de los empleados. Allí dejó la silla de ruedas junto a un barracón de construcción, la cubrió con papel de obra y sacó las tenazas de la mochila. Hizo un agujero en la verja, lo suficientemente grande para que cupieran dos hombres, pasó a través de él y lo ató con cuatro cuerdas. Desde lejos no se podía ver que la verja estaba abierta.

Se metió en el coche y condujo hasta Stureplan. Estacionó en un aparcamiento tan cerca de los ascensores como pudo, salió del coche y llamó al ascensor.

Se levantó del sofá que había frente al gran televisor. Ya había visto suficientes reportajes de Moscú. A pesar de que tantas cosas habían salido mal en Rusia, parecía que todo, sin embargo, transcurría como estaba previsto. Yeltsin se había posicionado para la victoria. El verdadero poder era suyo, y su hombre pronto estaría preparado para tomar el relevo al borracho del Kremlin. Dadle un par de años, después tendrá lugar el cambio. El nuevo podrá hacer frente tanto al capital como al poder extranjero.

Y el capital se movía por Stureplan, ante sus ojos. ¿Comprendía alguno de los de ahí abajo qué fuerzas se habían desatado? Se puso el abrigo e introdujo sus grandes manos en los ajustados guantes de cuero. Cuando acabara los ejercicios nocturnos se desharía de ellos. Los quemaría o los tiraría al agua en Estocolmo. Junto a un viejo conocido.

Sarah Hansen no se había dejado ver después de lo sucedido en Tyresö. Al parecer, la policía la tenía bajo protección en algún lugar. Pero él estaba convencido de que antes de que finalizara la noche Ray habría obtenido la información sobre su localización y que finalmente la silenciaría. Nada se le escapaba. La policía sueca apenas era un obstáculo.

Prefirió no pedir un taxi que lo llevara a la avenida Valhallavägen, era mejor tomar uno en Stureplan, uno de esos taxis que no registraban sus carreras. ¿Qué hora sería? Miró el reloj. Apenas eran más de las siete y

media. La fiesta justo habría empezado, pero Charlie Knutsson habría bebido ya tanto champán que no sería muy difícil manejarlo.

Cerró con cuidado la puerta de su habitación y se encaminó hacia los ascensores. Apretó el botón. El ascensor sonó y las puertas se abrieron.

Ahí dentro había un hombre.

—Hola, Frank.

—¿Max Anger? —dijo—. Qué sorpresa encontrarte aquí.

Le tendió la mano.

Max vio la mano que Frank Ståhl le tendía. Antes de que Frank reaccionara, tiró de él hacia sí, le pasó el brazo alrededor del cuello y apretó con fuerza. Frank era fuerte, pero no podía zafarse.

—Fui yo el que llamó desde el teléfono de Lazarev —dijo Max en voz baja al oído de Frank—. Respondiste diciendo tu nombre. No podía creerlo, pero desde entonces he ido atando cabos. Y ya sé quién eres realmente.

Presionó con fuerza el cuello, pero se aseguró de no bloquear las vías respiratorias, ya que eso podría ocasionarle daños cerebrales permanentes. Echó hacia atrás sus hombros para detener el flujo sanguíneo. Contó los segundos en silencio.

Después de cuatro segundos, dejó que el cuerpo de Frank se desplomara en el suelo del ascensor.

Max no perdió tiempo. Sabía que Frank pronto recuperaría el conocimiento y entonces seguro que intentaría resistirse. Envío el ascensor hasta el garaje y, mientras bajaban, Max le quitó el abrigo y los guantes, abrió la mochila y sacó los rollos de vendas. Vendó los brazos y las manos, bien fuerte para dejarlo como esposado, de forma que solo sobresalían los dedos. A continuación le vendó las piernas de la misma manera.

El ascensor llegó al garaje y Max lo sacó; Frank todavía seguía desmayado. Después le vendó la cabeza, pasó un par de vendas más por la boca para que no pudiera gritar y dejó solo hueco para los ojos. Cuando acabó, hizo un agujero en la venda a la altura de la nariz para dejar libres las vías respiratorias.

Observó el resultado con satisfacción, abrió la puerta de atrás e introdujo a Frank en el coche.

Después llegó el turno del siguiente paso de su plan. Salió conduciendo del garaje a la calle Kunsgatan, subió por Sveavägen y atravesó el túnel de Söderledstunneln, continuó por la calle Sachsgatan y el agujero en la verja que conducía al Södersjukhuset.

Charlie K miró alrededor, a todas las personas que le sonreían en la gran sala de reuniones. Estaba contento con los preparativos. En la larga mesa ovalada, las chicas contratadas como personal de servicio habían colocado, a un lado, champán ruso, vodka y cerveza, además de vino tinto de Moldavia y coñac de Georgia. Al otro lado estaba dispuesta la comida. Había pequeñas delicias de la cocina rusa, como *pelmeni*, *shashlik-kebab*, caviar y blinis, lengua de buey fría, *solianka*-sopa de carne y *biff stroganoff*.

Se había quedado en la puerta para recibirlos a todos. «Hacía tiempo, viejo amigo.» «Qué bueno que seas tú quien haya podido venir.» «¿Qué tal te estás instalando en Nizhni Nóvgorod?» «Sea cual sea el resultado de las elecciones de este verano, esta es una buena razón para emborracharse, ¿no te parece?» «No, no, no, nuestro trabajo no se acaba, pase lo que pase, eso te lo puedo prometer.» «Desgraciadamente, Sarah Hansen no ha podido venir esta noche, está enferma.»

Había contado en la puerta cuarenta y seis personas en total, más o menos el número total de patrocinadores y socios esperados: suecos, rusos, gente de los países bálticos, finlandeses, europeos del Este y algún americano que otro.

Todo iba como Charlie había deseado, pero la intranquilidad no remitía. Algo lo preocupaba, algo que no podía entender.

Faltaba alguien. No solo Sarah.

Frank Ståhl no había aparecido, pero eso quizá no fuera extraño, teniendo en

cuenta lo que había ocurrido estos últimos días. Sin embargo, había dicho que se pasaría por ahí.

—¡Charlie! —Sintió una pesada palmada en el hombro—. ¡La fiesta del año!

Se dio la vuelta y se vio obligado a esbozar una sonrisa.

—Hans Pettersson, me alegra que te lo parezca.

—Esto era justo lo que necesitábamos ahora. ¡Tómame una copa conmigo, joder!

Sirvió dos grandes chupitos de vodka y le dio uno a Charlie.

—¿Cómo dicen en Rusia? ¿Cómo es un jodido brindis de verdad en ruso?

—Por la hermandad entre los pueblos —dijo Charlie.

—¡Por la hermandad entre los pueblos! —gritó Hans.

—Pero oye, ¿no iba a venir Max Anger? ¿No me digas que él también está en casa resfriado?

¿Max?, pensó Charlie. Había algo que no cuadraba. Max también había prometido pasar.

Sonrió a Hans Pettersson como forma de disculpa, se movió entre la gente que seguía brindando y se escabulló en el despacho de Sarah.

Cerró la puerta tras de sí y sacó su teléfono móvil. Ningún mensaje. Llamó, para estar seguro, a su buzón de voz. Nada. Probó a marcar el número de Max.

Ninguna respuesta.

«¿Dónde estás, Max?»

Regresó con los invitados. ¿Quién podría saber dónde estaba Max? Finalmente vio a Violet, su asistente. Ella reía y sostenía una gran copa de vino en la mano; su mirada vagaba entre los hombres y las mujeres que tenía alrededor.

Posó una mano en el brazo de ella.

—¿Has visto a Max?

—¿Max? —dijo Violet, y pareció sorprenderse—. Creo que no ha venido.

—¿Te ha llamado? ¿Ha hablado alguien con él?

—No que yo sepa. No sabía que vendría.

Algo iba mal. Max había sido muy claro asegurando que vendría a la fiesta. Cuando, antes comenzar los preparativos, Charlie habló con Sarah, ella le confirmó lo mismo, Max acudiría a la fiesta.

—¿Qué te pasa, Charlie?

Se dio cuenta de que todavía sujetaba el brazo de Violet.

—Me estás asustando —dijo ella.

—Lo siento, Violet —dijo Charlie, y retiró la mano. Se obligó a esbozar una sonrisa y procuró recuperar la entereza—. Es que tengo que comentarle una cosa. Disculpa, voy a ver si puedo localizarlo.

Charlie dio media vuelta y se dirigió despacio hacia la puerta. Desde la sala de espera que había en el pasillo de Vektor, miró hacia las pantallas de televisión de la sala de reuniones. Todas sintonizaban el mismo canal ruso. Una pared entera de imágenes de rusos manifestándose en la plaza Roja de Moscú.

Había algo diferente en Max cuando se encontraron tras su regreso de San Petersburgo. Charlie intentó recordar de qué hablaron, qué había preguntado Max y qué había respondido él; lo que Max le dijo, lo que casi le ordenó, sobre las escuchas, que debían continuar. Si no, nunca encontrarían al agente ruso.

Charlie le había advertido de que quizá lo estuvieran buscando. Sin embargo, en la mente de Max él no era la presa: él era el cazador.

«Max —dijo para sí—, no puedes desatar una guerra en Estocolmo. Controla tus sentimientos y tus instintos. No puedes ser como ellos.»

Ella abrió los ojos. La habitación era tan blanca que casi le hacía daño a la vista.

«¿Dónde estoy? ¿Estoy viva?»

Se encontraba sola en una habitación. Oyó un ligero zumbido que procedía de unas máquinas instaladas a su derecha. Intentó moverse, pero tenía el cuerpo muy débil, y estaba atada.

«Estoy envuelta en vendas blancas. Como una momia.»

Intentó oír otros sonidos, sonidos de personas. Pero aparte del zumbido de las máquinas, todo estaba en silencio.

Se encontraba tan débil que no podía articular ningún sonido. Además, sentía como si tuviera un gran pedazo de algo en la boca.

Trató de girar la cabeza para ver mejor la ventana, ¿no había algo allí? Incluso su cabeza parecía estar fijada y apenas consiguió vislumbrar la ventana. Estaba oscuro, casi completamente negro, pero tras las persianas blancas llegaba una luz. Una luz que se movía.

Ahora oyó un nuevo ruido que aumentaba en intensidad y parecía acercarse a ella. Venía de fuera, era el sonido de un helicóptero. Y parecía dirigir sus focos hacia su habitación.

«¿Vienen ahora a por mí?»

El helicóptero aterrizó suavemente en el helipuerto del tejado del hospital Södersjukhuset. Ray se quitó el casco negro, lo dejó en el asiento de al lado y esperó a que las palas del rotor dejaran de girar. Después se apeó. Se arregló las mangas del mono negro. Ningún murciélago adornaba su manga derecha, ningún puño cerrado sobre un Kaláshnikov en la izquierda. Se había preparado a conciencia y había quitado los emblemas. No podía revelar dónde se encontraba en realidad, ni dejar rastros tras de sí.

Las pérdidas de los últimos días habían sido terribles. Pérdidas que él pronto vengaría.

El plan que había diseñado por sí solo era audaz, pero él no dudaba de su efectividad. Tras acabar con esto, iría a casa de Sarah Hansen antes de que a alguien le diera tiempo a reflexionar sobre qué había pasado. Después, todo habría acabado.

El ala 56 estaba conectada al tejado. Era una de las alas más próximas a este. No habían deseado mover a Pashie Kovalenko hacia un lugar más interior debido a su estado.

La seguridad del hospital era deficiente. El personal se comportaría como un rebaño de ovejas perdidas cuando entrara en acción. Seguro que la mayoría huiría para salvar la vida. Así actuaban los suecos en una crisis. Él estaría de nuevo en el aire en menos de tres minutos.

Y Pashie y su novio estarían muertos. Lo que ella había escrito en ese

cuaderno nadie lo leería jamás.

Ray sacó su 6P9 de treinta y un centímetros, la silenciosa pistola que tenía desde su llegada a Suecia. La sujetaba contra el muslo. Se acercó a la puerta que conducía al interior del hospital.

Se encontró con un enfermero vestido de blanco al otro lado de la puerta, con expresión de sorpresa en el rostro.

—¿Llegas ahora con una entrega? ¿Adónde vas?

Ray sonrió.

—No es una entrega. Vengo a recoger algo. Dos corazones.

—No tengo ninguna información acerca de...

El hombre perdió el habla cuando vio que lo apuntaba con una pistola. Ray ejecutó dos rápidos disparos: uno en el corazón y otro en la cabeza. El hombre cayó muerto a sus pies.

Ray pasó por encima del cuerpo y después continuó escaleras abajo.

Corrió hasta abrir la puerta del ala 56 y echó un vistazo detrás. Se encontraba solo.

Al otro lado de la puerta había una pequeña habitación con un cuarto de baño a la izquierda y un colgador. Justo delante había otra puerta, provista con una ventanilla de cristal.

Ray miró dentro y vio lo que se esperaba, una esclusa de aire. Abrió la puerta y entró en la esclusa. Esperó impaciente el clic de la puerta delante de él, la que conducía a la habitación esterilizada, y cuando oyó el sonido entró en la habitación.

Aseguró el entorno enseguida. Vio frente a él el cuerpo que yacía tranquilo en la cama. Estaba cubierto con vendas y, bajo la pálida luz, no pudo ver más que los contornos. A un lado de la cama había unas máquinas que mantenían el cuerpo con vida. Los cables conectaban las máquinas a un armario con

instrumentos eléctricos y lo que parecían grandes tubos, probablemente llenos de un gas analgésico.

Al otro lado había un taburete de acero cromado, donde reposaba un cuaderno y un bolígrafo. Ray tomó el cuaderno del taburete y leyó el texto escrito a mano. Miró la cama. El cuerpo estaba cubierto por una manta de hospital bien estirada. Los brazos permanecían debajo de la manta.

¿Qué coño era esto?

Volvió a leer el texto. Tiró el cuaderno al suelo y apartó la manta con la mano libre. Miró el cuerpo.

De pronto, este comenzó a moverse. Ray levantó la pistola y apuntó a la cabeza. La persona vendada comenzó a murmurar, pero no era la voz de una mujer. Ray agarró la venda que cubría la cabeza y empezó a quitarla hasta que la cara fue visible. Se trataba del rostro de una persona que conocía bien.

Frank Ståhl.

—¿Tú? —dijo, y miró de nuevo el cuaderno en el suelo.

Leyó por tercera vez las letras cirílicas que estaban escritas allí. «Ríndete. Tu lucha ha terminado.»

Tenía que ser Max Anger, pensó Ray.

Primero Gusin, ahora esto. Aliarse con aficionados como Frank había sido un error.

Frank jadeaba en la cama, movía el cuerpo en un intento por liberarse.

—Ayúdame a salir de la cama para solucionar esto —dijo.

Ray negó con la cabeza y volvió a apuntar el arma contra él.

—¡Baja la pistola, joder! —gritó Frank—. Solucionaremos esto. Tendrás todo lo que has soñado. ¡Aquí, en Suecia!

—No —dijo Ray—. Yo puedo salir de esta, pero tú no llegarías muy lejos. Te romperás antes de que yo haya salido de los límites de la ciudad. Y no

puedo arriesgar que mis hermanas y hermanos en Suecia sean desarticulados por tu culpa.

—¡Por favor, Ray!

—Adiós, Frank.

El hombre parecía un ángel. Todo lo que tenía alrededor era blanco.

—¿Puedes oírme? —dijo—. Soy el doctor Cleaver. Te encuentras en el hospital Americano de San Petersburgo. ¿Puedes entender lo que digo, Pashie?

«¿El hospital Americano?»

—¿Pashie? —dijo el doctor Cleaver—. Aquí estás a salvo y te pondrás bien. Necesito saber si comprendes lo que digo. Max Anger te ha traído aquí para que te recuperes. Asiente si comprendes lo que digo, ¿de acuerdo?

«¿Max?» Pashie intentó responder, pero no consiguió articular palabra alguna.

—No intentes hablar, Pashie. Tienes heridas en la boca, pero pronto sanarán. Responde solo asintiendo o negando con la cabeza, ¿de acuerdo?

«Lo único que sentía era el sabor a sangre. ¿Dónde estaba Max?»

—¿Verdad que comprendes lo que digo, Pashie?

Pashie asintió.

—Bien. Estás haciendo grandes progresos. Pronto podremos trasladarte a Suecia. Allí te espera Max.

Pashie asintió de nuevo y cerró los ojos.

Max caminaba tan silenciosamente como podía por el ala 56. El hombre llamado Ray había dejado la puerta de la esclusa de aire abierta al pasar. Max oyó que los hombres hablaban entre sí, que las palabras iban subiendo de tono. Después vio que Ray apuntaba con la pistola a la cabeza de Frank Ståhl.

Max dio un par de rápidos pasos hacia Ray y alzó la maza de caza. Pero Ray debió presentir el movimiento a su espalda, pues se dio media vuelta y se echó a un lado, de forma que el golpe lo alcanzó en el hombro derecho. Max oyó el sonido del hueso al romperse. Sonó un disparo antes de que la pistola saliera volando y aterrizara al otro lado de la cama. Una lluvia de cristales cayó sobre ellos.

Frank Ståhl miraba a Max desde la cama con ojos aterrorizados. No se atrevió a decir ni una palabra.

Ray se desplomó con la mano sana contra el suelo. Respiraba pesadamente.

—Sabías que escuché la conversación con Sarah Hansen —declaró.

—Pusisteis una bomba en casa de mi mejor amiga y capturasteis y torturasteis a la mujer que amo —dijo Max, y alzó de nuevo la maza de caza.

Ray hizo un rápido movimiento y logró blandir un cuchillo en la mano. A continuación se puso en pie, de manera rápida e inesperada. Dio unos pasos a un lado, y Max dedujo que combatía contra el dolor.

Había cierta inseguridad en los movimientos de Ray. Sin embargo, Max se

preparó para el ataque. Entonces, tan inesperadamente como se había puesto en pie, Ray dio media vuelta y salió corriendo a través de la esclusa de aire.

Max tardó unas centésimas de segundo en reaccionar, luego corrió tras Ray. Al salir de la habitación vio que este desaparecía por la puerta que conducía a las escaleras.

Max se apresuró. En el hueco de la escalera oyó los pasos de Ray por encima de los suyos, pero ya no eran tan rápidos, como si la herida comenzara a hacerse notar. Aun así, la distancia era demasiado grande y, cuando Max subió las escaleras, la pesada puerta se había cerrado. Saltó por encima del cuerpo que seguía en el suelo y tiró de la puerta.

Arriba en el tejado soplaba un fuerte viento. Max observó cómo Ray se esforzaba por mantenerse en pie unas decenas de metros delante de él. Por un instante pareció que Ray perdía el equilibrio, pero consiguió enderezarse y continuó hacia el helicóptero.

El ácido láctico se manifestaba en los muslos. Max tenía que llegar antes de que Ray se sentara detrás de los mandos y ascendiera al cielo para lograr su salvación.

Ray tiró de la puerta del helicóptero con la mano izquierda, pero en lugar de entrar se inclinó hacia algo que había en el suelo de la cabina. Al ver lo que era, Max sujetó la maza de caza con más fuerza. Ray no tenía intención de que salieran vivos de allí.

En esta ocasión, el golpe lo alcanzó en la coronilla. El cráneo se partió y Ray se desplomó. En su mano izquierda sujetaba una granada de mano. El seguro estaba todavía puesto.

Max se agachó, le dio la vuelta a Ray y le quitó la granada.

Miró a los ojos de Ray hasta estar seguro de que el reflejo corneal dejaba de funcionar.

Estocolmo, septiembre de 1986

Setenta y cuatro años no era una edad para morir. Sobre todo tratándose de un hombre como Wolfgang Wallentin, el médico vital que había cosechado tantos éxitos. Mientras Carl caminaba por la moqueta de color vino que conducía hasta la cama del enfermo, no pudo dejar de pensar si no estaban siendo castigados por su participación en la ocultación de los hechos ocurridos el 22 de febrero de 1944. Quizá esa fuera la razón por la que ahora Wallentin yacía allí, devastado por el cáncer.

Esa noche, Carl había llevado a Tatiana desde el cráter de la bomba de Eriksdal hasta el hospital donde se encontraba Wallentin. El hospital Södersjukhuset todavía no había sido inaugurado oficialmente, pero Carl sabía que Wallentin estaba allí y que las salas de urgencias estaban listas para utilizarse. Nevaba tras los ataques, como si una fuerza superior estuviera al tanto y borrara los rastros de una manera tan efectiva como posible. Desde donde estaba, al lado de ella en la sala del hospital, Carl oyó cómo arrojaban la nieve que caía al agua en las esclusas de Hammarby. Esa noche, cuando el infierno descendió del cielo, nadie descansó. Pero ¿qué más arrojaban a las aguas abiertas? ¿Restos de bombas con letras cirílicas? ¿Cadáveres?

Se oyó un parte de noticias en una radio, fuera, en el pasillo.

«Error de navegación de la estratégica Flota Norte de la Unión Soviética.

La capital sueca fue objeto de un ataque cuyo objetivo era Finlandia. Grandes daños en edificios, aunque ninguna víctima. El Gobierno sueco ha llamado al embajador soviético. Se ha emitido una protesta diplomática.»

¿Ninguna víctima?, pensó Carl. Había mirado por la ventana y sopesó tirarse. Después negó con la cabeza. Tatiana nunca le habría perdonado que eligiera esa alternativa, la acción de un cobarde. Ese no era el hombre del que se había enamorado, por el que lo arriesgó todo. Su relación amorosa había desencadenado la furia del hombre más poderoso y temido del mundo. No importaba lo que el Departamento de Defensa o el noticiario de la Sveriges Radio dijeran sobre el asunto.

Al llegar a la cama de Wallentin, Carl apartó de su mente los recuerdos de aquella noche de 1944. Se sentó junto a su amigo y tomó su escuálida mano. Era como si el cáncer vaciara tanto los músculos como los fluidos. No tenía pelo, era el rostro de un fantasma, aunque la mirada seguía siendo la misma.

—No puedo aceptar esto —dijo.

—Ya lo has hecho antes, lo superarás —dijo Wallentin—. Pero hay un asunto que todavía debemos tratar.

Carl cambió de posición en la silla.

—No querías saber nada —prosiguió Wallentin—. Puedo mantener esa promesa hasta mi muerte, pero entonces la información morirá conmigo. Y no creo que eso sea lo que deseas.

Las defensas que Carl había construido durante años cedieron. No pudo contener las lágrimas. Wallentin sujetó su mano.

—Eres fuerte, Carl. No hablamos de su alma, sino de su carne y su sangre.

Carl miró más allá de Wallentin, la llovizna caía al otro lado de la ventana.

—Sé que por ella puedes ser inexorablemente fuerte. Ahora necesitas serlo.

¿Con qué clase de información había cargado su amigo durante tanto tiempo?

—Dio a luz a un niño, Carl, eso lo sabes. Me pediste que me ocupara del niño; dijiste que no podía contar lo que yo hacía, ni siquiera a ti. Al mismo tiempo que tú te encargabas de que desapareciera toda la información sobre Tatiana de todos los documentos oficiales, yo me encargaba de que se ocuparan del niño. Recibió el nombre de Jakob Anger y vivió la mayor parte de su vida en una isla del archipiélago de Estocolmo.

—¿Vivió? —dijo Carl.

—Murió, falleció en un accidente de tráfico. Lo siento.

Todo se bloqueó, la garganta de Carl se hinchó de nuevo, como en una reacción alérgica.

Regresó allí de nuevo; se encontraba en la habitación del hospital, con el joven Wallentin frente a él.

El lastimoso grito que Carl oyó desde la habitación, al fondo del pasillo del hospital, le decía que algo nuevo había surgido de los terribles sucesos. Fue una débil esperanza, aunque algo a lo que aferrarse, para construir una nueva vida y encontrar un nuevo sentido a su vida.

Era un milagro que el niño hubiera sobrevivido en el interior de su cuerpo.

Wallentin posó sus fuertes manos en los hombros de Carl, se inclinó hacia él y le susurró al oído:

—Los de la Oficina de Información están aquí y te buscan. Utiliza la salida de emergencia que hay en mi despacho. Llévatelos de aquí. No pueden estar aquí, ¿lo entiendes?

Carl asintió.

—Mañana puedes entregarte a las autoridades. Entonces el niño estará a salvo. Yo me ocuparé de todos los arreglos necesarios.

Cuando Carl aceptó la sugerencia de Wallentin, resonaron en su cabeza las palabras que pronunció Hedin la noche en la que detuvieron al espía: «Estamos tratando de averiguar la magnitud de los daños causados por esta operación. Y ya que usted dice que la iniciativa proviene de usted, me encargaré de que sea usted quien arregle este desorden».

Carl sabía lo que le esperaba. Tendría que encargarse de las consecuencias jurídicas de todos aquellos que interpusieran pleitos contra el Estado y las compañías de seguros. No seguir el juego, no decir que el ataque se debía a un fallo de navegación, no era una alternativa posible. Entonces daría igual si se tiraba por esa ventana.

La vocecita lastimera de la habitación contigua había resuelto la cuestión. Ni las autoridades suecas ni las rusas conocerían jamás la existencia del hijo de Tatiana, porque entonces el niño no viviría.

Esa noche, Carl había abrazado a su amigo.

—El niño nunca lo debe saber, Wolfgang —había dicho—. Y yo nunca debo saberlo. Recuérdalo; si no, moriremos todos.

Al ver ahora el rostro devastado por la enfermedad de Wallentin, quedó claro que esa esperanza que había albergado todos esos años, la esperanza de ver algún día al niño, nunca se convertiría en realidad. Jakob Anger, el hijo de Tatiana, estaba muerto.

Carraspeó para apartar los recuerdos y el llanto anudado en la garganta. Volvió a dirigir la mirada a su viejo amigo.

—¿Lo conociste? —preguntó Carl.

Wallentin respiró tembloroso.

—Solo en una ocasión, el día de su décimo octavo cumpleaños. Fui a la isla y le conté que había una fundación que le proporcionaba ayuda

económica. Hasta entonces la había recibido su madre de acogida, pero ahora se le entregaría directamente a él. La condición para que siguiera recibiendo el dinero era que nunca me buscara a mí, ni intentara saber quiénes eran sus padres biológicos.

Wallentin lo había arreglado todo tal como habían acordado. Se había ocupado de todo en secreto, sin decírselo a nadie, durante cuarenta y dos años.

—¿Cómo era?

—Grande y fuerte. Marcado por la vida en el extremo del archipiélago.

Los genes de Tatiana.

—Podías haber muerto por saber esto, Wolfgang. ¿Por qué me lo cuentas ahora?

Wallentin tomó otro aliento tembloroso.

—Hay otro niño al que tenemos que proteger. El hijo de Jakob, Max Anger. Tiene dieciséis años.

—¿Dónde está?

—En la misma isla, Arholma. Vive con su madre, Josefin, con la ayuda mensual de la fundación.

Carl cerró los ojos.

Esto no había acabado. Tenía una segunda oportunidad de hacer bien las cosas. Una última oportunidad.

Ya era hora de asumir la responsabilidad.

—Tienes razón, como siempre, amigo mío —dijo Carl—. No tengo manera de expresar la gratitud que siento por todo lo que has hecho.

Wallentin sonrió. Esa fue la última vez que Carl vio su sonrisa.

—Encima de la mesa hay dos álbumes —dijo Wallentin, y señaló un pequeño escritorio al otro extremo del dormitorio—. Allí hay fotos y toda la

información que tengo. Me tomé la libertad de decorarlo con un lirio morado en la portada.

Jueves,

7 de marzo de 1996

Max miró por la ventana. La fuerte luz solar inundó el vagón cuando el tren emprendió su viaje al este. Junto a los raíles había montones de nieve y placas de hielo, y las calles todavía estaban cubiertas de capas de gravilla sucia. En algunos jardines se veían las primeras flores del año.

El tren pasó de largo por casas, mansiones, un caleidoscopio de paneles de madera pintada, yeso y azulejos, y centenares de familias, con sus propias historias, secretos y mentiras.

Max apoyó la espalda contra el asiento y cerró los ojos. Pensó en todo lo que había sucedido y lo que ahora tenía por delante. ¿Obtendría al fin la respuesta que buscaba desde hacía tanto tiempo?

Una monja lo recibió a la entrada de la residencia. Una pequeña escalera conducía a la planta inferior, donde había un gran salón, y un anexo con un mirador acristalado que daba a un césped que acababa en la playa con el mar de fondo.

Un hombre estaba sentado en un sofá del mirador.

—¿Es...?

—Sí, es Carl Borgenstierna —dijo la monja—. Ha insistido en vestirse y reunirse contigo aquí, en lugar de en la habitación.

Borgenstierna vio venir a Max, pero no se puso en pie. Era calvo y sus sienes apenas estaban cubiertas por unos cabellos ralos y grises.

—Gracias por dar señales de vida, al fin —dijo Max.

Max le tendió la mano y Borgenstierna se la estrechó.

—Siento ser tan difícil de encontrar, Max —dijo al fin.

Buscó con una mano vacilante un vaso de agua que estaba en la mesa delante del sofá. Al dar un trago, se le derramó un poco.

—¿Qué deseabas preguntarme?

Max se sentó frente a él en una silla de rejilla.

—El doctor Wallentin y tú disteis un falso testimonio sobre el ataque del 22 de febrero de 1944, ¿no es cierto?

Carl Borgenstierna se miró las manos.

—1944 queda muy lejos.

—Una mujer murió esa noche —dijo Max.

Se bajó la cremallera de su chaqueta y sacó el pequeño marco. Colocó la fotografía en la mesa que los separaba con la parte de atrás hacia Borgenstierna. Pudo ver cómo Carl leía el texto.

«Tatiana Sedova.»

«Nacida el 7 de febrero de 1919 en Bairak, Ucrania.»

«Muerta el 22 de febrero de 1944 en Estocolmo, Suecia.»

Borgenstierna le dio la vuelta al marco y observó la foto.

—Ella murió esa noche, cuando una bomba destruyó el teatro de Eriksdal —dijo Max—. Me pareció extraño que un avión ruso bombardeara un teatro antes que objetivos militares, pero ahora sé el porqué. Ella era tu mujer, pero también pertenecía a otro hombre. Un hombre peligroso.

Las manos de Borgenstierna temblaron al responder.

—Su matrimonio se arregló sin su consentimiento.

Max se inclinó hacia delante.

—El ataque no fue un error, ningún error de navegación. Fue un acto de presión para conseguir que soltaran de una cárcel sueca a un hombre llamado Ganso, y fue un acto de venganza con la intención de matar a la mujer que

había traicionado a su país y a su propio marido. Un hombre al que el propio Stalin consideraba como un hijo.

Borgenstierna cerró los ojos.

Cuando por fin los abrió, fue como si mirara más allá de Max, al otro lado de la ventana, hacia la pendiente y el agua.

—Fue un crimen perfecto, no podía castigarse a nadie y no podía ser vengado. —Acarició la fotografía—. Ella no se merecía eso.

—Entonces, ¿por qué ocultasteis su relación con todo ese asunto?

Borgenstierna se volvió hacia Max.

—No fue solo que alguien muriera esa noche. También nació alguien. El niño que Tatiana llevaba dentro.

—Y tú deseabas proteger al niño.

Carl continuó acariciando la fotografía en silencio.

—El niño estaba amenazado por ambos lados —dijo Max al fin—. La agresión rusa y la línea sueca para conservar la paz. El niño era una prueba de que había un motivo para el ataque y que este no fue un error. Por esa razón, el niño no podía existir. Pero tú querías salvarlo, porque la amabas.

—Y siempre lo haré.

Carl Borgenstierna miró a Max de nuevo.

—El niño que esperaba era tu padre. Ella era tu abuela, Max.

Max sintió que algo crecía en su interior, un cálido alivio. Este era el misterio que su padre había intentado resolver, encontrar el rastro que conducía al pasado, poder saber quién era en realidad la familia Anger. Max sabía que nunca se sentiría completo antes de saber toda la verdad sobre su origen. No le importaba cuál fuera. Una importante pieza del puzle había encontrado su sitio.

—¿Así que mi abuela era rusa?

—Sí, pero se crio en Bairak, al este de Ucrania. La tierra negra, como ella

la llamaba.

Borgenstierna se permitió una sonrisa; algún detalle de esa tierra negra le había despertado un recuerdo.

—Fuiste tú, ¿verdad? —dijo Max—. El que llamó a Pashie desde el hotel de Davos.

Borgenstierna asintió.

—¿Por qué?

—¿Qué quieres decir?

—Ahora sé que me has estado siguiendo desde la distancia durante toda mi vida —dijo Max—. Sé que mi familia vivía, en gran parte, gracias al subsidio que llegaba de la Fundación Mar Báltico y que tú contribuiste económicamente cuando Vektor me contrató. Sin embargo, has evitado tanto mis intentos como los de Sarah de ponernos en contacto contigo. De repente decides acercarte, pero eliges hacerlo a través de nuestra colega en San Petersburgo, Pashie Kovalenko.

—He oído en las noticias que ha muerto —dijo Borgenstierna—. ¿Lo mataste tú?

Max no se inmutó, no dejó que Borgenstierna cambiara de tema.

Borgenstierna carraspeó.

—Distribuisteis una lista —dijo—. Una lista de empresas que vuestros patrocinadores querían que investigaseis de cara a las próximas elecciones presidenciales. Una de ellas era St. Petersburg GSM. Fue Telia la que la incluyó en la lista, pues estaban sopesando comprar la empresa. Yo no podía dejar que eso sucediese. Hubiera sido invitar a los generales negros rusos a entrar en los pasillos del poder en Estocolmo sin haber luchado. Yo sabía quién era en realidad Nestor Lazarev. Y tenía que hacer algo.

Max escuchó las palabras de Borgenstierna. Asintió.

—¿Y la razón para que no nos lo dijeras ni a Sarah ni a mí?

—Por la misma razón por la que no podía comunicarme directamente con tu padre. Cuando estaba en la cumbre del poder, Viktor Gusin tenía un centenar de agentes operativos en Suecia. No me han quitado ojo durante todos estos años. No me atrevía a ponerme en contacto contigo, pues tenía miedo de que corrieras el mismo destino que tu padre. Ellos lo encontraron porque buscó activamente a Wallentin. Si me hubiera puesto en contacto contigo, ellos se habrían dado cuenta. Y entonces habrían intentado matarte a ti también, Max. Gracias a que estudiaste en casa y te mantuviste fuera de la sociedad, estuviste lejos de su alcance. Gusin nunca supo que Jakob tuvo un hijo. No sabía que existías.

—Sí —dijo Max—. Al final lo comprendió.

Borgenstierna negó con la cabeza.

—¿Conociste a mi padre?

Carl Borgenstierna miró con calma a Max.

—No, nunca nos vimos. Wallentin se encargó de que se ocuparan de tu padre. De esa manera, yo no sabía dónde estaba. Todo para intentar protegerlo. No fue hasta 1986, al morir Wallentin, cuando tuve conocimiento de vosotros y asumí la responsabilidad.

—¿Eres mi abuelo?

Borgenstierna se inclinó de nuevo hacia el vaso de agua y dio un trago con su mano temblorosa.

—El verano de 1943 tu abuela se relacionaba con dos hombres, Max. Yo era uno de ellos.

Max asimiló lo que Borgenstierna le estaba diciendo. Recordó las palabras de Lazarev antes de morir en el hangar.

—¿Tuvo Tatiana pesadillas ese verano de 1943? ¿Sobre una puerta oscura que se cerraba tras ella?

Borgenstierna miró a Max. ¿Acaso era miedo lo que había en su mirada?

Por un momento, de repente, el anciano pareció ausente. En cambio, Max pensó que oía la voz de Ganso. Fragmentos de su conversación volvían a repetirse en su cabeza. No era la primera vez. Ni tampoco sería la última.

«Reconozco el fuego en tu mirada. Una voluntad de acero. La fuerza se saltó una generación.»

—Háblame de Tatiana —pidió Max—. Háblame de mi abuela.

Borgenstierna carraspeó.

—Adoraba el teatro —dijo—. La hambruna, cuando era una niña, la obligó a trasladarse a Moscú, donde el Estado tenía otros planes para ella. Se casó sin estar enamorada y tuvo que seguir a su marido como espía en Suecia.

Siguieron hablando durante una hora sobre un tiempo que ya no existía. Sobre un amor que apenas pudo durar unos pocos meses.

Una enfermera lo ayudó a vestirse. Ella intentó entablar una conversación, pero Carl Borgenstierna no deseaba hablar más.

Max Anger.

Algo nuevo nacería ahora, todo lo horrible llevaría a algo mejor. Tenía que ser así.

Max se había mostrado tan decidido, tan implacable...

Había preguntado sobre las pesadillas de Tatiana. Sobre el verano de 1943.

¿La muerte de Gusin significaba el final de la maldición que había caído sobre ellos durante más de medio siglo? ¿O seguía viva de una manera nueva? ¿Acabarían ahora todos los secretos? ¿Por qué, en ese caso, le había costado tanto hablar con Max, contarle detalles de su abuela?

Pero lo había hecho lo mejor que había podido.

¿Había tomado la decisión correcta entonces, hacía cincuenta y dos años? Para salvar al niño y a sí mismo. Recordó la decisiva conversación con el doctor Wallentin y la duda que lo atormentó entonces, y que todavía lo atormentaba.

«¿Cuánto tiempo se tarda antes de conocer los resultados de una prueba así?»

«¡Por Dios, hombre, contrólate! ¿Tus intenciones con el niño se verían alteradas por el resultado?»

El sermón de Wallentin todavía resonaba en su interior. Ahora más fuerte

que nunca.

«Una prueba así solo valdría la pena si lo que buscas es eliminar. Necesitas una prueba del hombre que deseas eliminar.»

Y eso resultaba imposible. Ese hombre no era accesible.

Cuando la enfermera apagó la luz y cerró la puerta con cuidado, Carl se levantó de nuevo y se sentó a la mesa del fondo junto al televisor.

Ahí estaba uno de los álbumes que le había dado Wallentin con todos los detalles sobre la familia Anger de Arholma. Miró el lirio morado en el exterior. El escudo de armas de la familia Borgenstierna.

Allí también estaba el «archivo blanco» con el número de teléfono de Rigus, la empresa especializada en todo lo relacionado con la muerte.

«Personas a las que avisar.»

«Cuestiones referentes a la herencia y el testamento.»

Carl levantó el auricular y marcó el número.

Había algo en la persona de Max Anger que había ocasionado que la conversación fuera tan difícil. Una llama, no, un fuego, que le resultó conocido y extraño al mismo tiempo. Pero también se parecía mucho a Tatiana Sedova. Y eso era lo único que realmente valía la pena.

«Rigus.»

«A veces la gente se arrepiente.»

Los archivos y la actividad de la Fundación Mar Báltico debían continuar después de que él falleciera.

Tras finalizar la conversación con la mujer de Rigus, Carl se tumbó en la cama y miró fuera, a la línea de la costa. Una nueva clase de cansancio se propagó por su cuerpo. Ya no podía mantener los ojos fijos en el agua y el horizonte sin que los párpados se cerraran.

Durante el sueño regresó la pesadilla, esa que lo hacía sudar y removerse inquieto en la cama.

Veía el delgado rostro de ella frente a él, allí sentada en el banco de la iglesia rusa de la calle Birger Jaslsgatan.

«Me despierto cada noche y veo esa puerta delante de mí, la madera oscura, el pomo brillante. Veo mi rostro reflejado en él, lo distorsionado y angustiado que está... La puerta se cierra tras de mí. Me encuentro sola y abandonada. Después, él me arranca la ropa. Oigo cómo él me deja entrar en la habitación; según la ley pertenezco a mi esposo. Él se ríe al otro lado de la puerta negra, al mismo tiempo que yo grito.»

EPÍLOGO

Miércoles, 3 de julio

Max Anger se encontraba de pie, junto a un árbol, en uno de los bosques para esparcir las cenizas del cementerio Storkyrkogården. Era un lugar tranquilo, sin placas, nombres ni lápidas. Había conocido el sitio a través de un álbum que le enviaron a su apartamento en la avenida Sveavägen. Un álbum blanco con un lirio morado en la portada.

Pashie le sujetaba con fuerza la mano mientras él le contaba todo. Carl Borgenstierna le había dejado a Max en herencia la casa familiar de Gamla Stan y lo había convertido en administrador de la Fundación Mar Báltico y sus bienes.

La garganta de Pashie no había sanado del todo y aún le dolía al hablar, pero tenía otras maneras de comunicarse: movimientos de manos, miradas, gestos, y si eso no era suficiente, ella escribía en un cuaderno que llevaba en el bolso.

Las semanas y el tiempo pasado juntos en Arholma habían ayudado. Allí ambos se habían fortalecido. Max había visitado las tumbas de sus padres; allí quiso decirle a su padre que ahora sabía la verdad, y Pashie fue quien le dio fuerzas para encontrar las palabras; también lo apoyó cuando Max le dijo a su madre, frente a su tumba, que tenía razón, pero que esperaba que ella, no

obstante, comprendiera por qué no había podido dejar de escarbar en el pasado.

Parecía como si llevaran ahí de pie apenas un par de minutos cuando Pashie apretó su mano y señaló el reloj que no llevaba en la muñeca. «Hora de irse», señaló. O quizá: «Hora de continuar».

Ya era hora de regresar a la ciudad y a la noche electoral en Vektor.

Max se despidió de Borgenstierna y Tatiana con una promesa dirigida a ambos. Después caminó junto a Pashie hasta el aparcamiento, donde les esperaba su taxi.

Diecisiete días antes, Max había visto con Pashie, en el hospital, la retransmisión de la primera vuelta electoral. Se habían sentado hombro con hombro en la cama, cada uno con un batido en la mano. «Rusia vota. Resultados de la primera vuelta electoral.» Una reportera estaba delante del edificio del Parlamento, no muy lejos del lugar donde, cinco años antes, Yeltsin había iniciado su misión democrática dirigiendo los tanques contra un Parlamento poco dispuesto.

La reportera estaba rodeada de moscovitas normales y corrientes. Los gráficos resultaban superfluos, las imágenes y los rostros hablaban por sí mismos. Esa noche no hubo euforia alguna en las calles rusas. La reportera informó de que Yeltsin tenía una ligera ventaja sobre el líder comunista Ziugánov, aunque no la suficiente para ganar. Un comunicado de prensa del Comité Central Electoral había anunciado que la segunda vuelta se celebraría en breve.

La gran sorpresa de la primera vuelta electoral fue que el general nacionalista Lebed había recibido cerca del quince por ciento de los votos, casi la mitad de los que habían recibido los dos líderes. La clave del resultado electoral sería cuál de los dos conseguiría convencer al viejo héroe de la guerra de Afganistán para que se uniera a su campaña.

Las imágenes habían mostrado cómo el general Lebed intentaba abrirse paso entre la multitud. A un periodista de televisión le dijo con su inconfundible y severa voz: «Quiero ocupar un puesto en el Gobierno que me dé la oportunidad de organizar la lucha contra el crimen, para contrarrestar los movimientos extremistas tanto de derecha como de izquierda que amenazan con conducir al país a un profundo y sangriento caos».

Como respuesta a la pregunta sobre si se uniría al bando de Yeltsin respondió: «¿Te parece que tengo aspecto de farsante?».

Iliá le había enviado un SMS a Max comentándole que estaba seguro de que el general Lebed resultaría, a pesar de todo, ser un farsante.

Max había comentado con Sara y Charlie K a qué se dedicó realmente Borgenstierna en Davos. La preocupación de Charlie K de que Borgenstierna hubiera gastado dinero de la Fundación Mar Báltico resultó ser infundada. Ahora estaban bajo la administración de Max. Él había querido utilizar los fondos para ayudar a Sarah a reconstruir su casa, pero ella, en un tono amable aunque firme, contestó que estaba acostumbrada a costearse sus gastos.

Gabbi se había mudado a casa de sus padres en Filipstad, y ahora Sarah seguiría por su cuenta; construiría una casa para ella y los niños.

Habían llegado informes de Davos acerca de que destacados empresarios rusos con grandes recursos y estrechos vínculos con Yeltsin habían acordado un paquete de ayuda internacional sin precedentes en la historia. El comienzo de las elecciones había estado marcado por especulaciones sobre qué tipo de concesiones blasfemas había hecho Yeltsin a los oligarcas.

Corría un rumor acerca de que Carl Borgenstierna había asistido a una reunión que, aprovechando el World Economic Forum de invierno, se desarrolló bajo el nombre de Pacto de Davos. También corría el rumor de que los oligarcas ya habían nombrado al sucesor de Yeltsin entre las nuevas y

poderosas fuerzas de la administración de la ciudad de San Petersburgo y que eso formaba parte del acuerdo.

Eran las mismas poderosas fuerzas de San Petersburgo las que prohibieron a los empleados de Vektor entrar en la Federación Rusa. Los acusaron de «actividades ilegales». La acusación estaba firmada por la mano derecha del alcalde, jefe del Comité de Relaciones Exteriores de San Petersburgo, Vladímir Vladímirovich Putin.

Max no podía dejar de pensar en Gusin y la organización en el hangar a las afueras de San Petersburgo; en cómo cooperaron las autoridades locales de San Petersburgo, no solo en la ocultación de lo sucedido en la facultad de Mishin. ¿Sería cierto que esos generales lo dirigían todo, como Gusin sostenía? ¿Sería cierto que ya habían nombrado un sucesor a Yeltsin independientemente del resultado de las elecciones? En ese caso, los generales apoyaban a los oligarcas, que a su vez influían en Yeltsin. Cuanto más pensaba en ello, más vueltas le daba la cabeza.

Frank Ståhl le había contado a la policía que el agente ruso lo había obligado bajo amenaza a silenciar el ataque de intromisión en la red de Telia, pero no tardaron mucho en descubrir sus intenciones. Frank fue despedido de inmediato y entró en la cárcel en espera de juicio. En un comunicado oficial de prensa de Telia se decía que el director de información había cometido una falta grave relacionada con la investigación interna sobre la intromisión. Max no sabía dónde se encontraba Frank en esos momentos; tampoco sabía de qué se lo acusaba. Pero Sofia Karlsson, de la Secreta, le había dicho que no lo soltarían.

Se había encubierto todo el asunto Telia, al igual que la participación de Max en la muerte de Ray Karvelis, por lo menos públicamente.

Cuando el taxi frenó y se detuvo delante de Vektor en Valhallavägen, Max y Pashie decidieron no pensar más en ello por el momento.

Los medios de comunicación habían bautizado toda la campaña presidencial como la elección entre la continuidad de la democracia o el regreso al régimen comunista. Eso era lo que ahora se decidía. No habría una tercera vuelta.

Esa noche se esperaba un ambiente de euforia en las calles de Rusia.

AGRADECIMIENTOS

Me gustaría dar las gracias a mi editora Karin Linge Nordh, por el valor y la voluntad de llevar esta historia a su mejor versión.

A John Häggblom, mi redactor, por transformar algo difícil en un verdadero placer.

A Joakim Hansson, mi agente de Nordin Agency, por promocionar la historia y por su profesionalidad, una combinación que pocos poseen y que tiene un valor incalculable.

A Mons Kallentoft, mi amigo, por las patadas en el culo y los SMS que cambiaron para siempre mi percepción sobre mi vida y sobre mí mismo.

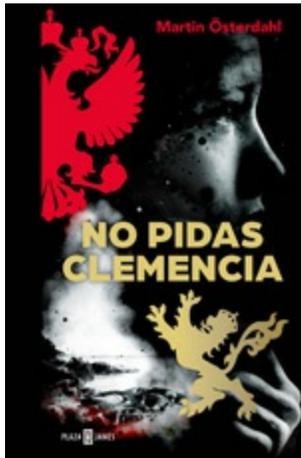
A mi familia, compañeros de trabajo y amigos, por su paciencia.

A ti, que has llegado hasta aquí. Apenas hemos empezado.

«No pidas clemencia es de una actualidad asombrosa. Österdahl es el maestro de la conspiración. ¡Léelo!»

Camilla Läckberg

Un *thriller* apasionante y adictivo para fans de Le Carré, Forsyth o Larsson



La amenaza siempre está cerca...

En 1996, en vísperas de las elecciones generales rusas, Pashie, una joven que trabaja para una empresa sueca con presencia en Rusia, desaparece de forma misteriosa en San Petersburgo.

El novio sueco de Pashie y experto en Rusia, Max Anger, se traslada a la ciudad para averiguar qué le ocurrió. Allí descubre pistas que indican que Pashie había averiguado información sobre una organización oculta

que trabajaba en pos de la vuelta a un régimen totalitario al mismo tiempo que planeaba un ataque en Occidente. ¿Tendrá algo que ver con la desaparición de Pashie?

Max se da cuenta de que se le acaba el tiempo cuando más personas caen víctimas de la organización.

Para salvar a la mujer que ama y vencer la amenaza que aterroriza a Suecia, Max Anger tendrá que enfrentarse a un enemigo despiadado y reconsiderar toda su vida.

«La serie Max Anger de Martin Österdahl es muy sólida. El autor utiliza su experiencia personal en Rusia de forma efectiva y relata la historia con un lenguaje claro y directo.»

Smålandsposten

«Una historia de intriga que entrelaza la industria de las telecomunicaciones, la política rusa, el espionaje y la sombra de Stalin durante la Segunda Guerra Mundial.»

Norrtälje Tidning

«¡El *thriller* más emocionante del año! En su primera novela, de estilo impecable, Österdahl nos presenta a una organización despiadada y nos plantea una serie de difíciles desafíos.»

Borås Tidning

«Suecia tiene un nuevo maestro del suspense. No puedes perderte *No pidas clemencia*. ¡Es el libro del año!»

Mons Kallenstoft

Martin Österdahl estudió ruso y cursó estudios sobre Europa del Este y Economía. Trabajó en televisión durante veinte años al mismo tiempo que dirigía la televisión sueca y el Festival de Eurovisión. Su interés por Rusia y su cultura surgió a principios de la década de 1980. En la actualidad vive a las afueras de Estocolmo con su familia.

Título original: *Be inte om nåd*

Edición en formato digital: marzo de 2018

© 2016, Martin Österdahl

Edición original de Bokförlaget Forum, Suecia

Publicado previo acuerdo con Nordin Agency AB, Suecia

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2018, Carlos del Valle Hernández, por la traducción

Diseño de portada: © Dreamstime

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-01-02046-9

Composición digital: Newcomlab S.L.L.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

[1] Habitante de Roslagen. Despectivo. (*N. del T.*)

[2] «Matar de hambre» en ucraniano. Palabra utilizada para denominar el genocidio en Ucrania. (*N. del T.*)

Índice

No pidas clemencia

Prólogo

Sábado, 24 de febrero de 1996

Capítulo 1

Martes, 27 de febrero de 1996

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Miércoles, 28 de febrero de 1996

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Jueves, 29 de febrero de 1996

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Viernes, 1 de marzo de 1996

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Sábado, 2 de marzo de 1996

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Domingo, 3 de marzo de 1996

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

Capítulo 45

Capítulo 46

Capítulo 47

Capítulo 48

Capítulo 49

Capítulo 50

Capítulo 51

Lunes, 4 de marzo de 1996

Capítulo 52

Capítulo 53

Capítulo 54

Capítulo 55

Capítulo 56

Capítulo 57

Capítulo 58

Capítulo 59

Capítulo 60

Martes, 5 de marzo de 1996

Capítulo 61

Capítulo 62

Capítulo 63

Capítulo 64

Capítulo 65

Capítulo 66

Capítulo 67

Capítulo 68

Capítulo 69

Capítulo 70

Capítulo 71

Capítulo 72

Capítulo 73

Capítulo 74

Capítulo 75

Capítulo 76

Capítulo 77

Capítulo 78

Capítulo 79

Capítulo 80

Capítulo 81

Capítulo 82

Capítulo 83

Capítulo 84

Capítulo 85

Capítulo 86

Capítulo 87

Capítulo 88

Capítulo 89

Capítulo 90

Capítulo 91

Capítulo 92

Capítulo 93

Capítulo 94

Miércoles, 6 de marzo de 1996

Capítulo 95

Capítulo 96

Capítulo 97

Capítulo 98

Capítulo 99

Capítulo 100

Capítulo 101

Capítulo 102

Capítulo 103

Capítulo 104

Capítulo 105

Jueves, 7 de marzo de 1996

Capítulo 106

Capítulo 107

Epílogo

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre Martin Österdahl

Créditos

Notas